

LA NUEVA MISIÓN

# Judex



Por  
ARTURO BERNÉDE  
y  
LUIS FEUILLADE



NOVELA CINEMATOGRAFICA DE LA MARCA GAUMONT

basada en la película del mismo título e ilustrada con numerosas fotografías de la película

SOCIETAT GENERAL DE PUBLICACIONS, S. A. CALLE DIPUTACION, 311 - BARCELONA



32	32	59	69	76	100
----	----	----	----	----	-----



LA NUEVA MISIÓN DE JUDEX



1200

**LAS GRANDES NOVELAS CINEMATOGRAFICAS**

---

# **LA NUEVA MISIÓN DE JUDEX**

— POR —

**ARTURO BERNEDE**

**EN COLABORACION CON**

**LUIS FEUILLADE**

---

**Series marca GAUMONT**



**SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.**  
Calle de la Diputación, 211, BARCELONA — Valverde, 21 dup., MADRID

LA NUEVA MISIÓN  
DE JUDEA

ARTURO BERNHEDE

TRADUCCIÓN DE

EL RECTOR DE

---

ES PROPIEDAD

---

*Impreso en España*

*Printed in Spain*

---

Talleres Gráficos de la S. G. de P., S. A. — Diputación, 211. — Barcelona

# LA NUEVA MISIÓN DE JUDEX

## PRIMER EPISODIO

### EL MISTERIO DE UNA NOCHE DE VERANO

#### I

#### LA CASA DE LA DICHA

En medio de un parque inmenso, alzase en los alrededores de Fontainebleau la finca llamada *La Frondeuse*, verdadero edén rodeado de ininidad de encantos que con prodiga mano le otorgó la naturaleza. En ella habitan El, hombre en plena juventud, de elevada estatura, aristocrático porte y faz llena de energía; Ella, graciosa y fina, de dulcísima mirada y sonrisa bondadosa, y un niño de seis años bello y rubio como un ángel.

Desde que llegaron a aquel país donde nadie los conocía, atrajéronse la carisidad de todos, seguida inmediatamente de una simpatía irresistible, y pronto tuvieron el conde y la condesa de Tremouse la rara satisfacción de no ver en torno suyo más que admiradores y amigos.

No obstante, una tarde la condesa se hallaba sentada en un banco del parque, e inclinándose cariñosamente hacia su marido parecía absorta en profunda meditación. Poco a poco había desaparecido su sonrisa, trocándose en una expresión de melancolía, y unas lágrimas asomaban a sus párpados.

Entonces el señor de Tremouse le preguntó con voz armoniosa:

- ¿Qué tienes, Blanca?
- Tengo miedo, Jaime.
- Miedo, esposa mía? ¿De qué?
- Me asusta el ser demasiado feliz.

— ¿No hemos pagado ya por anticipado esta felicidad que nos une? Verdad es que siempre he evitado traer a tu memoria un pasado que debíamos destruir para siempre de nuestro recuerdo...

Yo te amo y, poco después, comprendí que nos amábamos los dos, y al amarnos, empezamos a medir toda la extensión del dolor humano; pero ese amor ha triunfado de todo. Inculcó la confianza en el corazón de una madre que había armado el brazo de su hijo, regó las mejillas del padre culpable con las sagradas lágrimas del arrepentimiento..., y me dio fuerza para deshacerme, para siempre, de los miserables que habían jurado nuestra perdición. Por último, ese amor ha permitido que ambos sepuláramos en el olvido el secreto de familia que estuvo a punto de desunirnos. Hoy, en tanto que para todos el barón Favreux reposa en el cementerio de Sablons y que el más absoluto silencio rodea su memoria, tú, mi hija, tienes la consoladora certeza de que vivo y de que esa vida que nuestro amor le ha dejado le dedica enteramente al recato de su pasado. Cree, pues, que tenemos perfecto derecho a ser felices. Los malos días ya se fueron; Judex ha desaparecido: sólo queda a tu lado un hombre que te adora.

— Jaime, yo también te adoro... Si, tienes razón, no pensemos ya en lo que hemos padecido; pero no digas que olvido a Judex; al contrario, déjame pensar siempre en el héroe sin miedo y sin tacha, en el buen defensor del derecho,

tal como te me apareciste un día cuando ya estaba moribunda y desesperada. ¡Te mostraste tan arrogante y tan bello! ¡Me pareciste tan profundamente generoso, que al momento te amé sin saber nada! Y no te limitaste a ser para mí un héroe a quien no dejé de amar en toda mi vida, no sólo defendiste y salvaste a la mujer, sino que exaltaste a la madre, queriendo a su hijo como si hubiese sido tuyo, ahorrando a ese niño las vacilaciones de caridad, tan dolorosas para la criatura que no ha conocido a su padre... ¡Bien sabes lo que te quiero, Jaime, pero nunca sabrás lo mucho que te bendigo!

— ¡Y cómo no había de querer a ese Juanito, cuando él fué el primero en desarmar a mi madre? Además, ¡es tan bueno, tan simpático y me paga con tan gran cariño el que yo le tengo!... En una palabra, le vi tan apegado a mí, que te agradeceré eternamente el habérmelo dado por hijo.

Blanca estremeciéndose de orgullo materno y se levantó exclamando:

— Precisamente, aquí viene.

Un lujoso automóvil acababa de pararse ante la verja de *La Frondosa*. Acompañado de un joven de distinguido aspecto, apeóse un adorable niño que corría con los brazos tendidos hacia su madre, la cual salió sonriendo a su encuentro.

— Buenos días, mamá. Buenos días, papá — dijo el niño. — He sido muy bueno y la abuelita quería tenerme aún con ella. ¿Verdad, tía Rogelio?

— Sí, es cierto — dijo el hermano de Judex.

Todos emprendieron el camino de la casa bajo un sol espléndido. Parecía que aquella familia tan unida caminaba por un surco de alegría que nada podía turbar. Y momentos después, cuando ambos hermanos se hallaron solos, Rogelio, estrechando afectuosamente la mano del cundo, exclamó:

— ¡Qué feliz eres, Jaime!

Luego, como si le invadiera un amargo pensamiento, sentóse en una banca bulbiendo:

— ¡Y ya quisiera tanto!

— ¿Por qué no me has dicho toda la verdad?

— Perdóname que haya guardado para mí solo un secreto que me ahoga; pero antes de confiarme a nadie, ni aun a ti, hermano mío, quería estar seguro de que a mi vez era amado.

— ¡Y si yo te trajera, no la esperanza, sino la certidumbre de que tu sueño se realiza?

— ¡Hermano!

— ¡Ahora lo verás!

El mayor de los Tremouse cogió al teléfono y dijo muy tranquilamente:

— Comunicación con el 0-1-7.

— El castillo de Arbois — dijo Rogelio, palideciendo ligeramente.

— Eso es, el castillo de Arbois — repitió el conde, absolutamente dueño de sí. — ¿Es usted, Primerose? Habla usted con Jaime de Tremouse. Como se lo he prometido esta mañana. Juanito y mi hermano Rogelio acaban de llegar... Entendido... Perfectamente... Recuerdos al señor James Milton... Hasta luego.

Y volviéndose a Rogelio, que le miraba asombrado, añadió con alegría creciente:

— Tengo el gusto de anunciarte que Primerose estará aquí dentro de cinco minutos...

Rogelio susurraba con indecible emoción:

— No comprendo, o más bien, no me atrevo a comprender.

— Será porque tendrás una venda en los ojos... Primerose abriga, respecto de ti, un sentimiento tan profundo como el que ella le ha inspirado... ¿Crees, acaso, hermano mío, que sería ya capaz de destruirte el corazón haciéndote renunciar una ilusión que los hechos vinieran luego a desvanecer?

— ¿Te ha dicho ella algo por ventura?

— Nada, absolutamente; por lo demás, no era necesaria, pues hace más de un mes que los dos os habéis descubierto. He notado que cuando ella te habla se sonroja y que tú tiembles al mirarla... Pero pronto va a venir, y si lemos algo, puedes declararle a ella, y solos, frente a frente, sellar la divina promesa grabada ya en vuestros corazones. Sal a su encuentro. Háblale y te responderá.

— Jaime — exclamó Rogelio, cayendo en brazos de su hermano, — ahora ya no cavidis tu felicidad.

Y radiante, loco de alegría, rebotando amor, salió Rogelio de Tremouse.

## II

### PRIMEROSE

Pocos años antes, un rico norteamericano, James Milton, había ido a instalarse en el castillo de Arbois, lindante con la floca *La Frondosa*. Ora por su independencia de carácter, ora por raza-

nes que él sólo sabía, James Milton no creyó tener que dar a nadie el menor detalle de su pasado ni hablar de los motivos que le habían inducido a dejar su país natal. Desano de no crearse relaciones, pasaba el tiempo emprendiendo largas excursiones en automóvil o bien dedicándose a investigaciones científicas, que efectuaba con el mayor misterio en colaboración de su fiel secretario, Wilbur Osborn, cuya discreción estaba al abrigo de toda prueba.

Resultado de esto fue una malquerencia de la gente del país al forastero, transformada luego en hostilidad latente que el americano no hizo nada por disipar. No tardaron en decir, respecto de él, las más absurdas y contradictorias leyendas: unos le tenían por maniático, otros le tomaban por aventurero. En esto, cierto día, con estupefacción general, llegó al castillo una linda joven llena de distinción y encanto, con hermosos cabellos oscuros, ojos aterciopelados y angelical sonrisa. Al día siguiente se supo que la recién llegada se llamaba Primerose, que era hija de James Milton y que, después de haber sido educada en uno de los mejores colegios de Francia, iba a vivir con su padre. Entonces pensaron que el americano se decidiera a salir de su aislamiento; pero no hubo nada de eso: su puerta permaneció obstinadamente cerrada. Aparte de algunos profesores llamados de París para perfeccionar la educación de Primerose, nadie entraba en aquella casa. La joven no parecía disgustarse por ello, al contrario, se veía que quería a James Milton tanto como éste la quería a ella, y bastaba ver la franca y sana alegría que reflejaban sus facciones para convencerse de que compartían enteramente el mismo modo de pensar y de comprender la existencia.

Una visita de Jaime de Tremense, que fue como vecino para hablar de un insignificante asunto acerca de una pared medianera, iba a transformarse por completo las costumbres de los castellanos de Arboia.

En efecto, ¿cuál no sería la sorpresa del señor de Tremense, que pensaba hallarse frente a un ser extravagante, excéntrico de todo atractivo, cuando se encontró, al contrario, con un perfecto caballero que además era un sabio de inmensa cultura! Los dos hombres simpatizaron inmediatamente, y como tenían el mismo sentido de penetración y análisis, adviniéronse sus mutuas buenas cualidades, y muy pronto James Milton, reconociendo que al fin había tropezado con el hombre franco y fiel a quien podía

hacer sus confidencias y considerarlo como buen amigo, contó su vida al señor de Tremense.

Hereditario de inmensa fortuna, pero desoso de hacer alguna obra provechosa, gracias a su genio de inventar, había adquirido ya a los treinta años gran renombre en los Estados Unidos. Casado con una mujer a quien quería entrañablemente, padre de una niña encantadora, la vida se le presentaba luminosa y activa, útil e interesante. Pero una catástrofe horrible vino a transformarla todo. Un día enterose por un importante periódico de Nueva York que su mujer y su hija habían perecido víctimas de un choque de trenes. Horas después acudía al lugar del siniestro, constándole gran trabajo reconocer a los suyos entre las víctimas medio carbonizadas y desfiguradas por el espanto. ¡Aquello fue alroz!

Para no perder la razón, James Milton se refugió en Francia. Así y todo, ya hubiera sucumbido bajo la pena que le dominaba, si una mañana, mientras se paseaba solo por la selva de Fontainebleau, donde residía, no le hubieran llamado la atención unos quejidos lastimeros que salían de un matarral que orillaba el camino; acercóse inmediatamente y descubrió, abandonada en medio de las espigas, una criatura de doce a quince meses, que lloraba de hambre, miedo y desesperación.

La primera idea de James Milton fue llevar su hallazgo a la comisaría de policía más cercana. Pero no bien hubo caído en brazos a la niña, ésta cesó de llorar y entrecerró los labios con una sonrisa que parecía una súplica, una promesa, toda un alma.

Anle tan conmovedor llamamiento, el americano, que sentía subir sollozos a su garganta, exclamó:

—Te quedas conmigo.

Y así fue recogida la dulce Primerose. James Milton se encarió inmediatamente con su hija adoptiva. A medida que ésta crecía, concentraba en ella toda el cariño de que su corazón era capaz, no sólo porque la niña era de dulce naturaleza y profundamente cariñosa, sino porque le unió la vida dándole nuevas esperanzas. Primerose, por su parte, quiso a su bienhechor más que a su padre, le admiró más que a su dios, y cuando Milton resolvió sacrificar por ella sus costumbres de soledad, le declaró, al sacarla del colegio, que iba a buscarle las relaciones necesarias a una joven de su edad; pero la muchacha replicó:

—No, todavía no; quiero vivir una temporada para usted solo, ya que usted

no ha vivido más que para mí desde que me conoce.

He ahí lo que James Milton había contado al señor de Tremense, con lo cual se aumentó la estimación que éste tenía al americano.

Al día siguiente, James Milton y Primerose devolvían la visita a los habitantes de *La Frondosa*.

Primerose no sólo supo entusiasmar a la condesa Blanca, sino que conquistó también a Juanito, quien, una semana después, la llamaba su hermana mayor. Luego... ocurrió lo que tenía que ocurrir. Primerose halló su príncipe encantado bajo las apariencias de Rogelio de Tremense... El amor, que rondaba por los alrededores, se instaló en ellos y comenzó un delicioso idilio que sólo puede florecer en corazones de veinte años.

En el sendero que conduce a la valla acababa de aparecer Primerose caminando despacito, sin atreverse a confesarse a sí misma a quien deseaba ver primero, si a Rogelio o a Juanito.

Pero al primera que divisó fue a Rogelio y se detuvo algo indecisa; después avanzó algunos pasos, bajando la cabeza para disimular el sonrojo que se había esparcido por sus mejillas, acercóse a Rogelio, muy turbado a su vez y que con ademán vacilante entreabrió la valla diciendo:

— ¡Hola, Primerose!

— ¡Hola, Rogelio!

Hubo una pausa, pero una de esas pausas encantadoras en que se comunican dos almas; después se encontraron sus miradas, haciendo inútiles las palabras de pasión, y Rogelio, en una frase impregnada de toda la sinceridad humana, resumió al punto el poema que cantaba en ellos:

— ¿Verdad que nos amamos?

— Sí, Rogelio, nos amamos — respondió la joven con el mismo acento. — Ahora comprendo... comprendo la alegría que nataba en su presencia y la tristeza que experimentaba cuando se alejaba usted de mí... Comprendo que era amor.

— Sí, Primerose, y hoy mismo, si usted me lo permite, suplicaré a mi hermano que vea al señor James Milton para pedirle su mano de usted.

— Segura estoy de que mi padre se la concederá gustosísimo.

En tanto que una sombra pasaba por su mirada, añadió la joven:

— Usted tiene un gran apellido, Rogelio, un nombre casi ilustre... y yo soy una niña sin padres.

— ¡Qué importa, si el verla a usted es amarla!

Sobre mi nacimiento se cierne un misterio... El señor Milton nunca ha podido descubrir el menor indicio de mi verdadero origen.

— Primerose, vivimos en una época en que no puede haber más herencia que la de los corazones. Cuando se ama de veras a una mujer, lo esencial no es saber de dónde viene, ni lo que ha sido, sino estar seguro de lo que es.

— Sin embargo, en el momento que me dice usted cosas tan dulces y agradables y en que me siento arrastrada hacia usted por una fuerza irresistible, me sobrecoge un temor.

— ¿Cuál?

— El de no ser para usted suficiente garantía de felicidad.

— ¿Qué quiere usted decir?

— No quisiera causarle la menor pena; sin embargo, he de revelarle una cosa que he ocultado hasta a mi padre.

— Hable usted, hable usted.

Primerose prosiguió con voz algo temblorosa:

— Rogelio, de algún tiempo acá soy presa de extrañas perturbaciones: en ciertos momentos, sobre todo por la noche, cuando estoy sola, me parece que mi alma se evade de mi cuerpo y que no soy más que una cosa inerte, sin voluntad, que flota por los aires indecisa y flúida... Después me sobreviene otra sensación aun más penosa: la de que junto a mí ronda una sombra mala, un fantasma nefasto que se afana por desviarme de todo lo que amo, de mi padre, de usted, y que irresistiblemente me empuja a un abismo insendable... En esos momentos, y esto es lo que más me espanta, todo queda en mi helado, me siento arrastrada por una fuerza invisible, siento la impresión de ser una muerta viva y voy sin saber a dónde... ¡Es horrible!

— ¿Primerose!

— Entonces pienso si ese genio malo que intenta apoderarse de todo mi ser será alguna emanación de ese pasado que desconozco y si querrá instalarse en mí para ejercer alguna venganza letal, misteriosa, de la cual soy yo instrumento y víctima a la vez.

— Amada mía, deseché de su mente toda esa quimera y no piense más que en nuestro amor; sólo él podrá vencer al genio malo; tengo la seguridad de que en lo sucesivo no la absorberá esa cruel visión ni se acordará usted de ella sino como símbolo fugaz de los obstáculos con que todos tropezamos en la tierra. Píense usted que nada podrá separarnos y que yo estoy aquí para protegerla y

adorarla. Alegrémonos de vivir en una época en que todo lo puede el verdadero amor.

— ¡Rogelio, Rogelio! Acaba usted de tranquilizarme por completo... Si, todo eso ha sido una pesadilla: soy suya, suya para siempre.

— ¡Para siempre! ¡Para siempre!

Pero pronto la joven vaciló y tornóse pálida, como si el genio malo cuyo recuerdo acababa de evocar desplegara sus alas por encima de aquel rincón embalsamado del parque, y repitió las mismas palabras que una hora antes había dicho a su marido Blanca de Tremese.

— ¡Me asusta el ser demasiado feliz!

### III

#### LA CAZA DE LOS SECRETOS

— Señores — declaraba el conde de Tremese a sus invitados, — tengo el gusto de anunciarles una buena noticia.

Inmediatamente se hizo silencio en el fumadero de *La Frandosa*, y mostrando a James Milton, añadió el ducho de la casa:

— Nuestro amigo me autoriza para anunciarles a ustedes que en honor de los esposales de su hija adoptiva con mi hermano Rogelio, va a dotar a Francia de uno de sus inventos destinados a armar una revolución en la navegación mundial.

Un murmullo de halagadora aprobación circuló entre los concurrentes. Después, un hombre esbelto, elegante, enteramente afeitado y de cabellos blancos como la nieve, preguntó:

— Señor Milton, ¿se trata del propulsor automático?

— En efecto — repuso el padre adoptivo de Primrose. — Después de muchos años de estudio, he llegado a realizar mis ideas. Las experimentos que he hecho han superado mis esperanzas, y dentro de pocos días tendré el honor de dejar la patente en manos del ministro de Marina.

— Es un bonito regalo — añadió el señor de Tremese — puede usted estar seguro de que todos los franceses le quedarán eternamente reconocidos.

— No deseo más que una cosa: que este modesto regalo de suya a estos jóvenes que van a casarse en breve.

— ¡Gracias! — dijo el señor de Tremese, estrechando la mano a Milton.

El hombre de la cabellera blanca volvió a decir:

— Señor Milton, acaba usted de decirnos que piensa entregar pronto su notable invento al ministro de Marina.

— Eso es, doctor — repuso el americano; — no espero sino a que me llamen al ministerio.

— De aquí a entonces, ¿no teme usted alguna indiscreción o algún robo?

Algunos protestaron.

— Señores — replicó el doctor, — en estos tiempos toda precaución es poca.

— Por lo visto — objetó Tremese, — alude usted a esos malhechores que con el nombre de *La Caza de los Secretos* registran actualmente todas las cajas de caudales y desconciertan los cerebros de los parisienses.

— Eso es — dijo el doctor.

Y con voz sonora en que se traslucía un ligero acento yanqui, prosiguió:

— Todos ustedes, señores, están al corriente de los hechos, verdaderamente fantásticos, de esos bandidos que parecen no tener otra misión que violar las sacrosantas más sagradas de las familias y apoderarse de todos los tesoros del pensamiento humano. Habrán ustedes observado que no respetan nada y que saquean con prodigiosa facilidad las casas mejor guardadas, sin que nadie haya podido conseguir echarles la mano encima.

— Es de esperar — dijo Tremese — que la policía no tarde en poner término a sus desmanes.

— Querido Howey — repuso el inventor, — le agradezco infinitamente su amabilidad; pero debo manifestarle que no tengo cuidado alguno respecto de los planes de mi propulsor automático; está encerrado en un escondite que mi secretario Wilbur Osborn ha ideado con gran habilidad, y nuestro amigo el señor de Tremese, que conoce el secreto con Wilbur y conmigo, podrá convenirme de que nadie en el mundo sería capaz de buscar en ese sitio los planes.

— Más vale así — dijo el doctor.

En la habitación contigua se oían los brillantes acordes de un piano, y Jaime propuso alegremente:

— Caballeros; si ustedes quieren, dejemos aparte esa sinistra *Caza de los Secretos* y vámonos con las señoras.

— Con mucho gusto — repuso Milton, dando el brazo a su huésped.

En tanto que el castellano de *La Frandosa* y sus amigos pasaban a una vasta sala espléndidamente iluminada y perfumada con flores rarísimas, el doctor Howey, después de libear para acompañarlos, quedase en el fumadero, tomó

asiento en un sillón y quedóse sumido en profunda y agradable meditación.

Era el doctor Howey uno de esos hombres de edad indefinida. En efecto, si sus canosos cabellos contrastaban singularmente con la frescura de un rostro sin arrugas, y si su mirada se encendía a menudo con entusiasmos juveniles, en cambio, en su boca acentuábanse las comisuras en forma que revelaba un desencanto oculto, alguna lejana tristeza. Después de haber sido durante varios años profesor de cultura estética en Washington, había ido a establecerse en París, en donde la dignidad de su vida, la distinción de sus modales y el verdadero encanto que se desprendía de su persona le valieron las más distinguidas relaciones.

Por lo demás, muy grandes y verdaderos debían de ser los méritos del doctor Howey, para que James Milton y el conde de Tremouse, tan prudentes ambos en la elección de sus amistades, le hubieran confiado, el primero la educación artística de su hija y el segundo la educación física de Juana.

En efecto, tanto en sus actos como en sus palabras se adivinaba en él uno de esos caracteres que inspiran respeto y uno de esos corazones que atraen con simpatía. Y en vida se destacaba clara, limpia, exenta al parecer de toda preocupación moral y material.

Sin duda aquella noche el doctor Howey saboreaba mejor que nunca ese estado de ánimo que le valían su conciencia pura y su existencia feliz, por cuanto se le veía en los labios una sonrisa de bienestar y alegría.

Muy cerca de él se oían unos suspiros prolongados, casi inaudibles, que salían de un pecho oprimido.

Levantóse Howey, dió algunos pasos y se detuvo sorprendido.

Acababa de ver, hundido en una butaca, a un hombre de estatura media, nariz inmensa y con el aspecto del desgarrado que parece estar a punto de romper para siempre con la vida.

— ¡Don Casto! — exclamó el profesor. — No le había visto.

— Tampoco yo, doctor — dijo una voz triste, desconsolada.

— ¡Qué hermosa fiesta! ¡Y qué buenos son estos señores de Tremouse!... A propósito: ¿hace mucho tiempo que los conoce usted, don Casto?

Don Casto se limitó a dirigir a su interlocutor una mirada que parecía querer decir:

— ¿Qué puede importarle a usted eso? Pero el doctor Howey no la compren-

dió o no quiso comprenderlo e interrogó de nuevo:

— La condesa, ¿no es hija de un banquero llamada Favreux?

— Creo que sí — contestó lagubremente el invitado del conde Jaime.

— ¿No murió ese Favreux hace dos años, en circunstancias algo extrañas?

— No lo sé — dijo enérgicamente esta vez el hombre de la nariz colosal.

Hubo una pausa. El doctor Howey, que se había sentado en frente de su interlocutor, prosiguió con un acento de cordial cortesía que nunca le abandonaba.

— El señor de Tremouse me ha dicho que estaba usted al frente de una importante agencia, creo que es la *Agencia Celeritas*, y se cuida usted de hacer pesquisas para seguridad y en interés de las familias, ¿no es verdad?

— Sí... o mejor dicho, no... — repuso don Casto, visiblemente nervioso y eludiendo la respuesta. Luego exclamó de pronto:

— Doctor, le ruego que no me hable de esas cosas.

— Disculpámonos, querido don Casto — repuso Howey con benévola sonrisa, y añadió: — ¿Cómo es que usted, en general tan alegre y decidido, se muestra hoy tan taciturno? ¿Qué le pasa? Sin duda algún disgusto...

— Una viva contrariedad... mi mujer, mi querida Daisy, está en América para recoger una herencia, y como nuestro hijo adoptivo, un simpatísimo muchacho a quien hemos apodado el Sardinilla, está en estos momentos en Inglaterra educándose, me veo completamente abandonado y me creo digno de lástima.

— ¿Por qué no busca usted alguna distracción? — preguntó el médico.

— Ya lo he intentado, pero en vano.

Don Casto, cuyas pupilas brillaban con un fugitivo resplandor de alegría, prosiguió:

— Esta mañana, cuando venía a La Frondosa, he trabado conocimiento en el tren con una mujer encantadora, la baronesa de Apremont... hemos hablado mucho... La baronesa es amabilísima, ¿no la conoce usted, doctor?

— No, por cierto.

— La siento por usted, porque es sumamente bella... un tipo perfecto de la italiana ideal... la Gioconda y la Tisbea en una sola persona... Me ha invitado a tomar el té en su casa... Esta vez creo que me desaparecerá el tedio... Ya ha visto usted que cuando he llegado aquí venía de excelente humor... pero, apenas me he levantado de la mesa, me ha in-

vadido una tristeza incommensurable... ¡Ay, doctor!, estoy muy enfermo.

Howey replicó:

— No, don Casto, no está usted enfermo.

— ¿Pues qué es lo que tengo?

Sentenciosamente diagnóstico el doctor:

— Usted padece hipercatexia histero-mania.

— ¿Qué viene a ser eso? — preguntó sobresaltado el policía.

— Una forma muy interesante de la neurastenia.

— ¿Es grave?

— No; si usted se cuida, no es nada.

— ¿Y qué debe hacer?

— Le bastará a usted realizar algunos ejercicios especiales, tal como andar descalzo por la hierba húmeda, con preferencia a la luz de la luna..., o sea la reptación.

— ¿La reptación?

— Es decir, el arte de arrastrarse por el suelo con movimientos rítmicos que ya tendrá el gusto de enseñarle.

— ¿Y qué más?

— Nunca me cansaré de recomendarle que efectúe las danzas antiguas, en traje ligero...; prueba usted este tratamiento y estoy seguro de que antes de ocho días se habrán desvanecido sus ideas negras.

— ¿Cree usted? — dijo don Casto con cierto escepticismo.

— Se lo garantizo.

— Lo probaré, pues, doctor, y si no cura, le prometo que no le olvidaré en mis oraciones.

En el salón alzabase una voz joven, voz pura y cristalina que atacaba con exquisita arte los primeros compases de una melodía de Debussy. Howey dijo a don Casto:

— Vaya usted a oír cantar a Primerose; estoy seguro de que eso le sentará muy bien.

— Tiene usted razón.

Levantóse don Casto y encaminóse al salón, acompañado del profesor.

Este se detuvo a la puerta, siguiendo con la vista al director de la *Agencia Celeritas*, que al punto se colocó detrás del piano.

— ¿Cómo un caballero como el conde de Tremouse puede tener por amigo a semejante fanloche? — pensaba Howey.

Y deteniendo su mirada en Primerose, dijo entre dientes:

— ¡Pobrechillo!

Primerose se había dormido sonriendo. Nunca se había sentido tan feliz ni

nunca como aquel día comprendió la dulzura de vivir un sueño de amor que no tardaría en ser una exquisita realidad.

Cuando cerró los ojos resonaban aún en sus oídos las tiernas y apasionadas palabras de Rogelio, que la llenaban de infalible alegría. No tenía ya las visiones alucinantes que solían turbar su sueño; estaba convencida de que el genio malo había desaparecido para siempre y que ya no tendría ninguna sombra que empañase la claridad de sus queridas esperanzas.

Primerose descansaba, pues, en profundo y tranquilo sueño. Pero he aquí que pronto, poco a poco, casi insensiblemente, empezó a dar muestras de inquietud.

En tanto que sus párpados permanecían obstinadamente cerrados, el pecho se le levantaba lentamente con cierto esfuerzo y la respiración se volvía jadeante; largos suspiros acompañados de exclamaciones de terror inexplicable escapábase de sus labios temblorosos. De súbito, con los ojos repentinamente abiertos y con trágica fijeza, extendió Primerose los brazos hacia adelante, como si forcejeara con visiones que parecían trastornar todo su ser, y con voz ronca exclamó dificultosamente:

— ¡El genio malo! ¡Le veo! está ahí! ¡qué miedo, qué miedo! (Rogelio, Rogelio, a mí!)

Y volviendo a caer, como si una mano invisible le arrancara toda clase de pensamientos y toda noción de la vida, permaneció un instante tendida, postrada, inerte.

Mas de pronto levantóse de nuevo con la mirada extraviada, salió del lecho, y con gesto automático se puso una bata, y con paso de sonámbula salió del cuarto, empujada, guiada, dominada por una fuerza oculta que la doblegaba, por una voluntad misteriosa que había substituido a la suya.

Caminó alucinada al través de la casa silenciosa. Se detuvo ante una vasta biblioteca llena de libros de caras tapas, como si quisiera escoger un tomo; pero casi inmediatamente se volvió, y elevando un brazo en la dirección de la pared, basó a tientas. Creyórase que una voz interior le dictaba una orden absoluta y que pasiva y ciegamente ejecutaba un trabajo del que no podía librarse... Poco después detuvo la mano junto a un cuadro, a la altura de la gola.

Por lo visto, hizo maniobrar algún mecanismo practicado ingeniosamente en la pared, porque un tablero de madera resbaló sobre invisible runa y

dejó ver una excavación dividida en varios compartimientos y lleno de carpelus meticulosamente ordenadas.

Sin la menor vacilación apoderóse Primerose de un sobre amarillo muy voluminoso, en el cual se leían estas palabras:

*Plano del propulsor automático.*

Con una tranquilidad desconcertante, volvió a maniobrar el mecanismo secreto y quedó en su lugar el tablero; después, con el mismo andar de sonámbula, volvió a su cuarto, se llegó a la ventana, la abrió y dejó caer al vacío el sobre que acababa de coger.

Entonces un hombre que se ocultaba tras unas plantas corrió hasta los preciosos documentos que habían caído pesadamente al suelo, se apoderó de ellos y desapareció en la obscuridad.

Primerose cerró tranquilamente la ventana, y con el mismo paso automático y el mismo aspecto de aturrida tornó al lecho y se acostó apaciblemente. Al punto se cerraron otra vez sus ojos y una sonrisa asomó de nuevo a sus labios.

Y otra vez volvió al delicioso sueño antes interrumpido por la visión extraña.

Primerose dormía, como dormía momentos antes, tranquila y encantada, tan segura de sí como de los demás, con el corazón en reposo y la conciencia en paz, y de su boca, que se abrió como una flor, salieron angelicamente estas palabras de éxtasis:

— ¡Cuánto te amo, Rogelio!

#### IV

##### TERRIBLE ENIGMA

Después de despedirse de sus invitados, que les felicitaron efusivamente, los condes de Tremense, satisfechos de aquella velada, retiráronse a sus habitaciones.

En tanto que Blanca entraba de puntillas en el cuarto en que entre un verdadero nido de encajes descansaba Juanito y daba un beso maternal al niño dormido, Jaime penetraba en su lujosa despacho, alumbrado por una magnífica araña de cristal de Venecia.

Encaminóse a la nueva de escritorio y se disponía a arreglar unos papeles cuando se le escapó un grito.

En sitio muy visible, apoyado contra un clasificador de cobre, acababa de llamarse la atención un enorme sobre amarillo, en el cual, con letras grandes y lítila encarnada, se leían estas significativas palabras:

##### A JUDEX

Pasado el primer movimiento de sorpresa, el señor de Tremense cogió la extraña misiva, la abrió y leyó el texto siguiente, escrito con letra desfigurada:

*En el momento en que tanta gente se halla sumida en la desesperación y el llanto; en el momento en que seres infames realizan impunemente las más atroces maldades, ¿por qué Judex no vuelve a emprender su obra de justicia y redención?... ¿Por qué no acude en auxilio de los que padecen y lloran? ¿Es tan feliz Judex?*

A estas líneas no seguía firma alguna.

Después de leerlas atentamente, instalóse el conde de Tremense en una butaca y quedó pensativo, preguntándose a sí mismo:

— ¿Quién habrá escrito y traído aquí esta carta de frases verdaderamente solemnes, enigmáticas; y que de tan explícita manera me invita a erigirme en campeón de la justicia y del derecho, frente a esos Cazadores de Secretos cuyos siniestras hazañas nos ha contado el doctor Howey? Sea como fuere, el misterioso correspondiente no puede ser sino alguno que esté muy al corriente del drama en que representaba yo el principal papel el año pasado... Veamos... No pueden ser mis enemigos; nada he de temer de Diana Monti, ni de Morales, ni de Amaury de la Rochefontaine, ya que éstos se llevaron su secreto a la tumba, y aun cuando alguno de los escasos cómplices que empleaban en la ejecución de sus crímenes me hubiera reconocido, no se me revelaría para pedirme que haga la guerra a una asociación de asesinos y ladrones, sino más bien para hacerme pagar caro el precio de su silencio... Por consiguiente, no debo examinar por este lado mis investigaciones... ¿Favreau?... ¿Kerjean, acaso?... Los dos viven completamente aislados y sólo desean acabar sus días en el más completo olvido. Aquí, como en todas partes, excepto Blanca, Rogelio y don Casto, nadie sospecha que el conde de Tremense se llamase antes Judex... Ahora bien: Blanca anhela demasiado conservar la felicidad adquirida a tanto coste; Rogelio está sumamente enamorado de Primerose, y don

Casto no me parece muy dispuesto a las grandes aventuras; así, pues, no debo sospechar ni un solo instante de ninguno de ellos.

Y apoderándose del extraño mensaje, lo examinó con la mayor atención, al tiempo que balbucía:

—Indudablemente esto es muy raro.

Y pronto volvió a revivir en él, de modo irresistible, aquel pasado palpitante, formidable y trágico.

Tornaba a verse embazado en su capa, dictando la sentencia contra el asesino de un padre desdichado y verdugo de una madre ulcerada para siempre, y pensaba:

—Si... sería una hermosa tarea la de declarar la guerra a esos bandidos y dificultarles su odiosa obra; porque en estos momentos, como me lo escribe mi corresponsal anónimo, hay mujeres que lloran, hombres infortunados y familias desesperadas... y siempre es bueno y bello ayudar al que padece... Pero, en primer lugar, ¿por qué he de reemplazar yo a aquellos a quienes incumba el deber de perseguir, detener y castigar a los malvados?... No: *Judex* ha terminado su misión en esta tierra. Sólo le queda la de hacer felices a los que le rodean, protegerlos si están amenazados y amarlos con todo su corazón.

Y cogiendo la carta que había dejado sobre la mesa, dispónase a romperla, cuando se abrió subitamente la puerta del despacho y entró Rogelio, el cual, con la faz descompuesta y trastornada, corrió hasta su hermano pronunciando con voz ronca y ahogada estas palabras:

—¡Jaimé, acabo de presenciar una cosa espantosa!

—¿Qué sucede? —interrogó el señor de Tremouse, muy impresionado por la actitud y el lenguaje de Rogelio. Este replicó entre sollozos:

—¡Primerose me hace traidor!

—Eso es imposible!

—Te digo que Primerose me hace traidor... ¡Lo he visto con mis propios ojos!

Y acercándose a su hermano, que, invadido por extraordinaria agitación, parecía haber perdido por completo el juicio, dijo Tremouse:

—Vamos, tranquilízate y dime la verdad.

Rogelio, haciendo un esfuerzo, repuso con voz quebrantada:

Hace cosa de media hora, estaba yo asomado a la ventana e instintivamente contemplaba, a la luz de esta hermosa noche de verano, la mansión en que descansaba mi prometida, cuando, en medio

del césped que baja hasta el Sena, vi la figura de un hombre vestido de un modo extraño y que parecía entregarse a una serie de movimientos tan inexplicables como desordenados. Evitando el dar un alerta inútil, baje al porqué, me dirigí al misterioso individuo y reconocí en él a nuestro amigo don Casto, quien, un poco azarado al encontrarme, me dijo que estaba practicando un tratamiento que le recomendó el doctor Howey. Satisfecho con esta explicación, me volví a casa, cuando el ruido de un potente automóvil se dejó oír en la carretera. Nos acercamos a la verja y casi inmediatamente vimos pasar un lujoso carruaje a toda marcha, con los faros apagados, lo seguimos con la vista y observamos que paraba a unos quinientos metros de aquí, casi a la altura de la valla que separa el castillo de Arbois de la finca *La Française*; apesee un hombre y se alejó en la oscuridad. En aquel momento, aunque sin estar muy segura, tuve la impresión de que aquel individuo de aspecto poco tranquilizador intentaba introducirse en la propiedad de Milton... y ahora verás que tenía razón. Don Casto y yo nos preguntábamos lo que debíamos hacer. En esto oímos pronto un silbato dentro del parque que rodea la mansión de nuestro amigo. No había duda: los que se habían introducido en su casa eran verdaderos bandidos... ya no vacilamos, subimos inmediatamente por la alameda de los Olmos y entramos en casa de Milton por la valla blanca, esperando poder dar un grito de alarma o intervenir eficazmente en caso necesario. Y así, haciendo el menor ruido posible, llegamos al patio principal del castillo. No se veía ninguna luz en la casa, todo estaba silencioso; pero, de pronto, se abrió la ventana del despacho de Milton y se asomó a ella Primerose. Iba ya a lanzarme a ella, pero me detuvo: Primerose se asomaba como si se echase a alguno y poco después arrojó una carta que cayó en el suelo.

Entonces, el individuo que se ocultaba tras un bosquecillo de flores corrió hasta la carta, la cogió y se apresuró a marcharse, sin darnos tiempo para valzer de nuestro asombro. Refléxos Primerose del balcón y nosotros seguimos las huellas de los desconocidos; pero al poco rato perdimos la pista del misterioso personaje, y cuando volvimos a la carretera también había desaparecido el automóvil... Ahí tienes la atroz verdad, hermano mío: Primerose tiene una intriga y representa conmigo una comedia infame; me ama, ni me ha amado nunca...

¡Y qué bien me ha engañado al decirme que de noche suele ser presa de atroces pesadillas, de infernales visiones!

— ¿Cómo? ¿Te ha dicho?...

— Me ha dicho que un supuesto fantasma, un genio maligno la visitaba y la privaba de toda voluntad, quitándole también la facultad de pensar y todo su valor... ¡Ya ves si se ha burlado de mí!

— Acaba tu relato...

— Ya he terminado... ¡Y ahora que sabes lo que padecí, dime si no soy el más destruido de los hombres y si el caer de lo alto de tan hermoso sueño no es para perder la vida!

Jaime, que al tiempo que escuchaba con el mayor interés a su hermano conservaba toda su sangre fría, dijo gravemente:

— Tal vez no debes perder la esperanza...

— ¿Qué quieres decir, hermano?

— Déjame hacerte una pregunta.

— Habla, habla, por favor!

— Dime, ¿qué aspecto tenía el individuo a quien Primerose ha echado la carta?

— Apenas he tenido tiempo de verlo; pero tenía más apariencias de malhechor que de caballero.

— ¿Esa carta iba encerrada en un sobre muy grande?

— No lo sé; pero de lo que estoy seguro es de que era muy voluminosa y que debía pesar bastante, porque llegó rápidamente al suelo.

— Ya se a qué atenerme — dijo Jaime con una convicción impresionada. — Primerose no tiene ninguna intriga amorosa: todo lo que puedo decirte, porque estoy muy cierto de ello, es que los planes de James Milton acaban de ser robados por los *Cazadores de Secretos*.

— Los planes de James Milton! — repitió Rogelio en el colmo de la estupefacción. — ¡Entonces ese joven es cómplice de tan infames criminales, ha vendido a su bienhechor, a su padre adoptivo, al hombre a quien todo se lo debe y al que parecía querer y venerar con toda su alma!... Y eso es aún más abominable que el engañarme a mí, a su prometido!... ¡No, no, Jaime, eso es imposible!

— Pues te diré que así es — repuso enérgicamente el señor de Tremense.

— Conozco tu extraordinaria penetración y tu gran poder de deducción — dijo Rogelio; — sin embargo, ¿será po-

sible que Primerose sea un monstruo semejante de hipocresía y perversidad?

— ¿Y si fuera inocente?...

— ¿Inocente?

— ¿Por qué no?... Acabas de decirme, Rogelio, una cosa que me ha chocado mucho: que Primerose te ha confiado que suele tener alucinaciones, y que a veces le parece hallarse bajo el dominio de una voluntad que aniquila enteramente la suya.

— Eso dice.

— Pues bien: ¿quién nos dice que esa joven no ha obedecido a una sugestión criminal, y, por consiguiente, no es responsable del acto que le has visto cometer?

— Sí, Jaime, tienes razón: debe de ser, o mejor dicho, es inocente. ¡Un ángel como ella no puede ser un demonio!

— Así lo espero — balbució Jaime de Tremense, visiblemente conmovido; — pero necesito estar seguro de ello.

Jadante de desesperación, preguntó Rogelio:

— ¿Cómo descifrar semejante enigma?

— Yo me encargo de ello — dijo Tremense; y con voz grave, enérgica, que resonó en la habitación, prosiguió:

— Acabo de recibir una carta anónima en que se me pregunta por qué, en los momentos en que tanta gente se halla sumida en profunda desesperación, no vuelva a emprender Judex su obra de redención y justicia... ¡Pues bien, hermano! Por ti primera, por tu felicidad ante todo, y aun a trueque de comprometer la mía, acepto de nuevo la lucha; quiero saber y sabré cuál es el misterio que ha pasado anoche por esta casa, misterio que presiento formidable entre todos... ¡Rogelio, yo te devolveré tu amor y tu felicidad!... ¡Quiero que seas tan dichoso como yo, y te juro que lo serás!

— Te deberé más que la vida; pero sólo acepto con una condición.

— Déjale de condiciones, y mañana te diré lo que has de hacer, pero no digas una palabra delante de Blanca ni delante de nadie.

— Prometido — exclamó Rogelio estrechando afectuosamente las manos de Jaime, y añadió:

— Entretanto...

Judex, alzando arrogantemente la cabeza, soberbio de energía indomable y de sobrehumana nobleza, respondió:

— Entretanto, ¡esperad!...

## SEGUNDO EPISODIO

### EL ADIÓS A LA DICHA

1

INOCENTE...

Siguiendo su costumbre, James Milton bajó a las nueve de la mañana a su lujoso despacho que ocupaba la planta baja de uno de los salones del castillo de Arbols. Empezó a enterarse de las numerosas cartas acumuladas en su mesa, cuando, de pronto, sonó el timbre del teléfono. Cogió el americano el aparato y escuchó. Inmediatamente su rostro reflejó la más viva satisfacción: después de mover afirmativamente la cabeza dijo:

—Cauenido, señor jefe... Esta tarde, a las tres, estaré en el ministerio con los planos del propulsor... ¡Muchas gracias y hasta luego!

Y colgando de nuevo el aparato, llamó al timbre eléctrico.

Momentos después entró un hombre de treinta y cinco a cuarenta años, de fisonomía grave, mirada luminosa y correctísima actitud.

—Querido Wilbur — exclamó el inventor, — tengo que darle una buena noticia. Esta tarde nos esperan en el ministerio de Marina.

—Mi enhorabuena — dijo el secretario, estrechando la mano al inventor, — créame que me alegro mucho de su triunfo.

—Triunfo en el que tiene usted gran parte, pues ha sido mi constante colaborador... Créame que no lo olvidaré, querido Wilbur; ya que ha tomado usted parte en los trabajos, habrá de tenerla también en los honores.

—Ninguna recompensa vale para mí más que su amistad, señor Milton.

—Esa ya la tiene usted por completa.

—Lo sé y de ello me vanaglorio.

—Antes de contestar la correspondencia, creo que deberíamos pasar una última revista a los planos que hemos de entregar al ministro. ¿Quiere usted traerme los?

—Con mucho gusto.

Wilbur se encaminó al escondite practicado en el maderamen e hizo funcionar su mecanismo, y después de examinar largo rato los estantes repletos de carpetas, balbució:

—¿Qué extraño!

—¿Qué sucede? — preguntó Milton.

Wilbur prosiguió, como si hablara consigo mismo:

—Los planos estaban encerrados en un sobre amarillo.

—Sí, eso es — dijo el padre adoptivo de Primeressa — usted mismo los dejó ayer por la mañana en el estante superior.

—En efecto, lo recuerdo...

—¿Pues entonces?...

Wilbur Osborn, que se había quedado muy parado, declaró:

—No están.

—¿Qué dice? — exclamó el inventor, corriendo a reunirse con su secretario.

Rápida y nerviosamente, iban revolviendo los montones de documentos, suponiendo que el precioso sobre se habría escurrido entre dos carpetas, pero no encontraron nada, absolutamente nada. Los planos del propulsor automático habían desaparecido.

Acordándose entonces de la prudencia que le recomendaba la víspera el doctor Howey, James Milton exclamó, temblando de cólera y de angustia.

— ¿Habrá entrado aquí los *Caraduros de Secretos*?

Pero casi inmediatamente se repuso.

— No es posible... En primer lugar habría señales de fractura y no veo ninguna; además, no es fácil entrar en una casa tan bien guardada como la mía sin llamar la atención de los ayes o de los criados. Y por último..., por último...

El señor Milton se detuvo.

Sus ojos, llenos de espanto, se posaron en Wilbur Osborn, que, visiblemente desconcertado, inclinaba la frente y los hombros, pronto a hundirse bajo el peso de la acusación que presentaba, y el americano articuló con voz lenta estas terribles palabras:

— Wilbur, sólo tres personas conocemos este escondite, el señor de Tremense, usted y yo.

Ante estas palabras, Wilbur se estremeció y bajó la cabeza.

Milton añadió, implacable, amenazando con el dedo a su secretario:

— Ya estoy fuera de duda..., el señor de Tremense se halla por encima de toda sospecha... Por consiguiente, no queda más que usted...

— ¿Yo?

— Sí — dijo el americano; — el ladrón es usted.

— Señor Milton!

Arrastrada por un furor que iba en aumento, prosiguió James Milton:

— ¡Y yo que hace un momento le pedí las muestras de mi agradecimiento y mi cariño!... ¡Yo que creía en usted como en mi mismo!... ¡Me ha hecho usted traición, Wilbur, me ha engañado inmolablemente y, con seguridad, por dinero, ¿no es eso?... Pero, desgraciada, si creía usted que no ganaba lo bastante en mi casa, ¿por qué no decirme!... ¡Acaso le he negado yo algo? ¡Esto es horroroso! ¡Si no me confuiera creo que le mataría en el acto! ¡Miserable, miserable!

Y asiendo a Osborn por el cuello, le dijo, agitando furiosamente:

— ¿Qué ha hecho usted de mis planos? Responda: ¿qué ha hecho usted?

El infortunado secretario se dejó caer en un sillón y exclamó:

— Le juro que soy inocente.

— No le creo.

— ¿No le bastan diez años de trabajo en común para conocerme?

— ¡Basta de palabras inútiles! No pretenda engañarme ni enternecerme. Cuan-

do le digo que ha sido usted es porque no puede ser otro.

— Señor Milton — dijo Wilbur, con acento de indudable dignidad, que seguramente hubiera chocado al inventor, si la cólera no le obscurecía. — reconozco que todas las apariencias me acusan... Usted me condena sin querer oírme; pero acuérdesse de lo que le voy a decir: tarde o temprano se sabrá la verdad, tarde o temprano se conocerá al culpable, y entonces, señor Milton, llorará usted lágrimas de sangre por haber sacrificado a un hombre que hubiera dado gusto a su vida por usted, y que le quiere tanto, que hasta le perdona el mal que le está usted haciendo.

No oyó James Milton este llamamiento. En tanto que su secretario hablaba, él cogió el teléfono y después de pedir un número, dijo:

— ¿Es usted, señor Desrieux?... Haga el favor de darme al cabo de gendarmes que venga inmediatamente al castillo de Arbois... Luego les diré lo que ocurre... ¡Gracias!

— ¿Por qué manda usted venir los gendarmes, papá?

Acercándose a Primerose, que acababa de asomarse a la puerta, replicó James Milton, señalando a su secretario:

— ¡Para prender a ese bandido!

— ¿Prender a Wilbur? — repuso Primerose. — No puede ser, padre.

Y quedóse un instante silencioso, mirando alternativamente con sorpresa a su padre adoptivo y al desgraciado Osborn, que le parecía un pobre ser agonizando. Y muy conmovida prosiguió:

— ¿Pues qué ha hecho?

El inventor contestó secamente:

— Me ha robado los planos del propulsor automático.

Mientras Wilbur hacía el último ademán de protesta, la prometida de Rogelio de Tremense declaraba espontáneamente:

— ¡Eso no es posible!

— Así quisiera yo creerlo — dijo James Milton, — pero no pueda.

Wilbur se tapó el rostro con las manos.

Con profunda y verdadera compasión, acercóse a Primerose y con voz dulcísima le dijo:

— Wilbur, no puede ser que haya hecho esto.

El secretario dejó caer las manos sobre sus rodillas. Primerose estaba a su lado, y al sentirse acariciada a la vez por la mirada y las palabras de la joven, experimentó la súbita impresión de que le llegaba un socorro inesperado y sobrenatural: un pequeño destello de esperanza.

iluminó la horrible obscuridad que le rodeaba y exclamó inconscientemente:

—Sí, señorita Primerose... ¿verdad que soy inocente?

## II

## GUILPAHE

Llamaban a la puerta del despacho. Era un lacayo que iba a anunciar a James Milton que don Rogelio de Tremouse y don Casto desahaban hablarle para un asunto urgentísimo.

—Que pasen esos señores — dijo el americano, sorprendido por tan matutina visita.

Y saliendo al encuentro de los recién llegados, los saludó en estas términos:

—Caballeros, no he querido hacerles esperar... pero no les ocultaré que en estos momentos me encuentro en muy mal estado de ánimo; han ocurrido cosas...

Y como Rogelio y don Casto cruzaban una rápida mirada de inteligencia, añadió Milton:

—Después de todo, no tengo motivos para ocultarles la verdad, y menos a usted, querido Rogelio, que tiene más derechos que nadie a mi confianza. Acabe de enterarme de que mi secretario me ha robado los plumes del propulsor automático.

Rogelio y el policía privado, incapaces de contenerse más tiempo, exclamaron a una:

—¿Qué dice usted?

—Digo — repuso el inventor — que Wilbur Osborn es un miserable y que estoy esperando a los gendarmes para que le preselan.

Rogelio, apelando a toda su sangre fría y procurando dominar la emoción que le invadía, replicó al momento:

—Señor Milton, antes de consumir la deshonra de este hombre, ¿quiere usted permitirme que le diga dos palabras, en particular, a Primerose?

—¿A Primerose? ¿Por qué? — preguntó Milton, muy extrañado de la turbación que se iba apoderando de Rogelio, y que parecía también invadir a don Casto.

El joven, visiblemente turbado, titubeaba para responder. Y entonces, al director de la Agencia Celeritas, dijo el americano:

—Señor Milton, un momento de paciencia... Déjenos a nosotros; creo que se arreglará todo.

—¿Arreglarse toda? — repitió el americano, mientras Wilbur Osborn dirigía una mirada de gratitud y esperanza a los que veía ya como sus salvadores.

Primerose, que empezaba a sentirse rodeada de una extraña atmósfera de drama, acercóse a Rogelio. Sus ojos cándidos y puros le interrogaron si pronunciara ella una palabra... y Rogelio los contemplaba, sin atreverse tampoco a hablar y como si le dirigiera un adiós desgarrador y eterno.

Primerose le cogió la mano, le condujo a un gran ventanal que daba al parque, y le preguntó, al tiempo que su corazón palpitaba con más fuerza que de costumbre:

—Rogelio, necesito que me tranquilice... Desde hace un rato me parece que ronda en torno mío el genio malo de que ya le he hablado... El robo de esos plumes... la acusación lanzada contra Wilbur, cosas son que me han hecho ya mucho daño... De pronto, aparece usted, y me figuro que renace en mí la felicidad; pero al momento, apenas ha hablado usted, se me antoja que su voz está cambiada y que sus ojos abrigan muchas lágrimas...

Y, sin embargo, nos amamos... Supongo que desde ayer, que nos separamos tan tierna y santamente una de otro, no habrá empañado la flor de nuestro amor ninguna sombra impura. Rogelio, ante todo, dígame que sigue amándome!

—Primerose — dijo el hermano de Julex, — nunca la he amado tanto como ahora.

Y como en aquel momento se iluminaba de nuevo con un rayo de divina alegría el rostro de la doncella, añadió Rogelio:

—Primerose, en nombre de ese amor le ruego encarecidamente que no deje acusar más tiempo a este inocente.

—¿Qué quiere usted decir? — replicó la hija adoptiva de Milton con un acento de candor que hubiera desarmado al inquisidor más fiero.

—Esta noche se ha cometido un robo aquí, en el despacho de Milton.

—Ya lo sé.

—Y se acusa como autor a Wilbur Osborn.

—¿Ay!

—Pues bien, Primerose: el autor de ese robo no es él.

—¿Más vale así?

Y Rogelio añadió entre sollozos:

—No es él, puesto que es... usted.

—¿Yo!

—¿Sí, usted!

Primerose permanecía inmóvil, blanca, helada.

No profirió un grito de protesta ni hizo el menor movimiento de cédula; limitase a mirar a su prometido con ojos que revelaban infinito estupor.

El joven quedó tan impresionado, que se apoderó de la mano de la poltrella, que estaba tan fría como la de un cadáver. Y en vista de que Primerose continuaba en silencio, prosiguió:

— Tiene usted ante sí un hombre que padece como nadie haya podido padecer en el mundo... Escúcheme bien... Anoche la vi, como la estoy viendo ahora, asomarse a la ventana de su cuarto y arrojar a un desconocido un sobre pesado.

— No es posible! — interrumpió Primerose, volviendo de pronto a la realidad.

— Primerose!...

— Le juro que no he salido de la cama en toda la noche.

— ¡Y yo le juro que la he visto a usted!... Si hubiera estado sola, tal vez abrigase la esperanza de haber sido objeto de una alucinación; pero conmigo había alguien.

— ¿Quién?

— Don Casto.

— ¿Y me ha visto también él?

— La ha visto.

— Una vez más, Rogelio, le repito que no he dejado el lecho en donde me dormí pensando en usted.

— Y yo le repito que es usted quien ha entregado a unos desconocidos los planos de James Milton.

— ¿Qué locura! ¿Cómo puede creerse culpable de semejante infamia? — exclamó Primerose, apretándose la frente, por la que corrían algunas gotas de sudor; y con movimiento impulsivo se acercó a James Milton y, jadeante, le preguntó:

— ¿Sabe usted de qué me acusan; padre? De haber robado sus planos... Y lo que es aún peor, ¿sabe usted quién me acusa?... Pues Rogelio... Rogelio de Tremense... Mi prometido, a quien amo con toda mi alma... ¡Esto es horroroso!... ¡No, no creo que sea posible padecer más cruel suplicio!

Medio sofocada se fué a caer en brazos del americano, que dijo a Rogelio:

— ¿Se atreve usted a suponer que mi hija?

— Señor Milton — interrumpió el hermano de Judex, con una firmeza rayana en heroísmo, — nos rodea un misterio que, por el honor y la dicha de todos, tenemos el deber de aclarar inmediatamente... En estos momentos me encuentro en el dilema más terrible que puede usted imaginarse, y que consiste en dejar

condenar a un inocente o acusar a quien amo sobre todas las cosas y por quien sacrificaría cien vidas. Así y todo, debo decir la verdad.

— ¡Hable! — ordenó el americano.

Y Rogelio dijo al policía:

— Cuéntele usted todo, don Casto, que a mí me falta valor.

En términos discretos hizo don Casto el relato de la aventura que había presenciado la noche aquella en compañía de su amigo Rogelio.

En tanto que hablaba y que las facciones dolorosamente contrahidas de Wilbur se animaban, el rostro de James Milton iba adquiriendo una expresión de cruel dolor.

En cuanto a Primerose, apartándose de los brazos de Milton, se fué vacilante hacia Rogelio de Tremense, exclamando:

— ¡Dígame que no es cierto! ¡Dígame que todo eso es falso!

— ¡Juro que don Casto ha dicho toda la verdad!

Y entonces, en tanto que Wilbur Oshorn respiraba con desahogo, como si se librara de una odiosa pesadilla, Primerose, alocada, se refugió de nuevo en brazos de su padre adoptivo; pero éste exclamó severamente:

— ¿Pero has hecho?

— ¡No, no, no es verdad!

Hubo una pausa, uno de esos silencios que hacen presentir lo que puede ser una eternidad de dolor, tras el cual exclamó Primerose:

— Si, sí, ahora comprendo... estoy muy cierta... el genio maligno...

— Si — exclamó Rogelio, acribillada por la flecha que le abrasaba, — sí, Primerose, es el genio maligno...

Y convirtiéndose de acusador despiadado en defensor entusiasta y enloquecido, añadió:

— Ahora ya no tengo cuidado... Si he hablado de ese modo, si he procedido con una franqueza que la misma Primerose me agradecerá, no ha sido únicamente para disculpar a un inocente, sino para salvar a dos. Porque en estos momentos estoy seguro de que Primerose no es culpable, ni Wilbur tampoco... Si ella ha ejecutado un acto infame, del que la Providencia ha querido que fuera yo testigo, es porque una fuerza invencible la dominaba hasta el punto de convertirla en instrumento ciego e inocente de un crimen abominable... Y yo que he recibido sus confidencias, Primerose, yo que he leído en su corazón, yo que ahora más que nunca no pueda tener la menor duda acerca de usted, yo que la consideraba y la sigo considerando como la criatura más

buena y pura, apelo a su padre, tan cruelmente atorado, a Wilbur Osborn, de quien tan injustamente se ha sospechado, para que nos ayude a hacer toda la luz posible sobre este drama que acaba de trastornar toda nuestra existencia.

Y a su vez, Rogelio se acercaba a su prometida, la cual, pálida, con los ojos brillantes, con extraños resplandores, le rechazó bruscamente, diciendo:

— No, no, déjeme!

Y se encaminó a la puerta, añadiendo con terrible acento:

— Ya sé lo que debo hacer.

Pero James Milton le cerró el paso, exclamando:

— ¿Luego, eres culpable?

— ¡Señor Milton! — exclamó Rogelio.

El americano presiguió con asperza:

— Rogelio, después de haber acusado a su amada, como lo exige el honor, la ha defendido usted, como el amor ordena; ha obrado usted como perfecto caballero y se lo agradezco; pero, por mucho que me duela la abominable decepción que viene a sumarse a todas las pruebas que he padecido, no me falta juicio para apreciar en su justo valor las revelaciones que acabo de oír... Desgraciadamente soy demasiado realista y hasta demasiado materialista para creer en los fenómenos pseudocientíficos que suponen que un espíritu libre puede ser jugueta de una voluntad superior; no creo en las sugerencias y siempre he negado los fenómenos del hipnotismo. Si, como usted dice y como de ello estoy seguro, Primerose ha llevado a cabo la vergonzosa acción que por poco tiene que expiar el pobre Wilbur, lo ha hecho porque ha querido, y a mi vez le digo que sé lo que debo hacer.

Primerose no respondió más que por un sollozo, intentó salir de la habitación, mirando a todos, y al ver que Rogelio se le acercaba, exclamó:

— ¡Rogelio, le prohibo a usted que me siga!... Mis temores se han realizado... Los malos influencias que sentía en mí se han despertado, desarrollándose a tal extremo que, desde ahora, es imposible toda relación entre usted y yo, porque yo le arrastraría conmigo al abismo que siento abierto a mis pies... y eso no lo quiero, ¡me aye usted! No lo quiero de ningún modo... ¡Adiós, Rogelio! ¡Y adiós todos!... ¡Adiós, adiós!

Y salió corriendo, profiriendo un grito de dolor y de desesperación.

Rogelio quiso ir tras ella, mas James Milton le retuvo, diciendo:

— Déjala, porque es culpable.

— ¡Señor Milton!

— Sí... si fuera inocente, ya se habría echado en brazos de usted.

— ¡Si fuera culpable! — dijo acaloradamente Rogelio — se hubiera postrado a sus plantas!

— ¿Y quien se atreve a decir que Primerose es culpable? — exclamó de pronto una voz sonora.

— ¡Mi hermano! — dijo Rogelio, corriendo hacia Jaime de Tremeseur, que acababa de surgir en la puerta.

Y abarcando con una mirada de águila a Rogelio, Milton, don Casto y Wilbur Osborn, Judex, que nunca se había mostrado más arrogante ni más sereno, añadió con la suprema autoridad que emana de todo su ser:

— Y ahora, señores, hablemos...

### III

#### EL ORNIO DEL MAL

Era una mansión particularmente extraña aquella ocupada por la baronesa de Aprement, viuda de un rico propietario de minas de estaño de Indo-China, y en la cual se había instalado a la muerte de su marido.

Por fuera, la casa, situada en la calle de Musset, al fondo de Auteuil, parecía mucho más una de esas casitas de campo habitadas por burgueses que el palacio de una señora elegante y adinerada.

Sin embargo, cuando, después de cruzar un redarido jardín y subir una pequeña escalera se llamaba a la puerta, que siempre venía a abrir una doncella de graciosa sonrisa, la satesala producía una impresión de refinado lujo, de suma comodidad. Una rápida visita al salón, decorado suntuosamente y plagado de objetos de arte, revelaba en la dueño de la casa una verdadera artista y una perfecta mujer de mundo.

Pero al, levantando indiscretamente una espléndida cortina, se dirigía una mirada escrutadora, quedaba uno extremadamente sorprendido.

En efecto, en vez de un comedor de aparadores cargados de plata y porcelanas o del tocador lleno de comodidades que uno suponía hallar, se tropezaba con un vasto despacho repleto de mapas, de libros, carpetas, clasificadores, máquinas de escribir de diversas marcas, aparatos

telefónicos de distintas formas: en una palabra, un despacho de hombre de negocios moderno y realmente atareado.

En aquel barrio a nadie extrañaba aquel género de vida, tan singular, tratándose de una mujer de mundo que al atractivo de una belleza extraordinaria y a la nobleza de un apellido muy francés unía todas las apariencias de una posición social bien consolidada... Había para ello varias razones.

La baronesa recibía escasísimas visitas. Era muy reservada y no hablaba con nadie, pero como pagaba puntualmente a sus proveedores, como daba buenas propinas y como su servidumbre, compuesta de una cocinera, el chófer y una doncella, era sumamente discreta, pudo librarse de los chismes y habladurías del vecindario.

Habiéndose levantado muy temprano, como todos los días, estaba ya trabajando la baronesa de Apremont, y en aquel momento sacaba muy cuidadosamente un sobre amarillo bastante voluminoso, cuando de pronto sonó a su lado un silbido.

La baronesa cogió un tubo acústico colgado a lo largo de la mesa, y después de apoderarse al oído preguntó:

— ¿Eres tú, Ojazos?... Te estaba esperando.

Momentos después una joven, con mucha cultura y aspecto de estudiante extranjera, con la faz iluminada por hermosos ojos negros, inteligentes y perversos, aparecía con una cartera bajo el brazo y un cigarrillo en los labios.

Estrechando con afectada brusquedad la mano que la baronesa le tendía, preguntó mordazmente:

— ¿Tienes los planos de Millon?

La baronesa de Apremont alzó a la intrusa el sobre que acababa de sacar y se limitó a decir:

— Aquí están.

— Perfectamente — dijo la Ojazos, guardando el sobre en la cartera.

En esta sonó el timbre del teléfono colocado sobre la mesa de la baronesa. Esta asió el aparato y escuchó. Después de haber dicho por el receptor está bien, añadió:

— Amiga mía, tengo el gusto de anunciarte que *El* nos espera ahí.

— Otra vez? — refunfuñó la Ojazos.

— Bien sabes que tratándose de *El* no se puede titubear... Abaja tengo el coche. Voy a ponerme el sombrero y salimos en seguida.

Momentos después, ambas mujeres, instaladas en un soberbio automóvil, corrían a toda velocidad por la carretera de París a Fontainebleau y se in-

ternaron en una estrecha alameda. Apesáronse luego y penetraron en medio de la selva.

No bien hubieron recorrido cien pasos, cuando surgió ante ellas un individuo de extraño aspecto, vestido miserablemente, cubierto con una gorra muy grande, hombre de barba hirsuta y cuyo ojo izquierdo iba tapado con una venda negra que le ocultaba media cara.

No pareció asustar este encuentro a las dos aventureras.

El desconocido les dijo con voz gangosa:

— Señoras, Remigio el Tuerto les ruega que le dispensen el volver a molestarlas; pero se trata de un asunto extraordinariamente grave y urgente... Escuchennas bien... Esta mañana se ha enterado Millon de que le habían robado los planos; empezó por acusar de ello a su secretario, y hasta se dispuso a mandarle detener, cuando Rogelio de Tremese, acompañado de un tal don Casto...

— Le conozco — dijo la baronesa de Apremont con irónica sonrisa.

— ...Han llegado al castillo de Arbois y han declarado que habían visto a la señorita Primerose, hija adoptiva de Millon, echar por la ventana de su cuarto un sobre lacrado a un individuo que se dio buena prisa en huir... Lo cual es perfectamente exacto. Después de esto, Primerose ha prorumpido en gran llanto. El conde Jaime de Tremese, hermano de Rogelio, un personaje — y sea dicho entre nosotros — que me parece aficionado a meterse en lo que no le importa, según he sabido por varios casos que luego les contaré, ha llegado al castillo, en donde ha habido un gran conestabulado entre Millon, Judex, su hermano, don Casto y Wilbur Osborn, durante el cual éstos se han trazado un plan de campaña cuyo objeto es, primero, aclarar el caso de Primerose, y segundo, encontrar los planos del propulsor.

— ¿Cómo ha podido enterarse de todo esto? — le preguntó la Ojazos; a lo que replicó Remigio el Tuerto:

— No tengo más que un ojo, pero éste lo ve todo.

Y al momento añadió:

— No sé qué medios empleará esa gente para conseguir su objeto...; lo importante es que nos apresuremos nosotros y les preparemos una buena jugada... Don Jaime de Tremese, o, mejor dicho, Judex, quiere declarar la guerra a la Casa de las Secretas... ¡Pues bien! No tardará en saber quién es Remigio el Tuerto!

No bien hubo terminado estas pala-

bras, se oyó a poca distancia un silbido agudo.

— ¡La señal! — dijo el Tuerto. — Vengan taleses conmigo, señores, que va a empezar la comedia.

Y Remigio, acompañado de la baronesa y de la Ojazos, se internó entre frondosos árboles.

— ¿Quién era ese personaje extraño, misterioso y clínico, que se daba a sí mismo el apodo del Tuerto?

— ¿Sería el jefe de aquellos *Cazadores de Secretos*, en cuyo nombre acababa de declarar la guerra a Jaime de Tremese?

— ¿Sería acaso el genio maléfico que atormentaba a Primerose durante sus espantosas pesadillas?

...

Al salir del despacho de su padre adoptivo, Primerose, como acababa de contar Remigio el Tuerto a sus dos cómplices, subió a su cuarto y se encerró en él.

Dejándose caer en un diván, y dando libre curso a sus lágrimas, permaneció así un buen rato, como aplastada por el peso de la catástrofe que se abatía contra ella.

Acusada de un crimen abominable por aquel con quien la víspera había cambiado las más sagradas promesas de amor, no pudo menos de rendirse a la evidencia, y la evidencia era atroz...

Rogelio no podía mentir ni engañarse. Inconscientemente, pero efectivamente, ella había arrojado los planos a un desconocido, haciendo así traición a su bienhechor, demandada por una valentía que reemplazaba por completo a la suya.

A pesar de la sinceridad con que había afirmado su inocencia, no sólo vio que su padre adoptivo no quería creer sus desesperadas protestas, sino que comprendió que Rogelio, a pesar del ardor que mostraba en defenderla, tenía en el fondo del corazón amargas dudas; y esto era más de lo que podía soportar la pobre muchacha.

Inevitablemente de nuevo las terribles dudas que tan cruelmente la habían turbado otras veces...

Va no tenía el temor, sino la certidumbre, de que, maldita al nacer por alguna tenebrosa potencia del mal, no podría ser en esta vida sino una sembradora de dolores y lágrimas y que estaba marcada por una fatalidad de la que sólo podría librarla la muerte.

Y como le parecía que junto a ella se agitaba el genio maléfico, Primerose, an-

tes que sufrir de nuevo tan terrible tortura, resolvió acabar de una vez.

Tranquilizada por este pensamiento de suprema liberación, al tiempo que segura de su corazón y de su alma, se levantó y se fué a un pequeño escritorio, donde escribió una carta breve y la cerró poniendo en el sobre la dirección de su padre, tras la cual se fué por una puerta que daba a una escalera excusada, por donde salió inmediatamente a una alameda desierta.

Momentos después abrió una puertecita que daba a la orilla del Sena, y con paso decidido y rápido siguió por la orilla del río, dirigiendo, de cuando en cuando, una mirada a las aguas.

De pronto se oyó este grito:

— ¡Hermanita!

Primerose se estremeció.

Tenía en sus brazos a Juanito, vibrante de alegría.

— ¿Qué haces aquí, hijo mío? — le preguntó la joven.

— Estoy dando un paseo con Julieta — dijo el niño, mostrando a una niñera que se hallaba a poca distancia.

Y al momento añadió:

— ¿Y tú?

Primerose palideció y con gran esfuerzo repuso:

— Yo también me paseo.

— ¿Quieres que vaya contigo?

— No, hey no... Necesito estar sola, porque me encuentro mal, muy mal.

— ¡Pobre hermana mía!

Frente a tanto dolor y bondad, Primerose sintió asomar dos lágrimas a sus ojos.

— ¿Lloras? — preguntó Juanita.

Primerose se desprendió del niño y echó a correr diciendo:

— ¡Adiós, adiós! ¡No me volverán a ver!

El chiquillo quiso seguirla, pero Julieta, que nada había oído, le cogió diciendo:

— Vámonos, Juanita, hay que dejar a la señorita Primerose... Además, es hora de volver a casa y no quiero que me riña la señora condesa.

El niño, turbado, pero sin comprender una palabra, dirigió una última mirada a la que él llamaba su hermanita, la cual había ya desaparecido.

Primerose corría, corría desesperada, enloquecida, y no se detuvo hasta llegar a una presa que cruzaba parte del Sena, miró en torno suyo y vio que estaba sola... Entonces se adelantó al centro del dique y contempló el agua que se arremolinaba entre las intersticios de las esclusas y se le escapó esta frase:

— Por ahí desapareceré inmediata-

mente y esto es preferible. Así acabaré antes.

Se arrodilló, no para orar, pues temía que, al implorar a Dios, éste le ordenara vivir; únicamente pretendía, al dar un supremo adiós a la dicha, contemplar la tumba que la llamaba para siempre... De pronto profirió un grito... Allí, allí, en la orilla, entre las hojas del matorral, vió brillar un punto luminoso, ardiente, que la miraba..., que la seguía... y no la dejaba, que la atravesaba, devorándola y matándola... Y entonces cayó de espaldas, con el rostro descompuesto por el espanto, y se desmayó, balienciando:

— ¡El genio del mal!

## IV

## JUDex

— Amigo Jaime, recomiende usted a su hermano que no se desespere — dijo don Casto, mostrando al pobre Rogelio, que lloraba dando muestra de un vivo y profundo dolor.

Y al momento el director de la Agencia Celeridos prosiguió:

— ¿Sabe usted lo que me decía hace un rato, cuando volvíamos a *La Frontera*?... Voy a repetírselo, porque es un secreto que no debo guardar, me decía: ¡Con tal que Primerose sea inocente!

— De modo que tú también dudas? replicó Judex con voz grave y armoniosa.

— No sé qué pensar! — dijo Rogelio con desaliento.

— Querido don Casto — dijo el mayor de los Tremense, — ¡quiero hacer el favor de dejarnos un rato, pues tengo que hablar a solas con mi hermano?

— Con mucho gusto — repuso el excelente policía.

Al quedarse solos ambos hermanos, cruzaron una larga mirada.

Jaime se levantó y dijo con acento de cariñosa reproche a su hermano:

— Apenas hemos comenzado la lucha ¿y ya te desesperras?

— ¡Padezco tanto!

— El dolor debería estimularte en vez de abatirte.

— ¡Es tan horrible esto!

— Lo sé; también yo he padecido por ello... pero dominale, cobra ánimo, porque necesitarás todas tus fuerzas físicas

y morales... Para mí, Primerose es inocente... No creas que te lo digo para tranquilizarte, sino porque estoy plenamente convencido de ello... La principal es descubrir quién la induce a obrar... En ello me ocupo, y creo que le conseguiremos pronto.

— ¿Sospechas de alguien?

— Podría ser.

— Dímele...

— Todavía no tengo más que indicios, y mi norma es no hablar hasta tener certidumbre...

— Pero ¿esperas triunfar?

— Hago más que esperar: estoy segurísimo.

— ¡Hermano!

— ¡Silencio! Alguien viene. ¡Adelante!

— dijo el conde.

James Milton apareció con el rostro descompuesto.

— ¿Qué más ocurre? — preguntó al momento Jaime de Tremense.

— ¡Lea usted! — repuso el americano, presentándole una carta arrugada.

Judex la cogió y leyó en alta voz:

*Soy inocente; pero paxto que usted me cree culpable, me marcho de su casa. Si se entera de mi muerte, tenga la seguridad de que habré muerto bendiciéndole.*

PRIMEROSE

En tanto que estas palabras desgarradoras arrancaban a Rogelio una exclamación de dolor, Judex, muy dueño de sí, como siempre, preguntó al americano:

— ¿Quién le ha entregado esta carta?

A lo que contestó Milton:

— Hace un rato, al separarme de usted, y siguiendo su consejo, subí al cuarto de Primerose; estaba vacío y al momento he visto que había huido por la puerta que da al lodador y que yo creía condenada... Luego, sobre su mesa, en sitio muy visible, he encontrado esta carta, y en cuanto la he leído he corrido como un loco, llamando a mi hija con todas mis fuerzas; pero Primerose había desaparecido. He venido aquí para ver si se había refugiado en *La Frontera* y tampoco está... ¿Quién sabe si a estas horas habrá ejecutado su siniestro proyecto... Sería horrible, porque esta carta, después de cuanto usted me ha dicho, me parece un grito supremo de sinceridad y desesperación, y las dudas que tenía han desaparecido por completo... Creo, como usted, en la fatalidad, en el genio del mal... ¡Ay! ¿Por qué habré acusado a esa desdichada?... ¿Qué mal he hecho en no es-

cuchar a usted, Rogelio, pues tenía usted razón! Y también proclamo yo que Primerose es inocente... y, con mi estúpida cólera, tal vez la haya matado ya... ¡Esto es horrible!

— Milton — dijo Judex, — no hay que perder un momento: vamos inmediatamente en busca de Primerose; quizá podamos salvarla aún.

Los tres hombres salieron, y cuando bajaban la escalera que conducía al parque se encontraron con Juanito, que venía de la mano de la criada y lloraba a lágrima viva.

— ¡Qué tison, hijo mío! — le preguntó amablemente el conde.

La sirvienta se creyó en el deber de explicar.

— Es un capricho... Juanito quería ir a pasearse con la señorita Primerose.

— ¡Cómo! — exclamó Judex. — ¿Han visto ustedes a Primerose?

— Inmediatamente replicó el niño:

— Sí, papá, cerca por la orilla del agua, hacia la presa, y no ha querido llevarme consigo; además, me ha dicho que no valdría a verla nunca.

No quise oír más el señor de Tremese. Segundo de Milton y Rogelio, corrió al Sena, presintiendo el espantoso drama que tal vez se habría desarrollado ya.

Sabía a una canoa automóvil que tenía allí para sus paseos y que estaba atracada a la orilla, y poniendo al punto el motor en marcha empezó a explorar el río en la dirección que le había indicado Juanito.

No tardaron en llegar a la presa donde momentos antes se había desmayado Primerose... El dique estaba desierto...

— ¿Se habrá consumado ya la desgracia?

Sin atreverse a pronunciar una palabra ni a cambiar la mejor impresión, bajaron de nuevo por la orilla del Sena en el sentido de la corriente, con la esperanza de hallar algún indicio.

Mas, pronto, el mismo espanto hizo estremecer a los tres.

Ante ellos, enganchada a un tronco de árbol que flotaba en el agua y que por lo visto la impedía irse a pique, vieron una forma blanca que a medida que se acercaban a la lancha iba precisándose.

En pocos segundos llegó la embarcación a donde estaba la siniestra figura.

Era evidentemente un cuerpo humano, envuelto en una espesa bata que no dejaba ver el rostro.

Paró la barca.

En un abrir y cerrar de ojos subieron a bordo la masa inerte... Fue aquel un momento de trágica angustia. Milton,

Rogelio y el mismo Judex no se atrevían a levantar el velo que le tapaba la cara, por no temer que hallarse ante una realidad irreparable.

Por último se decidió Judex; súbitamente apartó la ropa...

— ¡No es ella! — exclamaron a una Rogelio y Milton, sorprendidos y tranquilizándose.

En efecto, era don Casto, el excelente director de la Agencia Celeritas, que, pálido, desmayado, medio abogado, con traje de deporte empapado en agua y pegado a su carne helada, acababa de aparecer en tan lamentable estado.

Todos le rodearon, le dieron frías y le resucitaron. Don Casto abrió los ojos, se dispuso a hablar y al fin habló.

Todos creyeron que sabía algo, que habría visto algo y de todos los labios salió el mismo nombre:

— ¿Y Primerose?

— ¡Primerose?... — balbució don Casto titubeando.

Y como le abrumaban a preguntas, mientras Judex, que había puesto de nuevo en marcha la barca, subía apresuradamente el río, don Casto contó en pocas palabras, interrumpidas por estertores convulsivos, su breve y vulgar aventura.

— Estaba yo realizando ejercicios a la orilla del río, cuando vi una pobre mariposa a punto de ahogarse en el agua...; al momento fui a socorrerla y fui al Sena... No puedo decirles más.

— Y mientras hacía usted sus ejercicios — preguntó Rogelio, — ¿no ha visto nada?

En aquel mismo momento un hombre que parecía medio loco gritaba:

— ¡Señor de Tremese! ¡Señor de Tremese!

Inmediatamente Judex llevó la embarcación a la orilla.

Y antes de que la canoa atracase, el hombre, que era un marinero, exclamó alegremente:

— Señor conde, me parecía reconocerle, y a usted también, señor Milton.

— ¿Qué se le ofrece? — le preguntó Jaime de Tremese saltando a tierra.

— Buscan ustedes a la señorita del castillo de Arbois? — dijo el marinero.

— Sí, la buscamos.

— ¿Llevaba un traje de color de rosa con un gran lazo en los cabellos?

— Ese mismo — dijo Rogelio, que se había reunido a su hermano; — ¡pero en nombre del cielo, hable usted pronto!

— No teman ustedes — replicó el marinero; — la señorita no debe de haberse causado daño alguno.

— ¿Pero en dónde está? — preguntó el americano.

— Eso no lo sé, señor — replicó el marinero, que tenía una fisonomía franca, muy propia para inspirar confianza.

Y después de calmar la visible angustia de sus interlocutores, añadió:

— Sólo puedo decirles que hace un rato estaba yo cortando leña, cuando vi a la señorita del castillo que corría como una loca por el dique, postrarse de rodillas, caerse luego de espaldas y quedarse rígida... Entonces corrí en su auxilio, pero llegué tarde. Un moceón, a quien no conozco ni he visto nunca por aquí, salió de aquel bosquecillo que hay enfrente y se precipitó hacia ella, la cogió en brazos y se la llevó al galope... Yo empecé a llamar y gritar, pero no me respondió ni siquiera volvió la cabeza... Tal vez no me oyera, pues soplaban viento del oeste... Entonces, aunque no soy curioso, quise saber lo que pasaba corrí también y vi que el hombre que había cogido a la señorita la metía en un automóvil descubierto, junto al cual esperaban dos señoras, una alta y muy bella, por cierto, que llevaba en las orejas un par de aros como dos monedas de cinco francos, y la otra, de raro aspecto, que más bien parecía un chico vestido de mujer...; pero antes de que yo llegara allí, arrancó el auto y tomó la dirección de la encrucijada del Arrepentimiento.

Y como en el rostro de las hermanas de Tremense y de James Milton se leía la misma ansiedad, añadió el buen marinero:

— No se apunen ustedes, señores, pues yo creo que la señorita ya estará en el castillo de Arbois.

Hogelia y Milton iban a seguir interrogando al marinero; pero Judex les impuso silencio, y entregando un billete de banco a aquel buen hombre, le dijo:

— ¡Muchas gracias por todo lo que acaba usted de decirme! Ahora, nos vamos.

— ¡Adiós, señor conde; ustedes lo pasan bien!

Saltando a la barra en que estaba dan Casto, aun no del todo repuesto de su involuntaria zambullida, añadió Jaime:

— Venga pronto, que no hay tiempo que perder; vamos inmediatamente a casa... Querido Milton, creo que los Cazadores de Secretos no se han contentado con robarle las planas, sino que estoy convencido de que también le han quitado su hija...; pero tranquilícese, que encontraremos a Primerose y a las planas, aun cuando para ello tenga yo que perseguir y acorralar a esos bandidos en su misma guarida.

Aquella misma noche, a eso de las nueve, preparábase Blanca a ver acostarse a su hijo, cuando se abrió la puerta del cuarto y entró su esposo.

Al verlo la joven no pudo menos de reprimir un grito de sorpresa y de emoción.

En efecto, ya no era el conde Jaime de Tremense quien estaba ante ella, sino Judex, tal como se le había aparecido en el trágico molino de Kerjean.

— Esposa mía — dijo Jaime con infinita dulzura, — empiezo por pedirte perdón por todos los tormentos que voy a causarte; pero, cuando me digas, estoy seguro de que aprobarás mi decisión.

— ¡Me asustas! — exclamó la hija del banquero Favranx.

— Blanca, no tembles hasta que me hayas escuchado.

— ¡Habla pronto, habla!

— Estás enterada de los acontecimientos tan misteriosos como trágicos acaecidos anoche en el castillo de Arbois y hoy en la presa del Sena.

— ¡Pobrecita Primerose!

— ¡Y pobre Hogelia!

— ¡Sí, tienes razón; pobres chicos!

— Ayer recibí una carta anónima en que me preguntaban por qué, ante las lágrimas causadas por los Cazadores de Secretos, no vuelve Judex a emprender su marcha... El autor de esa carta, a quien no conozco ni del cual sospecho, terminaba diciendo: *¿Tan feliz es Judex?* Y es verdad, esposa mía, y tú misma me lo has dicho: somos demasiado felices, y en mi felicidad, esclavo de nuestra alegría, me negaba a obedecer esa orden extraña, que hoy me parece una especie de aviso providencial al cual no debo desobedecer... Primerose ha sido acusada de un crimen de que es materialmente culpable; pero del cual estoy seguro que es moralmente inocente... Su padre adoptivo, que tal vez es nuestro mejor amigo, se halla sumido en el más intenso dolor... Nuestro querido hermano Hogelia está tan triste y disgustado que teme por su razón... ¿Y voy a permanecer insensible ante tanto infamia?... ¿No voy a poner al servicio de la inocencia las dotes que Dios me ha concedido?... ¿Voy a dejar perecer lamentablemente la felicidad de estos seres que nos son tan queridos y que deben ser sagrados para nosotros?... No tengo derecho a ello, Blanca; si me abstuviera, tú serías la primera en reprocharme mi egoísmo y no me querrías tanto, porque entonces yo no sería, a tus ojos, aquel Judex cuya imagen estás viendo ahora... Por consiguiente, voy a emprender la lucha contra esa fuerza del mal que nos

reden... Una vez más voy a librar batalla al crimen y a la maldad.

Y al ver a Rogelio que había entrado detrás de él, añadió el conde:

—Hermano, te confío a Blanca y a su hijo. Esta misma noche entro en campaña... ¡El cielo os preserve y me guíe!

Y, soberbia de arrogancia y valor magnífico y resignación altiva, la señora de Tremense se echó en brazos de su esposo y le dijo:

—Sí, vete, vete; eres mi vida, mi dios y señor...; yo no pronunciaré una palabra ni haré el menor movimiento para detenerte, porque nuestro amor no conoce flaquezas...; y ten la seguridad de que en todo tiempo y lugar estoy y estaré siempre contigo.

Y cogiendo a Juanito en brazos, añadió presentándosele al esposo:

—Abrazale y bendícele... ¡Que su beso de ángel puro sea para ti el talismán que te preserve!

Y el conde Jaime confundió en el mismo abrazo a aquella mujer admirable y aquel lindo niño que eran toda su vida.

Momentos después un potente automóvil de carrera guiado por su fiel chófer conducía a vertiginosa marcha con destino desconocido al buen esbaltado del derecho.

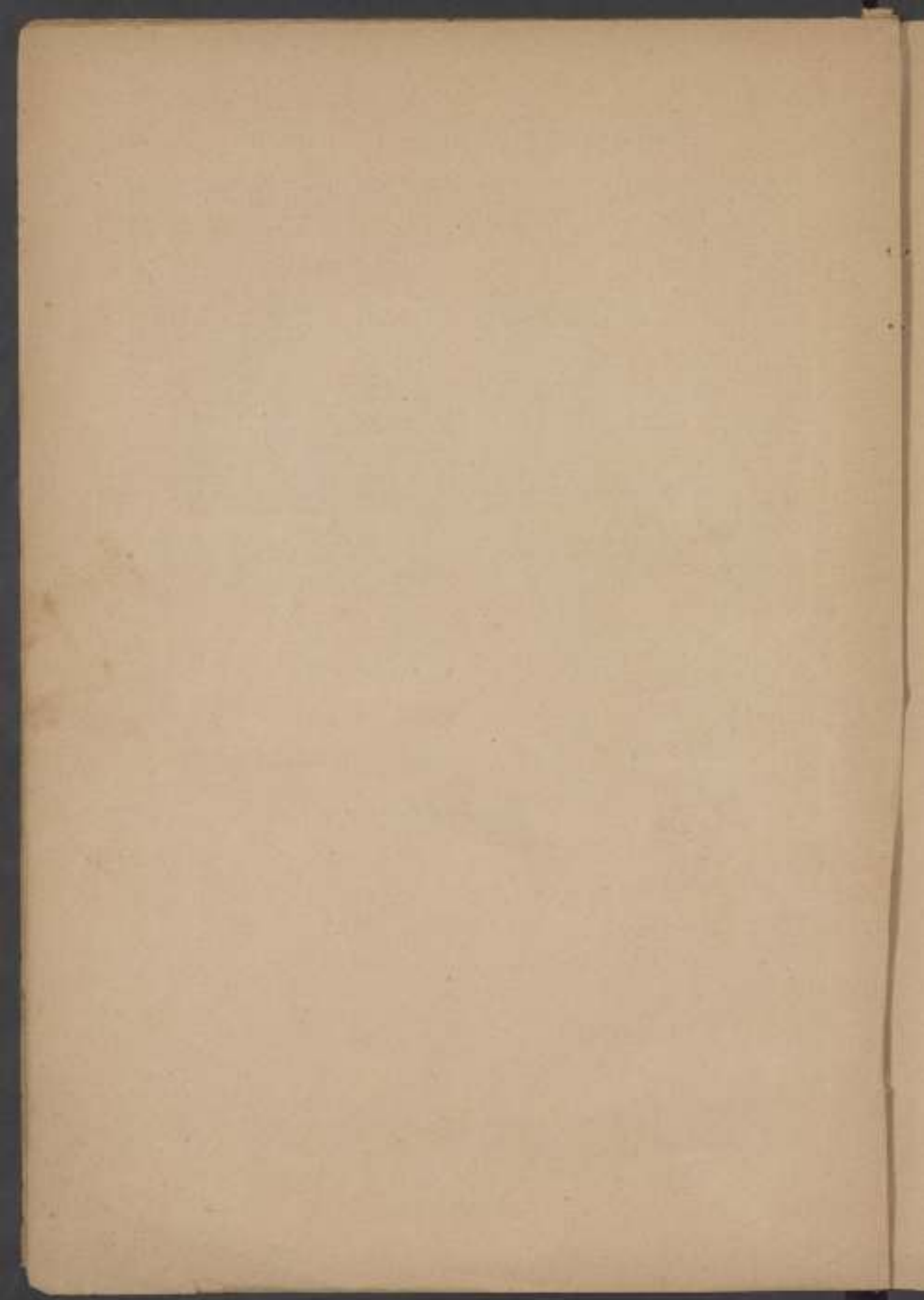
Después de seguir la carretera de París se encaminó a Versailles, cruzó esta villa y se internó en el camino de Mantes..., recorrió varias kilómetros, dejando atrás aquel hermoso país, y luego paró el automóvil delante de una elevada montaña sobre la cual se alzaba imponente y majestuosa la destartada mole de un antiguo castillo feudal.

Rápidamente apeóse el conde de Tremense e hizo una señal al chófer, que se fue entre las tinieblas.

En cuanto se quedó solo, subió Judex una vereda abrupta que conducía a las ruinas y desapareció como por encanto detrás de un enorme pilar que se erguía en medio de un montón de piedras y ladrillos.

El silbido de una ave nocturna turbada en su reposo cruzó lúgubramente el espacio.

Judex entraba en el Castillo Rojo.



## TERCER EPISODIO

# LA HECHIZADA

I

### UN SECRETO DE FAMILIA

— ¡Ha vuelto el señor conde!

— No, señora condesa.

Despidiendo al criado que aguardaba sus órdenes, Blanca de Trempeuse se quedó sola en el patio de La Frondosa, y tras un suspiro exclamó:

— ¡Con tal de que no le ocurra nada!... ¡Pobre Rogelio!... ¡Pobrecita Primerose!

Dicha esto se encaminó a un ancho ventanal que daba al parque y al momento se tranquilizó en sustra. Acababa de ver en el verde césped a su hijo dando la lección de cultura estética.

De pronto se oyeron unos pasos en la silenciosa alfombra que cubría el suelo del vestíbulo, lo cual hizo volver a Blanca la cabeza.

Acababa de entrar el hermano de Jodex, y se acercó a ella con un dedo en los labios, como imponiéndole silencio, y le dijo:

— Acaba de telefonarme Jaime que todo va bien... Ahí está Kerjean que le trae una carta de tu padre.

Rogelio levantó una cortina que ocultaba una puerta por donde había entrado. El anciano, vestido sencillo, pero correctamente, apareció en dicha puerta y se encaminó hasta Blanca, que al momento le alargó la mano.

Kerjean la estrechó respetuosamente, sacó luego una carta del bolsillo y sin decir una palabra la entregó a la castellana, que en seguida la abrió y leyó lo siguiente:

*Querida hija: Hace ya tiempo que me parece que han descubierto mi refugio: unos forasteros sospechosos rondan por esta casa... He leído en el Petit Parisien cuanto se dice acerca de la Casa de los Secretos. No estoy tranquilo. Si llegan a descubrir que aun pertenecía a este mundo, qué nuevos tormentos no padeceré por causa mía!... Decídme lo que debo hacer. Confío esta carta a Kerjean porque estoy seguro de que así no se perderá, pues si cae en manos criminales sería una poderosa arma contra nuestra felicidad familiar.*

*Tu muchas veces a mi nietecillo, abraza a tu marido y dispón de tu padre, que te quiere.*

F...

Blanca preguntó al momento:

— ¿Sabe usted algo de esto, Kerjean?

— Sí, señora condesa: desde que su padre y yo vivimos completamente retirados del mundo, compartimos nuestros pensamientos íntimos lo mismo que nuestro voluntario destierro.

— ¿Y qué opina usted?

— Creo que son fundados los temores del señor Favreau... Varias veces he visto detenerse ante nuestra casa a unos forasteros que la examinaban con suma atención... Claro está que en caso de un ataque me defendería con todas mis fuerzas... pero, señora, no soy joven y ni su señor padre ni yo podríamos oponer resistencia a unos bandidos dispuestos a todo; por eso he venido a avisarles.

— Ha hecho usted muy bien, Kerjean; pero no se asuste, porque mi esposo vela por ustedes y no deben tener miedo.

— Además, traigo también otro encargo: el señor Favreau me ha recomendado que abraza a su nietecito.

— Voy a llamarle.

— ¿No temas alguna indiscreción? — dijo Rogelio un poco vacilante.

— ¿Una indiscreción? — replicó Blanca. — Como ustedes saben, nos ha sido imposible ocultar a Juanito la existencia de su abuelo; pero a fin de que nunca se le escape una palabra, Jaime y yo le dijimos: «Si dices a alguien que tu abuelo vive, le matarás...» No necesito decirles que Juanito se guarda muy bien de hablar de su abuelo, pues ya saben que tiene un gran corazón.

Rogelio fué a llamar al niño, que acudió inmediatamente y saludó con mucho cariño a Kerjean, y después de darle unos besos se fué de nuevo a continuar su lección.

— Señora condesa — dijo Kerjean, — ahora me despido de usted.

— Adios, pues, Kerjean. Rogelio le acompañará; y no se olvide de decir a mi padre que nosotros velamos por él.

— Adios, señora.

Kerjean desapareció con Rogelio. Blanca sintió que la invadía gran ansiedad. Antojábasele que la rodeaba una atmósfera de peligro y asomáronse las lágrimas a sus ojos, al tiempo que del pecho se le escapaba un sollozo; pero en esta vibró en sus oídos una voz que le decía:

— ¡Blanca!

— ¿Tú? — exclamó la joven, cayendo en brazos de Jaime, que, sin que ella lo viera, acababa de llegar a su lado.

Confortada por la presencia de su esposo, le dijo:

— Acabo de recibir una visita.

— De Kerjean... — añadió Jaime. — ¿Acaso ocurre algo?

— Kerjean me ha traído esta carta de mi padre.

Judex se enteró del contenido de la misiva, y con su inalterable tranquilidad reposó:

— No te preocupes, que yo vigilo.

— Eso he dicho a Kerjean, pero...

— ¿Pero qué?

— Te confesaré francamente que no estoy muy tranquila.

— ¿Por qué?

— Porque temo que los enemigos que han de combatir sean aún más temibles que los que antes hemos vencido.

— Podría ser; pero en aquella época yo sólo perseguía una venganza, mientras que hoy defiendo nuestra felicidad, y esto debe bastar para que me sienta con más arreos que entonces... Ahora, espere un momento, le diré que las investigaciones

que he comenzado me han aportado algunas noticias.

En aquel momento entró el criado diciendo:

— El señor Milton desea hablar al señor conde.

— ¿Le ha introducido usted ya en el despacho?

— Sí, señor conde.

— Pues ahora voy... ¿Está aquí don Casto?

— Se ha ido a la selva para hacer sus ejercicios.

— En cuanto vuelva, dígame que quiero hablarle.

— Está bien, señor conde.

Así que hubo salido el criado, Judex se acercó a Blanca y, después de darle un beso en los labios, le dijo:

— No temas nada: la *Cara de los Secretos* no se ha apoderado aún de los nuestros; en cambio, creo que pronto tendré yo todos los suyos.

## II

### LAS DOS CARTAS

Apenas hubo entrado Judex en el despacho, James Milton, que en pocas horas había envejecido varios años, corrió a él agitando una carta abierta.

— Vea usted lo que acabo de recibir. Haga el favor de leerlo.

El conde, mirando el papel que le presentaba el americano, exclamó:

— ¡Eso sí que es extraordinario!

Y leyó en voz alta:

*Querido padre: Soy culpable...; no he podido resistir a la pasión que me arrastra... Parto con mi amado y nunca volveré usted a verme. Perdoneme y adiós.*

### PRIMEROS

— ¡Esto es para volverse loco! — exclamó desesperado el inventor.

Judex, después de meditar un rato, dijo lentamente:

— ¿Tiene usted la primera carta de Primerosa?

Milton sacó febrilmente un papel de su cartera y se lo dio a Judex, que leyó en voz alta lo siguiente:

*Soy inocente; pero puedo que usted me crea culpable, me marche de su casa. Si en saliera de mi muerte, tenga la seguridad de que habré muerto bendiciéndole.*

## PRIMEROS

— Soy culpable..., soy inocente... — dijo Judex examinando ambas cartas con suma atención. — ¡Qué rara contradicción! Sin embargo, la letra es absolutamente idéntica... la misma mano ha trazado las dos cartas... Ha hecho usted bien en traerme estos documentos, querido Milton, que me confirman en la hipótesis que formulé al principiar esta aventura, esto es, que Primerose sigue bajo el dominio hipnótico de esos bandidos que la han hechizado en cierto modo para que le robase a usted sus planos.

— ¿Pero está viva?

— Sí, seguramente.

— ¿En manos de esos criminales?

— De eso no cabe la menor duda.

— ¿Y cómo la libraremos de ellas?

Jaimo de Tremouze contestó lentamente:

— No auele cegarme la esperanza, y además, no acostumbro engañar a la gente a quien quiero con promesas que no estoy seguro de poder cumplir. Tengo por norma no vivir más que de realidades... Sin embargo, le diré confidencialmente que en estas veinticuatro horas no he perdido el tiempo.

— En usted confío.

Y como el ayuda de cámara anunciaba a don Gastó, añadió Judex:

— Ahora voy a darle una prueba de ello... Julián, diga a don Gastó que pase.

El director de la Agencia Celeritas, que acababa de efectuar una larga sesión de cultura física, entró muy satisfecho de sí mismo. Parecía completamente curado de la dolencia que tan penosamente le afligía veinticuatro horas antes.

Después de estrechar las manos que le alargaban Jaimo y Milton, preguntó:

— ¿Tiene usted que comunicarme alguna buena noticia, conde?

— Aun no, pero no tardará.

— No me sorprenderá nada — repuso el policía particular.

— Depende, sobre todo, de usted — replicó Judex con tranquilidad.

— ¿De mí?

— O mejor dicho, de las respuestas que dé usted a las preguntas que le voy a hacer.

— Say todo oídos, querido conde.

— El otro día, cuando venía usted a

La Frondosa, ¿no hizo el viaje con una señora joven?

— Y guapísima — se apresuró a decir el inflamable policía.

— No le pregunto tanto — repuso cordialmente Jaimo, — pero ante todo quisiera saber cómo era esa persona.

— Alta, morena, elegante y... muy apetitosa.

— ¿Llevaba unos areos de oro en las orejas?

— Eso es.

— ¿Le dijo a usted cómo se llamaba?

— La baronesa de Apremont.

— ¿Y dónde vive?

— En la calle de Mosset, en Auteuil..., y hasta me invitó a tomar el te con ella los martes a las cinco...

— Está bien... ¿Y usted le dijo quién era?

— Naturalmente.

— ¿Le contó usted que venía a pasar unos días en La Frondosa?

— Para qué había de ocultárselo?

— ¿Le interrogó la baronesa de Apremont?

— No me acuerdo muy bien.

— ¿Le pidió algunos datos acerca de mí?

— Me habló muy poco de usted; en cambio se extendió en consideraciones sobre el castillo de Arbols, y parece ser que su familia conoce a sus antiguos propietarios.

— ¡Hola! ¡Hola!

— Y hasta me preguntó si existía todavía la puertecita que da a la orilla del Sena, y si...

— Querido don Gastó — dijo Judex interrumpiendo, — no necesita usted decirme más... Hoy es martes...

— Sí, querido conde.

— Son las dos de la tarde... Mi chófer le llevará inmediatamente a casa de la amable baronesa. Tiene usted tiempo de sobra para llegar a la hora de tomar el te en su amable compañía.

— Voy corriendo.

— Cuando menos, espere a que le explique por qué razón le mando a casa de la baronesa.

Y articulando claramente cada palabra, añadió Judex:

— Necesito saber a qué almorzar, no sólo en lo que concierne a esa persona, sino también en lo que atañe a su servidumbre, a sus relaciones, sus costumbres, la distribución de sus habitaciones y, a ser posible, el número de cuartos, puertas y ventanas. En una palabra, me hace falta un inventario completo...

— Para mí será cosa fácil — afirmó vanidosamente el policía particular.

— Siempre que no se distraiga usted mucho en su amoroso coloquio.

— Pierda usted cuidado, conde — dijo don Casto, sonrojándose un poco; — será de bronce, o, mejor dicho, de mármol... Por lo demás, ya sabe usted mi modo de ser, y puede comprender de lo que soy capaz.

— Precisamente porque lo sé — declaró francamente Judex — es por lo que al confiarle esta misión delicada me permito recomendarle muchísima prudencia... Ahora ya puede irse; mi auto le espera. Bautista tiene instrucciones mías.

— Adiós, pues, querido conde.

— ¡Hasta la visto, querido don Casto!

Judex acompañó al policía hasta la antecala; volvió luego a donde estaba James Milton y le preguntó:

— ¿Qué opina usted de esto?

— Confieso que no comprendo una palabra.

— Mireme bien a los ojos... Ya ve que estoy más tranquilo que nunca... Pues bien: déjeme hasta mañana a las diez... A esa hora venga usted aquí, y espero que podrá darme alguna buena noticia.

— ¡Ojalá sea cierto! — exclamó Milton. — ¡Pobre hija mía! Nunca olvidaré lo que está usted haciendo por ella y por mí.

— Déjeme las dos cartas de Primerose para estudiarlas despacio... y hasta mañana, amigo mío.

— Hasta mañana... ¡y muchas gracias!

Cuando Judex se quedó solo, empezó a leer atentamente ambas misivas, como si quisiera arrancar su misterioso secreto. Poco después balbució:

— Ahora lo comprendo... lo adivino todo... La primera carta, en que proclama su inocencia, es la voz del corazón... Su letra temblorosa y febril explica claramente que la joven estaba bajo el imperio de un dolor angustioso, de una loca desesperación y de una indignación sin nombre... En cuanto a la segunda, en que se declara culpable, esta letra derecha, simétrica, estas palabras separadas por los mismo intervalos, toda esta regularidad y esta puntuación escrupulosa, parecen más bien el trabajo de una calculista aplicada que la autoacusación cínica de una criminal que no quiere arrepentirse... Además, esta frase: «parto con mi amado...» ¡Pero si su amado es Itogallo y no otro...! Así, pues, esta segunda carta es una abominable mentira, una mentira inspirada, impuesta por un ser execrable a esa pobrecilla, en quien probablemente habrá abolido toda voluntad... De manera

que lo he visto todo claro desde el primer momento... Estoy por buen camino. Si, como supongo, don Casto cumple bien su cometido, tengo la seguridad de que no tardaremos en encontrar a Primerose.

## III

## LA MUJER DE PUTIPAN

Muy halagado por la confianza que le demostraba Judex, don Casto estaba decidido a todo para mostrarse digno de ella.

En tanto que el automóvil que le conducía a Puris rodaba a vertiginosa marcha, el buen policía meditaba profundamente, y cuando llegó a la calle de Mussel no sólo le brillaban los ojos de un modo muy particular, sino que también su nariz, aquella nariz lametosa, tenía vibraciones extraordinarias.

Después de cruzar el jardincillo que rodeaba la casa, llamó discretamente, como cuadra a un hombre que visita por primera vez a una dama de elevada estirpe.

Al punto se abrió la puerta y apareció la Ojazos disfrazada de criada.

— ¡Está la señora baronesa de Apremont! — preguntó don Casto.

— Sí, señor.

— Entréguele esta tarjeta.

— Pase usted, señor — dijo la Ojazos, que, por lo visto, ya había recibido instrucciones.

Introdujo a don Casto en un salón muy elegante, y, con amabilísima sonrisa, le dijo:

— Voy a avisar a la señora.

Y se fué, no sin antes dirigir una mirada de reojo al director de la *Agencia Celeritas*, que se disponta a hacer su inventario, cuando volvió a avisarle la doncella, diciéndole:

— La señora baronesa ruega al señor que le dispense... está ocupadísima en ese momento... pero si el señor quiere esperar unos minutos, la señora baronesa tendrá mucho gusto en recibirle.

— Perfectamente, esperaré — replicó el policía, particular, satisfecho de ese retraso, que le permitía trabajar más tranquilamente.

Y así que la sirvienta hubo dado media vuelta, empezó don Casto su tarea. Comenzó por dirigir en torno suyo una mi-

rada escrutadora, contando las puertas, enumerando las ventanas, midiendo las dimensiones, catalogando los cuadros y detallando el número de objetos.

De pronto tuvo un ligero sobresalto. En un espejo instalado sobre una mesa de escritorio se reflejaba su imagen, y don Casto, cuidadoso siempre de su persona, acababa de observar un ligero desorden en sus cabellos.

Instintivamente sentóse ante la mesa y, sacando del bolsillo un estuche que contenía un peine y un cepillo empezó a repararse la incorrección del peinado, cuando se sobresaltó de nuevo, pero esta vez con mucha más fuerza. En efecto, el espejo revelador no sólo reflejaba sus facciones sino también, y en primer lugar, en tamaño natural y en todo su extensión, un secante que se veía que acababa de ser usado.

Ahora bien: a causa de ese fenómeno óptico que hace que todo escrito hecho de revés se reproduzca del derecho en un espejo, don Casto acababa de ver este simple nombre: *Primerose*.

— ¿Primerose aquí? — balbució en el calmo del asombro. — ¿Qué misterio es este?

Y el bueno de don Casto acercó el secante al espejo y consiguió descifrar atentamente las mismas palabras de la segunda carta que Primerose había dirigido a su bienhechor, concebidas como sabemos en estas términos:

*Querido padre: Soy culpable. Me marché con mi amado. No volveré usted a verme nunca.*

Sin cuidarse de que podía sorprenderle la baronesa, sacó un cortaplumas y cortó cuidadosamente del aparato secante la hoja reveladora y se la guardó en la cartera; terminada esta operación delicada, considerando que ya llevaba un buen bolín, se disponta a retirarse silenciosamente, cuando se abrió la puerta, dando paso a la baronesa de Apremont, que nunca había estado más hermosa. Parecía, en efecto, que había combinado todos los artificios que saben emplear las coquetas para hacer resaltar sus encantos.

Al ver aquella criatura verdaderamente espléndida que se le acercaba con todas las apariencias de la más familiar simpatía, resolvió don Casto no mostrar flaqueza alguna y resistir a toda tentación, pensando:

— ¡He prometido a Judex que sería de mármol... y será de hielo!

Y en aquel momento, cual José ante la mujer de Putifar, sólo pensó en huir.

La baronesa, con acariiciador acento, le interpelló en esta forma:

— ¿Se marchaba usted, querido don Casto? — Perdónese usted que le haya hecho esperar..., pero no me hubiera consolado nunca si se hubiera usted ido... Tenga la bondad de sentarse.

Pero don Casto, que no tenía más idea que huir cuanto antes de la peligrosa sirena y llevar a Judex en el menor plazo posible el papel que demostraba que Primerose había estado en aquella casa, balbuceó torpemente:

— Baronesa..., lo siento infinito..., pero me he acordado de que tenía una cita muy importante...

— Quédate, don Casto, quédate... Aunque sólo sea unas minutos.

— Le aseguro que es imposible.

— ¡Oh! Eso es poco amable — decía escifiosamente la aventurera, la cual, ora porque sospechase que la visita de don Casto tenía un objeto determinado, ora porque simplemente quisiera divertirse con el infeliz, desplegaba todas las recursos de su seducción.

El director de la *Agence Geleritas*, que procuraba acercarse cada vez más a la puerta, siguió disculpándose:

— Le aseguro que me es imposible..., lo siento en el alma... Volveré el martes, sí, el martes, se lo juro...

Pero la baronesa de Apremont no se daba por vencida, y cogiendo a don Casto por el brazo le condujo a un diván repleto de cojines, diciéndole al mismo tiempo con el más persuasivo acento:

— Venga usted aquí... He conservado un grato recuerdo de nuestro encuentro en el tren... Ya irá usted a esa cita después... y otro día... Ahora quédate aquí un ratito.

— ¡Esto no es una baronesa — pensaba don Casto: — esto es el Vesubio! Pero estaba escrito que don Casto no había de sucumbir.

En efecto, en el momento en que, medio vencido y casi desarmado, hubiera cedido acaso a las súplicas de la baronesa, una picazón intempestiva a más bien providencial le hizo coquillas en las narices, produciéndole un estornudo súbito y formidable que hizo retroceder tres pasos a la señora de Apremont, lo cual aprovechó el policía para salir de allí; cruzó el vestíbulo y el jardín y montó en el carruaje... Y en tanto que decía al chófer de Judex: *«A La Froncosa a escape»*; la baronesa, no bien repuesta aún de su asombro, se llegó a la ventana, abrió una cortina y al ver arrancar el auto pensó:

— Tengo que saber cuanto antes si ese

individuo ha venido aquí por su cuenta o por la ajena.

Y la aventurera abrió en seguida una puerta escondida detrás de un biombo, y por ella entró en una habitación muy sencilla, pero sumamente cómoda.

Sentada, o más bien postrada, en una butaca, con la mirada extraviada, errante como en un ensueño incierto, y anonadada ella como bajo el peso de la fatalidad, había una joven inmóvil, triste, resignada...

No se había engañado Judex...

Primerose estaba en poder de la Carta de las Secretas!

#### IV

¡Yo vielo!

Cuando llegó don Casto al castillo a eso de las ocho de la noche, resplandecía de legítima alegría.

Introducido inmediatamente en el despacho de Judex, pronto se le reanó el dueño de la casa y le preguntó:

— ¿Está usted satisfecho de su diligencia?

— Satisfechísimo — respondió don Casto.

— ¿Trae usted algunos datos importantes?

— ¡Algo más que datos, querido conde!

— ¿Qué es ello?

Don Casto, dándose gran importancia, tendió a Judex el trozo de papel secante que había colocado precisamente en la cartera.

— Querido conde — le dijo, — sítvase poner este documento ante un espejo y luego me dirá si está contento de mí.

Obedeció el señor de Tremense. El espejo reflejó fielmente la segunda misiva de Primerose a su padre que comenzaba por estas palabras: «Soy culpable».

— ¿Y ha encontrado usted esto en casa de la baronesa? — preguntó Judex.

— Sí, conde.

Y como si hablase consigo mismo, añadió el esposo de Blanca:

— Estaba seguro de ello... Primerose ha estado, y sin duda está todavía, en casa de esa mujer, como lo prueba este papel secante... Vamos, todo marcha bien.

En aquel momento la mirada de Judex encontró la de don Casto y leyó en ella

tan profunda decepción que exclamó al punto:

— ¡Pues no se me ha olvidado darle la enhorabuena!... Ha trabajado bien, muy bien... y gracias a sus gestiones ya no procederé por hipótesis, sino con verdadera certeza... ¡Bravo, don Casto, bravo!

No deseaba otra cosa el director de la Agencia Celeritas, y estrechando la mano que le tendía Judex, balbuceó:

— ¿Está usted contento de veras?

— Tan contento, que voy a encargarle a usted una nueva diligencia.

— Créame, querido conde, que haré lo posible para mostrarme digno de la confianza que usted me demuestra.

— No le ocultaré, querida don Casto, que la segunda misión que voy a encargarle es mucho más difícil que la primera.

— Mejor que mejor!

— Es tan delicada, que ante todo le ruego que me diga con toda franqueza si no le parece a usted superior a sus fuerzas y a sus medios.

— Hable, que le responderé con toda lealtad.

— ¿Qué clase de mujer es esa baronesa de Apremont?

— Ahora que la he estudiado de cerca, le diré que, más que una mujer de mundo, me parece una cortesana.

— Muy bien... y dígame francamente si se cree usted capaz de conquistarla.

El hueso de don Casto sonrojose ligeramente y respondió con cierta petulancia:

— Mentiría si no reconociera que esta tarde estaba en mis manos consumar su conquista.

— ¡Mi enhorabuena, don Casto!... Ya sé que es usted un terrible conquistador.

— Y añadiré que, deseoso de traer cuanto antes ese documento y temiendo que la baronesa notase la desaparición del papel secante, me he visto precisado a huir como huyó José de la mujer de Putifar.

— ¡Le felicito!... Sin embargo, y sea dicho sin ofenderle, con una mujer como la baronesa de Apremont es de todo punto imprescindible mostrarse extremadamente prudente.

— Así lo ha sido.

— Es muy posible y hasta seguro que haya inspirado usted a esa señora un sentimiento de viva simpatía, que ella no ha podido o no ha sabido ocultárselo a usted.

— Así me lo parece — dijo ingenuamente el director de la Agencia Celeritas.

— Pero — objetó el castellano de La Frandosa — no es menos cierto que nos hallamos en presencia de una aventurera muy temible... Por eso, amigo don Casto,

no me censuró de recomendarle que no entabló la lucha con ella si no se aclarara sólidamente con la idea de que esa mujer intenta hacerle caer en un lazo y abrumarla.

— No es eso muy halagüeño para mi amor propio, pero puesto que es imprescindible para mi seguridad...

— Dígame si se cree suficientemente seguro de resistir a la tentación.

— Sí — afirmó sin vacilar don Gastón.

— En ese caso, dígame... Mañana por la mañana enviará usted a la señora baronesa de Apremont, una hermosa canastilla de flores con una tarjeta en que le manifesté su más vivo pesar por haberse visto obligada a dejarla tan bruscamente y, de paso, pidiéndola permiso para ir a presentarle por la tarde sus respetos.

— ¿Y si no me contesta?

— Le contestará seguramente, porque, una de dos: o usted le gusta, y ella no me parece mujer capaz de resistir mucha tiempo a una inclinación... o quiere, como vulgarmente se dice, hacerle hablar a usted... y en este caso tampoco vacilará para convocarla... En cualquiera de ambos casos a usted le toca luchar con cuidado para poderla vencer... Una vez que haya vuelto a entrar usted en la plaza, es menester que utilice todas las dotes que me complazco en reconocerle... Es preciso que manobre usted de tal forma, que mañana por la noche no sólo se lleve a la baronesa a cenar fuera de su casa, sino que también aparte de esa casa a todos los criados... porque yo necesito explorar su domicilio.

A lo cual respondió solemnemente don Gastón:

— Se hará, se lo juro.

— ¿Y cómo sabré yo si lo ha conseguido usted?

— Pueda telefonearle por la tarde a su casa de París, y después le bastará a usted acecharme desde las siete... Si me ve usted salir con la baronesa, es señal de que todo ha ido bien.

— Convenido y hasta mañana, amigo don Gastón.

— Hasta mañana, querido conde... marcharé a París a primera hora.

Judex, en cuanto se quedó solo, siguió reflexionando un instante; cogió luego la capa y el sombrero y bajó al salón, en donde había dejado a Blanca hablando con Rogelio y con el doctor Hawer.

La encontró sola... Rogelio había ido a acompañar a la estación al doctor, que se marchaba a París. Blanca parecía, si no precisamente dormida, cuando menos sumida en profundo ensueño, puesta que al llegar su marido no hizo ningún movi-

miento que indicase que había notado allí su presencia.

Jaime de Tremouse sintió instintivamente cierta opresión en el corazón.

Era la segunda vez en aquel día que hallaba así a su mujer absorta en honda meditación. No quiso sorprenderla por un apóstrofo demasiado breve... Se acercó a ella... la miró detenidamente, esforzándose en revelar su presencia sólo por el flúido de su voluntad... y lo consiguió, porque Blanca no tardó en volverse hacia él sin nerviosidad ni sacudida de ninguna clase, y le preguntó con voz un tanto oprimida:

— ¿Estabas ahí?

— Sí, amada mía — respondió Jaime, — pero ¿qué tienes? Veo que intentas ocultarme una ansiedad que casi parece dolor... ¿A qué se debe ese desfallecimiento en ti, a quien he conocido tan valiente?... Concédeme para mi nueva misión esa confianza que tanto poder me dio para llevar a cabo la primera.

— Caposo mío, no creas que dudo de ti... Sé que eres poderosa para vencer todas las obstáculos... No quiero ser para ti una traba, sino una ayuda... Así, para, no intentaré darme en el camino del deber. Ya te he dicho y no me censuró de repetirla que estoy dispuesta a acompañarte... Será para mí dicha y orgullo el mezclarme más íntimamente a tu vida si crees conveniente asociarme a tus actos.

— ¡Gracias! — dijo Judex, besando las manos a Blanca.

Esta prosiguió:

— No seas en mí una mujer tímida, miedosa, como una criatura que, mimada por demasiadas alegrías, se desanima ante las posibles pruebas que la aguardan o ante los peligros que pueden amenazarle de repente... No, Jaime, no; como sebas de decirme, soy valiente y, por consiguiente, nada temo; sin embargo, desde esta mañana tengo miedo; ¿sabes por qué?... Porque siento la impresión de que rueda en torno de esta casa un genio malféfico.

— ¿También tú tienes miedo? — dijo bondadadamente Judex.

— Sí, también yo... Lo mismo que a Primrose, me parece que desde esta tarde, sobre toda cuando estoy sola, se cierne sobre mí un poder invisible, tenebroso y malféfico, que me rodea, me coge y me angustia, y que tú, mi hijo, mi padre, Rogelio, Primrose y todo cuanto amo va a ser arrastrado por un torbellino infernal.

— Sosiegate, Blanca, que yo estoy aquí.

— Si, estás aquí, y yo quisiera que siempre estuvieras; puesto que en tu presencia no siento esa impresión de espanto y de muerte; puesto que, aunque algo dolorida, me encuentro a tu lado, toda amor y toda tuya, como lo era hace tres días, cuando sólo pensábamos en saborear, en disfrutar de una dicha que parecía no tener fin.

— Blanca — repuso el conde de Tremense — sube ahora al cuarto de Juanito, dale un beso en la frente y luego vete a acostar tranquila, asosegada, y así disfrutarás de unas horas de sueño, de ese sueño reparador y apacible que sólo conocen los corazones puros como el tuyo.

Y como si quisiera combatir con una voluntad superior la influencia misteriosa que también sentía él sobre su morada, añadió el castellano de *La Frandosa*:

— Esposa mía, esta noche no saldré de casa y no tardaré en reunirme contigo... Deja abierta la puerta de tu cuarto, y suceda lo que sucediere, no profieras un grito ni hagas el menor movimiento, que yo estaré aquí... Ahora vete, te lo ruego...

Dócilmente cedió Blanca a la voz del esposo.

Así que Blanca se hubo retirado, Judex, que parecía tener un plan bien preciso, se preparaba a tocar un timbre eléctrico.

Pero en esto apareció su hermano y le dijo:

— Acabo de acompañar al huero del doctor hasta la estación... y me ha encargado que te salude en su nombre...

— Oye, Rogelio — dijo Jaime en voz baja, interrumpiéndole: — dentro de un rato, cuando se haya acostado toda la gente de casa, coge las llaves y abre todas las puertas del parque... Procura luego que todas las de la casa queden también abiertas... Creo que esta noche van a ocurrir aquí cosas extraordinarias, y es indispensable que aquellos a quienes espero puedan entrar libremente en *La Frandosa*.

— ¿Qué quieres decir, hermano?

— Bástele saber que todo marcha bien y haz lo que te mando... y cuando hayas dejado todo abierto, sube a tu cuarto... pero, por más que oigas o veas, no te muevas hasta que llegues a tus oídos mi triple síbido, que querrá decir que estoy en peligro.

— Cuenta conmigo.

— Adiós, Rogelio; buenas noches y hasta mañana... Creo que no amanecerá sin que haya descubierto algo de este misterio.

Mientras Rogelio se disponía a ejecutar

las órdenes de Judex, éste salió directamente por una puerta excusada que daba a una galería en forma de terraza, encaminándose al parque y se perdió en las tinieblas.

## V

## EL CABALLERO DEL BERECHO Y EL GENIO DEL MAL

Obedeciendo Blanca a las órdenes de Jaime, subió muy tranquila por las escaleras y la presencia de su marido, y llegó al cuarto de su hijito, en cuya puerta se detuvo a escuchar la pacífica y regular respiración que le anunciaba que Juanito dormía con sosiego; poco después entró de puntillas, contentando el aliento, y acercándose al lecho del niño, junto al cual estaba Julieta, medio dormida.

Blanca dijo en voz baja a la criada:

— Puede usted retirarse, Julieta.

— ¿No se le ofrece nada a la señora?

— No, gracias; váyase a dormir.

Una vez que se hubo retirado la sirvienta, Blanca, después de dirigir una última mirada a Juanito, se fue a su cuarto, que comunicaba directamente con el del niño; sacó la carta de su padre, que había guardado en el bolsillo; volvió a leerla atentamente, la dejó luego en el cajón de la mesilla de noche y por último se acostó y no tardó en dormirse.

Al parecer descansaba apaciblemente.

¿Habría vencido el genio del bien al genio del mal?

Así parecía, pero he aquí que al cabo de dos horas empezó la señora de Tremense a dar señales de manifiesta agitación...; alzó los brazos por encima de la cabeza y luego los estiró hacia adelante, como si quisiera apartar una penosa visión o rechazar una dolerosa pesadilla; exhaló largos suspiros y su respiración se volvía muy irregular.

Buscó a tientas con la mano el conmutador colocado junto a la cama, y cuando lo encontró encendió la luz eléctrica... Sentóse luego en el lecho con los ojos muy abiertos y la cara sin expresión alguna, como la de Primerose cuando, bajo el imperio misterioso de una voluntad desconocida, se preparaba a entregar a la *Casa de las Secretas* los planes de James Milton.

Abrío Blanca la casaca de ucho y con ademán automático copió la carta de Favreau... levantóse y se encaminó a una puerta abrigada por una cortina que daba al vestíbulo... De pronto levantóse la cortina, y una mano muy blanca, una mano de jovencita, de dedos alusados, se tendió hacia la condesa y apoderábase de la misiva que ésta le alargaba inconscientemente.

Iba a retirarse la mano... pero un hombre escondido detrás de un vasto sillón se incorporó de pronto y usó la muñeca de la ladrona en el momento en que ésta iba a desaparecer por detrás de la cortina... Y, sin violencia alguna, Judex atrajo a sí a Primerose, que no intentó defenderse... a Primerose, que, cual una aparición fantástica materializada súbitamente, conservaba la extraordinaria inconsciencia que caracteriza a todo ser sometido a la influencia hipnótica de una voluntad superior y conductora...

Manifestación inconsciente, a su vez, de la extraordinaria escena que acababa de presentarse. Blanca, con aquella fisonomía de imperturbable indiferencia que en aquel instante la hacía semejar a Primerose, había vuelto ya a su lecho, en donde se acostó, como atacada por abrumador letargo.

Judex, con mirada clara y serena, contemplaba alternativamente a Blanca y a Primerose.

Ya sabemos que los acontecimientos no le sorprendían y que estaba dispuesto a hacer frente a las peligrosas eventualidades y a los incidentes más inesperados.

Ahora bien: no sólo no quitó la carta a Primerose, sino que dejó a la hija de Milton retirarse, sin molestarla un solo instante, y se marchó detrás de ella, y tras ella bajó la escalera exornada que conducía a las habitaciones de los criados.

Al pasar, observó Judex que en la puerta había una llave muy brillante completamente nueva.

— ¿Quién será ese demonio que no sólo conoce mi casa tan bien como yo, sino que además consigue tomar por cómplices a mi mujer y a esa niña?

Pero no se dejó intimidar por esa pregunta excesivamente trágica.

Continuó siguiendo a Primerose, que se internó en una alameda del parque, con su paso automático de hechizada, y le condujo hasta la selva.

— ¿A quién irá a entregar esa carta, que prueba que Favreau está vivo? — dijo Judex para sus adentros — Es menester que yo lo sepa y lo sabré.

Y continuando con la misma sangre fría, cogió Judex el revólver, tanto para

atacar como para defenderse, porque sentía que se acercaba el momento decisivo y siempre es bueno estar bien prevenido.

De pronto se detuvo... acababa de ver en la obscuridad un puntito rojo hacia el cual iba sin la menor vacilación Primerose. Entonces apretó Judex el paso y casi se reunió a la joven, que no le veía ni le oía... Y muy cerca, a unos veinte metros, perfilándose en la obscuridad serena, vio un automóvil que sólo tenía encendido el farolillo de atrás.

Primerose se llegó al coche como si la condujera una mano invisible como invisible, y en el momento en que se disponía a subir, Judex, con la prontitud del relámpago, saltó contra el chófer, que en vano pretendió defenderse...

En vez de hacer uso del revólver, el señor de Tremense, con un hábil movimiento de *jin-jlas*, consiguió dejar inmóvil a su adversario, el cual, subyugado por la inesperada aparición y aterrado por aquella fuerza que a él se le antojaba sobrenatural, imploró en segunda gracia.

Judex se instaló a su lado, y en tono que no admitía réplica, señalando a Primerose, que sin darse cuenta de lo que pasaba en torno suyo se había instalado en el auto, dijo:

— Lleve usted a esta muchacha al sitio a donde le habían ordenado conducirla.

Pronunció estas palabras sin amenaza de ninguna clase; pero el chófer de los *Cacadores de Serenos* comprendió con quien se las había e inmediatamente puso en marcha el automóvil.

Por espacio de unos quinientos metros siguió una muchacha alameda que conducía a una encrucijada en cuyo centro se alzaba un pilar de piedras.

Detúvose allí y con acento que revelaba aun más temor que respeto, dijo a Judex:

— Señor, éste es el sitio a donde me han ordenado que trajese a la señorita.

Debía de decir la verdad, porque Primerose bajó del coche, se encaminó al pilar y sentóse en las escaleras de piedra que le rodeaban.

Judex la siguió, sin cuidarse ya del chófer, que aprovechó la ocasión para emprender una rápida y atrevida marcha hacia atrás y desapareció por otra alameda, en donde le esperaban dos mujeres escondidas detrás de un bosquecillo.

— ¡Todo ha fracasado! — dijo el mecánico, que no parecía tener ganas de entablar directa lucha con semejante adversario.

— Si, ya la he vista — replicó la baronesa de Apremont; — esta noche ya no podemos hacer nada, pues he reco-

necido a aquel hombre... Es el conde de Tremouse... ¡Es Judex!

La Opuzo preguntó sorprendida:

— ¿Judex?

— ¡Sí, Judex!... Por ahora bástete saber que es un hombre más poderoso que nosotros.

Mientras el carruaje desaparecía rápidamente por la selva, añadió la baronesa, temblando de rabia:

— ¡Pero tomaré mi desquite!... ¡Daré muerte a ese hombre!

.....  
Sin hacer caso alguno del chófer de los *Casadores de Secretos*, Judex se había unido a Primerose, sentándose al lado de ella y esperando el momento en que la pobre hechizada volviera en sí.

Con mucha suavidad le quitó la cinta de Pavraux que tenía en la mano la joven.

Pero en el instante en que la ponía en la cariera, Primerose, que ya había obedecido a la sugestión que le había ordenado Havar la misiva a aquel lugar, parecía despertarse. Lentamente se calmaron sus facciones y sus ojos recobraron la expresión habitual.

Y al ver a la luz de la luna al señor de Tremouse, que la miraba con incomparable bondad, le dijo con voz un poco doliente:

— Buenas noches, Jaime... ¿Estaba usted ahí?

Y cayó, como si de nuevo se formara en torno suya el vacío...

Pero pronto profirió un grito desgranador.

De repente se acordaba de todo.

— ¡Dios mío! — exclamó. — ¿Por qué he de seguir viviendo?

— Primerose — dijo Judex con acento de soberana bondad que impresionó el corazón de la pobre niña, — el misterio que se oculta a su alrededor empieza a aclararse... Siempre supuse que era usted inocente... pero ahora estoy seguro de que lo es... Venga conmigo; vamos a buscar a los suyos, a los que la quieren: a su padre, a Juanito y a Rapido... No tardarán en florecer para usted los días felices.

— Sí, sí, vamos, Jaime — repitió Primerose, apoyándose en el brazo que le ofrecía su protector. — No sé..., no comprendo nada...; todo se nubla en mi imaginación...; todo es para mí un caos...; tan pronto me parece que vivo como que me rodea la muerte... Pero ahora ya se me fué el miedo, puesto que se halla usted a mi lado. Explíqueme lo sucedido, dígame qué ha sido de mí..., de dónde vengo y a dónde voy...

Judex, atrayéndola a sí con un sentimiento de ternura fraternal y conmovedora, se limitó a decir:

— Primerose, estaba usted a merced de un poder oculto y tenebroso... Acabo de librarla de él... y desde ahora entre el genio del mal y ya se entablará una lucha sin cuartel... Pero nada tema, porque estoy seguro de que la salvaré...

## CUARTO EPISODIO

# EL APOSENTO DE LAS TRAMPAS

### EN FAMILIA

— Ahora, hija mía, que está usted tranquila y descansada — dijo cariñosamente Jaime de Tremense, — cuéntenos todo lo que ha visto y lo que sabe.

Sentada en un sillón en medio del vasto vestíbulo de *La Frontera*, Primerose, algo pálida, miró alternativamente al conde y a la condesa de Tremense, que la contemplaban con una expresión de ternura y de bondad infinita.

Y con dulcísima voz, que revelaba como un estremecimiento de instintiva angustia, contestó:

— Por más que reano mis recuerdos me es imposible ver nada claro. Todo en mi alma es obscuridad e incertidumbre: a ratos siento la impresión de que se despierta en mí una luz, pero apenas asoma, se apaga, y vuelvo a caer en las tinieblas... No crean ustedes que pretendo retener sus preguntas. ¿Si supieran cuánto he padecido!... Siempre estaré viendo a mi padre adoptivo alzarse ante mí para ahuyentarme y maldecirme!... ¡Y Hogebol!... Por más que me decía que me amaba, notaba yo que tenía que hacer grandes esfuerzos para disimular de sí toda sospecha.

— Primerose — repelió Blanca, — síguense: mi marido acaba de tener con su padre adoptivo y con Hogebol una conversación definitiva. Las dos señoras amándola como nunca la han amado... Por lo demás, va usted a verlos ahora mismo. Y si hemos retrasado un poco la entrevista, ha sido porque temíamos que se llevara usted una emoción demasiado

fuerle y queríamos estar seguros de que usted había perdonado.

— No les guardo ningún rencor — repuso la joven. — Las apariencias me acusaban, todo se volvía contra mí. Y sin embargo...

Y volviendo súbitamente la mano de *Judex*, añadió:

— Pero ya ha acabado toda, ¿no es verdad?... Ya no volverá el genio maligno. Ustedes me defenderán... Sí, díganme que estarán siempre a mi lado para protegerme.

— Sí, hija mía.

— ¡Oh Jaime! ¿Dónde estaría yo ahora si no se hubiese usted encontrado en mi camino y no me hubiera hablado con tanta grandeza y generosidad para decidirme a venir aquí? No me atrevo a pensarlo. Y ahora le suplico que me envíe lejos, muy lejos, a un país a donde nadie pueda ir a buscarme; pero libreme de esta pesadilla, sálveme del genio del mal... ¡Sí, sálveme, sálveme!

— Primerose — decía Jaime, — en lo sucesivo queda usted bajo mi absoluta protección: no descansaré hasta que encuentre la clave de tan terrible misterio... Entretanto, déjese guiar por mí y permítame que le dirija unas preguntas precisas.

— Interrogueme, que le contestaré, porque tengo tanta sed de verdad como pueda usted tener y acaso más.

— En primer lugar, he aquí una carta — dijo Jaime, poniendo ante los ojos de la joven la primera misiva que había escrito a su padre adoptivo.

Primerose la leyó atentamente. Empezaba así:

*Soy inocente; pero puesto que usted me cree culpable, me marchó de su casa.*

Al momento añadió:

— Efectivamente, yo he escrito esta.

— ¡Y esto otro! — dijo el conde Jaime presentándole la segunda carta.

La prometida de Rogelio leyó lentamente:

*Soy culpable... Parto con mi amado y nunca volveré usted a verme.*

Y con una convicción que no dejaba lugar a duda, exclamó la joven:

— Lo juro que yo no he escrito esa carta.

— Sin embargo, es su letra.

— Sí, es mi letra.

— ¡Y no se acuerda usted!

— Desde el momento en que me desmayé a la orilla del Sena, y me desperté luego a su lado, Jaime, en la Encrucijada de la Selva, no me acuerdo de nada, absolutamente de nada.

— También yo, anoche — dijo Blanca con voz sorda — experimenté esa sensación glacial, mortal, de anonadamiento... ¡Y qué atrocidad!

Judex miró detenidamente a Blanca y a Primerose. Ambas tenían la misma mirada impregnada a la vez de confianza y de angustia, tanto que apenas pudo reprimir Jaime un estremecimiento de inquietud porque acababa de sentir la impresión de que el genio maldéfico no había desistido, sino que rondaba aún en torno de la casa y amenazaba con destruir su más íntima felicidad, sin renunciar a hacer presa en aquellas dos mujeres.

Y Jaime comprendió todo el peligro que representaba aquella fuerza oculta, sobrenatural, contra la cual había emprendido una lucha sin tregua y sin cuartel. Y dijo para sí:

¡Pues bien: acepto la batalla! Pero no se trata solamente de defenderme, sino también de atacar... Nos veremos, oh tú, a quien esta joven llama cándidamente el genio del mal... Nos veremos, tú cuya inamada influencia ha conseguido franquear la puerta del castillo de Arbois y de la finca *La Franchosa*... ¡Nos veremos, oh tú que has violado cabarde e insolentemente las purísimas almas de Blanca y Primerose!... Sí, te aplastaré, te venceré en nombre de la justicia y del honor.

Esa magnífica resolución que se leía en su rostro, esa voluntad sublime, esa energía indomable que emanaba de todo su ser, acababa de comunicársela Judex con una especie de comunicación eléctrica o más bien de comunión instantánea a

las dos mujeres que momentos antes tendían a él instintivamente sus miradas suplicantes.

Y Blanca fue la primera en decir:

— ¿Por qué temblar, si él está ahí?

Y designaba a Judex, que nunca se había mostrado más grande ni más cariñoso.

— Sí, ¿por qué temer?... Usted no sabe, hija mía, no puede saber de todo lo que él es capaz... Póngase bajo su protección, como yo me he puesto... Cree en él como yo creo... Es mi esposo y es su hermano... ¡Animo, pues, Primerose, ánimo!

— Sí, Blanca, tienes razón — repuso Judex, conmovido por el entusiasmo de la mujer adorada. — Cuenten conmigo las dos... Y así como en otro tiempo nuestro amor venció todas las obstáculos, Blanca querida, el amor de Primerose y de mi hermano Rogelio sabrá triunfar de todos los peligros.

En aquel momento aparecieron en la terraza las figuras impacientes de Milton y Rogelio.

Judex abrió de par en par la puerta de la galería y dijo:

— Pasen ustedes, amigos, vengan a abrazar a Primerose.

Fue aquel un instante de indolible emoción. El rostro de la joven reflejó toda la felicidad reconquistada, y contemplando a ambos intrusos, misericordiosa con el error y dócil con el amor, llegóse a ellos y recibió un apretado abrazo de su padre, que al punto le entregó a Rogelio, diciendo:

— Amigo mío, desde ahora le pertenece a usted y sólo a usted.

Primerose inclinó la cabeza contra el hombro de su prometido y repuso con voz dulce, como una música celeste:

No hable usted así, padre... No quiero acordarme sino de la bondad que siempre me ha demostrado usted y del cariño que me ha tenido. Lo demás no me importa... Y el dolor que he sentido al ver que me creía usted culpable queda para siempre olvidado por la alegría que siento al hallarme de nuevo en familia, al volver a todos ustedes aun más unidos por la prueba que acabamos de pasar.

E indicando a Judex, prosiguió:

— Padre y usted también, Rogelio, den las gracias a Jaime, porque no sólo me ha librado de mis enemigos, sino que además me ha dado valor... Gracias a él ha desaparecido mi angustia y gracias a él puedo seguir sonriendo!

— Ya sé lo que debo al señor Trompase — replicó Milton, — y puedo estar segura, hija mía, de que no lo olvidaré. Por

lo demás, voy a demostrárselo ahora mismo... Obligado a ausentarme hoy para emprender un viaje de algunas semanas, he suplicado a nuestro amigo que te cobije en su casa, y él ha aceptado inmediatamente.

— ¡Y con mucho gusto! — se apresuró a decir Judex, en tanto que Primerose exclamaba:

— Padre, es el único medio de consolarlo de su ausencia, sobre todo en estos momentos...

— ¡Y en cuanto yo regrese — repuso Milton, uniendo las manos de los novios — celebraremos el enlace de estas queridas jóvenes!

— Vuelva usted pronto, padre.

— Lo antes posible — afirmó el inventor, cruzando con Judex una mirada misteriosa.

Momentos después, Jaime de Tremouze tenía una entrevista confidencial con Rogelio.

Me veo obligado — le decía — a ausentarme de *La Frontera* unas horas... Esta noche voy a librar batalla a la *Casa de los Secretos*, batalla que probablemente no será la última, pero que, si no me engaño, ha de ser decisiva... Durante mi ausencia, que será breve, te recomiendo que veles por Blanca y Primerose. Pon en la vigilancia todo el tacto y la discreción de que eres capaz; pero, sobre todo, te suplico que no las pierdas de vista un solo instante.

— Puedes irte tranquilo, y cuenta conmigo — dijo Rogelio.

— Te confío la felicidad tuya y también la mía.

— ¡Pero aun temes algo?

— Lo temo todo y no temo nada — dijo Judex, cuya mirada se iluminaba con un resplandor divino.

## II

## EL DESPERTAR DE JOSÉ

¿Cuál no sería la sorpresa de la baronesa de Apremont al recibir, a las once de la mañana, una espléndida candelilla de flores a la cual iba adherida una carta concebida en estos términos:

*Encantadora amiga: Ayer me he portado con usted muy inconvenientemente, y*

*largo tal remordimiento por ello, que no he podido cerrar los ojos en toda la noche. ¡Ojalá estas modestas flores, mensajeras de mi desconcertado pesar, puedan desarmar con su perfume sutil el legítimo enfado que debe usted tener y valerme una autorización suya para venir hoy mismo a ponerme a sus pies, a fin de disculparme y expresarle mi admiración radiante e ilimitada!... Una simple llamada por teléfono bastará a usted para convertirme en el más feliz de los mortales.*

*Su apasionado y fiel hasta la muerte.*

CASTO

52, calle de Millan, teléfono 72-97.

La baronesa de Apremont, que había vuelto a su casa a las cuatro de la mañana y muy malhumorada después de su aventura nocturna en la selva de Fontainebleau, empezó por arrugar furiosamente la misiva de don Casto.

— ¡Eso sí que no! — exclamó. — ¡No faltaría más que ese majadero venga a importunarme en este momento!

Pero inmediatamente, como si surgiera de pronto en su cerebro una idea, la baronesa pareció mudar de opinión, y desarrugando el mensaje de don Casto, que poco antes se disponía a romper y a echar al cesto, volvió a leerlo con profunda atención.

Poco después una páfida sonrisa asomó a sus labios, un mal resplandor iluminó en sus pupilas.

— ¡Esa gente me toma por tonta! — exclamó.

Y descolgando el receptor del teléfono dijo por el aparato:

— ¿Comunicación con el 72-97?

Y disimulando la voz, añadió al poco rato.

— ¿Hablo con don Casto?

Al oír esto, el director de la *Agencia Celeritas* apresuróse a responder, en amable tono:

— Sí, señora, servidor de usted... ¿Con quién tengo el honor de hablar?

— Hablo de parte de la señora baronesa de Apremont — dijo la aventurera.

— ¡Muy bien, muy bien, encantado!

— repuso el bueno de don Casto, que, lleno de alegría, empezó a dirigir cortmotosos saludos al aparato.

Al otro extremo del alambre continuó la cómplice de Venigño el Tuerco:

— La señora baronesa le agradece infinitamente sus flores y me encarga que le diga que no saldrá de casa esta tarde y

que a partir de las dos tendrá mucho gusto en recibirle.

— Haga usted el favor de decir a la señora baronesa que irá aunque sea a gatas... ¿Cómo?... ¡Dícele usted que me valdrá más tomar un automóvil...! Tiene usted razón; ¡tomaré deel!

Y volviendo a saludar al teléfono, continuó:

— Muchas recuerdos a la baronesa, ¡y hasta la tarde!

Y añadió para sus adentros:

— ¡Ya está!... ¡Ya la tengo!... No se podrá quejar de mí Judex.

A las dos en punto presentóse en el palacio de la baronesa.

Esta, que evidentemente seguía un plan bien determinado en su imaginación y que desde después de comer había tenido por teléfono misteriosas conferencias con Remigio el Tuerto, procuró no hacerle esperar.

— ¡Ya está usted aquí!... ¡Menos mal! — dijo, tendiendo al policía particular una mano fina y alargada.

Don Casto depositó en ella un beso, y el contacto de la sedosa piel le produjo inmediatamente una sensación agradabilísima, que él procuró refrenar.

Don Casto se había jurado a sí mismo ser de mármol... José volvía a ver a la mujer de Putifar, pero arando con la triple coraza de la voluntad, la castidad y la energía.

Sin embargo, desearo de dar totalmente el cambio a la aventurera, empezó por exhalar un lánguido suspiro, y, con voz que parecía revelar un arrepentimiento sincero de veras, dijo:

— Perdóneme, señora baronesa.

— No hablémos más de eso — dijo muy amablemente la aventurera — y venga usted aquí a sentarse a mi lado en este diván.

Con Casto, cada vez más respetuoso a representar sin desfallecimiento su papel, accedió a la amable invitación y tomó asiento junto a la trastornadora sirena, que al momento dijo, con una sonrisa llena de astuta coquetería:

— No le ocultaré, don Casto, que me gusta usted mucho... Me horrorizan los hombres guapos, en primer lugar, suelen ser presuntuosos, habladores, insostenibles y necios... Prefiero los que son como usted, que saben amar la distinción de modales con una elegancia de buen gusto, a más de tener talento.

— ¡Qué encantadora! — decía para sí don Casto. — ¡No sabe Judex lo difícil que va a serme no sucumbir!

La aventurera proseguía:

— Querido don Casto, como espero que

estamos llamados a vernos muy a menudo...

— ¡Ya lo creo, baronesa!

— ¡Y tal vez a ser buenos amigos... Muy buenas.

— Indudablemente.

Quiero, ante todo, que sepa usted con quién trata... En primer lugar, le advierto que tengo un carácter algo caprichoso.

— Yo también.

Podría ser que, a veces, permaneciera días enteros y hasta semanas sin verle a usted.

— ¡De veras?

Y adoptando una actitud misteriosa, añadió la señora de Apremont:

— Pero también pudiera ser... — Y se detuvo, bajando los ojos.

— ¡Hable usted! ¡Hable usted! — decía suplicante don Casto.

Tras breve pausa, volvió a decir la baronesa:

— ¡Y si le pidiera yo que viniera a pasar algunas ratos conmigo?... Porque ya le he dicho que soy caprichosa.

— Lo dejaría todo por usted!

— ¡Incluso a su Daisy?

— Empezaré por decirle que Daisy está ausente.

— Pero ¿y cuando esté aquí?

— Pues la dejaría también!

Sin pestañear, subrayó estas palabras la señora de Apremont:

— Es usted el hombre más galante que he conocido.

— Usted me confunde — dijo don Casto, apurándose efusivamente la linda mano de la aventurera, la cual reposó melosa:

— Ahora ya sabe usted mis defectos: permítame que le hable de mis virtudes.

— No hace falta, baronesa, las adivinó es usted la belleza misma, el encanto y la gracia... Me parece que voy a adorarla a usted.

— Yo se lo permitiré gustosa, Casto; pero, por hoy, no le concedo nada más.

— ¡Baronesa! — exclamó don Casto, que creyó indispensable postrarse a los pies de la aventurera.

— ¡Vámonos, levántese! — ordenó ella.

Pero don Casto seguía prosternado y con escalofríos efusivos continuaba:

— ¡Baronesa, baronesa! Ruégole que me escuche, y, sobre todo, que no me niegue el primer favor que voy a pedirle... ¡Oh! No se enfade usted... ese favor... No se sonroje... ni siquiera en pedirle a usted un beso... No, yo quisiera... ¡pero no se enfade!... No me atreva... En fin, baronesa, ¿quiere usted concederme el honor, el grandísimo honor, de cenar esta

noche conmigo en el restaurant que tenga usted a bien escoger?

— Querido amigo — respondió inmediatamente la aventurera, — no necesitaba usted tantas rodeos para hacerme una invitación que tengo mucho gusto en aceptar.

— ¿De veras? — dijo don Casto, poniéndose instantáneamente en pie.

— Venga a buscarme esta noche, de siete a siete y media.

— ¿A qué restaurant quiere usted que vayamos?

— Al que usted guste.

— Bueno, creo que me ha dicho usted que le gusta comer bien.

— Sí, me gusta.

— Pues me parece que no quedará usted descontenta. En efecto, voy a encargarme una cena sumamente, de esas que hacen época en la existencia de un gastrónomo.

— En usted confío.

— Así, pues, hasta esta noche, a las siete.

— Retire preparada.

— ¡Gracias!

Don Casto se retiró satisfecho de sí mismo y de su primera victoria.

No obstante, así que estuvo en el vestibulo, pensó:

— Toda esta es muy bonito... Pero para que Judex pueda «trabajar» con toda tranquilidad no basta que yo lleve a la duquesa de la casa, sino que también debo apartar de aquí a los criados.

Casualmente la Ojexas, por razones que sólo conocía su socia, se había puesto un traje coquetón de doncellita y se preparaba a abrir la puerta.

Don Casto, al tiempo que miraba a la joven criada con expresión de simpatía muy marcada, le preguntó:

— ¿No es usted quien me ha telefonado esta mañana?

— Sí, señor, yo soy.

— Es usted muy amable, y cumple muy bien los encargos que le da su ama.

— Hago todo lo que puedo.

— Como estoy llamado a venir muy a menudo a visitar a la señora baronesa, tendría mucho gusto en complacer a usted desde el primer momento.

— El señor es muy bueno.

Y dando a su interlocutora una moneda de cinco francos, le preguntó el hábil estratega:

— ¿Le gusta a usted el cine?

— Sí, señor, mucho.

— ¿Va usted a menudo?

— No muy a menudo, en primer lugar porque no suelo estar libre y además porque sale muy cara.

— ¿Cómo se llama usted?

— Luisa.

— Pues bien, Luisa, esta noche ceno con la baronesa fuera de aquí; por consiguiente, tendrá usted libre la noche... Cuando venga yo a buscar a la señora, le traeré billetes.

— El señor es muy amable.

— ¿Cuántos criados hay aquí?

— La cocinera, el chófer y yo.

Entonces le traeré un palco de cuatro asientos; así podrá usted llevar a su novia y a sus compañeros.

— El señor me podía hacerme mejor obsequio.

Don Casto añadió:

— Hará usted bien en salir temprano para encontrar buen sitio.

Y en tanto que la falsa Luisa, el chófer y la cocinera se desahucian en cumplidos dando las gracias a don Casto, éste se marchó.

Así que hubo desaparecido, la Ojexas fue a ver a la baronesa, que había vuelto a su despacho.

— ¿Cuanque la señora cena hoy en un restaurant? — le dijo con cierta ironía.

— Sí.

— ¿Con don Casto?

— Sí, con don Casto.

— ¿Que se diviertan mucho?

La baronesa, que parecía nerviosa y preocupada, hizo una pausa.

La Ojexas prosiguió:

— Nos ha dado billetes para el cine.

— ¿Quién? ¿Don Casto?

— Sí: un palco para mí, Marieta y Justina... y mi novia... Na me atrae mucho el cine, por lo cual dejaré que vayan solos Marieta y Justina.

— Na — dijo la baronesa, — iras con ellos.

— ¿Por qué?

— Porque es preciso... Conviene que esta noche esté vacía la casa, cuando menos hasta las doce.

— ¿Se puede saber por qué?

La baronesa dijo febrilmente:

— Don Casto ha venido aquí con un objeto determinado; ya puedes suponer que lo he descubierto en seguida... Le han debido de encargar que despeje mi casa, y ese regalo de billetes de cine me confirma en mi idea. Mucho me chocaría que a la media hora de marcharnos nosotros no entrase aquí alguien para practicar un registro domiciliario en regla. Y ese alguien lo conozco: es aquel a quien hemos encontrado en nuestro camino y que ha desbaratado nuestros planes interponiéndose entre Primerose y nosotros.

— ¿El conde de Tremense?

— Sí, el conde de Tremense, que hoy

día es enemigo declarado de la *Caza de los Secretos*.

La fingida criada objetó:

— Siendo así, ¿por qué no nos quedamos en casa?

— Pierde cuidado; aunque no estemos aquí, encontrará todo lo necesario para recibirte como se debe.

## III

## LA EMBOSCADA

A las seis y media de la tarde un automóvil con las cortinillas bajadas se detuvo en la calle de Musset, ante una casita particular situada dos puertas más allá que el palacio de la baronesa.

Con el ojo aplicado al cristal de la trastera del carruaje, Judex podía observar desde allí, sin que le vieran, cuanto sucedía en los alrededores de la mansión en que había decidido entrar.

Y así vió primeramente llegar a don Casto en un automóvil de círculo y penetrar en la finca vestido de etiqueta y con aires de conquistador y salir de nuevo momentos después, con la hermosa baronesa, subir con ella al coche e irse a cenar al restaurant donde el bueno de don Casto había resuelto completar su desquite.

Poco después vió el desfile de los criados, y todo quedó en silencio.

Entonces salió Judex del automóvil, franqueó la poca distancia que le separaba del domicilio de la baronesa y comenzó a inspeccionar el sitio. La calle estaba desierta; todo parecía favorecer una empresa a la cual no se había decidido sino tras mucha lucha consigo mismo. Porque, aunque el honrado caballero estaba siempre dispuesto a afrontar el peligro y aun a exponer la vida en defensa y por el triunfo del derecho y la verdad, repugnábale penetrar en el aposento de una mujer cuando ella estaba ausente y practicar allí una exploración indiscreta, aun cuando ésta diera por resultado el entregarse los *Curadores de Secretos*.

Con la admirable inmensa fe que le caracterizaba, buscó Judex otro medio de llegar a su objeto, pero tuvo que reconocer que no había ninguno más.

Avisar a la justicia o poner a la policía en movimiento era cosa en que no había

que pensar. En efecto, Judex tenía ya la convicción, si no de que la *Caza* tenía pruebas de que Favreux vivía, cuando menos de que sospechaba la existencia del banquero.

Convenía, pues, darse prisa y no exponerse, con una denuncia en forma, a producir un escándalo que diera a los bandidos ocasión de que lograsen abrir el aludido vasio del cementerio de Sablons, pues esta herida mortalmente a Blanca en su honor, al tiempo que la pondría a él en muy delicada situación con los tribunales.

Movida a la vez por su amor por los suyos y por sus deseos de justicia, no quedaba a Jaime de Tremese más que vencer o capitular.

Capitular era exponer de nuevo a Blanca y a Primerosec a aquel poder tenebroso... Era el triunfo de los *Curadores de Secretos* y la prosecución de sus siniestras hazañas.

Ante esa idea rebelábase Judex, tanto más cuanto que ya había encontrado una pista, y el no seguiría no sólo le parecía una debilidad, sino también una cobardía... Comprendió, al fin, que no debía usar precaución alguna tratándose de una canalla como la baronesa de Apremont.

Por esta razón, después de ese breve diálogo con su conciencia, no titubeó Judex, y penetró en el domicilio de la aventurera valiéndose de un manojo de llaves falsas y de ganchos de diversas y extrañas formas, desconocidos de los más refinados ladrones, y, documentado por los datos que le había dado don Casto, empezó su registro domiciliario.

Primeramente entró en el salón: las cortinas que adornaban las ventanas estaban cerradas herméticamente, por lo cual encendió Judex la luz eléctrica.

Lo primero que llamó su atención fué una pequeña mesa de escritorio. Sobre ella había una carpeta; abrióla el conde Jaime y vió que no contenía nada. La mesa tenía un cajón, pero al ver la llave en la cerradura ni siquiera se tomó la molestia de abrirlo. Encendió tranquilamente un cigarrillo y salió a un pequeño corredor oscuro, al cual daba otra puerta que franqueó igualmente, y así se encontró en el despacho de la baronesa.

Tenía la seguridad de que allí podría coger fructuosa cosecha. Sin nervosidad y sin prisa alguna empezó Judex a examinar la habitación, en la que no había más puerta que aquella por donde él acababa de entrar, ni más ventana que una que daba al jardín. Llamóle especialmente la atención el mueble... Induda-

bienente todos aquellos objetos tenían su misterio y era menester arrancárselo, y ya se sentaba Judex ante aquella mesa, cuando de pronto oyóse el timbre del teléfono, que estaba junto a él.

— ¡Hola, hola! — exclamó Judex, persuadido de que iba a sorprender algo interesante. Esta llamada telefónica abreviará singularmente mi tarea, y acaso marche todo más de prisa de lo que yo suponía.

Y cogió el aparato...

Pero apenas se lo había llevado al oído, oyó un ruido extraño que le hizo estremecerse.

Un doble trépano metálico acababa de abatirse súbitamente delante de la puerta y de la ventana, únicas salidas de la habitación en que se hallaba Judex. Al mismo tiempo, una voz de mujer decía por el teléfono.

— ¡Buenas noches, señor conde de Tremense!... Soy la baronesa de Apremont... ¿Cómo está usted?... Yo voy a tener una excelente cena en compañía de su amigo don Casto.

— ¡Pues que le haga muy buen provecho, señora! — repuso Judex con aquella calma extraordinaria que no le abandonaba ni aun en las más peligrosas circunstancias de la vida.

Por lo visto, aquellas palabras exasperaron a la aventurera, puesto que replicó inmediatamente:

— Amigo mío, ahora verá usted los inconvenientes que tiene el meterse en donde no le llaman... Se encuentra usted prisionero... Y le garantizo que la *Casa de las Secretas* no le perdonará.

Un crujido seco y muy característico advirtió al conde de Tremense que la terrible baronesa acababa de interrumpir la comunicación.

Y siempre con la misma sangre fría, cogió Judex el aparato que había desatado el mecanismo secreto gracias al cual se hallaba prisionero, y continuó fumando apaciblemente su cigarrillo... Poco después se levantó y examinó los telones metálicos, y al momento se dió cuenta de que no podría romperlos por ningún lado; buscó otra salida, y como no la encontraba, se acercó de nuevo a la mesa e instalóse en ella; y al tiempo que aspiraba con gran satisfacción la última bocanada de su cigarrillo, empezó a reflexionar, con una sonrisa en los labios...

Amigo mío, le suplico que me dispense — dijo la baronesa de Apremont al volver a un reservado del gran restaurant a donde le había llevado don Casto: — la

señorita telefonista no acababa de darme la comunicación.

— En los restaurantes y en los cafés siempre cuesta mucho hablar por teléfono — repuso don Casto.

— Demasiado lo sé.

— Pero, en fin, ha ido bien todo?

La aventurera, con una sonrisa de feroz ironía, dijo:

— Admirablemente!

— Siendo así, cenemos.

— Catenos, pues.

Durante la cena, don Casto mostró inmensa alegría.

Y la tenía, en efecto, porque no sólo había conseguido uno de sus mayores triunfos — así lo creía el al menos — al cumplir la difícil misión que le había confiado Judex, sino que además, y sin la sombra del remordimiento, iba a poder cortejar de manera muy demostrativa a la deslumbradora criatura que tenía a su lado.

Aprovechándose de que el maestresala había desaparecido para ejecutar sus órdenes, se inclinó hacia su invitada y le dió un prolongado beso en el hombro. Como la baronesa dejó air un lánguida suspiro, don Casto, más animado aún, insistió en besarla tan detenidamente, que la estúpida aventurera tuvo tiempo de verter en la copa del bueno de don Casto una minúscula cantidad de un polvo incoloro que momentos antes había sacado del chatón de una sortija.

Mostrando una práctica muy larga en el oficio, el maestresala, antes de volver a aparecer, tosía ligeramente... Y don Casto, volviendo a la realidad, mojó la cuchara en la sopa.

La cena prosiguió... exquisita por todos conceptos. Sin embargo, a medida que la baronesa se mostraba más viva y animada, don Casto, al contrario, iba perdiendo su locuacidad y su ardor. Varias veces tuvo que ahogar con la servilleta unos bostezos intempestivos... los párpados se le tornaban pesados e invadidos una creciente torpeza... Claro está que el procuraba luchar contra aquel estado fisiológico, sin acortar o explicárselo; mas pronto tuvo que declararse vencido, y como ya no respondía sino con voz pastosa a las bromas que con provocativa coquetería le dirigía su compañera, exclamó ésta:

— ¡Pero qué le sucede?... ¿Está usted demasiado enfermo?

— No, no — decía don Casto, luchando contra el sueño que le invadía; pero al poco rato añadió: — He de confesar que no me encuentro tan bien como hace un rato... Y, sin embargo, he bebido muy moderadamente.

- Será un malestar pasajero...
- La emoción, baroneso; la una...
- Sí, la falta de aire...
- ¡Hace tanto calor en esta sala!...
- Voy a abrir la ventana.
- No, no se moleste...

Pero la baronesa estaba ya en la ventana, y cuando se volvió, don Casto, agotadas sus energías, acababa de caer con la nariz clavada en un magnífico melocotón que tenía en el plato.

— Todo va a pedir de boca — dijo la aventurera: — ahora puedo volver a casa.

Y llamando al moestre sala, que hacía un instante se había eclipsado profesionalmente, le dijo:

- Déme usted la capa.

Y con aire de reina ofendida, en tanto que el camarero la ayudaba a ponerse una soberbia capa de raso, añado, designando a don Casto, completamente dormido:

- Dejele en paz, y cuando se despierte le presento usted la cuenta.

Y salió la baronesa y montó deliberadamente en el automóvil de cirulo que don Casto había alquilado para aquella velada, y dijo con voz imperiosa al conductor:

- Calle de Muret, Auteuil!

Y al sentirse en las alturas del carruaje dijo entre dientes:

- ¡Ahora nos veremos, Judex!

#### IV

##### LA DOCTRINA DEL DOCTOR HOWEY

En tanto que se desarrollaban estos acontecimientos entre Auteuil y el bulevar de la Magdalena, en *La Frontera* reinaba gran tranquilidad y sonriente calma.

Blanca quiso dirigirla personalmente la instalación de Primerose en su morada.

Rogelio, obedeciendo a las órdenes terminantes de su hermano, no había cesado de vigilar por los alrededores, interviniendo de cuando en cuando y observando que su prometida y su cuñada renacían a la alegría de vivir y parecían haberse librado definitivamente de la siniestra influencia que antes se abalía sobre ellas.

A eso de las cuatro de la tarde, Judex llamó por teléfono a Rogelio y le pidió

noticias de lo que pasaba en *La Frontera*.

- Todo sigue bien — declaró Rogelio.

- ¿No ha habido visitas?

- Ninguna. ¿Y tú, qué tal?

— Espero estar de vuelta esta noche por allá a las doce y llevo muchas noticias y buenas.

Momentos después, el doctor Howey, que durante el verano vivía en una modesta casita situada a algunos kilómetros de *La Frontera*, venía a dar a Juanito la lección de cultura estética.

Hacia un tiempo soberbio, Blanca y Primerose sentáronse en un banco ante la puerta para presenciar las expansiones del niño.

Rogelio les pidió permiso para permanecer con ellas, cosa que le concedieron inmediatamente, y comenzó la lección. Duró próximamente media hora.

Blanca quedó encantada. Quería tanto a su niño, que todo cuanto podía hacer resaltar sus buenas dotes le llenaba de alegría. Por eso no escatimó sus cumplidos al doctor, que los recibía con esa modestia de buen loco que saben conservar en todo tiempo y lugar los espíritus verdaderamente superiores.

— Doctor — dijo, — ¿quiere usted hacernos el favor de cenar esta noche con nosotros, porque mi marido no está en *La Frontera*?

— Sí, sí — añadió Primerose: — haremos un poco de música. El doctor, que toca tan bien el piano, me acompañará. Acabo de recibir una colección de melodías antiguas...; las descifraremos juntos.

— No quisiera abusar de su amabilidad — dijo el doctor.

Intervino Rogelio:

— No nos prive usted de su presencia, doctor, y de tener el gusto de verle.

No le avisado en mi casa.

— Es usted saltero y un saltero tiene derecho a todo.

Desgraciadamente es verdad.

— Entonces, acepta usted — dijeron simultáneamente Blanca y Primerose.

— Con muchísima gusto.

Y con esa sonrisa llena de finura y de bondad con que se atraía las simpatías de todo el mundo, añadió Howey:

— Decididamente, se puede decir que en *La Frontera* he pasado las mejores horas de mi vida.

En tanto que la señora de Tremouse y la prometida de Rogelio volvían a casa con Juanito, el doctor, dando familiarmente el brazo a Rogelio, añadió con un dejo de melancolía:

— Su señor hermano y usted han podido seguir las impulsos de sus corazo-

nes. Pero para mí ya es demasiado tarde; el arte y la ciencia han absorbido los mejores años de mi vida... He trabajado tanto, que ni siquiera he tenido tiempo de amar, y ahora me pesa.

— Doctor — exclamó un poco cándidamente Rogelio, — siempre se puede recuperar el tiempo perdido.

— ¿A mi edad?

— Ignoro la fecha de su nacimiento, pero observo que, bajo la blanca aureola de sus cabellos, su rostro permanece amorosamente joven.

— ¿Lo cual quiere decir que usted me cree capaz de hacer aún conquistas?

— ¿Por qué no?

— Usted se está burlando de mí.

— No me permitiría semejante falta de miramientos, doctor.

— Entonces, es usted demasiado indulgente...

— Nada de eso; es usted demasiado listo para no haberse enterado de que ejerce verdadero ascendiente en la mujer...

— En fin, ya que por la influencia de esas nobles alegrías que me rodean he empezado a tener con usted mis confianzas, me permite que las complete hasta el fin?

— ¡Ya lo creo, con mucho gusto!

Y con una emoción extraña y que no trataba de disimular, prosiguió el doctor:

He tomado verdadero cariño a su hermano y a usted... Y no sólo porque se me han presentado ustedes como dos seres excepcionales, sino, sobre todo, porque han sabido elevarse por encima de los prejuicios humanos y romper resueltamente con las rancias tradiciones que durante tanto tiempo han empedrecido las almas y apertrechado los corazones. ¡Qué mejor prueba de independencia moral, qué más hermosa manifestación de valor activo, de elevación de miras, de fuerza de carácter, que la que nos ha dado el conde Jaime, al casarse, siendo un aristócrata sin miedo y sin tacha, con la hija del banquero Favraux!... En la que ha elegido por mujer no vió, o hizo muy bien en ello, más que la criatura adorable y perfecta entre todas, que tal es la condesa Blanca.

— Sí — repuso Rogelio, — mi hermana ha sido grande y muy noble, y por ello ha obtenido ya su recompensa.

— Como usted la obtendrá, amigo querido, por aquella a quien ha distinguido usted entre todas y que le ama a usted entre todas... ¿Qué sublime respuesta a todos los teóricos de la herencia ha dado la condesa de Tremouse!... Me ha permitido observarla bien, sin que ella lo

sospechase, y no he visto en ella ninguna de las taras palermas... Ella rebosa franqueza, rectitud y lealtad; en una palabra, es todo lo contrario de su padre. He conocido a Favraux, o mejor dicho, he tenido relaciones comerciales con él.

— ¿De veras?

— Sí, y dicho sea entre nosotras, era un ser espantoso, de una rudeza como no se la he conocido a nadie... Dices que cuando murió tan súbitamente se hallaba en vísperas de tener grandes disgustos, y hasta se afirma que se suicidó.

Rogelio dejó ver un ademán evasivo.

El doctor prosiguió:

— Por lo demás, eso no tiene importancia; lo esencial es que murió a tiempo para no entristecer para siempre la existencia de su hija. Perdoneme esta conversación; no tiene más que un objeto: demostrar la veracidad de mis doctrinas frente a las teorías injustas y rancias de la herencia moral y condenar el estúpido adagio que dice «de tal palo, tal astilla», o sea «de tal padre, tal hijo».

— Y estrechar, querido doctor, las lazos de amistad que nos unen — dijo Rogelio.

Hablando, hablando, habían llegado a la casa los dos amigos.

Blanca y Primerose bajaron a la galería.

— Vamos a coger unas flores — dijo la condesa.

— ¿Me permiten acompañarlas? — preguntó Rogelio.

— Con mucho gusto — dijo alegremente su amada.

— ¿Y usted, doctor? — preguntó la señora de Tremouse; a lo cual replicó Howey:

— Voy a pedir a usted permiso para telefonear a mi casa, diciendo que no me esperan a cenar.

— Vaya, pues, doctor, y hasta luego.

— Hasta luego, señoras.

El profesor de cultura física se encaminó al vestíbulo, acercóse al teléfono colocado en una rincónera, y en aquel momento vió ante una mesa a Juanito que escribía apaciblemente, vuelto de espaldas a él. Acercóse el doctor, y el niño, absorto en su tarea, ni siquiera volvió la cabeza.

Howey entró por encima del hombro de Juanito y vió que este escribía en un sobre, con letra grande y torpe, estas palabras:

Señor Favraux...

En aquel momento Juanito vió por el espejo la imagen de su maestro y se de-

tuvo, pero sólo un instante, un segundo, y luego continuó escribiendo, sin darse prisa:

*Señor Ferron...*

*En el visto...*

Y como el doctor le dió un golpecito cariñoso en la mejilla, el muchacho, tranquilo ya, seguro de no haber descubierto el duro secreto que pesaba sobre sus frágiles hombros, dijo con una voz en que se traslucía cierta emoción ingenua y tierna:

— Doctor, todos los sábados escribo una carta igual a mi abuelito, antes de dormirme, y la dejo sobre la mesa para que mi ángel custodio se la lleve.

## V

### EL DEMONIO EN CARA

Jaime de Tremese había terminado el cigarrillo tan tranquilamente como si en vez de estar aprisionado en un verdadero aposento lleno de trampas, que tal era el despacho de la baronesa, se hubiera hallado en su lujosa escritura de La Frandosa.

Poco después se levantó y dijo entre dientes:

— ¿Creeis que habéis cogido a Judex? Pues bien: Judex va a demostraros que, si sois astutos, él es un adversario digno de vosotros.

Y sin darse prisa emperó por sender las paredes que le rodeaban. Sin duda debió de hallar el punto que buscaba, encima de una vitinera que había en la derecha de la puerta, y al momento sacó del bolsillo un estuche parecido al que usan los médicos, cogió de él un berbiquí de punta acerada y sólida a toda prueba, y con este instrumento práctico en el tabique un orificio de medio centímetro de diámetro y cinco a seis centímetros de profundidad, después vió un cofre de madera maciza de grandes dimensiones, lo abrió y le examinó detenidamente, y volviendo a su estuche se apoderó de una especie de torpedo en miniatura, en cuyo extremo superior había un mecanismo

análogo al que da cuerda a un reloj de bolsillo y al cual dió algunas vueltas.

Acercóse de nuevo al tabique, introdujo el extremo inferior del torpedo en el agujero que había practicado antes y, corriendo luego al ras, se encerró en él rápidamente.

Segundos después se produjo una explosión sorda, seguida de un ruido de muebles derribados y de objetos que se desplomaban.

El extraño aparato había cumplido su obra. Al traves del humo y del polvo apareció en la pared una brecha suficientemente ancha para que por ella pudiera pasar un cuerpo humano.

Judex salió inmediatamente de su escondite.

— ¡Qué bien he hecho en tomar precauciones! — dijo para sí. — Pero me parece que no debo quedarme mucho rato en esta guarilla, tanto más cuanto que ahora ya sé a qué atenerme y no tardaré en descorrer el velo tras el cual se oculta la Cara de los Secretos.

Y cogiendo el sombrero y la capa que había dejado sobre un mueble dirigió una última mirada a la mesa de escritorio, que no había sufrido gran cosa en la explosión, y salió por la brecha que tan ingeniosamente acababa de practicar.

Volvió a la anlesada y abrió de par en par la puerta del jardinillo, y al momento oyó un grito de rabia y de sorpresa.

En pie, en el primer escalón, la baronesa de Apremont, petrificada de estupor y atenta de cólera, acababa de ver a aquel a quien ella creía cogido en la trampa que le había tendido.

Con aires de gran señor y sin parecer conmovido ni extrañado, exclamó Judex:

— Señora, he tenido que hacer algunos desperfectos en su casa, por lo cual le ruego que me perdone...

Y apartándose para dejar paso a la baronesa, añadió:

— Sírvase entrar en su casa... Ahora es demasiado tarde para entablar una conversacion que duraría hasta cerca de la madrugada... Pero pronto nos volveremos a ver, baronesa.

Entonces la de Apremont, saltando como una pantera hasta la cumbre de la escalinata, dijo ebria de furor, amenazando con el puño a Judex, que se preparaba a salir a la calle:

— ¿Conque está declarada la guerra?

— Sí, la guerra — dijo Judex, acortando bien las palabras, que penetraron como un puñal en la carne de la miserable.

— ¡Pues bien: denúnciame si quiere a

la policía y condúzcame a la prevención y así habrá completado su obra!

—Na — dijo el conde de Tremense con una tranquilidad que heló de espanto a lo cómplice del Tuerlo, — yo administro la justicia por mi propia mano, y le garantizo, señora baronesa, que usted y sus amigos no perderán nada con esperar.

La de Apeemont corrió rápidamente la puerta, profiriendo una blasfemia alora. Judex se encaminó tranquilamente a su automóvil y dijo al fiel Bautista:

—Ahora, en marcha para La Frodoza, ¡y pronto!

Instalado en el coche, dejó traslucir toda su satisfacción.

—Vámonos, no ha perdido la noche. Pero ¿qué demonios se habrá hecho del pobre don Castro?

Judex llegó a La Frodoza a las once de la noche. Al ver iluminadas todavía las ventanas de la casa, su corazón latió tranquilamente al pensar que volvía a hallarse en medio de los seres queridos cuya felicidad pretendía custodiar. Rápidamente apesóse del carruaje y de pronto oyó en la galería un grito desgarrador.

Era la condesa, que al ver al señor de Tremense corrió a su encuentro desesperada gritando:

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

—¿Qué sucede, Blanca? ¿Qué quieres decir? — preguntaba Judex, sobresaltado por terrible angustia.

—Juanita y Primerose han desaparecido — dijo la desgraciada madre con voz ahogada, y cayó en brazos de su marido, que la llevó al vestibulo desierto y la dejó sobre un diván.

—Tranquilízate, querido mío, y procura explicarme lo que ha sucedido.

Pero la joven, extenuada, no respondía sino con sollozos, dominados a ratos por el mismo grito de desesperación.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

Hogabo, pálido, jadeante, y el doctor Howey, cuyo rostro tenía huellas de la más dolorosa angustia, acababan de aparecer seguidos de varios criados que parecían haber perdido por completo la cabeza, y todos mezclaban sus exclamaciones arrojando un confuso tumulto.

—Déjenlos — exclamó imperativamente Jaime, — y tú, hermano, y usted también, doctor, cuéntennos la verdad,

—Hable usted, doctor — dijo Hogelio — que a mí me falta valor.

Howey explicó:

—He aquí exactamente cómo han sucedido las cosas: la señora de Tremense ha tenido la amabilidad de invitarnos a cenar con ella; terminada la cena, empezamos a ejecutar un poco de música. Estábamos aquí, la condesa, Primerose, Hogelio y yo. En cuanto Juanito nos dio las buenas noches y se fue a su cuarto con la criada, me senté al piano y acompañé a Primerose algunas melodías. Poco después nos dejó ella para ir a su habitación a buscar una colección de canciones antiguas que se había dejado olvidada; al cabo de media hora, como no la veíamos volver, la señora de Tremense, algo inquieta, fué a buscarla.

Blanca interrumpió al doctor y dijo:

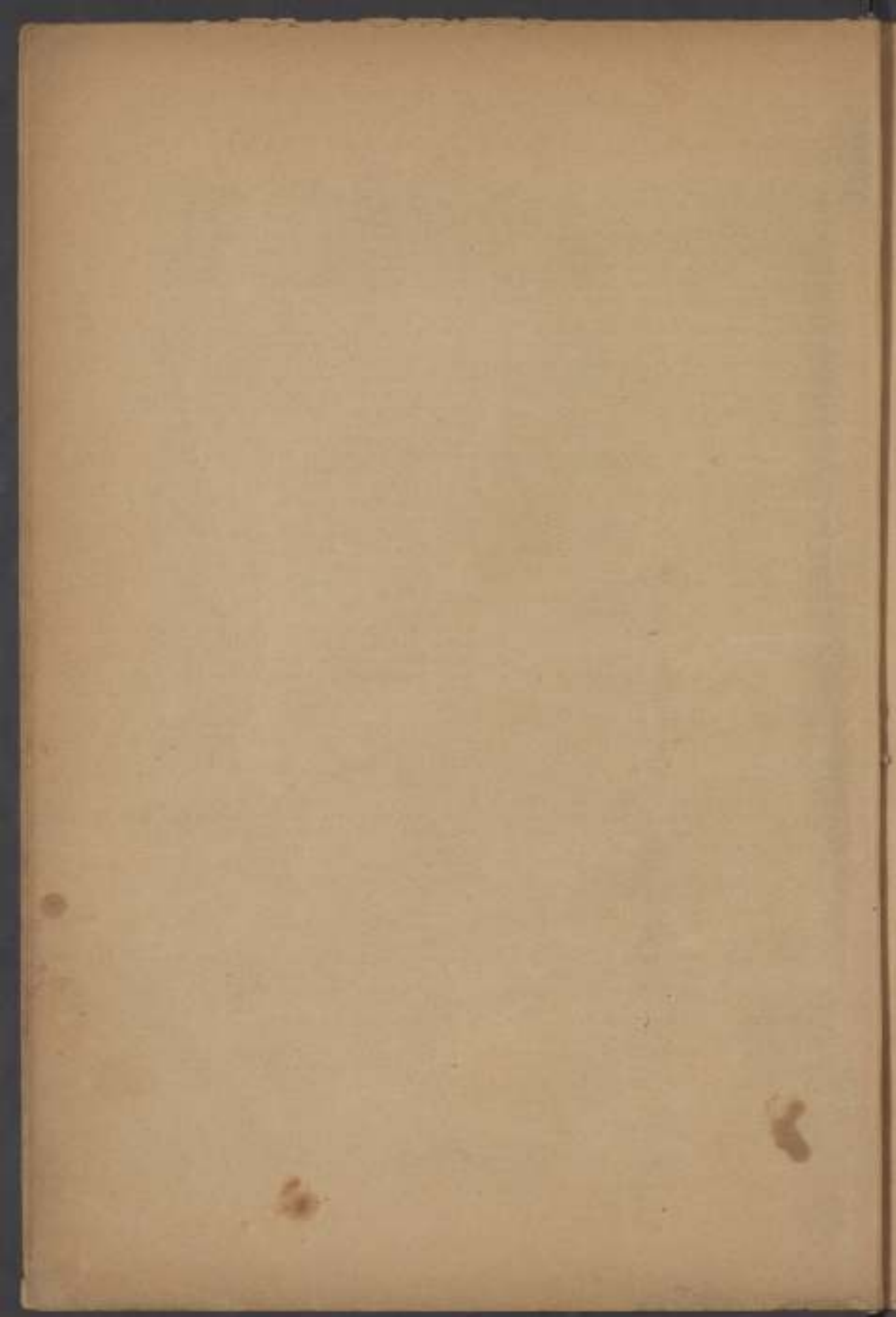
—Cuando entré en el cuarto de Primerose estaba vacía... Movida por un instinto maternal penetré en el de Juanito. Julieta, la doncella, se había dormido en una silla, y Juanito no estaba en la cama... Al momento tuve la intuición de una desgracia; intenté despertarlo a Julieta, pero fué imposible: dormía con un sueño pesadísimo. Pedí socorro, vinieron todos, hemos registrado la casa y el parque, pero en vano. ¡Esto es horroroso! ¡Horroroso!... Jaime, en nombre de nuestro amor, en nombre de ese pobre niño a quien tú quieres y que te adora, te ruego encarecidamente que indagues y busques y hagas la posible para traerme de nuevo al niño.

—Te juro, Blanca, que no tendré un instante de reposo ni un minuto de tregua hasta que traiga aquí a Primerose y a Juanito, y hasta que ahogue con mis manos al monstruo que nos lo ha raptado! — dijo Judex.

Hermano — suplicó Hogelio, — perdóname este momento de flaqueza que tal vez la hayas perdido toda.

—Nada tengo que perdonarte, ni tú tampoco debes enfadarte contigo mismo — repuso el mayor de los Tremense, — porque veo que hay un demonio en esta casa... Pero le haré salir de la sombra en que se esconde y sacaré a la luz del día su faz repugnante... Conozco una de sus cómplices y no tardaré en descubrir el infame secreto.

—Y si podemos — añadió energicamente Howey — le ayudaremos nosotros.



## QUINTO EPISODIO

# LA SELVA TENEBROSA

### I

#### LA ENCINA DEL AHORCADO

Aquella noche, a eso de las once, una joven y un niño, cogidos de la mano, recorrían un sendero de la hermosa selva de Fontainebleau. La joven caminaba con paso rápido, el niño la seguía fácilmente; sin embargo, a ratos se detenía preguntando:

—Dime, hermana, ¿va a darse mucho el paseo?

Primerose se limitaba a responder con tono breve, imperativo y extraño:

—¡Sigue! ¡Sigue!

Docilmente Juanito seguía a Primerose, la cual, bajo el imperio del genio mágico, hipnotizada por aquella fuerza tan poderosa como indefinida, se internaba cada vez más en la selva.

A todo esto, la inquietud, más aún que el cansancio, empezaba a invadir al niño, que decía:

—No tan de prisa, hermana, no tan de prisa!

Pero la prometida de Rogelio en vez de atender a los ruegos de Juanito, aceleraba al contrario la marcha, sin responder siquiera por monosílabos a las súplicas de su compañero.

Y el miedo se apoderó del pobre niño, que entre sollozos preguntó:

—Dime, hermanita, ¿por qué no respondes a tu Juanito? ¿Estás acaso enlodada?

El niño seguía ya con mucha dificultad a la hechizada: iba tropezando contra las raíces de los árboles que salían a flor de tierra, y varias veces estuvo a punto de caer; pero Primerose seguía, apretándole con su mano crispada, huesa que, al fin, de los temblorosos latidos

del angelito brotó un grito de desesperación:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Sorda a esta llamada, Primerose prosiguió su camino. De pronto se detuvo ante una encina, uno de los árboles más hermosos de aquella selva en donde abundan los gigantes silvestres. Aquel coloso de la naturaleza tenía un nombre siniestro: le llamaban la *encina del ahorcado*, porque, veinte años antes, unos guardias rurales hallaron colgado de una de sus ramas el cadáver de un vagabundo.

Primerose, codiendo sin duda a la tenebrosa influencia que le ordenaba no seguir más aquel camino, se arrodilló al pie de la encina.

Y entonces, ora porque en su alma helada hubiera un vago despertar de ternura y compasión, ora porque sólo se limitase a ejecutar las instrucciones secretas e íntimas del mal espíritu que había conquistado su cerebro, atrajo a sí a Juanito y le besó en la frente. Luego se tendió como para dormir en el verde césped que cubría la tierra.

El hijo de Blanca, rendido y dolorido se dejó caer como una masa al lado de ella.

Momentos después dormía el con la cabeza apoyada contra el hombro de Primerose.

¿Qué había sucedido en *La Fendusa*?

Veámoslo aquí: cuando Primerose salió del salón para ir a su cuarto en busca de unas cauciones, estaba muy contenta, y ni al mismo Rogelio le pasó por la imaginación irse tras ella, por lo muy risueña que le parecía y al abrigo de toda influencia misteriosa o mágica.

Ahora bien: apenas hubo llegado al pie de la escalera, Primerose se detuvo de pronto, lleváse desesperadamente las

manos a la frente y agitose después como si forcejeara contra un adversario invisible.

Por último, dominada, subyugada, soñó lentamente los peldaños con su paso de alucinada.

Así que llegó al primer piso, se fué derecha al cuarto de Juanito y abrió la puerta sin titubear.

El niño no dormía aún: sentado en la cama, contemplaba con asombro y con cierta gusca a la criada, Julieta, que, después de haberle acostado, se sentó en una silla, y sin transición alguna quedó sumida en un estado de torpeza tan profundo, que no pudieron sacarla de él las repelidas llamadas del niño.

Juanito, inquieto y divertido a la vez, disponíase a tocar un timbre eléctrico situada a la cabecera de su lecho, cuando se le apareció Primerose.

— ¡Mira! ¡Mira! — le dijo el chiquillo. — ¡Mira a Julieta! No quiere despertarse: asísta un poco, hermana.

Pero Primerose se acercaba al niño con un dedo en los labios y Juanito calló inmediatamente.

Quería mucho a la joven y tenía en ella ilimitada confianza... Y sobre todo, aquella noche estaba tan contento por haberla vuelto a ver, que por nada del mundo hubiera querido contrariarla desobediéndola.

Se limitó, pues, a tenderle sus manitas, movidas por infantil ternura.

La hija adoptiva de Millan, sin hacer el menor caso de la niña, que no había hecho movimiento alguno, designó a Juanito sus vestidos con un ademán que quería decir:

— ¡Vístete!

Sin asustarse nada por la misteriosa actitud de su amiga, Juanito, convencida de que ésta le quería hacer participar de alguna broma divertida, obedecía inmediatamente.

Cuando estuvo preparada, Primerose, después de renovar su orden silenciosa para que callara, le cogió de la mano y salió con él al vestíbulo. Como ella caminaba con paso queda, le imitó el niño, y ambos llegaron a una escalera exornada que daba a una especie de trastera cuya puerta salía al parque.

Creyendo más y más en una broma, y riéndose para su capote de la traslada que creía él que iban a hacer a su madre o a su tío Rogelio, Juanito no se preocupó al verse fuera ni tampoco al encontrarse con la inocente y desgraciada cómplice de los *Caradores de Secreta*, en una de las alamedas que conducen a la selva.

Pero así que se internaron en ésta, preguntó el niño:

— ¿A dónde vamos, hermana?

Primerose continuaba sin responder; pero a la luz de la luna, Juanito vio que le sonreía, y con esto desapareció el instintivo temor que tenía momentos antes, y ambos prosiguieron su camino... Hubiera ido hasta el fin del mundo con Primerose, y el soplo diabólico se llevó en un mismo torbellino a la joven y al niño.

En aquel momento descansaban los dos al pie de la corpulenta encina, y así pasó largo rato: al fin, Primerose dió señales de vida, levantándose con la mirada fija y movimientos acompasados.

El genio malo no había saltado su presa... Y sin cuidarse la joven del pobre niño, que no se había despertado, desapareció en las profundidades de la selva.

Juanito siguió durmiendo una hora poco más o menos.

Luego entresió los párpados, y sorprendido al no verse rodeado de encajes y cortinas, creyó que continuaba soñando, restregó los ojos y pronto observó que estaba en una selva y entonces se acordó de todo y llamó:

— ¡Primerose!

Más como nadie le respondía, se levantó y miró en torno suyo y de nuevo llamó, pero todo en vano: Primerose había desaparecido.

El niño continuó un rato gritando desesperadamente; pero pronto se calmó su espanto y su pena. Acababa de recordar el cuento del Pulgarcito, que extraviado en la selva se encaramó a la copa de un árbol para descubrir alguna luz que le indicase el camino, y al punto pensó Juanito que le bastaba subirse también a un árbol para orientarse a su vez. Era sumamente ágil y vigoroso, gracias a los ejercicios de cultura física que le enseñaba el doctor Hawey.

Así, pues, rechazó el llanto y valiente y decidido se encaramó a la enrama del ahorrado.

Tras largos esfuerzos, y después de desgarrarse las manos y quedar con las rodillas doloridas, se encontró a horcajadas en una sólida rama que iba a servirle de excelente observatoria, al menos así lo creía él; pero por más que miraba, no vio sino un océano de follaje que se extendía hasta lo infinito.

Faltábanse se desanimó, no se atrevió a bajar del árbol y sin saberlo lo que hacer se encomendó al santo Ángel de la Guarda y empezó a cantar las estrellas.

II

EN PLENO MISTERIO

En vano había inspeccionado Judex, en compañía del doctor Howey, el parque y sus alrededores. Ambos se preguntaban con punzante ansiedad:

— ¿Por dónde habrá podido escaparse Primerose con el niño?

A las tres de la mañana volvió Judex a su casa, no desanimado, pero sí muy intranquilo.

La condesa de Tremense se había quedado en el vestíbulo con su criada.

Varias veces intentó bajar al parque; pero siempre le faltaron fuerzas para ella.

Al ver a su marido y al doctor, comprendió inmediatamente por sus caras contristadas que no habían descubierto nada.

— ¿Y mi hijo, Jaime? — preguntó. Y dicho esto cerró los ojos. La prueba era demasiado cruel. Jaime y Rogelio corrieron a socorrerla; pero el doctor los detuvo diciendo:

— Déjenla. En este momento la condesa padece una depresión nerviosa, muy explicable tras el rudo golpe que acaba de sufrir, pero desde luego les advierto que no corre peligro alguno; por ahora necesita reposo absoluto. Yo voy a escape a Fontainebleau a buscar una poción que acabará de reponer sus nervios.

— ¿Quiere que le acompañe? — repuso Rogelio.

— ¡No, gracias...! Tengo el automóvil abajo.

Y se marchó.

Jaime y Rogelio trasladaron a Blanca a su cuarto y la tendieron en el lecho. No tardó en volver en sí y preguntó:

— ¿Están ahí, Jaime?

— Sí, esposa mía.

— Vete, vete pronto en busca de nuestro Juanito... Ve tú también, Rogelio, y decid a Martina, la doncella, en quien tengo toda la confianza, que venga a cuidarme... Ides.

Rogelio fue a llamar a Martina, una excelente muchacha que llevaba mucho tiempo al servicio de la familia de Tremense.

Jaime la instaló a la cabecera del lecho de la condesa y le recomendó que no la perdiera de vista un solo instante. Y, tranquila por este lado, se fue a su despacho en compañía de su hermano.

— Rogelio — le preguntó, — ¿cuánto tiempo ha transcurrido entre el momento en que Primerose ha salido de la sala y el instante en que Blanca ha observado la desaparición de Juanito?

— Unas veinticinco a treinta minutos.

— ¿Qué hora es?

— Las nueve y cuarenta.

— ¿Qué habéis hecho?

— Mientras Blanca y parte de los criados registraban de arriba abajo la casa, Howey y yo, con el resto de la servidumbre, hemos inspeccionado el parque.

— ¿Y no habéis notado que estuviera abierta alguna puerta?

— Yo mismo me he asegurado de que todas estaban bien cerradas.

— Pues el caso se vuelve cada vez más extraño... En fin, sigamos buscando.

— Busquemos.

Y al punto Rogelio y Judex bajaron al parque. Cuando llegaron a la puerta de la selva profirieron las dos una exclamación de sorpresa: en aquel momento la puerta estaba entornada.

Judex permaneció un instante perplejo; en la cerradura no había ninguna llave y en la piedra del umbral no se veía huella alguna de pasos.

¿Quién había abierto y franqueado aquella puerta? He ahí el problema que se planteaba en la imaginación de ambos hermanos.

— Ven — dijo Judex al poco rato, — creo que debe de haber novedades en casa.

Los dos volvieron a su morada y sin detenerse en los bajos subieron la escalera que conducía al primer piso. Así que llegaron a la antecámara se detuvieron escuchando.

En el cuarto de Primerose se cruzaban dos voces femeninas con raro acento y sostenían animada conversación.

Jaime y Rogelio se acercaron cautelosamente.

— ¡Desgraciada! — exclamó Blanca, — ¿qué ha hecho usted de mi hijo?

— No lo sé, señora, le juro que no lo sé.

— ¡Es preciso que hable usted, se lo exijo!

— No me recuerdo bien.

— ¡No es posible!

— ¡Se lo juro!

— ¡Pero no ve usted que me está matando?

Fue tan desgarrador este grito de la condesa, que Judex no vaciló en penetrar con Rogelio en el cuarto de la joven.

Bianca se precipitó hacia su marido, diciendo:

— Ha vuelto sola y no sabe nada de mi hijo.

Judex ordenó a la criada, Martina, que se retirase, y acercándose a Bianca le dijo:

— ¿Cuándo te has enterado del regreso de Primerose?

Hace un instante he oído abrirse una puerta, he oído pasos furtivos, y a pesar de las súplicas de Martina me he levantado y me he visto enfrente de Primerose, que acababa de entrar en su cuarto. Al principio parecía que no veía ella nada, caminaba como una sonámbula, con los ojos abiertos de par en par. Al entrar yo tras ella ha dejado escapar un grito agudo y ha caído en el lecho, donde ha permanecido postrada, inanimada, un buen rato. Me he asustado, pues creía que se había muerto, porque estaba helada... Poco a poco se ha reanimado y al fin se ha levantado mirándome y diciendo:

— ¡Señora! ¡Señora!

La he interrogado y me ha dicho que nada sabía.

Judex, mirando a Primerose con una mirada de compasiva bondad, exclamó:

— La pobre muchacha no podía saber nada, puesto que se hallaba bajo el dominio del genio maldéfico.

— En ese caso, ha perdido a mi hijo...

— No — replicó Judex, — no quiero hacerte acariciar ilusiones; pero si pones frente a una realidad que, si bien es profundamente cruel, no es desesperada... Por bárbaros que sean nuestros enemigos, les creo demostrados listos para no cometer un crimen inútil, y confío en que si han raptado a Juanito no es para hacerle daño, sino para conservarlo en rehén.

— ¡Pobrecita, cuánto debe de padecer!

— No durará mucho su aflicción... ni la tuya — dijo Judex.

E indicando el vestido de la desdichada que tenía pegadas algunas briznas de hierba y dos o tres hojas secas, añadió:

— He ahí un indicio que nos permitirá orientar nuestras pesquisas.

— ¿Cómo? — exclamó la hija adoptiva de Milton, presa de indecible pena.

— ¡También soy yo quien tras a esta casa otra nueva desgracia? ¡Soy yo quien ha entregado a esos bandidos a un ser

inocente a quien quiero con toda el alma?... ¡Yo soy la causa de su huida, señora? ¡Ay! Nunca me atreveré a implorar su perdón.

— Primerose — dijo Jaime, — no se aflija usted: nadie aquí le hace responsable de estas desdichas, y ahora escóchenme bien las dos... Yo tengo una pista y es menester que me ponga inmediatamente en campaña con Rogelio, pero antes quiero darle una orden: durante mi ausencia, que no puede durar mucho, se quedarán ustedes dos en este cuarto... Es indispensable para el éxito de nuestra empresa que ni una ni otra tengan la menor relación con el exterior.

Y con una sonrisa que suavizaba su acento de autoridad soberana, prosiguió Judex:

— Ahora son ustedes mis prisioneras; Martina será su carcelera y vigilará para que nadie se acerque aquí... Nadie, ni siquiera el genio del mal franqueará la puerta de este cuarto; es preciso, si quieren ustedes que volvamos a encontrar a Juanito.

— ¡Esposo mío, Primerose y yo obedeceremos al pie de la letra!

— Si, si, Jaime, obedeceremos hasta la muerte — repitió la prometida de Rogelio, juntando las manos con tanto fervor como si se hallase en presencia del Altísimo.

Judex atrajo a sí a su esposa y le dio un beso que era a la vez la manifestación de un amor admirable y de una fidelidad ilimitada.

— Abrazo a tu prometida — dijo a Rogelio, — que esto nos traerá buena suerte. Rogelio besó a Primerose, tras lo cual él y Judex salieron tropezando con Martina, que, cada vez más inquieta, esperaba en la antecámara, y a la cual dijo Judex benévolaente:

— Martina, aquí ocurren sucesos de excepcional gravedad; Juanito ha desaparecido, y un verdadero peligro amenaza a la condesa y a la señorita Primerose... En tanto que mi hermano y yo estemos fuera, le encargo que las cuide, que no se aparte de ellas un segundo; mande usted a los criados que la sirvan... Tiene usted plenos poderes... Puro que nadie, excepto usted, entre en el cuarto de las señoras, de la cual ya están ellas advertidas.

— El señor conde puede estar seguro de que cumpliré rigurosamente sus órdenes...

— ¡Gracias, Martina!

Y en tanto que la excelente muchacha entraba en el cuarto de Primerose, los dos hermanos llegaban al vestíbulo de la planta baja.

— Y ahora — declaró Judex — se trata de darnos prisa. Dentro de un instante será de día... Rogelio, ve a buscar los mejores perros de la jauría, que vamos a empezar nuestras investigaciones.

No bien había dado media vuelta Rogelio, profirió Judex una exclamación de sorpresa.

Al través de una ventana que daba a la galería acababa de ver a don Casto que subía la escalera del parque.

Abrió Jaime de par en par la puerta y con voz na exenta de ironía preguntó:

— ¿De dónde sale usted a estas horas?

— ¡No me hable usted! — dijo don Casto penetrando en el vestíbulo.

— En fin, ahora me explicará lo que ocurrió anoche en París.

— ¡Estoy todavía tan conmovido y tan desconsolado!

Vamos, tenga ánimo; si ha cometido usted otra torpeza, lo sentiré, pero procuremos repararla... Mas necesito saber toda la verdad: tal vez sus explicaciones arrojen alguna luz sobre el tenebroso caso en que me agito actualmente; pero dase prisa, pues le advierto que no puedo perder un minuto.

— Pues bien, querido conde, ayer iba todo admirablemente... Conseguí llevar a la baronesa de Apremont a un restaurant de los más selectos y enviar a sus criados al cine; pero, en medio de la comida, aunque usé muy moderadamente de los exquisitos manjares que nos sirvieron, me sobrecogió un gran entorpecimiento extraño; en una palabra, que perdí toda noción de las cosas. Al despertarme, a las dos de la mañana, estaba tumbado en un diván del comedor reservado... ¿Qué había sucedido? Los camareros me contaron que me habían encontrado profundamente dormido... En cuanto a mi compañera, se había marchado dejándome esta carta:

*Querido don Casto: Aunque tiene usted buena nariz, no que entrec de olfato; no es fácil engañar a la baronesa de Apremont... Hasta pronto.*

RABONERA DE A...

Afortunadamente — prosiguió don Casto — el automóvil de circolo que yo había alquilado para aquella noche me esperaba en el boulevard... Esa pérdida baronesa tuvo la delicadeza de dejármelo... Y fui en él a mi casa con la cabeza muy pesada y el alma inquieta; me mudé de ropa y tomé un baño; momentos después subí al automóvil que había

conservado y me trasladé a escape a Auteuil para ver la que había sucedido. ¿Cuál no sería mi sorpresa al ver salir a la baronesa en carne y hueso acompañada precisamente de la doncella a quien ya había regalado los billetes para el cine?

— ¡Hombré! Eso empieza a ser interesante.

— Las dos montaron en un gran automóvil que partió a toda marcha. Di a mi chófer orden de seguirles; pero, desgraciadamente, nos fue imposible, y pronto las perdí de vista. Entonces, sin saber lo que hacer, he venido aquí... y aquí estoy.

— ¡Muy bien! — se limitó a decir Judex, que había escuchado con manifiesto interés el relato del policía particular. Y al punto, sin dar la menor opinión a don Casto, prosiguió:

— Ahora conviène que sepa usted lo que sucede aquí... Juanito ha desaparecido.

— ¿Qué dice usted?

— Que Juanito ha desaparecido anoche... El genio maldéfico se ha apoderado de Primerose, y no cabe duda de que esa desgraciada ha puesto al inocente chiquillo en manos de los bandidos de la *Caza de las Secretas*... Rogelio ha ido a buscar mi jauría, y vamos a dar una batida por la selva.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, se abrió con gran estruendo la puerta y apareció Rogelio, livido, anunciando con una voz en que se veía cólera y estupeor al mismo tiempo, estas palabras:

— ¡Todos los perros han muerto! ¡La jauría ha sido envenenada!

III

JUANITO

La baronesa de Apremont había vuelto a su casa con un furor indescriptible.

Persuadida de haber cogido a Judex en una ratonera, se regocijaba de la sorpresa que iba a dar a Remigio el Tuerto al anunciarle la captura de su terrible enemigo; pero ya no podía sino gritar, en vista de su fracaso:

— ¡A mí sí que me han embromado!

Y no podía haber sido más insupportable para aquella mujer orgullosa en demasía.

Por eso, en cuanto comprobó los desperfectos, relativamente poco importantes, causados por la explosión provocada por Judex, sólo anhelaba una cosa: tomar cuanto antes su terrible desquite.

Pero era demasiado inteligente para no estar convencida de que tenía frente a sí uno de esos formidables adversarios que no sólo son capaces de triunfar de una mujer por lista y audaz que sea, sino también de hacer frente a una asociación tan terrible como la *Casa de los Secretos*. Por consiguiente, tenía que mostrarse a la vez implacable y astuta, y aunque a la *Casa de los Secretos* repugnaba el asesinato y las órdenes de Remigio el Tuerto eran terminantes en cuanto a esto, sólo se podía matar en caso de legítima defensa, la baronesa de Apremont, presa de un resentimiento que nada hubiera podido calmar, acababa de condenar a muerte a Judex.

Sólo le faltaba elegir el medio de ejecutar su sentencia.

A ello se dedicó la aventurera hasta media noche, hora en que la Ojazar y las criadas volvieron del cine a donde les invitara el bueno de don Casto.

La baronesa reunió a su servidumbre en el salón que había quedado intacto, y le puso al corriente de lo que acababa de suceder, en un conciliábulo en el que no había ya ni uno ni criadas, sino solamente bandidos reunidos por un mismo lazo de interés, dispuestos a representar cada cual su papel, según los grados que les conferían en aquella *Casa de los Secretos*, de la que eran una de las fuerzas activas y misteriosas.

La baronesa habló con voz mordaz, incisiva, que reflejaba todos los odios. Las demás escuchaban con la atención y el respeto que siempre inspira un superior que sabe dominar a la gente.

Al final dijo:

—Vamos a vernos obligados a salir de esta casa, puesto que ya la han descubierto. Así, pues, mañana nos reuniremos en la calle *Bergère*...

No acató.

Acababa de oírse un timbre en la antebala, un timbre de sonido extraño.

—¡El teléfono especial! — dijo la baronesa cogiendo un aparato telefónico escondido en un rincón del cuarto.

Y añadió con sorna:

—Menos mal que Judex, al escaparse, no ha interrumpido todas nuestras comunicaciones con el exterior.

Cortó el aparato y escuchó.

A medida que escuchaba las palabras que venían del otro extremo del alám-

bre, iba adquiriendo extraña expresión su fisonomía.

Sus compañeros esperaban el resultado de la conferencia, resultado que no tardó en llegar.

En efecto, la baronesa calgó nerviosamente el receptor y exclamó:

—Ese hombre es extraordinario de veras!

—¿Quién? — preguntó la Ojazar.

—¿Quién ha de ser? Remigio el Tuerto... Figúrense que ya está enterado de todo lo que ha sucedido aquí hace apenas tres horas... Sabe que he atraído a Judex a una emboscada, que él ha conseguido salir indemne, y me anuncia que el tal Judex acaba de volver tranquilamente a su casa, a *La Frondosa*.

—¡Es prodigioso! — dijo la Ojazar.

Pues aún hay más — replicó la baronesa. — Remigio me ordena que al amanecer me encuentre en la Peña Gris, donde nos dará instrucciones por la vía ordinaria; me asegura que ha hallado el medio de acabar con el maldito Judex... Por consiguiente, salgo al momento... Usted, chófer, prepare el auto, y tú, Ojazar, vendrás conmigo... El Tuerto nos exige que pasemos una noche en blanco. No importa, no será la primera que pasamos al servicio de la *Casa de los Secretos*. Y hasta es probable que no sea la última.

Nadie pensó en protestar contra las imperiosas órdenes de aquella mujer, pues la sabían dominada a su vez por la formidable voluntad de su jefe, que con destreza realmente infernal había logrado disciplinar a, por mejor decir, avasallar a los miserables que fueron lo bastante cobardes para entregarse a ciegos a él.

Por lo tanto, don Casto había dicho la verdad al asegurar a Judex que había visto a la baronesa y a la falsa criada salir en automóvil a toda marcha, en dirección desconocida, y esa dirección era la selva de Fontainebleau, donde la intangible ave de rapina, es decir, el jefe misterioso de aquella verdadera camarilla, había instalado su siniestra guarida.

Ya despuntaba el alba cuando la baronesa y la Ojazar llegaron al sitio que el Tuerto les había indicado por aquel misterioso cable especial que le permitía comunicar a cualquier hora del día o de la noche con los cómplices que necesitaba para ejecutar sus infames proyectos. Las dos mujeres se apearon del auto y se encaminaron a una mole de granito donde la obstinada celda de la Huya había cavado verdaderas grutas en miniatura y cuya entrada parecían defender tímidamente unas matas de musgo.

La Ojazos se encaminó directamente a uno de esos boquetes, que nadie hubiera distinguido de los demás.

Introdujo en él la mano y sacó de allí una hoja de papel plegada en dos y la desplegó; la hoja estaba en blanco.

Entonces, acompañada de la baronesa, llegó a un arroyuelo que corría por entre las rocas, mojó en él la hoja del papel y la miró al trasluz.

Casi inmediatamente dibujáronse unas letras en la página blanca que componían las siguientes frases:

*El niño está en la Encina del Ahorcado, a donde le ha conducido Primerose. Se trata de obtener de él la dirección de su abuelo Farranz, que sabemos que vive. No puedo reunirme con vosotros, ya sabéis por qué. Mientras yo trabajo por mi lado, trabajad vosotros por el nuestro.*

Finis

Acto seguido las dos mujeres subieron de nuevo al caché y partieron en la dirección que les indicaba la misiva de su jefe.

Debían de estar muy familiarizadas con la topografía de la selva, por cuanto se internaron en unos atajos y al cabo de diez minutos llegaron al pie de la afosa encina.

Pero allí no estaban ni Primerose ni Juanito.

La baronesa y la Ojazos buscaron por los alrededores y no vieron a nadie. Se preguntaban mutuamente qué querría decir aquello, porque, en general, el Torero no hablaba a tantas y a locas. Por lo tanto, debía de pasar algo anormal para que no estuviese allí el niño.

Muy contrariadas, iban a emprender de nuevo el camino, de la Peña Gris cuando una voz muy débil, que procedía de lo alto, exclamó:

— ¡Mamá! ¡Mamá!

Alzaron la vista, y al través de las hojas de la encina vieron encaramado entre dos ramas un niño que no se atrevía a bajar.

La baronesa dijo a su cómplice al oído:

— ¡El es!

Y dando a su voz una inflexión dulce y cariñosa, preguntó al niño:

— ¿Qué haces ahí, monín?

— Tengo mucho miedo — replicó Juanito; — he subido muy bien, pero no me atrevo a bajar.

— ¿Por qué? — preguntó la Ojazos, que, a pesar de su aspecto masculino,

parecía más accesible a la piedad que la baronesa. — Ponte de cara al árbol, agárrate bien, sin precipitación, y baja despacito.

Juanito, tranquilizada por la presencia de aquellas dos mujeres, cuyos infames proyectos no podía sospechar, había recobrado su sangre fría, y siguiendo las recomendaciones de la Ojazos, se escurrió por el árbol y fue a caer en brazos de las que le esperaban al pie de la encina.

— ¿Qué hacías ahí? — le preguntó la baronesa.

— Intentaba a Palgareite, buscaba una luz, pero no he visto sino estrellas; a fuerza de mirarla me he dormido y al despertarme ya no había ninguna... Entonces, como no sabía dónde me hallaba, llamaba a mamá.

— ¿Dónde vives? — preguntó insidiosamente la baronesa.

— En *La Frondosa*.

— ¿Quieres que te llevemos a casa de tus papás?

— ¡Ya lo creo, señores! — dijo alegremente el chiquillo. — Papá y mamá, y también el tío Rogelio, me refirán por haberme marchado así; pero no tengo yo la culpa, puesto que Primerose me ha traído y luego me ha dejado solo. ¿No conocen ustedes a Primerose?

— No.

— Es la hija de nuestro vecino, el señor Milton, que me regaló el día de mi santo una preciosa jaquita blanca, *Diabla*, muy cariñosa y muy mansa, y hasta da vueltas, como en los circos... Me quiere mucho y me sigue mejor que *Pip* y *Bob*, mis dos perritos.

Y variando de tono, Juanito, que acababa de notar que las señoras que le acompañaban, en vez de llevarle hacia *La Frondosa*, se internaban más y más en la selva, preguntó de pronto:

— ¿Pero dónde me llevan?

— A tu casa — respondió secamente la aventurera.

— Ese no es el camino.

— Ya que tan bien lo conoces, ¿por qué no has ido tú solo?

— Porque era de noche y tenía miedo.

— Pues bien: ahora calla y síguenos.

La aventurera había pronunciado esta última frase con tanta impaciencia, que Juanito sintió de nuevo encogerse el corazón. No obstante, se dejó conducir.

A pesar de los lamentos y de la resistencia del niño, la baronesa aceleró la marcha, en tanto que la Ojazos, que parecía si no lamentar el suceso, al menos expan-

larse de las consecuencias que pudiera tener, miraba ansiosamente hacia atrás y en torno suyo.

No tardó Juanito en dejar de llorar.

Acababa de acordarse de que llevaba en el bolsillo una bolsita de bombones que su madre le había dado la víspera, y lentamente empezó a echarlos uno a uno por el camino, confiando con toda su ingenuidad indicar así sus huellas a los que probablemente estarían ya buscándole.

Ni la de Apremont ni la Ojazos vieron esa acción que el niño ejecutaba muy discretamente. Y cuando al fin se pararon en un claro de la selva, la bolsa de bombones estaba ya vacía.

— Ahora hablemos los dos un poco — dijo la aventurera, mientras la Ojazos quedaba en acecho.

Arrodillándose ante el niño, le cogió de las manos y con acento que se esforzaba en hacer persuasivo, le dijo:

— Hijo mío, ni mi amiga ni yo pensamos hacerte ningún daño... Nada de eso... Pero sabemos que la abuela Favraux vive...

El niño miró a aquella miserable y como si al oír aquella pregunta recobrarse súbitamente toda su voluntad y todo su valor, replicó en tono decidido:

— Mi abuelito está muerto.

— ¡Mientes! Y dínos el momento donde está — gruñó la baronesa con cierto despotismo.

Juanito bajó la cabeza y guardó profundo silencio.

— ¡Ya que no quieres decirnos la verdad, vendrán a cogerte todos los fantasmas de la selva!

Al oír esto, Juanita dejó escapar un grito, y tapándose la cabeza con las manos permaneció inmóvil, acostado contra el suelo, sin atreverse siquiera a llorar.

Cuando se levantó, miró en torno suyo, y vió que las dos mujeres habían desaparecido. Solo, completamente solo en aquel paraje aislado, sin oír moverse por miedo a los aparecidos con que le había amenazado la horrible mujer, quedó petrificado de espanto.

Se puso de rodillas, juntó las manos y empezó a rezar la oración que su madre le hacía repetir todas las noches antes de acostarse: *Padre nuestro que estás en los cielos.*

El angelito se figuraba que, a medida que las santas palabras salían de sus labios, los fantasmas, que ya creía estar viendo, se transformaban en ángeles de grandes alas y formaban en derredor suyo una guardia vigilante para prote-

gerle contra las dos pérfidas mujeres y contra los truenos de la selva.

Y así que hubo terminado la oración, perdió el miedo, se acostó tranquilamente en el suelo y quedó dormido con apacible sueño.

## IV

## DIABILLO

Al enterarse por su hermano de que la jauría había sido envenenada, Judex, a pesar de su sangre fría, no pudo contener un grito de cólera:

— ¡Qué asadial... Pero para penetrar en la perrera sin llamar la atención de nadie y sin provocar los ladridos de los desdichados animales tenían que conocer admirablemente aquel sitio y hasta debían de estar entendidos con alguien de la casa... Y esto es sumamente grave... ¿Quién sabe, en efecto, si no han conseguido asegurarse la complicidad de algún criado?... ¿Pero de cuál? Entre todas las que hay a mi servicio no ves uno solo capaz de semejante infamia! Todos son gente escorrida y que tiene un pasado irreprochable, y sin embargo... No hay nada más terrible que esta incertidumbre, que para descubrir un culpable me obliga a sospechar de tantos inocentes.

Y dirigiéndose a don Casto y a Regelo que le escuchaban con gran atención, prosiguió:

— Sea de ello lo que fuere, lo primero que debemos hacer es cuidarnos de Juanito. No cabe duda que Primerone le ha llevado a la selva para entregárselo a los que le han sugerido ese acto... De allí, los miserables han debido de llevarle más lejos, no sé a dónde... Por eso deploro la pérdida de mis perros, que seguramente me hubieran indicado una buena pista.

Interrumpióse unas segundos Judex y luego prosiguió con firme y seguro acento:

— Crea que ya lo he hallado... Regelo, vas a coger el automóvil de carrera, porque es probable que tengamos que recorrer un gran trayecto en poco tiempo, y ven a reunirme conmigo a la encrucijada del Arrepentimiento... Y usted, don Casto, sabe dónde está la cuadra de Diabillo?

— ¿La jaca de Juanito?

— Sí... Llévala también a la encrucijada.

— Entendido, conde.

Mientras Rogelio y don Cusio se apresuraban a ejecutar sus instrucciones, Judex salió, y al pie de la escalera de la galería se encontró al doctor Howey que volvía de Fontainebleau y que le dijo:

— Querido conde, dispenseme que no haya venido antes, pero he tenido averías en el motor que me han detenido media hora en plena selva; además, el farmacéutico no acababa nunca... ¿Cómo sigue la condesa?

— Está algo más tranquila.

— He aquí una poción que creo que la pondrá bien.

— ¡Muchas gracias!

— ¿Y Primerose y Juanito?

— Primerose ha vuelto, pero sin el niño. Doctor, en este momento ocurren aquí cosas extraordinarias: venga conmigo y le contaré todo en el camino, pues creo que ha llegado la hora de decir a usted toda la verdad.

— ¿Y esta medicina?

— Ahora se la enviaré a mi esposa.

Llamó Judex a un criado y le dio el frasco para que se lo llevase a Martina.

Tras lo cual, dando el brazo al profesor, se lo llevó a la selva, diciendo:

— Tengo que consultar con usted, doctor.

— Cuando usted quiera, conde.

— No es para mí, sino para una persona a quien aprecio mucho... He aquí los hechos en su trágica brutalidad: un desconocido, gracias a un increíble poder de sugestión, ha logrado convertir a una joven deliciosa y pura entre todas en instrumento suyo, tan dócil como inconsciente. Esa joven es Primerose, culpable, sin saberlo ella, de los crímenes que ese hombre no quiere o no puede cometer por sí mismo... Tales como robo de documentos... rapto de un niño, etc. ¿Me entiende usted?

— Muy bien.

— ¿Hay algún medio científico de sustraer a esa desdichada a tan funesta influencia? En una palabra: ¿es posible reaccionar psíquicamente contra ese poder oculto, misterioso, que una voluntad ajena produce en un cerebro?

— Querido conde, le confesaré que me coge usted desprevenido... En primer lugar, apenas he estudiado la cuestión del hipnotismo, tan sumamente delicada, muy discutida y sobre la cual hay opiniones muy contradictorias entre los sabios que han querido profundizarla. Sin embargo, *a priori* y en virtud de los principios

generales que regulan aproximadamente las leyes no muy bien definidas de la hipnosis, creo que no será imposible a una fuerza activa vencer a otra e imponerse al sujeto por un ascendiente de voluntad superior al que ya le domina... Pero eso no deja de ser una hipótesis no basada en ninguna observación precisa ni en ningún dato científico... Entretanto, tal vez pudiera ya darle un consejo más útil, si no tiene usted inconveniente en enterarse de modo más concreto sobre el caso de la señorita Primerose.

— Ningún inconveniente, querido doctor.

Y al tiempo que caminaban, Judex relató a Howey con todos sus detalles los acontecimientos que con tan fulminante rapidez acababan de desarrollarse.

Cuando terminó, hacía ya un momento que estaba en la encrucijada del Arrepentimiento, donde los aguardaba Rogelio.

El profesor de cultura física siguió diciendo:

— Querido conde, me inspira usted demasiada amistad para que me permita darle un consejo a la ligera... Déme tiempo para reflexionar, y tal vez encontraremos el medio de combatir y destruir moralmente la influencia nefasta que se ejerce en esa pobre y encantadora criatura.

— ¡No sabe usted lo que se lo agradeceré! — repuso Judex.

— ¿Y yo? — dijo calurosamente Rogelio.

A todo esto pasaba el tiempo y no aparecía el huero de don Cusio con la jaca.

Judex, impaciente, dijo a su hermano:

— Ve a ver lo que hace don Cusio. Y sigue diciendo a Howey:

— Después del envenenamiento de mis perros, se me ha ocurrido una idea que no creo del todo mala... Usted conoce a Diablotto, la jaca que Milton regaló a Juanito.

— Es un animal muy inteligente y tan bien adiestrado como un caballo de circo.

Precisamente estaba en el circo Medrano, donde lo presentaban con el nombre de caballo policía. Una tarde que lo vió Juanito, nos lo pidió, y nos negamos a comprárselo; pero, poco después, James Milton, que quiere entrañablemente al niño, le regaló la deseada jaca... Pronto fueron Juanito y Diablotto dos verdaderos amigos, y más de una vez nos hemos entretenido en verlos jugar al escamote como dos compañeros... Por eso he pensado que, a falta de mis canes, podría Diablotto prestarnos un gran servicio poniéndonos sobre la pista de su joven amo.

— Es muy posible — declaró Howey.

— Por eso mismo me sorprende y me enoja el que don Casto...

En aquel momento se oyó un relincho a poca distancia, y a unos cincuenta metros vieron que cruzaba la alameda con velocidad vertiginosa el vivo y gracioso animal de quien estaban hablando.

Sin atender a Howey, Judex corrió tras las huellas del caballo policía.

Seguendo las órdenes del conde de Tremense, don Casto fue a buscar a *Diablillo* a su cuadra, le sacó y cogiéndole de la brida quiso llevarlo hasta la encrucijada del Arrepentimiento.

Pero no bien hubo llegado *Diablillo* a la orilla de la selva, cuando, con un movimiento repentino, se saltó, dejó plantado a don Casto, y emprendió veloz galope en dirección desconocida. Don Casto corrió tras él, pero a los cien pasos quedó cazada en uno de los cepos que puenen por allí los cazadores furtivos.

En tanto que forcejeaba en vano para salir de aquella trampa, *Diablillo* continuaba su carrera; más poco después se detuvo un rato, miró al suelo, respiró ruidosamente con gran vibración de los alarres y cogió con los dientes uno de los botanones que Juanita había sembrado por el camino.

Aficionado a las golosinas, le trituró con visible satisfacción... Emperadró de nuevo la marcha, pero despacio, aflojando el suelo y cogiendo los demás botanones, que poco a poco le fueron guiando hasta el lugar en que la baronesa y la Ojazos habían dejado al pobre niño, el cual aun continuaba desmayado a los ojos de las dos perversas mujeres que escondidas detrás de la maleza espiaban al angelito con intención de renovar sus amenazas.

Pero no tuvieron tiempo... De pronto *Diablillo* se encabritó, cual si presintiera el peligro y ofuscara el crimen, y dando un bote pasó como una flecha al lado de la baronesa y de su socia, que no tuvieron tiempo sino para retroceder a fin de no ser atropelladas... El inteligente animal vio a Juanito tendido en tierra, más bien desmayado que dormido, corrió a él, le cogió con los dientes por la cintura

y ante los ojos de la baronesa y de su amiga, que no se atrevieron a salir de su escondite, se lo llevó camino de su casa.

Pero en un recodo de la alameda vió a Judex y a Howey que le cerraban el paso, y estremeciéndose de alegría y de orgullo, el bravo animal fué a dejar su preciosa carga en brazos del señor de Tremense... Y Juanito, que al punto recobró el sentido, abrió los ojos y al ver al conde exclamó:

— ¡Bien sabía ya, papé, que vendrías a buscarme! Parece que Dios me lo decía...

Cuando don Casto, a quien sus amigos que acabaron por oír sus desesperadas gritas, habían sacado del cepo, se enteró del desenlace de la aventura, manifestó gran júbilo... Y así, con un sentimiento de regocijo general, se encaminó el cortejo a La Frontera.

Al volver llegar, la condesa Blanca, desde la ventana, se desboto en exclamaciones de alegría y salió al encuentro de la pequeña caravana. Momentos después, Juanito estaba en sus brazos.

Fue aquel un instante de indecible emoción; todos tenían lágrimas en los ojos, y cuando, al fin, Blanca estuvo a solas con su marido y pudo expresarle todo su agradecimiento, este le dijo:

— Ya sé la responsabilidad que me he tomada, pero ante todo me debo a ti y a este niño... aquí le tienes, te lo he devuelto, y ahora nadie osará ni podrá tocarlo. Por lo demás, puedes estar tranquila... Cierro es que aun estamos en plena lucha y que no he terminado mi obra; pero ahora ya sé hacia dónde encaminarme y no tardaré en salir vencedor.

— ¡Bien sabes que confío en ti... Sin embargo, ¿no crees que sería preferible dejar de nuestra casa a la desgraciada Primerose, que es la causa de tantos males?

— ¿Alejar a Primerose? — replicó Judex con inspirado acento y estrechando cariñosamente contra sí a su esposa. — ¡Guardémosla bien de ella, porque ahora estoy seguro de que por Primerose acabare por desenlazar el crimen y castigar a los criminales!

## SEXTO EPISODIO

# UNA LUZ EN LAS TINIEBLAS

### I

#### LA PRUEBA

— Resumamos — dijo Index a su hermano: — así como la *Cara de los Secretos*, a cuantos menos el que rige sus destinos, se ha servido de Primerose contra nosotros, yo voy a utilizarla contra ellos, sin que la joven se entere, sin que lo sospeche ni en un solo instante: la emplearé únicamente volviendo contra nuestros enemigos la fuerza inconsciente que con tanta destreza han sabido dirigir contra nosotros.

Rogelio de Tremouse, que había escuchado a su hermano con el respeto y la sólida confianza que le inspiraba, repuso tristemente:

— ¡Pobre Primerose!... ¡Con tal que no sea ella la primera víctima!

— Tranquilízate, Rogelio; Primerose es para mí tan sagrada como querida es para ti. Lo que primero me propongo es salvarla y defenderla: la rodea un misterio espantoso, y yo aclararé ese misterio... He meditado largamente acerca de lo que hablé ayer con el doctor Hawey, que me dijo que no es especialista en la materia, pero que cree que una voluntad superior puede contrarrestar eficazmente la funesta influencia que a ciertas horas se apodera por completo de la prometida... Ahora bien: el rapto de Juanito y la tentativa de esas dos mujeres — una de las cuales estoy seguro que es la hermana de Apremont — para someter al niño al lugar donde se encuentra en absoluto nos prueban que esas bandidas están reunidas a todo, no sólo para responder a nuestros ataques, sino también para atacarnos a su vez. En lo que

nos concierne he podido malograr hasta ahora sus planes criminales e intervenir a tiempo para impedir su ejecución; pero estoy seguro de que la *Cara de los Secretos* no se dará por vencida.

— Hermano — replicó Rogelio, — no creo necesario decirte que haré cuanto me mandes. El suceso de anoche me ha demostrado la necesidad de redoblar la vigilancia, y puedes estar seguro de que ahora vigilaré más que nunca.

— Convencido estoy de ello. Ahora verás lo que he resuelto: mientras Blanca y Juanito quedan bajo la absoluta custodia, Primerose beneficiará de una libertad relativa.

Al oír estas palabras, tuvo Rogelio un sobresalto de sorpresa.

— No te asustes — añadió Index: — cuando te digo libertad relativa quiero decir libertad inspeccionada por ti, y ya ves que si la misión es delicada, no deja de ser dulce y tranquilizadora... Ahora, querido Rogelio, acuérdate bien de esto: debes vigilar atentamente a todos los que se acerquen a Primerose, ya sean criados, ya extraños, y si ves que alguno quiere hablarla a solas, no te opongas; al contrario, déjala hablar con toda libertad, sin pretender sorprender lo que dicen... Ahora bien: si te ves en el rostro esa expresión de turbación o en la mirada esa fijera que revela que se halla bajo la influencia de lo que tan ingeniosamente, llama ella el genio del mal, entonces no te separes de ella ni un segundo. Síguela todas las horas y no la pierdas de vista.

— Pierde cuidado, que todas tus instrucciones serán ejecutadas al pie de la letra... Lo haré por ella y por ti. Ahora permíteme preguntarte por qué quieres dejar a Primerose esa casi libertad, que la

confieso que me causa cierta inquietud.

— Sosiegate; escécheme bien y verás que todas esas cosas que te parecen ahora oscuras y difíciles son de una sencillez luminosa... Es evidente que la *Caza de los Secretos* posee poderosas amistades incluso en nuestra propia casa... ¿Cuáles? No puedo precisarlo todavía, pero existen, y gracias a una vigilancia perfecta podremos llegar a descifrarlas. Sea como fuere, es muy probable y hasta casi seguro que la *Caza de los Secretos*, que cuenta siempre con la ayuda de Primerose, no dejará de intentar que ella lo entere de mis proyectos.

— Tienes razón — repuso Rogelio, admirado de la impecable lógica de su hermano.

Este prosiguió:

— Supón ahora que yo digo a tu prometida que me veo obligado a ir a tal o cual país y que se lo describo...

De pronto interrumpióse Judex; acababa de entrar Primerose por una puerta situada al otro extremo del salón.

Mientras la joven se acercaba al conde tuvo tiempo de decir a su hermano al oído:

— No digas ni una palabra, más por salvarla a ella que por salvarnos a nosotros.

Primerose, que bajo su graciosa sonrisa disimulaba mal las huellas que le habían dejado las terribles pruebas por las cuales acababa de pasar, dijo en seguida:

— ¡Buenos días, Jaime! ¡Buenos días, Rogelio! ¡Cuánto me alegra verlos a los dos aquí a mi lado!... ¡Ya puede venir ahora el genio malo, que no le temo!

— El genio malo no vendrá — dijo espontáneamente Rogelio.

— Tan cierto estoy de ella — añadió Judex, — que voy a ausentarme cuarenta y ocho horas.

— ¿Tanto tiempo? — dijo Primerose con irrisoria entonación.

— Ya le he dicho a usted que soy propietario de un viejo castillo arruinado de los alrededores de Mantua.

— ¡El Castillo Rojo! — exclamó la hija adoptiva de James Milton.

Judex siguió diciendo:

— Pienso restaurar esa antigua mansión, y para ello estoy citado mañana con el arquitecto; debemos encontrarnos los dos a las once en una baraca situada en pleno campo, al pie del Castillo Rojo y conocida por la *cubana del cedero*. Así, pues, tengo que irme; pero es preciso que nadie sepa que tengo mañana esta cita en dicha baraca.

— ¡Oh! — exclamó Primerose, — no

diremos nada, y no se arrepentirá usted, Jaime, de habernos puesto en la confidencia.

En aquel momento entró Blanca con Juanito.

Al ver a Primerose, el niño retrocedió instintivamente.

Primerose, al comprender que el niño se refugiaba por miedo junto a su madre, sintió que se le encogía el corazón; pero, animada por una cariñosa mirada de Rogelio y por una benevola seña de Jaime, se acercó a Juanito y le dijo con voz dulcísima:

— Hijo mío, ¿crees que he querido hacerte daño?... Ahora no puedo explicarte nada, pero algún día sabrás la verdad y entonces no tendrás ningún resentimiento con la que antes llamabas tu hermanita... Pregunta a tu papá, a tu mamá y a tu tío, y todos te dirán que puedes seguir queriéndome.

Conquistada y tranquilizada por tan sinceras palabras, Juanito se echó en brazos de Primerose, diciendo:

— ¡No sabes lo que me alegra el saber que no eres mala!

Judex se acercó a Blanca y se la llevó hasta la ventana. Mientras Juanito y Primerose se prodigaban las más amables caricias, dijo el conde a su esposa:

— Como te he dicho, voy a intentar un experimento decisivo. Creo que mi ausencia durará poco; entretanto, Rogelio velará por ti hasta mi regreso; si te sientes invadida por esa torpeza que ya has experimentado otras veces, avisa inmediatamente a mi hermano, que sabrá ponerte al abrigo de toda mala influencia y, en caso necesario, defenderos a ti y a tu hijo.

— ¿Y Primerose? — interrogó con cierta sugestión la condesa.

— ¡No te preocupes! Ya te he dicho que ella nos guiará hasta la verdad.

Blanca, décil a la voz amada, inclinó la cabeza, balbuciendo:

— ¡Dios te oiga!

## II

### LA MANICURA

Hacia próximamente media hora que Judex había salido de *La Frondosa* cuando una elegante berlina de color de caballos paraba ante la verja del parque. Un hombre esbulto, de distinguido porte,

aunque de cierta edad, apóse de ella y, después de dar algunas rápidas órdenes al chófer, entró en la propiedad. No bien había franqueado la puerta se le escapó una exclamación.

— ¡Caramba, don Casto!

— ¡El doctor Howey! — replicó el dueño del policía, que con una maleta en la mano acababa de surgir de detrás de un cuadro de flores.

— ¿Se marcha usted? — le preguntó el profesor.

— ¡Chiton! — repuso don Casto. — Me voy a la francesa... No me gusta lo que pasa en *La Frandosa*.

— El caso es — repuso el doctor — que ese robo de documentos, esa desaparición de Primerosa y el rapto del niño forman un conjunto de hechos bastante poco agradables.

— Vea que está usted enfurecido... — dijo don Casto.

Howey contestó muy dignamente:

El señor de Tremense no me ha consultado nada; es más, hasta me ha concedido el gran honor de pedirme consejo.

— ¿Qué suerte tiene usted!

— Simplemente como médico.

— ¡Pues bien! A mí, su amigo, su... no me atrevo a decir su brazo derecho... pero cuando menos su brazo izquierdo, me ha dicho esta mañana que ya no necesitaba mis servicios y que era preferible que me ocupase exclusivamente en cuidarme la neurastenia en vez de molestarme en lo que no me importa... Indudablemente, durante las distintas misiones que me ha confiado, habré podido hacer alguna plancha... Pero así y todo, no he tenido yo la culpa de que me pusieran un narcótico en el champaña, ni de que esa maldita jaca me haya dejado ayer plantado, sin cortesía alguna, al salir de la cuadra, y por último, tampoco ha sido culpa mía el dejarme cazar como un ciervo acorralado en una trampa de la selva... Y creo que nada de eso es motivo para despedirme... Porque el señor conde me ha despedido, amablemente, con corrección y cariño, pero el caso es que me ha despedido, y precisamente en el momento en que más necesitaba mi ayuda.

— Verdad es que no parece esta la ocasión más propicia para que el señor de Tremense se separe así de un amigo cuya profesión es descubrir las enigmas... A menos que piense dirigirse a la policía oficial.

— Eso estoy seguro de que no la hará!

— ¿Por qué?

— Pues porque no puede.

Y notando que se le había ido la lengua, se apresuró a añadir don Casto:

— En fin, eso es cosa suya y no nuestra...

— ¡Buena! ¡Hasta la vista, querido don Casto! — dijo el doctor. — Lamento ese contratiempo que va a privarle a usted de ejercer provechosamente sus buenas dotes de policía.

— No crea usted que por ello haya renunciado yo a la acción... Al contrario, voy a trabajar por mi parte, y a demostrar al conde que no soy ningún necio.

— ¡Buena suerte, don Casto! — Y no olvide sus ejercicios de cultura física.

— Por ahora tengo otras cosas en que pensar... Sin embargo, gracias y hasta pronto... Y, sobre todo, acuérdeseme de lo que le voy a decir: no tardará usted mucho en oír hablar de don Casto.

Muy digno, consciente de su saber y seguro de sí mismo, se preparaba don Casto a salir, cuando le llamó el profesor y le dijo:

— ¿Pero va usted a la estación a pie con esa maleta?

— ¿Por qué no?

— Hay algunos kilómetros.

— Pero usted me ha recomendado que ande.

— Sí, pero en el estado de nerviosidad en que usted se encuentra creo que toda sobreexcitación física podría perjudicarle.

Y hablando al chófer, ordenó al doctor Howey:

— Adolfo, lleva a este señor a la estación de Fontainebleau y vuelve luego a buscarme.

— ¡Es usted muy amable! — dijo don Casto, dándole las gracias.

Cerróse la portezuela y el automóvil del médico partió a buena marcha camino de la población.

El doctor le vio alejarse, al tiempo que en sus labios asomaba una sonrisa de ironía y que se encogía de hombros. Después se encaminó lentamente a la casa.

A cosa de las seis de la tarde, una señora de aspecto más ridículo que respetable, vestida con un traje pasado de moda que apostaba a ninfaluna y llevando en la mano el clásico estuche de las manicuras, llamaba discretamente a la puerta de la casita de la baronesa de Apremont.

Como nadie respondía, llamó de nuevo la manicura.

¡El mismo silencio!... Ningún ruido de voces ni de pasos salía de dentro de la casa, cuyas persianas estaban herméticamente cerradas. Iba a llamar de nuevo

la manicura, cuando su mirada se posó en un cartel colgado de la pared, que decía:

#### CASA POR ALQUILAR

Ya no era posible dudar, la casa estaba deshabitada. La inquilina había debido de mudarse, por lo cual no había más remedio que marcharse, y así lo decidió la manicura; pero en el momento en que daba media vuelta, oyó la voz burlesca de un pilluelo, que le decía en medio de la calle:

— ¡Adiós, don Casto!

La manicura se sobresaltó.

Y acercándose a un aprendiz pastelero que se veía a cargo de limpiar al ver al policía, que bajo su disfraz de manicura ofrecía un aspecto extraordinariamente cómico, exclamó furiosa el amigo de Judex:

— ¿En qué has conocido que soy don Casto?

— (Pues en la nariz) — repuso el pilluelo, y salió corriendo y gritando de lejos:

— ¡Le advierto, que todavía no ha llegado el carnaval, don Casto!

Don Casto permaneció un instante clavado en el suelo; luego, loco de rabia, corrió en persecución del pastelero; pero en vista de que no le podía coger, entró en un café, se sentó en un banco y empezó a decir entre suspiros:

— ¡Decididamente, este oficio es cada vez más difícil!

— ¿Qué desea la señora? — preguntó un camarero que acababa de acercarse.

Don Casto no contestó; ni se acordaba de que iba disfrazado de mujer.

— ¿Qué desea usted, señora? — repitió el mozo.

— ¡Ah! Sí... es verdad que soy una señora... — dijo don Casto volviendo a la realidad; — traigame un aperitivo.

— ¡Qué mujer tan rara! — refunfuñó el camarero, en tanto que el dueño de don Casto, que veía el reflejo de su imagen en un espejo, pensaba tristemente:

— ¡Las cosas que hay que hacer en este mundo, Dios mío!

Momentos después, ya porque el apetitivo le hubiera devuelto las fuerzas, ya porque de nuevo rompió la calma en su espíritu, empezó a reflexionar don Casto, y sus reflexiones no eran nada tranquilizadoras.

— Que me hayan reconocido — decía para sí, — no tiene nada de particular, después de todo. Con esta maldita nariz es bastante comprensible, pues siempre

que me ha disfrazado me ha sucedido lo mismo, aunque en barrios donde me conocen... Pero aquí, en el fondo de Auteuil, donde no he puesto los pies cuatro veces en mi vida, es cosa extraña y hasta inquietante... ¡A ver si, al querer espiar a la baronesa de Apremont, el espía no me suda ya!... ¡Y si siquiera la hubiese encontrado en su casa!... Sí, sí, cualquiera la encontraré! Se ha ido, ha desaparecido, se ha volatilizado... ¿Dónde estará? Decididamente, veo que tengo que luchar contra adversarios mucho más peligrosos y astutos de lo que yo pensaba.

Y dando dos o tres puñetazos violentos en la mesa, don Casto, completamente afeitado a su idea y olvidándose de que se hallaba en un establecimiento público y, además, disfrazado de mujer, exclamó:

— ¡Los cogeré! ¡Los cogeré!

— ¿Señora? — preguntó el camarero, creyendo que su parroquiana le llamaba.

— ¡Señora! — repitió don Casto, y al punto volvió a la realidad, y añadió:

— ¡Ah! Sí... es verdad... ¿Qué se me debe?

— Sesenta céntimos.

— Tenga usted un franco y vaya a buscarme un coche.

Momentos después paraba ante el café el coche solicitado.

En el instante en que don Casto iba a montar, tropezó con un joven repartidor de prospectos, que llevaba en la mano un montón de papeles y que le dijo:

— ¡Tome usted, señora, tome uno!

Pero don Casto, que tenía gran prisa por llegar a su casa, dio un empujón al importuno y pasó sin hacerle caso.

Y cuando iba a arrancar el automóvil, cayó sobre él una verdadera lluvia de prospectos. Moquinalmente cogió uno y leyó lo siguiente:

*¿Quiere usted saber alguna cosa?*

*Pregúntelo a la célebre vidente*

**BELLA FATIMA**

128, calle Bergère, 139

*que le sabe todo, le ve todo y le dice todo.*  
*Consultas de 2 a 7, excepto los domingos.*

— ¡Hombre! ¡Hombre! — dijo para sí el policía, y se quedó pensativo.

Guardose un prospecto en la cartera y añadió:

— Esto podrá servirme de algo.

En la calle, el repartidor, que no era otro que la Ojarra, cuya gorta cacaspue-tada hasta los ojos le ocultaba parte del rostro, dijo burlescamente:

— Estoy segura de que se tragará el anzuelo ese infeliz de don Casto,

## III

## LA CAMA DEL CESTERO

A la mañana siguiente, a eso de las diez, el automóvil de Judex, guiado por el fiel Bautista, paraba en medio de un bosque.

Apeóse rápidamente Judex y dijo al chófer:

— Espérame aquí y no te impacientes; es muy probable que no te necesite, pero si eres mi sibida habitual, corre pronto a la cabeza del cestero, que allí habrá trabajo para ti.

— ¡Mucho me alegraré, señor conde, pues tengo ganas de establecer conocimientos con esos pajarracos!

Y orgulloso por la confianza que le demostraba su amo, confianza que se merecía por todos conceptos, el buen muchacho añadió, mostrando dos puños capaces de matar a un hombre:

— ¡Pierda cuidado el señor conde!

— No te impacientes, que ya llegará el momento de que puedas dar rienda suelta a tus ardores... Hasta luego, Bautista.

— Hasta luego, señor conde.

Después que se marchó Judex, sentase Bautista en el estribo del auto, encendió un cigarrillo y empezó a leer un periódico.

Entretanto, Judex, sin la menor prisa y con la misma tranquilidad que si estuviera dándose un paseo, siguió el camino que serpentea la colina donde se alza las ruinas del Castillo Rojo.

Poco antes de llegar a la vereda que conduce a la antigua mansión feudal, torció a la derecha y entró en un prado en cuyo centro se alzaba una barraca de madera bastante grande.

Era la *cabana del cestero*, llamada así por haberla habitado antiguamente un pobre hombre medio ciego y medio sordo que se ganaba la vida fabricando cestas.

Penetró Judex dentro de la casita, en donde, a pesar de que parecía llevar muchísimos años deshabitada no se percibía ningún olor fétido.

Es más, creyóse que la habían ventilado bien la noche precedente.

Llegóse Judex a la ventana y abrió el postigo, por donde al momento penetró en la cabana un charco de luz... La barraca no tenía más muebles que una mesa baja y un taburete.

Echó Judex una mirada afuera, contempló el Castillo Rojo, que estaba muy cerca; volvió a cerrar la ventana, provista de unos barrotes que parecían recién colocados; cerró asimismo la puerta y sentóse ante la mesa, como si realmente aguardara al arquitecto que, según había dicho, debía traerle los planos de restauración de la fortaleza.

Ahora bien; en aquel momento se produjo un fenómeno bastante extraño...

Aunque no sopla la más leve brisa, y aunque las hojas conservaban una inmovilidad absoluta, de pronto las helechos gigantes que guardaban parte del talud que servía de cerca al prado comenzaron a agitarse como si fueran barridos por tempestuoso viento... Y a ras del suelo asomaron dos cabezas seguidas de dos cuerpos que se arrastraban a gatas y parecían enormes reptiles con rostro humano.

Cuando los dos individuos llegaron a pocos metros de la cabana, argüíronse súbitamente y se acercaron en silencio, revolver en mano...

Como Judex lo había previsto, Primorosa había hablado, previniendo a la *Caza de los Secretos* del punto donde pensaba ir y facilitando así a los bandidos el poder entrar en acción.

Pero la huida iba a trabarse en el terreno elegido por el señor de Tremasé... El momento era trágico.

Uno de los bandidos echó mano al pasaporte y lenta y silenciosamente abrió la puerta. Por la vista, Judex no debió de oírlo, puesto que permaneció sentado en el taburete, de espaldas a la entrada y sumido al parecer en honda meditación.

De un salto ambos miserables se abalanzaron contra él y se le echaron al cuello; pero apenas le hubieron tocado profirieron un grito de decepción y rabia.

No habían atacado a Judex, sino a un maniquí maravillosamente disfrazado con un traje y un sombrero idénticos a los de Jaime.

— ¡Qué es esto? — exclamó uno de los *Cazadores*. — ¡Por dónde se habrá marchado?... Creo que si hubiera salido de la cabana le habríamos visto. Resquemos, que no debe de estar lejos.

E iba a salir, cuando bruscamente se cerró la puerta ante él.

Quiso abrirla, pero en balde. Su compañero unió sus esfuerzos; pero la puerta,

manobraba por un mecanismo tan poderoso como invisible, permaneció atónicamente cerrada.

— ¡Hombre! ¡Esto ya es otra cosa! — gritó el primer bandido.

— Empieza a crecer, querido Leuchard, que nos ha cazado en una ratonera.

— ¿Y cómo saldremos de aquí, querido Julián?

No bien había pronunciado estas palabras, una verdadera nube de gaseas asfixiantes que se elevaba del suelo invadió la choza.

— ¡Es lo único que nos faltaba! — dijo Julián. — ¡Nos van a ahogar como si fuéramos jamones!

Leuchard, que parecía más decidido, corrió a la ventana y la abrió diciendo:

— ¡Menos mal que se ha olvidado de cerrar esto con candado, de lo contrario estaríamos perdidos!

Y ambos bandidos se arrojaron por la ventana; pero así que hubieron tocado el suelo, éste se deslizo bajo sus pies, como si una mano misteriosa hubiera abierto repentinamente una trampa y en tanto que desaparecían bajo tierra, la verde alfombra del prado, que se había abierto en una extensión de unos tres metros cuadrados, volvió tranquilamente a su posición ordinaria.

Un doble grito respondió a los verdaderos ruidos lanzados por Leuchard y Julián, reñidos caridosos como simples tigres de Bengala.

Una mujer con un abrigo de color oscuro y un joven con gorra de ciclista, que, escondidos detrás del talud, habían presenciado la última parte de esta escena, al ver desaparecer a los dos bandidos corrieron a la cabana del cesterero.

A través de la ventana se escapaba un humo nubesbunda, esparciéndose por los alrededores.

Así y todo, la mujer y el joven dieron la vuelta a la cabana, queriendo reconocer el lugar en que el suelo se había tragado a sus compañeros.

Pero no se veía ningún agujero en el césped, que uniformemente seguía esmaltado de flores.

— Ojuzas — dijo la señora de Apremont, dirigiéndose a su compañero, que había conservado el traje masculino con que se vistió la víspera para espiar a don Gastó, — erro que no nos conviene quedarnos aquí mucho rato.

— Tiene razón: ese hombre puede más que nosotros... Vámonos a buscar a los demás.

Y ambas desaparecieron y se encaminaron con paso rápido al bosque en que

Bautista esperaba el regreso o la llamada de su ante leyenda apaciblemente al periódico.

Cuando pasaron a corta distancia de él, dijo la Ojazas a su amiga:

— ¡Mira! Parece el automóvil de Judex.

— Sí, en efecto, así es, con su nuevo chófer... Entonces no ha acabado la cosa... Hemos perdido la primera partida, pero podremos ganar la segunda, que es la decisiva... Escóndase ahí, detrás de ese árbol; no pierdas de vista al chófer... Yo vuelvo en seguida, espérame.

La aventurera se internó en el bosque y no tardó en llegar a un claro en que la esperaban dos hombres de caras no menos patibulacias que las de Leuchard y Julián.

— ¡Todo ha fracasado en la cabana del cesterero! — les dijo la baronesa; — mas no por eso hemos perdido la partida... Venid conmigo y ejecutad puntualmente las órdenes que voy a daros.

— Está bien, señora baronesa — dijo un moacón de complexión muy robusta.

— ¡Con usted vamos! — declaró el otro, que aunque no tan corpulento, tenía complexión atlética y parecía un adversario sumamente temible.

Momentos después se reunieron a la Ojazas, que, tras breve camiliábala, se acercó al excelente Bautista.

Este, completamente absorbido en la lectura del periódico, no había visto ni oído nada, y estaba a cien leguas de sospechar el complot que contra él tramaba la flor y nata de la *Casa de las Secretas*.

La Ojazas, que representaba admirablemente su papel de joven bandido, interpelló en esta forma al chófer, que estaba fumando:

— ¿Quieres hacer el favor de darme lumbré?

Bautista levantó la cabeza y vió a su interlocutora, o más bien a su interlocutor, que le miraba con una sonrisa en los labios.

Titubeó un momento preguntándose: ¿De dónde sale éste?

Pero no tuvo tiempo de decirle una palabra ni de hacer ningún movimiento.

Los dos individuos que acompañaban a la baronesa y que se habían acercado cautelosamente abalanzándose de pronto contra él y, con una destreza que revelaba gran práctica, le amordazaron y le ataron sin darle tiempo a oponer la menor resistencia.

La baronesa, que se había aproximado, dijo con voz insiniva:

— ¡Eh, eh, eh! Ojases! Te has portado admirablemente.

Y dirigiéndose a las bandidas, añadió:

— También es feliz a vosotros, Emilio y Maillehard... Habéis trabajado muy bien.

— ¿Y qué vamos a hacer de este tipo?

— preguntó Emilio, que llevaba en la mano izquierda un tallo especial en forma de semicírculo atravesado por un punto de exclamación, que era el signo distintivo de los afiliados a la *Caza de los Secretos*.

— Deberíamos darle pasaporte — dijo cínicamente el horrible Maillehard, que llevaba el mismo signo en igual sitio que su compañero.

Pero la baronesa de Apremont objetó: — Ya sabéis que Hemigio no quiere que se mate a nadie.

— Tú, Maillehard, llévate al chófer a la parte más retirada del bosque y átalalo a un árbol, de modo que no pueda gritar ni huir... Y tú, Emilio, que eres de su misma estatura y tienes poco más o menos el mismo cuerpo que él, ponte su gorra y sus gafas de chófer, instálale en el pescante del auto, y cuando Judex vuelva, si tenemos la suerte de que no note nada, arranca a toda velocidad y no lo detengas hasta la encrucijada de los Cateaux... Allí te esperaremos Maillehard y yo... Y tú, Ojases, encárrmate a los muelles traseros del auto para ejercer gran vigilancia sobre Judex sin que él lo note; y si le ves hacer un movimiento sospechoso, le amordazarás en seguida... Ya te he visto trabajar y sé que puedes hacer eso y mucha más... Si no se mueve Judex, no le hagas daño alguno; pero si se subleva, creo que entre los dos podréis dominarlo sin lastimarle mucho.

— Cuando usted con nosotros, baronesa — repuso Emilio.

Y en tanto que Maillehard se llevaba auestas al desdichado Bautista, fuertemente amarrado para atarlo a un árbol, la aventurera exclamó ya triunfante:

— ¡Ahora veremos si Judex se escapa de la *Caza de los Secretos*!

#### IV

##### LOS MISTERIOS DEL CASTILLO ROJO

Cuando Louchard y Julián cayeron en la trampa tan ingeniosamente inventada y maquinada por Judex, no se hicieron ninguna daño, pues la caída fue amorti-

guada por una especie de colchón de arena que les evitó la menor contusión.

Sin embargo, bajo la influencia de la sorpresa aterradora que les había dado aquel de quien se querían apoderar, quedaron un buen rato aturdidos y atontados en el fondo de aquel subterráneo, donde reinaba oscuridad completa.

Poco después empezaron a buscar a tientas en las linieblas alguna salida, cuando Julián profirió un grito... Acababa de tropezar con un objeto que produjo un sonido metálico.

Se agachó, lo recogió, lo palpó, y de pronto iluminóse el subterráneo con una luz viva... Acababa de coger una lámpara eléctrica.

— ¡Hombre! ¡Esto no está mal! Mira tú por dónde estamos alumbrados... Sólo nos falta que nos den calefacción y nos mantengan.

— Y encima, que nos laven la ropa — añadió Louchard.

Ambos bandidos, confortados por aquella luz que no les venía de arriba, sino de abajo, examinaron el lugar donde se encontraban, sin intentar explicarse la presencia de aquella lámpara allí.

Era aquel subterráneo una especie de pozo abandonado, cuya pared circular estaba tapizada de plantas y hierbas trepadoras y cuya boca superior estaba cerrada por la trampa tan hábilmente disimulada que se había abierto a sus pies cuando saltaron de la ventana.

Julián, subido en hombros de su compañero, intentó levantar dicha trampa, pero no pudo conseguirla, y pronto tuvo que renunciar a la problemática evasión por ese lado.

Poco después mostró a su cómplice un rincón de la pared sobre el cual concentró los rayos de la lámpara y en el que se veía una especie de excavación cerrada por una hoja de madera bastante carcomida.

— ¡Mira eso! ¿Por qué no intentamos buscar la salida por ahí?

— Tienes razón — respondió Louchard.

Y dió un vigoroso puñetazo a las tablas, que cedieron al momento, dejando ver una brecha que parecía continuarse bajo tierra.

— Me parece que ahí tenemos la salvación.

— No me fio mucho, pues tal vez sea eso otra nueva jugarreta del maldito Judex.

— Desengáñate, que si hubiera querido matarnos de una vez, no se hubiera andado con tantos rodeos.

— Es verdad, y ya que no hay otro medio, intentemos escapar por ahí.

Julían, con la lámpara en la mano, fué el primero que entró en la excavación, y tras él su socio. Avanzaron prudentemente aguzando bien el oído, y caminaron así unos trescientos metros; luego se hallaron al pie de una escalera practicada en la roca.

— ¡Subimos? — preguntó Julían.

— En eso pensaba yo...

— Después de todo, ¿qué exponemos?

— Con un tipo como Judex se puede empujar cualquier cosa... Además, esa lámpara que hemos encontrado como por casualidad en el fondo del pozo me da muy mala espina.

— No te digo lo contrario; pero a no ser que nos quedemos aquí muertos de hambre, no veo más que una salida, y es continuar este camino... Además, se me ocurre una idea que creo que no es mala... Muy cerca de aquí hay un castillo antiguo... Y en esas viejas mansiones solía haber una serie de pasillos ocultos y secretos que tenían salida al campo... Por consiguiente, ¿quién nos dice que no nos hallamos en uno de esos subterráneos del Castillo Rojo?

— Puede que tengas razón.

— Y en ese caso, este subterráneo debe de conducir a algún rincón de las ruinas desde donde podamos salir al aire libre.

— Vamos, pues, hacia allá.

Y ambos bandidos empezaron a subir la ruda y estrecha escalera de caracol que una obra de gigantes había practicado en el mismo seno de la montaña.

No se engañaba Julían, pues se hallaban, en efecto, en uno de los antiguos subterráneos del Castillo Rojo; pero, en vez de salir, como suponían, a las ruinas de la vieja morada feudal, les aguardaba una sorpresa que venía a justificar los lógicos temores de Louchard.

En efecto, después de haber escalado gran número de peldaños, los dos bandidos se hallaron sin transición alguna en una especie de ventana que daba a un cuarto muy oscuro con apariencias de cueva.

En el momento en que llegaban allí se oyó un ruido seco; un telón metálico acababa de abrirse súbitamente la entrada del cuarto.

— ¿Eh?... ¿Que te decía yo? — preguntó Louchard. — ¡Ya nos han vuelto a encerrar!

No bien hubo pronunciado estas palabras, se escapó a los dos bandidos una exclamación de terror.

Ante ellos aparecieron en la pared unas intrus de fuego de intensa luminosidad,

y estas letras, reunidas, encadenadas, formaban la siguiente frase:

*Estáis prisioneros. Arrojad las armas y levantad las manos al aire.*

JUDEX

— ¡Estamos frescos! — dijo Julían.

Y los dos miserables, tirando de miedo, se apresuraron a echar al suelo el arsenal de que iban provistos, es decir, un par de pistolas, dos navajas de mano, una maza y una llave inglesa.

Entonces se abrió una puerta disimulada en la pared y entró Judex.

Al ver al hombre de la capa negra y el sombrero de fieltro se aumentó el miedo de los bandidos, los cuales, con las manos levantadas por encima de su cabeza, esperaron que el enemigo pronunciara su sentencia.

Habían perdido toda esperanza. Estaban convencidos de que el terrible justiciero iba a condenarlos sin piedad y de que les había llegado la última hora.

Judex, arrogante y tranquilo, acercóse a ellos y les preguntó:

— Perteneceréis los dos a la *Casa de los Secretos*?

— Sí, señor.

— ¿Quién es vuestro jefe?

Los bandidos permanecieron en silencio.

— ¿Preferís — repuso Judex — que os guarde eternamente en las cuevas del castillo?

Al oír estas palabras, la sinistra pareja dejó oír un grufido de protesta y Louchard se decidió a responder:

— Nuestro jefe no lo conocemos más que por un apodo: Remigio el Tuerlo.

A lo cual añadió Julían:

— Lo único que sabemos de él es que paga espléndidamente y que no siempre tiene buen humor.

Judex pensaba:

— Estos hombres dicen la verdad, al menos en este momento.

Y en voz alta preguntó:

— ¿Por qué ejercéis ese oficio?

Los dos miserables bajaron la cabeza y callaron.

— Conmigo no vale astucia — dijo el conde Jaime — tú te llamas Louchard y te escapaste de un penal... y tú tienes por nombre Julían y recientemente fuiste condenado en rebeldía a veinte años de presidio por robo a mano armada. Ya veis que estoy bien enterado.

— Sí, por cierto — respondieron a una los dos criminales.

— Ahora os tengo en mi poder y nada

Puede librarnos... Que se conserve aquí a que se denuncie a la justicia, de todas maneras están perdidos... Sin embargo, tal vez haya un medio de salvarlos.

— ¿Cuál, señor? — preguntó Julián.

— Díganlos pronto! — añadió Lanchard.

— Quiero que me conduzcan a donde está vuestro jefe.

— ¿Remigio el Tuerto?

— Sí.

Los dos bandidos se consultaron con la mirada. Estaban indecisos.

— ¿No queréis? — preguntó Jaime. — Entonces, ¡peor para vosotros!, de concedo dos minutos para que os decidáis.

— ¿Señor!...

— ¿Consentís?

— Sí — balbucieron los dos bandidos, completamente decididos.

Y Judex preguntó a Julián:

— ¿Dónde vive tu jefe?

— No lo sé a punto fijo, pero suele ir a París, a un café próximo a las Batilles-Chamant... Ahora, que ni sé si podrá usted encontrarlo, pues no tiene hora fija... Unas veces viene y otras telefona.

— Vae a conducirnos a ese café; de momento no te pido nada más... Y cuando estemos allí ya te diré lo que has de hacer... En cuanto a ti, Lanchard, quédate aquí en rehenes.

Y empujando por delante a Julián cerró Judex la puerta y la afianzó con dos enormes cerrojos. Luego dijo a su enta:

— Ahora ven conmigo, granuja... Pero te prevengo que, si no marchas como yo quiero, eres hombre muerto.

Y agarrándole por el brazo se lo llevó por el dedalo de corredores subterráneos del Castillo Rojo.

Momentos después, Judex, acompañado de su rehén, llegaba al automóvil donde les esperaba el falso chófer.

Hizo subir al bandido al lado de éste e instalándose él en el carruaje dijo:

— Baulista, lívanos a París a toda marcha.

Emilio, que no era sino el chófer ordinario de la baronesa de Apremont, arrancó al momento a toda velocidad.

Pero apenas hubo rodado un poco el automóvil, Julián no pudo reprimir un movimiento de violenta sorpresa.

En la mano del silencioso chófer acababa de reconocer el signo especial de los colaboradores de Remigio el Tuerto, que era la marca distintiva de la Caza de los Secretos.

Al mismo tiempo vió en el suelo del

vehículo un revólver que Emilio le mostraba con el pie.

Y cuando se bajaba para recogerlo, Judex, que espía todas sus movienditas con rigurosa vigilancia, fué a levantarse.

Para no perder tiempo.

La Ojazos, que siguiendo las instrucciones de la baronesa se había instalado en los muelles traseros del automóvil, sin llamar la atención de nadie, saltó con increíble ligereza y rodó la cabeza de Judex con una espesa mordaza.

Al mismo tiempo, mientras Emilio aceleraba la marcha, Julián, revolver en mano, se volvía contra el señor de Tremense.

— ¡Arriba las manos!

Judex no era hombre que se dejara intimidar fácilmente ni aun en momentos, como aquel, de gran peligro.

Forzajeando con extraordinaria vigor, consiguió desentorse inmediatamente de las manos de la Ojazos, a quien agarró por la cintura, formando un escudo con ella para evitar el disparo de Julián, que continuaba diciendo:

— ¡Arriba las manos! ¡Arriba las manos!

El supuesto Baulista les animaba diciendo:

— ¡Resistid dos minutos más y ya es nuestro!

Judex comprendió la emboscada en que había caído.

Era cosa cierta que, aun suponiendo que consiguiera resistir a sus agresores y que llegase a desarmarlos, otros le acecharían en los alrededores, muy cerca de allí, dispuestos a hacerle pagar mortalmente su efímera victoria.

Era, pues, preciso a todo trance librarse de los miserables que acababan de atacarle tan traídicamente y de aquellos otros que, emboscados, se disponían a acabar con él.

El automóvil, que aun no había salido del bosque, corría con velocidad vertiginosa. Así, pues, no podía pensar Judex en arrojarle al suelo, porque corría el peligro de herirse gravemente o de matarse.

De pronto, a pocos metros delante de él vió Judex un árbol, una vigorosa encina, una de cuyas ramas sobresalía por la carretera.

Con la rapidez de decisión que le caracterizaba, rechazando de un empujón a la Ojazos, al chófer y a Julián pasóse en pie sobre el asiento del automóvil en el momento en que éste pasaba a la altura de la encina, y de un salto bien calculado quedó enganchado por las manos a la rama salvadora; y en tanto

que el automóvil continuaba su trayecto, se encaramó al árbol y desapareció entre el follaje.

Julian, estupefacto, hizo algunos disparos en la dirección de aquel que con tan noble maestría acababa de escaparse.

Pero Judex estaba ya a salvo.

Saltando de rama en rama con incomparable agilidad, pasó al otro lado de la carretera.

Entretanto, Emilio paró, bajóse del coche con Julian y la Opazas, y casi al mismo tiempo se les reunieron la baronesa y Mailléchard, aturidos por los disparos.

— ¡Cómo! — exclamó la de Apremont. — ¿Otra vez se nos escapa?... ¡Busquemosle! ¡Y si le encontramos, esta vez no habrá compasión!

Los Cazadores de Secretos empezaron febrilmente sus investigaciones, pero por más que registraron por doquiera y sondaron los matorrales y examinaron bien los árboles nada descubrieron: creyórase que Judex se había evaporado.

En esto, un nuevo grito de rabia salió de los labios de la aventurera... Había llegado ante el árbol en que Mailléchard, a presencia de ella, había amarrado a Bautista y vió que éste ya no se hallaba allí... Las ligaduras que le sujetaban yacían cortadas en el suelo.

Con un silbido estridente, la baronesa reunió a sus compañeros y les gritó:

— ¡Pronto! Al coche, que Judex es capaz de escapárenos otra vez.

No se había equivocado la de Apremont.

El coche, que en su precipitación por seguir al enemigo habían dejado sin ninguna guardia los Cazadores de Secretos, había desaparecido también, por mejor

decir corría a bastante distancia, llevándose a Bautista y a Judex, que salieron indemnes de la butalla.

Ya era de noche cuando el conde de Tremense llegó a *La Frondaña*.

Hogelio le esperaba con impaciencia.

— ¿Te ha salido todo bien? — le preguntó acercándose a él.

— Sí, pero me he visto muy apurado... Son muy astutos esos bandidos... Pero en fin, he obtenido resultados satisfactorios y que me alientan para lo futuro... No me he engañado... Primerose ha hablado: ya te lo contare todo, pero antes contestame a esta pregunta: ¿Quién ha entrado en casa desde que yo me marché?

— Aparte de nosotros — replicó Hogelio. — Primerose no ha visto más que al doctor Howey.

— ¿Y se ha quedado a solas con él?

— Sí, un cuarto de hora aproximadamente; ayer, poco tiempo después de tu partida.

— ¿Has oído su conversación?

— No, puesto que me recomendaste que fuera discreto.

— Y después de la visita del doctor ¿ha manifestado Primerose alguna nerviosidad?

— Me ha parecido algo triste y se ha quejado de fuerte jaqueca.

— ¿Estás seguro de que no ha conversado con nadie más?

— Completamente seguro.

Judex reflexionó un momento, tras el cual, al tiempo que una sombra le pasaba por el rostro, balbuceó:

— ¿Será, acaso, Howey el genio malo de Primerose?

## SÉPTIMO EPISODIO

# LA MANO MUERTA

1

### LA GRAN IDEA DE DON CASTO

— De modo — preguntaba Rogelio de Tremense, — que crees que el genio maligno es el doctor Howey.

Judex, sentado a su mesa de despacho, respondió con su acostumbrada tranquilidad:

— Me guardaré mucho de afirmarlo rotundamente... Es más, no te ocultaré que ese hombre es el último de quien hubiera sospechado yo... Howey me ha producido siempre muy buena impresión, como a todos los que le tratan... Su vida, a la vista de todos, es de irreprochable dignidad; su conversación revela siempre no sólo un espíritu científico de primer orden, sino también una conciencia moral, libre de toda flaqueza, un juicio a cubierto de todo error... Y añadiré que gasta mucho menos de lo que le produce el ejercicio de su profesión... Pero me has dicho que es la única persona que ha estado a solas con Primerose durante mi ausencia...

— La única.

— ¿Estás seguro de que ningún criado ha conversado un instante con tu promelida?

— Segurísimo.

— Es inquietante... ¡Howey afiliado a la *Caza de los Secretos*!... ¡Howey representando junto a Blanca y a Primerose el odioso papel de inspirador infernal!... ¡Howey poniendo al servicio de esa sociedad de malhechores toda su ciencia y todo su talento!... ¡Eso parece pasar de los límites de lo inverosímil!... Y en tanta

que no tenga yo una prueba palpable de semejante infamia, me negaré a creerlo... No obstante, es menester que tomemos toda clase de precauciones para evitar que se repitan los hechos que vienen sucediendo de algún tiempo acá... So pretexto de acompañar a Parla a Blanca, a Primerose y a Juanita, vas a llevarlas al castillo de Joyense, que mamá pone a nuestra disposición... Allí estarán muy seguras, tanto más cuanto que, salvo tú y yo, nadie sabrá su nueva residencia, ni siquiera don Casto... Le he mandado con un encargo a Fontainebleau, precisamente para que no os vea marchar, porque se va volviendo tan torpe, que, sin querer, podría cometer alguna indiscreción lamentable... Después, véte al Castillo Rojo... Allí, en el cuarto llamado del aislamiento, encontrarás uno de los afiliados a la *Caza de los Secretos*, a quien he conseguido encerrar... Dale de comer, pero guárdale bien de contestar a las preguntas que te dirija... Luego, vuelve al castillo de Joyense y espera allí mis instrucciones... Ahora te dejo y hasta la vista!... No creo necesario decirte que confío en el éxito de nuestra empresa... Ya hemos dado un gran paso hacia la luz, y no dudes de que a la captura de ese siniestro individuo seguirán pronto otras más importantes.

— En ti confío — dijo Rogelio, — pues ya sé todo lo que puedes hacer... Sin embargo, quisiera saber a qué atenerme, sobre todo en lo que se refiere al doctor Howey...

— Eso sigue siendo un enigma... El más extraordinario que he tenido que descifrar en mi vida... Pero ya es la hora de marchar...

Dicho esto, salió Judex con su hermano

y fué a despedirse de Blanca, de Primerose y de Juanito, prometiéndoles que iría a verlos con frecuencia y asegurándoles que pronto acabarían todos sus disgustos. Los acompañó a la estación y regresó luego a su despacho, en donde quedóse largo rato pensativo, estudiando y preparando el plan de campaña que le inspiraban sus recientes descubrimientos.

Nuevos y vastos horizontes debieron de abrirse sus cavilaciones, porque pronto se animó su fisonomía con una especie de júbilo interno y asomó a sus ojos una expresión de confianza y energía. Poco después le llamaron por teléfono, y muy interesante debía de ser la conferencia, porque, después de escuchar en silencio la voz que vibraba en sus oídos, respondió:

— Perfectamente... Y muy bien trabajada... No me extraña en usted... Tengo, como usted, la convicción de que irán allí... Ah, pues, mañana a las tres estaré en su oficina... Aquí han ocurrido cosas extraordinarias, que le contaré de viva voz... Si, la condesa sigue bien y lo mismo Primerose... He tomado precauciones y no hay que temer en cuanto a ellas... Convenida... Hasta mañana...

En el momento en que Judex colgaba el aparato llamaron a la puerta.

Era don Casto, que, de regreso de Fontainebleau, venía a dar cuenta de su cometido a aquel a quien consideraba como su maestro, después de Napoleón, desearo de reparar las torpezas y fechorías que había cometido en sus últimas expediciones.

— ¿No manda usted nada más? — dijo al final a Judex.

— Por hoy no hay nada...

— En ese caso desearía que me permitiera usted pasar veinticuatro horas en París, pues tengo que arreglar allí algunos asuntos...

— Con mucho gusto...

— ¿Puedo ir antes a presentar mis respetos a las señoras?

— Las señoras se han marchado — respondió el conde de Treméuse.

— ¿Cómo? ¿Se han marchado? — replicó don Casto estupefacto.

— Si... He querido sustraerlas definitivamente a la influencia del genio malféfico.

— Ha hecho usted admirablemente... ¿Y pueda saberse a dónde han ido?

— He resuelto no decirselo a nadie...

— ¿Ni siquiera a mí?

— Ni siquiera a usted.

— Hombre, señor conde!

— Es un secreto absoluto.

— No le ocultaré que me sorprende

un poco su silencio... Sin embargo, supongo que no desconfiará usted de mí...

— Desde luego!

— Creo haberle dado suficientes pruebas de fidelidad para no inspirarle el menor recelo...

— ¡Por supuesto!

— Por eso no comprendo que, en contra de sus costumbres, me aparte usted así de su familia...

— Querido don Casto, le tengo a usted verdadero cariño... Créame que nadie apresta mejor que yo sus admirables dotes de inteligencia y de corazón... Pero, y sea dicho sin querer ofenderle ni apenarle, hace algún tiempo vengo notando que se vuelve usted demasiado impulsivo y que así se halla a cubierto de cometer alguna torpeza irreparable.

— Es usted muy severo, conde.

— No quisiera recordarle su triste aventura con la baronesa de Agremant...

— ¡Oh! ¡Ya me vengas de ella! — exclamó don Casto con feroz acento.

— Precisamente porque la veo muy excitado prefiero darle una breve licencia, durante la cual, y gracias a los ejercicios que le ha recomendado el doctor Howey, me tardaré en recobrar la calma necesaria a toda cerebro que quiere acometer grandes empresas.

— Le agradezco el consejo, querido conde — dijo secamente el director de la Agencia Celeritas. — Pero le prevengo que no la seguirá.

— ¿Por qué?

— Porque también tengo yo una idea y muy grande.

— ¿Sobre qué?

— Sobre la *Cata de los Secretos*.

— Le repito, amigo don Casto, que por ahora le convendría más descansar...

— Y yo le aseguro, querido conde, que nunca he estado mejor dispuesto a la lucha... Y hasta puedo afirmarle que no tardaré mucho en asombrar a todas ustedes, empezando por usted...

— No insisto... — repuso Judex con aquella benevolencia con que siempre hablaba a sus amigos. — Pero si le sucede otro percance... pour para usted!

— No eche la culpa a nadie, que yo ya le he avisado...

— Estoy seguro de mí... ¡Los cogré, donde quiera y cuando quiera!

— Sinceramente es lo deseo — dijo Judex, acompañando al buen hombre hasta la puerta, y añadiendo, sin la menor ironía: — Pero si se encuentra usted en algún mal trance... no se olvide de que estoy aquí.

— Lo mismo le digo — replicó don Casto con cómica importunidad.

¿Cuál sería la gran idea que había germinado tan súbitamente en el magín de don Casto?

No tardáramos en saberlo.

Al apearse del tren, don Casto había ido directamente a una tienda y se había comprado un par de medias de seda negra, de señora, de calidad inmejorable y de la medida mayor que encontró.

Al volver a su casa cogió una de las medias y metiéndosela por la cabeza intentó introducirse hasta la barba, lo cual le costó gran trabajo, pues al llegar a la altura de la nariz tuvo que empujar una verdadera lucha para que entrara la media, cosa que consiguió gracias a sus esfuerzos y a la elasticidad del tejido... Y así, la media destinada a apesiguar la puntorilla de una mujer de escultural belleza, habíase transformado en una a modo de cuculla para uso del policía que perseguía a la *Caza de los Secretos*.

Después de abrir en la media dos agujeros a la altura de los ojos, se la guardó en el bolsillo, y sacando de la cartera un papel doblado la volvió a leer con profunda atención.

En el prospecto que la Ojazos le había echado al carruaje:

*¿Quiere usted saber alguna cosa?  
Pregúntaselo a la célebre vidente*

BELLA PATIMA

139, calle Bergère, 139

*que lo sabe todo, lo ve todo y lo dice todo.*

Y volviendo a dejar el prospecto en un compartimiento especial de la cartera, habbúcio.

— Fátima lo sabe, lo ve y lo dice todo... Ahora veremos si sabe cómo me llamo y si, a pesar de esta carola improvisada, descubre mi personalidad.

Y dicho esto, fué don Casto a consultar a la vidente.

¿Sería esa su gran idea?

Probablemente, porque con paso rápido y decisivo se encaminó a casa de Fátima y llamó a la puerta. Saló a abrirle una mujer vestida de odalisca y con el rostro tapado casi totalmente por el velo púdico y clásico de las mujeres de Oriente.

— Desearía consultar con la bella Fátima — dijo don Casto.

Y al punto le guió la odalisca al antro de la hechicera.

Sentada o, mejor dicho, acurrucada en

un diván, con el rostro casi completamente velado, la bella Fátima, de la que sólo se veían unos ojos negros y brillantes, miró al extraño cliente que acababa de ser introducido a su presencia, y con voz suave, aunque de extraño acento, le dijo casi inmediatamente:

— Buenos días, *señor* Casto.

Don Casto no pudo reprimir un movimiento de alegre sorpresa, porque al momento pensó:

— Para conocerme bajo esta máscara extraña es menester que sea una vidente... que vea... Decididamente mi idea ha sido admirable... Aquí me enteraré de muchas cosas... ¡Adex quedará maravillada...

No obstante, declaró, con voz fingida:

— Se equivoca usted, señora: no soy don Casto.

— ¿Por qué pretende engañarme? — replicó amablemente la bella Fátima. — Usted es don Casto, director de la Agencia *Celeritas*, de la calle de Milton.

— Señora, le aseguro...

— No insista usted: a pesar de todas sus precauciones le he reconocido y le reconocería entre mil, aunque se pusiera una máscara de hierro... Porque yo lo sé todo, todo, todo! Es un don que recibí al nacer y que me permite escrutar lo pasado y conocer lo presente y lo por venir... Y para que vea que no miento, le diré que ayer se distrajo usted de manicura...

— Es cierto.

— Que buscaba usted a una señora morana.

— También es cierto.

— Una señora con la cual cenó usted hace días en el reservado de un restaurant...

— Es asimismo cierto.

— Y que se separó de usted algo bruscamente y le dejó una carta no muy cortés.

— ¡Eso es prodigioso!

— ¿Se convence usted, don Casto, de que se halla en presencia de una mujer dotada de un poder de doble vista que le permite descubrir los secretos y leer en las almas?

— Señora, me inclino respetuosamente ante la fuerza más extraordinaria que he conocido.

— Ahora interrógueme, que le responderé.

— ¿Qué se ha hecho de esa mujer?

La bella Fátima respondió sin vacilar:

— Se ha ido a América.

— ¿A América?

— Sí... Esa señora, la baronesa de Apremont, sentía honda pasión por mí.

ted, y comprendiendo que ese sentimiento que usted le inspiraba la llevaría a cometer locuras, y conociendo el carácter voluble de usted, tenía padecer mucho y ha decidido poner entre ella y usted la distancia de los océanos... ¿Tiene usted algo más que preguntarme?

—Sí... Es decir..., no sé. Estoy tan desconcertada...

—No importa: las cartas hablarán por usted.

Y cogiendo unos naipes que tenía al alcance de la mano, empezó a barajarlos, a cortarlos y a extenderlos con gran destreza. Terminados estos preparativos, y designando cada una de las cartas que iba volviendo, dijo con acento solemne:

—¡Dios mío!... Veo algo extraordinario...

—¿Qué es? — preguntó don Casto, palpitante de emoción.

—Un gran peligro amenaza a una persona que usted conoce.

—¿Al conde de Tremense?

—No: es un hombre de mucha más edad... Tiene el pelo casi totalmente blanco... Un hombre muy viejo que le habla... Una media me oculta sus facciones... ¡Espere! ¡Espere!... Ya veo... El hombre que corre peligro es un antiguo banquero a quien se cree muerto... Se llama..., se llama... Veo una F..., sí, una F..., y luego una A... Sí, ahora lo veo todo... se llama Favraux... Sí, le amenaza grave peligro... ¿Cuál?... No lo sé... Y, sin embargo, a él le veo muy bien... retirado... ahí, en el campo... en... en... ¡qué raro!... Tengo el nombre en la punta de la lengua... en... en...

Subyugado, el ingenuo don Casto exclamó sin ninguna consideración:

—En Santa Magdalena de Gatinais...

—Eso es, en Santa Magdalena — replicó rápidamente la echadora de cartas, cuya voz tenía en aquel momento un imperceptible estremecimiento de alegría.

Y prosiguió:

—No me equivoco, no... El tal Favraux está amenazado de muerte violenta... El hombre que se halla a su lado, el viejo..., un individuo que ha estado en presidio...

—¿Kerjean?

—Eso es, sí, Kerjean..., quiere asesinarle...

Dicho esto, la bella Fátima profirió un grito penetrante, se cayó de espaldas y quedó postrada en el diván.

Al momento se abrió la puerta y entró la odisea, la cual, cogiendo de la mano a don Casto, le dijo:

—La bella Fátima se halla en éxtasis... Tiene para dos horas lo menos... Ha terminado la sesión.

—¿Cuándo puede volver? — preguntó don Casto.

—Dentro de tres días..., que es lo menos que tardará en reponerse la señora.

—¿Qué lástima!... ¿Cuánto debo?

—Veinte francos.

—Veinte francas.

—Ahí van veinticinco. Adiós.

Y don Casto se marchó balbuciendo:

—¡Qué lástima que Napoleón no hubiera tenido junto a sí una vidente de esta talla, que le hubiera hecho detenerse a tiempo, y así habría evitado lo de Waterloo y Santa Elena.

En cuanto a Fátima, así que se hubo marchado don Casto, exclamó:

—¡Bien trabajado!

Y por teléfono tuvo al momento la siguiente conversación:

—¿Eres tú, Remigio?

—¿Con quién hablo?

—Con la baronesa.

—¿Hay novedad?

—Y buena... Don Casto acaba de decirme el sitio donde se esconde Favraux.

—¿Dónde?

—En Santa Magdalena de Gatinais.

—¡Admirablemente! — exclamó Remigio el Tuerto. — Ahora acabo de llegar de allí y he encontrado mucho trabajo en París, en donde voy a instalarme por razones que no puedo decirte ahora... Entretanto vete inmediatamente en automóvil a cerciorarte de si Favraux está efectivamente en el pueblo en que te ha dicho ese calabacín... Y si está allí, telefonéame con urgencia a mi domicilio número cuatro... ¿Has entendido?

—Sí, muy bien.

—¡Enhorabuena!

—¡Gracias!

La baronesa de Apremont cogió el receptor. Aquellos dos miserables no necesitaban muchas palabras para entenderse.

Y antes de un cuarto de hora la aventurera partía en automóvil para Santa Magdalena.

La Casa de los Secretos estaba en marcha!

Don Casto fue corriendo a tomar el tren para La Fradosa.

—Ahora — pensaba — heme ya completamente rehabilitado a los ojos de Judex... Pues habría de ser muy exigente

el conde si no queda satisfecho después del golpe maestro que acabo de dar.

Y entró contentísimo en *La Frandosa*, donde Judex, tranquilo ya en cuanto a la suerte de Blanca, de Primérose y de Juanito, coordinaba el plan de acción que desde la mañana había resuelto emprender contra la *Caza de los Secretos* y cuya marcha habían retrasado un poco los últimos acontecimientos.

Al ver tan alegre al policía, pensó Judex:

— Con tal que no se haya tirado otra plancha!

Don Casto dijo con excesiva volubilidad:

— Querido conde, esta mañana al separarme de usted le dije que iba a dejarle asombrado.

— En efecto, lo recuerdo.

— Pues bien: ¡ya está!

— Veo que no ha perdido usted el tiempo.

— Sí, he despachado pronto... Y todo ha superado mis esperanzas.

— Cuente usted, cuente usted.

— He ido a ver a la bella Fátima.

— ¿A la bella Fátima? — repitió Tremense, que se esperaba cualquier cosa menos esa.

— Sí, a la bella Fátima, la célebre vidente de la calle Bergère, la que todo lo ve, lo dice y lo sabe!

— ¿Y qué? — preguntó Judex, que apenas podía reprimir una carcajada.

— Pues bien! Esa adivina, que es extraordinaria, después de conocerme, a pesar de la careta con que me había cubierto el rostro, me ha dicho que la baronesa de Apremont se halla camino de América.

— ¿Qué tenga buen viaje! — dijo Jaime con cierto escepticismo.

— Pero aun hay más... Me ha dicho también que un gran peligro amenaza a Favraux en su retiro de Santa Magdalena.

Judex se sobresaltó y dijo:

— ¿Cómo! ¿Esa mujer le ha dicho que a Favraux le amenaza un peligro?

— Sí.

— ¿Y le ha hablado a usted de Santa Magdalena?

— Sí.

— ¿Está usted seguro?

— Sí, segurísimo: me ha hablado de Santa Magdalena de Galilea.

— ¡Ay, don Casto, don Casto! — exclamó Judex en el colmo de la emoción.

— ¿Otra plancha? — dijo el director de la *Agencia Celeritas*.

— Más que plancha... Una falta terri-

ble, que puede tener para nosotros las más desagradables consecuencias.

— ¡Y yo que, al contrario, creía haberle prestado a usted un grandísimo servicio!

— Pero, desgraciado, si tal vez sea usted la causa de que caiga en manos de la *Caza* un terrible secreto de familia!

— ¿Cómo así?

— No tengo tiempo de explicárselo; además, no me comprendería usted...

Y llamando a un timbre eléctrico, añadió:

— ¡Buena la ha hecho usted!

— ¿Cómo! — exclamó el pobre don Casto, asustado al vez que por primera vez le hablaba enfurecido su amigo.

— Apostaría que ha caído usted una vez más en un lazo tendido por nuestros enemigos y que usted mismo ha revelado el retiro de Favraux a esa vidente, que estará a sueldo de la *Caza de los Secretos*, y a cuya casa le habrán atraído a usted esos bandidos.

— Yo no he dicho nada...

— ¡Calle usted, hombre, calle usted. ¿De dónde iba a sacar las señas de Favraux esa mujer?

— Como tiene el don de doble vista...

— ¿Pero usted cree esas tonterías?

— ¡Naturalmente!

— Pues ya no!... Vamos, don Casto, confiese usted que se ha dejado embocar de la peor manera...

Un criado apareció en la puerta.

— Díga usted a Bautista — ordenó Judex — que dentro de cinco minutos nos vamos en el automóvil de carrera.

Y al retirarse el ayuda de cámara, preguntó tímidamente don Casto a Jaime:

— ¿Me lleva usted consigo?

— ¡No! ¡Qué!... Haga usted lo que quiera... Bude en la hierba a la luz de la luna... Vístase de bailarina antigua... o consulte a todas las videntes de la capital... Pero le prohibo, don Casto, hasta nueva orden, le prohibo terminantemente que se oculte de la *Caza de los Secretos*.

— ¡Le prometo obedecerle! — repuso don Casto sumamente contrariado y comprendiendo toda la extensión de su imprudencia, y quedándose pensativo, haciendo acto de contrición.

El conde de Tremense se llegó a un cuartito contiguo a su despacho, acercóse a una paila que tenía allí con dos palomas mensajeras y abrió la puerta. Las palomas titubearon un instante y luego emprendieron el vuelo por la ventana abierta, y después de describir por encima del parque una serie de círculos, encamináronse por la selva de Fontai-

neblina, largieron luego a la derecha, apresurando el vuelo hasta llegar a Correz-le-Docage, en donde se desviaron para ir directamente al pueblo de Santa Magdalena de Gulinis. Allí empezaron a cercarse sobre un jardín de elevadas tapias, rodeado de corpulentos árboles, en el cual, sentadas en un banco, había dos ancianas que saboreaban silenciosamente la quietud de aquella tarde estival.

Aquellos dos hombres eran el banquero Favraux, el financiero acomodado y sediento de oro, el poderoso millonario a quien Judex había echado por tierra, levantándole luego, al verle arrepentido y dispuesto a expiar sus crímenes: el otro, Kerjean, el ex presidente, arrastrado al crimen por el tratable banquero, y que por la firme voluntad de Judex se había convertido en guardia protector de su antiguo verdugo.

Lo admirable en aquellos dos seres a quienes debía haber separado para siempre un odio invencible es que ambos habían abdicado su rencor; y si Favraux quiso ver en Kerjean el reproche vivo de sus pasados crímenes, al Kerjean quiso recordar en Favraux al que había destruido su felicidad.

No sólo vivían en paz, sino que además se tenían mutua confianza.

Y esto era debido a la profunda resignación de Favraux y a la sumisión de Kerjean a las órdenes de Judex.

Favraux salió de la meditación en que estaba embobado, y contemplando los flameantes resplandores del sol poniente, dijo a Kerjean:

— ¡Mire usted qué soberbio espectáculo!... No hay nada más hermosa que la naturaleza...

Levantóse Kerjean, pero, en vez de contestar al banquero, le impuso silencio. Favraux calló.

En aquel momento las dos palomas mensajeras posáronse lentamente sobre la mesa junto a la cual estaban sentados los dos hombres.

— ¡La señal! — dijo Kerjean. — Cero que debemos marcharnos inmediatamente.

— ¡Dios mío! — exclamó el padre de Blanca.

— No tema usted nada... Lo esencial era que nos avisaran a tiempo, y ya lo han hecho... Las instrucciones del conde de Tremouze son muy claras... En cuanto lleguen las palomas, debemos dejar esta casa y partir al momento para el lugar que se nos indicó... No nos queda más remedio que salir ahora mismo.

— ¡Vámonos, pues! — repuso Favraux, al tiempo que dirigía una mirada melán-

cólica a aquel jardín, donde pensaba aguardar el fin de su vida entre el arrepentimiento reparador y el olvido eterno. — ¡Más hubiera valido que me hubiesen dejado enterrado en el cementerio de Sablons!... Así no causaría hoy a los que amo el atroz tormento de pensar que una vez indiscreta puede alzarse anunciando a todos que estoy vivo... Pero aun estoy a tiempo, y puedo...

Kerjean replicó con acento de formidable autoridad:

— ¡Le prohibo que atienda contra sus días; se lo prohibo!... Yo soy responsable de su vida para con el señor de Tremouze... Y en su nombre le prohibo que disponga de ella. El conde ha querido que viva usted, y vivirá... Y yo, que he padecido mucho más que usted, puesto que no tengo hijos a quienes querer y puesto que, salvo mi deber, nada me une al mundo, le pongo que si quiero usted malarse tendrá que empezar por matarme a mí... No le digo más, señor Favraux...

— ¡Kerjean! — exclamó el banquero estrechando la mano del ex molinero de Sablons. — Acaba usted de llamarme a la realidad.

Y aquellos dos hombres, a quienes una cadena inlagible amarraba uno a otro, penetraron en la casa.

En tanto que Favraux preparaba la maleta en su cuarto, Kerjean entró en una habitación que servía de despacho, se instaló en una mesa americana de escritorio, cogió varios pliegos de papel en blanco, los dobló en cuatro y los encerró en un sobre, en el cual escribió:

#### ASUNTO FAVRAUX

Lacré el sobre, aprisionando entre el papel y el lazo un hilo encarnado, cuyo extremo ató a la anilla del cajón del centro del mueble. Dejó el sobre en sitio bien visible contra el cajón, y, sin cerrar la mesa, fué a reunirse con Favraux, que ya había terminado sus preparativos.

Al poco rato salían ambos de la quinta, sin siquiera tomarse el trabajo de cerrar las puertas con llave, y por un atajo se fueron a una posada que estaba en despojado. Kerjean, que indudablemente obedecía a órdenes de Judex, tuvo un breve y misterioso coloquio con el posadero.

Después de una ligera cena, Kerjean y el banquero montaron en un carricoche y salieron con destino desconocido en la obscuridad de aquella silenciosa noche de verano.

Súbitamente desvióse el caballo que guiaba Kerjean, deslumbrado por la luz de dos faros de automóvil que acababa de proyectarse en el camino.

Segundos después pasó vertiginosamente junto al carruaje un automóvil cerrado.

Siguiósele.

Era un lujoso carruaje que entró en el pueblo de Santa Magdalena y paró en la *Hala de Oro*, única fonda capaz de dar cómodo alojamiento a los forasteros.

Apeóse del automóvil una mujer de sobria elegancia, ante la cual se presentó inmediatamente la dueña de la fonda.

### III

#### DIEZ MINUTOS DE TERROR

— Quiera cenar — dijo autoritariamente la baronesa.

— ¿Piensa usted pernoctar aquí? — le preguntó el fondista.

— No... ¿Hay garaje en la fonda?

— Sí, señora — repuso la huésped, y mostrando la entrada de una puerta cochera abierta de par en par, añadió:

— Ahí está.

En tanto que el chófer se encaminaba a la rudimentaria cochera que servía de ubrigo a los autos de paso, la señora de Pingaud, que así se llamaba la fondista, introducida en su casa a la baronesa de Apremont, al parecer de un humor detestable.

— ¿Cenará también su chófer, señora? — preguntó tímidamente la Pingaud.

— No tengo la costumbre de matar de hambre a mis criados — replicó la de Apremont. — ¿Dónde está el comedor?

— Aquí, señora.

Y la fondista abrió una puerta que daba a una sala ocupada casi toda por una mesa grande, en torno de la cual se habían sentado ya dos viajeros de comercio, un tratante en ganado y una solterona de edad indefinida.

La baronesa retrocedió un paso y preguntó:

— ¿No podría cenar sola?

— Si quiere usted... Sírvase venir a la sala y mandará que le pongan allí la mesa... Así estará usted sola...

Diez minutos después empezaba a cenar la baronesa, aunque no comió gran cosa, pues le preocupaba sobre-

manera la delicada misión que le había confiado Remigio el Tuerto y que consistía no sólo en descubrir la morada de Favraux y comprobar su identidad, sino, además, en llevar al jefe de la *Casa de los Secretos* elementos para entrar inmediatamente en acción.

Mientras tomaba el café la baronesa, llamaron a la puerta.

— ¡Adelante! — respondió la aventurera.

Era Emilio, su chófer, que al momento le dijo:

— ¡Ya está!

— ¿La has descubierta?

— Sí... Viven a unos doscientos metros de aquí, en una casita de campo muy linda, llamada la *Cabaña*... He sonacado a los vecinos lo que necesitaba saber, y, según me han dicho, los dos viejos se han marchado esta noche...

— ¿Estás segura?

— Muy segura. Por más que se escondían al marcharse, los han visto.

— ¡Lo siento! — En fin, lo principal es saber su domicilio... De lo demás me encargo yo.

Levantóse la baronesa y se encaminó a la puerta.

— ¿Qué hace yo ahora? — le preguntó el chófer.

— Ahora, cena.

— ¿Es buena la comida, al menos?

— Ni siquiera la he probado — replicó la baronesa. — Voy a dar una vuelta por casa de Favraux... Quizá descubra allí algo interesante... Espérame aquí, que no tardaré en volver.

— ¡Buena suerte, señora baronesa!

La de Apremont salió de la sala y, al pasar por el despacho de la fonda, dijo a la Pingaud:

— Le recomiendo a mi chófer... Trátele usted bien... Yo voy a dar una vuelta y regresaré en seguida.

Y se fué al otro extremo del pueblo, donde fácilmente reconoció la casita que le había descrito el chófer.

La aventurera inspeccionó prudentemente los alrededores. Estaban desiertos, y no se veía ninguna luz por allí cerca; así, pues, podría operar con toda tranquilidad.

Renunciando a entrar en la casa por la puerta principal, dió la vuelta a la tapia que la cerraba, y pronto se halló ante la puertecita por donde dos horas antes habían salido los dos ancianos.

¿Cuál no sería su sorpresa y su asombro al ver que la llave estaba puesta en la cerradura! Por la vista, el banguero y su compañero se la dejarían olvidada en su precipitada huida.

Sin la menor vacilación empujó la puerta y entró en el jardín y luego en la casa, observando que tanto dentro como fuera reinaba completo silencio y la más absoluta oscuridad.

La casa parecía abandonada y con todas las puertas abiertas.

— Se han ido como locos — pensó la baronesa. — ¿Pero quién les habrá prevenido?... ¿Me habrá tomado el pelo don Casto?... No puede ser, ya que él mismo me ha dado las señas de Pavraux... ¿Judex, acaso?... ¿Cómo se habrá enterado de que yo sabía la dirección de su suegro?... En fin, no es hora de reflexionar... Estoy en la plaza... y es preciso obrar.

Sacó del bolsillo una pequeña lámpara y vió un conmutador junto a la puerta y le hizo funcionar. Al punto se encendió un farol chino suspendido del techo.

La baronesa abrió una puerta que daba al vestíbulo y se encontró en un despacho amueblado sencilla y cómodamente. Al momento le llamó la atención la mesa de escritorio sobre la cual había dejado Kerjean un sobre grande con estas palabras:

*Auntie Pavraux*

— Sí... efectivamente — dijo la aventurera. — Han debido de sorprenderlos y no han pensado más que en huir... Y en su precipitación, me han entregado el secreto que yo venía a buscar... A no ser que sea un lazo y que este sobre contenga alguna desagradable sorpresa al que intente abrirlo... Sin embargo, me lo llevo... Remigio, que es buen químico, se cuidará de abrirlo...

Y la baronesa se apoderó del sobre con grandes precauciones.

Pero no hizo lo hubo atraído a sí, profirió un grito atroz.

Una mano de esqueleto acababa de surgir de las profundidades del mueble al extremo de un brazo metálico, y agarró con sus falanges, recorridas por una corriente eléctrica, la muñeca de la baronesa, que, sin saberlo y a pesar de toda su prudencia, acababa de hacer funcionar el lazo maquinado por Kerjean.

En vano intentó desasirse... En pocos segundos, vencida por el dolor y el espanto, perdió el conocimiento bajo la horrible presión de la mano muerta.

Cuando volvió en sí, la aventurera se hallaba en su automóvil lanzado a toda velocidad.

Junto a ella, Judex la amenazaba con

una pistola automática y le decía fríamente:

— Baronesa, si intenta usted el menor movimiento o si profiere un grito la mato.

La miserable se desmayó otra vez.

Entretanto, Emilio, el chófer de la de Apremont, sin sospechar el drama tan rápido como inesperado que acababa de desarrollarse en casa del banquero, honraba extraordinariamente la cocina de la *Bola de Oro*, y como su ama, o, mejor dicho, su socia, se hacía esperar, el hundido, sin preocuparse por ello, pidió una botella de coñac y una caja de cigarros.

#### IV

##### LOS PLANOS DEL PROPULSOR

En uno de esos cafés sospechosos que suelen verse en algunos barrios retirados de París, Remigio el Tuerlo, vestido con el disfraz que ya le conocemos, estaba sentado con la Ojazos, a la cual leía en voz baja el siguiente anuncio de un periódico:

**JORIS VANPEPERSTRAET**

240, boulevard de Sebastopol, 240

*Campo al contado y pago a buen precio todo invento relacionando con la guerra, la marina, la aviación, etc.*

Al punto dejó el periódico sobre la mesa y dijo a la Ojazos, que le escuchaba con respetuosa atención:

— Vas a llevar a ese Vanpeperstraet los planos del propulsor de Milton... Pídele por ellos cien mil francos, pero se los puedes dejar en cincuenta mil... Cuento contigo para el buen resultado de este negocio.

— Pierda usted cuidado, que todo saldrá bien.

Y Remigio dio a la Ojazos un sobre, que ella se apresuró a guardar en una carpeta, y le dijo:

— Córre... No te detengas... Vete luego al domicilio número cuatro, adonde voy ahora a esperar noticias de la baronesa... Me sorprende mucho que desde ayer no haya dado señales de vida, y ampezo

a tener algún contratiempo por ese lado... En fin, procura salir bien tú, que desde que se ha atravesado en nuestro camino ese maldito Judex no acierta una la *Cruz de los Secretos*.

— Haré lo que pueda, jefe.

— Adiós, y hasta pronto!

— Hasta la noche.

La Ojazos se trasladó en el metropolitán al centro de la capital. Iba muy preocupada, y de pronto sus ojos se tornaron tristes, dolorosos, prontos a llenarse de lágrimas.

Y es que acudía a su mente la visión de Juanito, de aquel niño tan adorable.

Y la joven pensaba:

— ¿A qué acordarme siempre de ese angelito, si no he de volver a verlo nunca?

Dejó escapar un suspiro, y añadió estas palabras, que demuestran que el corazón de la Ojazos no estaba tan sangrante como los de sus cómplices y que tal vez quedase en el fondo de su alma algo de los buenos sentimientos que el genio maligno había ahogado en ella:

— ¡Estaba tan linda!... Siempre le estaré viendo con las manitas juntas rezando su oración...

¿Llegaría a ver para ella el ángel de la selva, el ángel del remordimiento y de la redención?

.....  
Serían las tres de la tarde cuando la Ojazos, vestida de negra y tapada con un velo de luto, se presentó en las oficinas de Joris Vanpeperstraet, instaladas en un primer piso del boulevard de Sebastopol.

Allí se hizo anunciar con el nombre de Maria Roger, dando por pretexto a su visita la venta de planos de un propulsor automático para la marina.

El mozo la introdujo en una salita de espera, y fué a anunciarla a su amo, quien, con visible satisfacción, dijo inmediatamente:

— Que pase esa señorita.

Momentos después entraba en el despacho la Ojazos.

Su aspecto impregnado de dignidad y su fisonomía melancólica produjeron excelente efecto en el señor Vanpeperstraet, que se levantó muy cortésmente y le ofreció una silla.

Era Vanpeperstraet un hombre alto, de barba grisácea, con gafas de concha que velaban el brillo natural de sus ojos, y estaba vestido con cierta austeridad.

— Ven, señorita — dijo a la Ojazos, — que viene usted a ofrecerme unos planos.

— Sí, señor... Mi padre, fallecido recientemente, había inventado un pro-

pulsor... He leído en un periódico que usted compra al contado los inventos que puedan convenirle.

— En efecto, señorita... Hace tres días que me he instalado aquí, y usted es la primera persona a quien tengo el honor de recibir... Tenga la bondad de enseñarme los planos.

— Aquí los tiene usted — repuso la Ojazos, sacándolos de la carpeta.

— ¿Puedo verlos?

— ¡Naturalmente!

Abrió Joris Vanpeperstraet el sobre, sin darse prisa, como hombre que en todo pone orden y método, y después de examinar rápidamente los documentos que contenía, repuso:

— ¿Dice usted que este propulsor lo inventó su señor padre?

— Sí, señor — contestó la Ojazos con imperturbable calma.

— ¿Está usted segura?

— Segurísima.

Friamente replicó el futuro comprador, sin dejar su perfecta cortesía:

— ¡Pues bien, señorita!... Está usted equivocada...

— Le garantizo que...

— Y yo le aseguro que nada tiene que ver su señor padre con este invento... Estos planos son robados.

— ¿Robados?

— Sí, señora; los robaron el diez de julio pasado, del castillo de Arbois.

— ¡Protesto!

— De casa de James Milton...

Y Joris Vanpeperstraet se quitó la barba postiza y la peluca que le designaban y exclamó:

— ¡La prueba es que yo soy James Milton!

No bien hubo pronunciado esas palabras, la Ojazos, que llevaba ya un rato elfateando que había dado un mal paso y había tenido tiempo de preparar su defensa, sacó de la carpeta un cucuracho de pimienta que había tomado la precaución de llevar por si salía mal la cosa, y cegó con ella a Milton antes de que éste pudiera evitar el peligroso ataque.

Mientras el americano profería gritos de dolor, la Ojazos, que poseía un notable espíritu de decisión, cogió los planos del propulsor y corrió precipitadamente hacia la puerta.

Pero ésta se abrió antes de que ella llegara.

Y esta vez la atrevida camorrista retrocedió con un grito de rabia y de espanto.

Judex, tranquilo, pero implacable, se le acercaba, diciendo:

— ¡Ahora nos veremos... señorita.

En tanto que otros socorrian al americano, Judex cogió por un brazo a la cómplice de Remigio el Tuerto y le dijo con voz imperiosa:

— Ahora va usted a decirme cómo han llegado a sus manos esos papeles.

La Ojazos bajó la cabeza y se negó a responder.

— ¿No quiere usted? — añadió Jaime de Tremouse. — ¡Bueno!... Por ahora no insisto... Pero va usted a venir conmigo, y creo que no tardará mucho en mostrarse más locuaz.

La Ojazos alzó la cabeza, y su mira-

da se encontró con la de Judex, y otra vez volvió a bajarla, cual si se considerase desarmada, vencida por aquel hombre cuyo misterioso poder la rodeaba.

— Si — repuso Judex, sacando del bolsillo un revólver, — vendrá usted conmigo, porque es preciso que por usted sepa ya la verdad acerca de los que la mandan.

Y al ver que la Cazadora le seguía dócilmente, balbuceó, con una sonrisa de triunfo:

— ¡Esto hablará! ¡Estoy seguro de que hablará!

## OCTAVO EPISODIO

# LAS CAUTIVAS

1

### EL «CONFITEIRO» DE DON CASTO

Con cara muy triste, hallábase don Casto en la terraza de una fonda situada entre Montes y Bonnières, ante un vaso de cerveza, y parecía absorto en amargas reflexiones.

Sacó luego una carta que llevaba en el bolsillo; la desdobló con muestras de profundo respeto y leyó lo siguiente, escrito con letra grande y clara:

*Querido don Casto: Necesito verle. Ex-péreme mañana, martes, a la una de la tarde, en la fonda de los Tres Soldados, al pie de la costa de Rochefort...*

*Es indispensable que sepa usted las consecuencias que han tenido para mí y para otras las indiscreciones que cometió usted en su visita a la bella Fatima.*

*Cuando me verle a la hora y en el sitio indicados.*

*Suyo afectísimo*

JAIMÉ DE TREMEUSE

— ¡Demando de Judex! — refunfuñaba don Casto. — Tiene un modo de escribir que le deja a uno helado.

Y por quinta vez leyó:

*Es indispensable que sepa usted las consecuencias que...*

— ¡Qué consecuencias serán esas? — pensaba el director de la Agencia Celeri-

ta. — ¡Bien hubiera podido decirme!... Desde la última vez que me distraí me parece que va a sucederme una catástrofe... Menos mal que esta mañana he tenido noticias de Daisy y del Sordinilla... Al menos por ese lado estoy tranquilo... En cambio, por el otro... ¿Quién sabe si a estas horas se han apoderado de Favreux los Cazadores de Secretos y se preparan a explotar a la familia de Tremese? El conyocurme aquí Judex me prueba que los acontecimientos van tomando mal cariz... ¡Ay!... ¿Por qué me encontraba en el tren a esa maldita hora?... Ella es quien me ha hecho perder la cabeza... Estoy deseando saber lo que va a decirme Judex...

Pronto iba a quedar satisfecho su deseo.

En efecto, cinco minutos después paraba en la posada un automóvil de carrera, del cual se apeó Judex y se acercó muy serio a don Casto.

— ¡Mala señal! — pensó el polizón, y se levantó y dió unos pasos hacia el señor de Tremese.

— ¡Hola, don Casto! — dijo éste bastante secamente.

— ¡Hola, querido conde!... ¿Quiere usted tomar algo? — añadió don Casto, sin saber cómo empezar la conversación.

— ¡No, gracias! — respondió Judex. — Tengo prisa... Venga usted conmigo.

Don Casto no se le hizo repetir, y subió al automóvil con Jaime, que al momento dijo a Bautista:

¡Al Castillo Rojo!

Don Casto se estremeció. Nunca le había enseñado Judex aquellas ruinas; pero no ignoraba el uso que de ellas hizo Jaime en su primera aventura.

— ¡Con tal que no me encierre en uno de aquellos calabozos! — pensó don Cas-

to. — ¡Ay! Comprendo las angustias que debió de pasar Napoleón cuando le llevaron al destierro; me parece que parto para Santa Elena.

El auto corría con velocidad vertiginosa. De vez en cuando Judex miraba a hurtadillas a su compañero. Pero, imposible, continuaba en silencio.

Al fin, don Casto, sin poderse contener, le preguntó con voz alterada:

— ¿Sigue usted enfadado conmigo, querido conde?

— ¡Ya le verá usted dentro de un rato! — repuso lacónicamente Jaime.

— ¡Estoy condenado! — pensó el policía. — ¡Y que no tengo medio de escapar, pues vamos a más de noventa kilómetros por hora!... ¡Por qué no me habré marchado a América con Daisy?

Al llegar al pie de la colina sobre la cual se alza el Castillo Rojo paróse el carruaje.

— Venga usted! — ordenó Judex a don Casto, que obedeció tristán y lleno de angustia.

Si en aquel momento hubiera visto la sonrisa que el señor de Tremués cambió con el chófer, seguramente se hubiera tranquilizado el bueno de don Casto. Pero no vio nada.

Al llegar al fin de la vereda, columbrando que iba a jugarle la partida decisiva, intentó don Casto una nueva estratagema, fingiendo bromear:

— ¿Me ha traído usted aquí solamente para enseñarme estas viejas ruinas? — preguntó, afanándose por dar a sus palabras una expresión irónica. — Permítame decirle que no soy muy aficionado...

No acabó.

Delicadamente posóle Judex una mano en el hombro y le dijo:

— Don Casto..., ha merecido usted una lección, y voy a dársela.

Y maniobrando un mecanismo invisible, movió Judex una losa y descubrió la entrada de una escalera que daba acceso a los subterráneos del Castillo Rojo.

Don Casto palideció y se estremeció.

— Querido conde... — dijo medio desfallecido.

Desearo de atenuar el intenso espanto que revelaba la expresión de su rostro, repuso Judex, suavizando la voz:

— ¡Hombre! ¿Cree usted acaso que voy a encerrarle en un calabozo de mi fortaleza?... Vámonos, tranquilícese, don Casto, que veo que su pesar es sincero... Bien sé que me es usted muy fiel y adicto, y tiempo ha que le he perdonado sus imprudencias y que estoy seguro de que no volverá usted a cometerlas.

— ¡Se lo juro! — exclamó don Casto. —

Si supiera usted lo que he padecido!... Tenga el pecho dolorido de los golpes que me he dado al rezar el «confiteor»...

Oh! ¡Gracias por su indulgencia y su bondad!... Pero dígame que aun no se ha perdido todo... Dígame que volveremos a la Casa de los Secretos.

Interrumpiendo aquel acceso de lirismo, Judex se limitó a decir:

— ¡Sigamos!

Momentos después, y siempre detrás del conde, penetraba el policía en el laboratorio que Jaime tenía en los sótanos del Castillo Rojo y en donde, junto a aparatos telefónicos de las más variadas formas, se veían raras aparatos de física y de química, que don Casto contemplaba estupefacto.

— Amigo mío — le dijo benévolutamente Judex, — como le acabo de manifestar, no tengo ninguna intención de secuestrarle; es más, sus indiscreciones no han traído las consecuencias enfadadas que yo temía, pues pude avisar a tiempo a Favreux para que huyera de su retiro... Sin embargo, es preciso que permanezca usted aquí el tiempo que necesito para acabar con la Casa de los Secretos, o sea unas cuarenta y ocho horas... Comprenda usted que no le retengo por fuerza, y que queda usted en libertad de negarse a esta breve estancia en los subterráneos del Castillo Rojo, en donde tendrá usted un cuarto excelente, una mesa bien surtida y hasta una biblioteca bien provista de libros interesantes... Pero permítame decirle que creo indispensable para su seguridad este encierro voluntario, que le librará de las tentativas que no dejarían de hacer contra usted los individuos a quienes perseguimos.

— ¡Acepto! — respondió energicamente don Casto. — Lo único que siento es no estar junto a usted en la hora de la batalla suprema, y, sobre todo, no tomar parte en el castigo de la execrable baronesa de Apremont.

— ¿Tanta la aborrece usted?

— Sí, y a la otra también.

— ¿A qué otra?

— ¡A la crida..., a la jovencueta de ojos de infierno...! ¡Ah!... ¡Si las tuviera en mis manos!...

— Venga a ver una cosa — dijo Judex llevándose a don Casto al espejo móvil instalado en una de las paredes del laboratorio. — ¡Mire usted por ahí! — añadió, haciendo girar el espejo sobre un vástago de engranaje de un mecanismo muy ingenioso que permitía dirigirlo en todos sentidos.

Don Casto exclamó:

— ¡Ella!

En efecto, gracias al sistema de óptica inventada por Judex, acababa de vez, reflejada en el espejo, la imagen de la baronesa de Apremont, postrada en un banco, en una verdadera celda.

— ¡Miserable! — exclamó el policía. — Si pudiera hacerle pagar!... En fin, ya la tiene usted, que es lo esencial.

Y mirando el puño a la baronesa de Apremont, que, por lo demás, no le veía, dijo entre dientes:

— ¡Te odio!

Más de pronto desapareció de su vista la aventurera... Judex movió el espejo, que, minutos después, reflejaba la imagen de la Ojaza. Esta, sentada en una celda análoga a la de la baronesa de Apremont, parecía sumida en tristes pensamientos.

Poco después desapareció toda, en tanto que don Casto, cada vez más maravillado, exclamaba:

— ¡Esto es prodigioso!... Supongo, querido conde, que no vacilará usted un momento para entregar esas miserables a la policía...

— Usted se olvida de que por haber querido antes tomarme la justicia por mi mano me puse al margen de la ley, y, por consiguiente, me es imposible invocarla para defenderme.

— ¡Es verdad!

— Y añadiré que como mis enemigos conocen el secreto de Favrais, no puedo denunciarlos sin exponerme a dar una campanada en perjuicio de las personas a quienes tanto quiero.

— ¡Por mi culpa, por mi grandísima culpa!... — exclamó don Casto, dándose fuertes golpes en el epigastrio.

— Así, pues, para conseguir mis fines me veo obligado a emplear los únicos medios que están a mi alcance, esto es: obrar por mi mismo... Así lo he hecho y así continuaré haciéndolo... En más, creo que no durará mucho la lucha... Por estas dos mujeres que he logrado prender encontraré al siniestro bandido que se halla al frente de la *Caza de los Secretos*... Y de eso voy a cuidarme inmediatamente... Ahora voy a bajar a las celdas de mis dos cautivas... Por este espejo, cuyo mecanismo es sencillísimo, puede usted seguir, si quiere, las peripecias de mi doble entrevista. Si, como supongo, obtengo de una u otra los datos que han de guiarme hasta el bandido a quien quiero desenmascarar a todo trance, no tendrá usted que volver a entonar el *eyo peradors*, al contrario, será usted digno de todo elogio, puesto que gracias a su malhadada visita a la vidente, que me obligó a volar en auxilio de Favrais,

he podido echar el guante a la baronesa de Apremont.

Don Casto, admirado y agradecido, repuso:

— Querido conde, permítame que le diga una cosa.

— ¡Hable usted!

— Sobrepaja usted a Napoleón.

— Entretanto — replicó riéndose Judex, — voy a enseñarle a manejar el espejo.

Y dejando luego a don Casto con el ojo aplicado contra el cristal que reflejaba a la baronesa, salió del laboratorio Judex.

Momentos después entró en el calabozo de la de Apremont.

## 11

## LA OJAZA

— ¿Qué? ¿Está usted decidida a hablar? — dijo el señor de Tremereux.

La baronesa, que al ver a Judex no había hecho ningún movimiento, se limitó a encogerse desdenosamente de hombros.

El conde prorrumpió:

— Veo que sigue usted lo mismo, a pesar de haberle dejado tiempo para reflexionar... La creía lo suficientemente lista para comprender que su resistencia no puede hacer más que prolongar inútilmente su cautiverio, mientras que una sola palabra suya bastaría para terminarlo.

— No sé lo que quiere usted decir.

— Me explicaré y seré breve... Mi proposición se encierra en esta sola frase: déme usted un medio de apoderarme del jefe de su cuadrilla, y al momento queda usted en libertad.

— ¡Nunca! — replicó la de Apremont con inquebrantable energía.

— ¿Teme usted quizá que no cumplo yo mi palabra?... Sin embargo, debe usted de conocerme... Así, pues, repito mi oferta...

— ¡Es inútil!

— Entonces, permanecerá usted aquí. Y lanzando un rugido de fiera lastimada, levantóse la de Apremont y tendiendo a Judex los crispados puños, exclamó:

— ¡Pero quién es usted para hacerme dueño de mí?

— ¿Y quién es usted para obstinarse así en su infamia y asociarse a un ban-

dido, un monstruo, que la ha convertido en algo peor que su esclava, en jugueta suya, y para sacrificarla deliberadamente una libertad que, si yo quiero, no volverá usted a tener nunca?

— ¿Que quién soy? — exclamó la aventurera. — ¡Pues voy a decirselo!

Allanera, insolente y cínica, prosiguió la baronesa:

— Soy una mujer que, después de saborear todos los delicias del mundo, se vió arrojada injustamente de su casa por un marido casoso, y reducida, de la noche a la mañana, a la más afosa miseria... Yo era demasiado oculta para buscar un amante... La idea de vender mi cuerpo repugnábame hasta el extremo de que antes preferiría la muerte. He preferido vender mi alma, mi inteligencia y mis odios al hombre que los había comprendido, al jefe de la *Cruz de los Secretos*... ¡Es extraño, absurdo, loco, inverosímil; pero es verdad!... Yo no soy una criatura vulgar, una mujer ordinaria... Si contase a usted mi vida, no me creería, pues hay en ella muchas páginas inauditas, inverosímiles, y aun no tengo treinta años... Decirle cómo he llegado a asociarme con el que usted persigue sería entregarle, y eso no lo haré nunca. ¡Bástale a usted saber que me unen a él lazos indisolubles, y que nunca le haré traición!

— ¿Le ama usted?

— No; tiempo ha que desapareció de mí el amor. Pero le tengo un agradecimiento ilimitado, porque él me inició a una vida que ha sido para mí una serie de sensaciones formidables; me ha hecho pasar ratos inolvidables con el vértigo que da el peligro y con la embriaguez que la venganza proporciona... Por eso, porque le conozco y sé de todo lo que es capaz, confío en su victoria y le desafío a usted desde el fondo de este calabozo... No estaré mucho tiempo en esta cárcel, a menos que usted me mate! El jefe de la *Cruz de los Secretos* no tardará en arrancarme de aquí y en tomarse sobre usted y los suyos un desquite terrible y asombroso.

— ¡Lo veremos! — repuso Judex, y salió de la celda de la baronesa y pasó a la de la Ojazos.

Al verle entrar, la joven alzó lentamente la cabeza y dejó ver en sus ojos una expresión de dolor, de dolor intenso, que aun no se decidía a pedir gracia.

Judex comprendió inmediatamente todo el partido que podía sacar de aquella mujer, tan distinta del monstruo humano, de la criminal sádica que acababa de dejar.

Y pensaba que, apelando a los restos

de buenos sentimientos que pudieran quedar en ella, tal vez consiguiese llegar al camino de su corazón.

Con voz grave, de armoniosas entonaciones, le dijo Judex:

— Párese usted muy desgraciada...

— ¡Sí — respondió cordamente la Ojazos, — y lo soy.

— ¿Padece usted?

— ¡Sí, padezco.

Subitamente, la Ojazos, que era un ser extraño, fantástico, medio salvaje, cobró alientos y preguntó con asperza:

— ¿Por qué me lo pregunta?

— Porque me interesa por usted.

— ¿Por mí? — dijo la joven encogiéndose de hombros.

— No es usted una mujer vulgar... No sólo he podido observar que está usted dotada de una inteligencia poco común, sino que además tengo la convicción de que no nació usted para el oficio que le obligan a ejercer.

— ¡Podría ser! — repuso la Ojazos, muy impresionada por el lenguaje de su enemigo, el cual siguió diciendo, con el mismo acento de crueldad y de bondad:

— Míreme...

La joven bajó la frente.

— ¡Sí, míreme — repitió Judex, — necesita leer completamente en usted... Por más profundas y enigmáticas que sean sus ojos, espero llegar por ellos a su alma, que me hace falta conocer para juzgarla mejor, y tal vez para curarla, si usted lo quiere.

A medida que hablaba Judex, alzaba poco a poco la cabeza la Ojazos y le dirigía una mirada más tranquila y menos feroz.

— ¡Pobre niña! — exclamó Jaime de Tremouze. — ¡Ahora veo claramente su fondo... ¡Ay! Estoy seguro de que se ha vuelto usted mala por no haber sido nunca feliz.

— ¡Es verdad! — repuso la cómplice de Remigio el Tuerto.

Y con lágrimas en los ojos, presa de una súbita necesidad de confesarle todo a aquel hombre que poco antes le parecía terrible y al que en aquel momento consideraba como un mensajero de misericordia, añadió:

— Soy un pobre ser lanzado en la vida al acaso... Nunca he tenido padres ni familia... Mis primeros recuerdos son dolor, sólo dolor. Me crió una extraña, sin una palabra de cariño, sin ningún movimiento de ternura... Decía que me había encontrado en la calle... Quizá fuera verdad... No me enseñó más que el mal... Aun no tenía yo cinco años y ya me enseñaba a robar... ¡Lindo aprendi-

vajel... La miserable era asluta y había  
 dar atractivo a sus lecciones... Y era  
 menester obedecerla... Cuantos golpes  
 he recibido... Me aterrizzaba... Y eso  
 duró años, hasta el día en que Remigio  
 el Tuerto vino a proponerme que draba-  
 jase para él... Acepté, pues ya estaba  
 harta de la tutela de aquella miserable...  
 Seguí a ese hombre... que es un maestro  
 extraordinario... Nadie se le resiste, pues  
 fascina, y todos le obedecemos como es-  
 clavos... Nunca amenaza, nunca grita.  
 Ese individuo, de tan horroroso aspecto,  
 tiene una voz infinitamente dulce... Na-  
 die como él sabe dar seductores apariencias  
 a las órdenes más espantosas, a las con-  
 versaciones más cínicas. En realidad, hay  
 en él dos hombres con una misma máscara...  
 Una, Remigio el Tuerto, es decir, el  
 hundido de bajo estofa que emplea un  
 lenguaje digno de los que ruedan por las  
 fortificaciones; el otro, el caballero impe-  
 cunible cuyo esengido lenguaje revela una  
 instrucción vasta y una educación per-  
 fecta... ¿Quién es?... ¿De dónde viene?  
 No lo sé. Nunca le he visto bien la cara...  
 Sólo conozco su voz y su apodo... Es más,  
 ninguno de cuantos le sirven ha podido  
 descubrir el misterio que le rodea, ni aun  
 la burocrata de Apremont... Los pocos  
 atrevidos que lo intentaron, por curiosi-  
 dad o por interés, no tuvieron siquiera  
 tiempo de arrepentirse de haberlo hecho...  
 Cayeron inmediatamente, fulminados por  
 un rayo invisible... ¡Ah señor! Ese hom-  
 bre es de un poder inaudito, formidable...  
 Por valiente y resuelto que usted sea,  
 me temo que no llegue a vencerlo... Re-  
 migio el Tuerto le matará, como ha ma-  
 tado a tantos otros... ¡No es un hombre;  
 es un demonio!

— ¿Y si le dijese que sólo de usted  
 depende el que apasle yo definitivamente  
 al que también ha sido para usted el  
 genio del mal?

La Ojazos movió negativamente la  
 cabeza.

Comprendiendo que aun no estaba lo  
 bastante libre de la influencia que en  
 ella ejercía el jefe de la Coca, añadió  
 Judex:

— Todo cuanto me ha dicho usted me  
 confirma en mi opinión de que más que  
 culpable es usted desgraciada... La ruda  
 prueba a que ha estado sometida en su  
 niñez, el trato con gente perversa y las  
 influencias funestas no han ahogado del  
 todo sus buenos instintos naturales... Con  
 un hombre honrado, hubiera sido usted  
 para el bien, lo que Remigio el Tuerto ha  
 hecho que sea para el mal... ¿Quiere  
 usted que sea yo ese hombre honrado?  
 ¿Quiere que la vuelva a la vida normal

y que borre toda ese pasado que la llena  
 hundida en un lodazal de donde aun  
 puede usted salir? ¿Quiere conocer las  
 delicias de una vida tranquila y pura?...  
 ¿Quiere, en fin, que, llevándola yo a  
 una atmósfera exenta de todo miasma  
 delictivo, la inicie a una felicidad que  
 tal vez haya usted deseado inconscien-  
 temente?

La joven descarrada, vencida por la  
 persuasiva palabra de Judex y por su  
 bondadosa mirada, exclamó transforma-  
 da como por encanto:

— ¡Sí, sí... ¡Bien quisiera!... Sí, por-  
 que acaba usted de abrirme los ojos a  
 la luz... Ya estoy harta de esta vida...  
 de esta vergüenza... ¡Sálvame, señor,  
 sálvame!

— Con gusto lo haré; pero, aunque no  
 dudo de su arrepentimiento, es preciso  
 que me dé usted una prueba palpable  
 e inmediata.

— Usted dirá... Le obedeceré para el  
 bien, como obedecí al Tuerto para el mal.

— Precisamente quiero que me con-  
 duzca usted hasta Remigio el Tuerto.

— ¡Pues bien! — repuso la joven,  
 accediendo. — Le encontrará usted esta  
 noche en Auteuil, en la calle del doctor  
 Pelet, número 21... Allí nos espera a las  
 diez a la baronesa y a mí.

— ¿Me acompañará usted?

— Le acompañaré.

— Desde ahora, hija mía, puede usted  
 considerarse como rescatada y perdonada...  
 Quédese aquí un ratito y confíe en  
 mí... ¡Hasta luego!

— ¡Hasta luego. — repitió la joven,  
 cuyo rostro, inundado de lágrimas, se  
 abrió a la esperanza.

Judex se fué al laboratorio y allí vió  
 a don Casta que también tenía llorosas  
 los ojos.

— Nada he oído — le dijo el poli-  
 cis, — pero lo he visto todo y estoy en-  
 terancido... No ha tardado usted mucho  
 en convencerla...

— Es que en tiene todavía alma.

Y dicho esto, acercóse Judex al telé-  
 fono y pidió comunicación con el castillo  
 de Joyeuse, y momentos después dijo  
 por el aparato:

— ¿Eres tú, Bagetio?... Sí, todo va  
 bien, admirablemente... Esta noche, a  
 las diez en punto, estate en Auteuil, en  
 la esquina de la calle del doctor Pelet y  
 la avenida de Billancourt... Ya sé las  
 señas del Tuerto... ¡Hasta la noche!

— Ahora — dijo el señor de Tremee-  
 se — creo que se acerca el fin y que la  
 Casa de los Secretos no tardará en pagar  
 sus maldades... Entretanto, voy a ter-  
 minar la conversión de la Ojazos.

## III

## LA DANTA ANTE EL ESPEJO

A las seis de la tarde, Judex, acompañado de la Ojaxon, que se había puesto traje de hombre, salió del Castillo Rojo, después de confiar a don Casto la custodia de sus dos prisioneros, es decir, la baronesa y Leuchard.

Judex estaba muy tranquilo. Sabía que podía contar con don Casto por dos motivos: en primer lugar, porque ésta, deseosa de rescatar sus torpezas, se hallaba en un estado de ánimo tal, que se hubiera dejado hacer pedazos antes que infringir las órdenes de Jaime, y en segundo lugar, porque la aventurera le inspiraba suficiente terror para que procurase no entrar en su jaula ni acercarse a ella.

Y cuando se hubo marchado el propietario del Castillo Rojo, don Casto, después de abrir buena brecha en el cesto de provisiones que Jaime le había dejado, sentóse tranquilamente en el laboratorio y empezó a leer una novela sentimental.

Al cabo de un cuarto de hora, durante el cual había hostelerado varias veces, cerró don Casto el libro, dió unos pasos por el cuarto, parándose de vez en cuando para examinar los aparatos científicos que Judex empleaba en sus experimentos de física y de química, y, por último, acercóse al espejo y comenzó a mirar por él.

En su celda, alumbrada por una lámpara eléctrica, la baronesa de Apremont, medio tendida en el lecho, hallábase absorta en sus reflexiones, que, aunque poco halagüeñas, no parecían haber atenuado nada la ferocidad natural con que había nacido. Sus ojos seguían echando chispas y sus crispados labios dejaban escapar sordas interjecciones de odio y de cólera.

— No estaría tan arrogante — pensaba don Casto — si supiera que yo estoy aquí a él se enterase de que el jefe de la Casa de los Señores está a punto de caer en manos de Judex. Pero ¿cómo comunicárselo?... ¡Ah!... Se me ocurre una idea... Judex me ha prohibido entrar en los calabozos de sus prisioneros... Sabrá la recomendación, porque no ha entrado en mis cálculos afrontar esa fiera rabiosa... Pero de eso a comunicar la verdad a mi enemigo y a deleitarme con mi venganza hay mucha distancia... Creo, pues, que, sin inconveniente alguno, puedo darme ese alagrón tan merecido... ¡Adelante, pues!

Salió del laboratorio y llegó al subterráneo en donde estaban las puertas

de las celdas en que Judex encerraba a sus prisioneros, guardadas por extraordinario lujo de cerrojos de una solidez a toda prueba.

Lentamente, sin hacer el menor ruido, el excelente don Casto se encaminó al calabozo de la baronesa, y con grandes precauciones abrió un ventanillo practicado en medio de la puerta y, con temerario e imponente a la vez, dijo:

— Buenas noches, señora baronesa.

E instantáneamente retrocedió tres pasos. Momentos después apareció entre rejas el rostro de la baronesa.

— ¡Ah! ¿Es usted? — dijo desdeñosamente al reconocer a don Casto, en cuya faz daba de lleno la luz de una potente lámpara eléctrica suspendida de la bóveda.

— ¡Sí, el mismo! — replicó el director de la Agencia Científica. — Soy yo, don Casto, su carcelero...

— ¿Mi carcelero?

— ¡Sí, señora baronesa; y un carcelero que monta buena guardia, se lo aseguro; un carcelero que no la dejará escapar!

La de Apremont, que al ver al policía particular había recobrado una vaga esperanza, reposo, suavizando un poco el matiz de su voz:

— ¿La ha encargado Judex que me vigile?

— Sí, señora baronesa.

— ¿Está bien, Judex? — preguntó irónicamente la cautiva.

— ¡Admirablemente! Y creo que aun estará mejor dentro de un rato... Esta noche va a ocurrir algo gracioso por Autteul.

— ¿Qué quiere usted decir? — preguntó la de Apremont, ligeramente sobresaltada.

— En la calle del doctor Pelet...

— ¿En la calle del doctor Pelet? — repitió la aventurera, presa de invencible angustia.

— En casa de ese infeliz Remigio el Tuerto...

La baronesa exclamó, desesperada:

— ¡Nos ha vendido la Ojaxon!

— Dispénsame, señora baronesa — replicó el policía particular, — la señorita Ojaxon, como usted la llama, no les ha vendido a ustedes, sino que nos ha vendido, lo cual viene a ser lo mismo, con todo y ser cosa distinta... Judex acaba de irse con la Ojaxon, que va a presentarle al Tuerto... Dentro de un par de horas habrán trabado conocimiento esos señores.

— ¡Qué miserable mujer! ¡Qué miserable! — rugió la baronesa, uniéndose los

barrotes del ventano y sacudiéndolos frenéticamente.

—No hay necesidad de tanto ruido —repuso don Casto—. Eso no alterará en nada la marcha de los sucesos. Además, le prevengo, señora baronesa, que gracias a un espejo mágico que me permite ver cuanto pasa en esta celda, no le quitaré la vista de encima...

Y cerrando bruscamente el ventano, volvióse don Casto al laboratorio de Julex, en un estado de legítimo orgullo y de total alegría.

Al oírle alejarse, sonrióse de un modo extraño la aventurera y batióse.

—¡Majaderal...! No sabe el de lo que es capaz la baronesa de Apremont, aun en el fondo de una cárcel que parece infranqueable.

Y en tanto que se acentuaba su sonrisa infernal, encaminóse lentamente al lecho, tendiose en él y pareció absorberse en profunda meditación.

La miserable iba a someter al director de la *Agencia Celeritas* a uno de los más terribles pruebas que había sufrido.

En cuanto volvió al laboratorio el bueno de don Casto, de acuerdo con las órdenes que había recibido y las que él mismo se había impuesto, se fué derecho al espejo, y al ver a la baronesa inmóvil y al parecer resignada pensó:

—¡Menos mal...! ¡Ya la he domado, y estará quieta!

Y muy ufano por su triunfo, empujó a pasearse por el laboratorio, con las manos en las sisas del chaleco, arqueando la espalda y echando ligeramente la cabeza hacia atrás.

Al poco rato volvió a mirar por el espejo, y al punto se le escapó un grito en que había de todo: admiración, estupor, indignación, cólera y miedo.

Con la magnífica cabellera negra suelta por los hombros desahucos y de nariz blanca, las manos tendidas en ademán de súplica, el pecho palpitante de indecible emoción, ardiente la mirada y temblorosas las labias, la baronesa de Apremont, espléndida entre todas las mujeres, fascinadora entre todas las sirenas, parecía no implorar, sino llamar a don Casto, atraerle con una invitación de amorosa piedad.

Don Casto fué heroico.

No se movió.

Y, no obstante, la diabólica baronesa, que nunca estuvo tan bella al provocativa, se acercaba, flexible, ondulosa, íntima.

De sus entreabiertos labios brotaban palabras de éxtasis.

Cual nueva Salomé bailando ante He-

rodes, apolaba a todos los recursos de su seducción para ablandar a su feroz guardián.

Pero don Casto seguía impertérrito.

Pudo más que la tentación. La baronesa había perdido el tiempo.

Cuando, triunfador, anstero, sentóse y cogió de nuevo la novela sentimental que yacía abandonada sobre su mesa, el director de la *Agencia Celeritas* se estrechó a sí mismo la mano, exclamando:

—¡Estoy satisfecho de ti, Casto!

Quiso empezar a leer, pero preocupábale demasiado el asunto que le tenía en el Castillo Rojo para que lograse interesarle la lastimera ficción de un escritor conmovido falsamente.

Pronto dejó el libro y volvió al espejo para ver el decaimiento de sus enemigos.

La baronesa, tendida en la cama, con la cabeza vuelta contra la pared, daba muestras de horrible desesperación.

—¡Le va a dar un ataque de nervios! —dijo para sí el policía—. ¡En fin, peor para ella; bien empleada le está!... Adiós, baronesa; buenas noches... Que descanse usted bien, que yo voy a hacer lo mismo...

Y cada vez más satisfecho, iba a apartarse del espejo don Casto cuando un broco movimiento de la aventurera le retuvo.

La de Apremont acababa de levantarse, mostrando un rostro realmente torturado por indecible angustia.

—¡Áspital! —exclamó el director de la *Agencia Celeritas*, muy impresionado por la trágica economía de la cómplice del Tuerto—. ¡Qué irá a hacer!... ¡Qué cara tan terrible!... ¡Parece una verdadera criminal!... ¡En fin, perdiera estar aquí que abajo, pues me da escalofríos esa mujer!... Parece que quiere asesinar a alguien... Compadezco al que coga en sus manos, sobre todo si tiene en ellas una navaja o un revólver... ¡Qué mujer!... ¡Pero a dónde va?... Supongo que no pensará echar abajo la puerta de su celda... Por más fuerza que tenga no lo conseguirá... ¡Hombre!... Ahora parece que se calma un poco.

En efecto, la baronesa, después de dar unos pasos por el calabozo, acababa de pararse.

Instantáneamente, con extraordinaria movilidad, su rostro mudó por completo de expresión. La ira y la desesperación que le contraían las facciones cedieron el puesto a una expresión de tranquilidad feroz y resignada.

Permaneció un momento inmóvil; después miró al techo y vió la lámpara eléctrica que alumbraba la celda.

De su boca salían palabras que don

Casto no oía ni podía adivinar... Luego, cruzándose de brazos, la aventurera pareció sumirse en tristes y breves meditaciones... Poco después cayó el taburete colocado junto a la cama, lo puso en medio del cuarto, encaramóse en él y saltó la pantalla de cristal que rodeaba la bombilla eléctrica.

— ¿Qué hará? — se preguntaba don Casto, intrigado por aquella operación.

Tranquilamente, la baronesa bajó del taburete y se llegó a una mesita en donde había un jarro de agua y una jofaina.

De un golpe seco rompió la pantalla y miró con elagalar atención el trazo de cristal que le había quedado en la mano.

— ¡Cielos! — dijo el policía. — ¿Querrá acase matarse?... La parece... No sería muy agradable para mí que se degollase con esa arma improvisada... ¡Debo dejarla suicidarse o debo impedir que lo haga?... Para evitarlo, tengo que bajar... y he prometido a Judex no moverme... Pero también le he prometido velar por su cautiva... ¿Baja o no?... ¡Qué responsabilidad! ¡Dios mío!... Bien puede decirse que en cuanto salgo de un drama entro en otro.

Entretanto, la de Apremont, que apelaba a toda su energía, parecía dominar al miedo que tenía poco antes.

Miró otra vez el cristal que no había dejado y que, a la luz de la lámpara, aparecía delgado, afilado como una navaja de afeitar. Llévose luego la mano izquierda a la altura de la garganta, buscando visiblemente la carótida.

— ¡Ya está! — exclamó don Casto. — ¡Va a degollarse!

Lentamente, la baronesa alzaba el brazo derecho hacia el cuello, cuyos vasos se hinchaban bajo la trágica acción de aquel instante terrible.

Al verla, don Casto perdió la cabeza y salió del laboratorio gritando:

— ¡Llegaré a tiempo de detenerla!

Pero cuando entró en la celda, la baronesa yacía en el lecho, con la cabeza hundida entre las mantas.

Timidamente acercóse don Casto a la aventurera, balbuciendo con voz pastosa:

— ¡Baronesa! ¡Baronesa!

No dijo más.

Dando un salto de pantera, la de Apremont, que acababa de representar admirablemente una tragedia, volvióse contra él, se le echó al cuello sin darle tiempo para volver de su sorpresa y gritó:

— ¡Bien sabía yo que al fin os cogería a ti, a tu Judex y a toda vuestra cuadrilla!

Don Casto intentó defenderse, pero ya era tarde, porque la baronesa, aprovechando el primer momento de estorpo

de su adversario, le empujó brutalmente hacia el lecho en que poco antes estaba ella y con fuerza inaudita decuplicada por el ardor de la cólera y el deseo de acabar pronto, administró al infortunado policía una tanda de puñetazos que honraban a un boxeador de profesión.

En un santiamén quedó don Casto con toda la cara señalada y todo el cuerpo dolorido y lleno de sangre. Sin embargo, volvió en sí y pretendió con verdadero valor perseguir a su terrible enemiga; pero se encontró con que la aventurera, al huir, le había dejado encerrado en la celda.

Destrozado física y moralmente, don Casto cayó desmayado.

Entretanto, la baronesa, sin perder un minuto, después de ver que la celda de la Ojazos estaba vacía, libertó a Leuchard, que no salía de su asombro al verla. Subió luego al laboratorio y desde allí telefonó a Remigio el Tuerlo.

— ¿Eres tú, Remigio? — preguntó por el aparato.

— Sí, yo soy, baronesa.

— Te han vendido... La Ojazos lo ha contado todo... Esta noche debe ir con Judex a buscarte a la calle del doctor Pellet...

— ¿Estás segura? — preguntó el jefe de la *Casa de los Secretos*.

— Sí, segurísima.

— ¡Gracias por el aviso!... No te preocupes... ¡Voy a prepararme un recibimiento que no se esperará!...

#### IV

#### LA HERIDA

A las diez de la noche paraba el automóvil de Judex en la esquina de la calle del doctor Pellet y de la avenida Billancourt.

Apeáronse de él Judex y la Ojazos. Segundos después, un joven que los acechaba escondido detrás de un árbol se acercó a ellos.

Era Hogabo, puntual como siempre a la cita que le había dado su hermana.

En pocas palabras le enteró Jaime de los acontecimientos desarrollados en el Castillo Rojo.

Ahora — dijo, — he aquí lo que vamos a hacer.

Y designando a la Ojazos, añadió:

— Se presentará primero esta señorita y llamará a la puerta de la casa en donde se halla en estos momentos el que buscamos... Tú y yo entraremos detrás de ella y nos apoderaremos del miserable... Y cuando le dejemos inmóvil, lo traeremos al carruaje y le llevaremos al Castillo Rojo, donde ajustaremos cuentas con él...

— Entendido — dijo Rogelio — pero ¿y si opone resistencia?

— Yo traigo con qué darmita sin hacerle daño alguno.

— ¡Pues adelante!

Vengan, señores — exclamó la Ojazos — que yo tengo aún más ganas de acabar que ustedes.

Y con paso firme condujo a los dos hermanos hasta el número 21 de la calle del doctor Pelet.

Era una casa de pobre aspecto que constaba de planta baja y dos pisos.

— Aquí es — dijo la Ojazos — donde nos convoca a menudo... Tiene varias dependencias diseminadas por París... El está ahí arriba, donde se ve esa luz, en un cuarto en que no hay más que una mesa, una silla y un armario... Ha instalado un mecanismo que le permite abrir desde arriba sin moverse... Quédenos aquí, detrás de ese quiboso, porque si los ve conmigo sospechará algo y no nos abrirá... Me acercaré yo sola a la casa y daré el grito convenido... Y en cuanto abra, entran ustedes conmigo...

— Muy bien! — exclamó Judex, convencido de que tenía al fin la clave del enigma que a todo trance quería descifrar.

Y con las manos en los bolsillos y camuflándose ligeramente, acercóse la Ojazos a la guarida de Remigia el Taerto.

Judex y Rogelio esperaban escondidos, de modo que no les podían ver desde el número 21 de la calle del doctor Pelet.

El momento era decisivo.

En efecto, si la operación salía bien, no sólo se aclaraba por completo el misterio, sino que además la *Caza de los Secretos* quedaba decapitada en la persona de su jefe.

Detábase la Ojazos a dos metros de la casa, alzó la cabeza como para cerciorarse de que el Taerto la reconocía, y profirió el grito convenido. En el mismo instante, la luz que se filtraba por entre las cortinas del piso apugóse repentinamente. La joven se adelantó, pero de pronto ayéranse dos detonaciones, y la Ojazos arrojando las manos en el aire, cayó de espaldas en brazos de Rogelio, que había acudido inmediatamente con Judex.

La desgraciada acababa de recibir un

balazo en el hombro y otro en pleno pecho.

Judex corrió al portal y vió que en el oscuro pasillo que daba a la calle había una verdadera máquina infernal compuesta de un doble cañón de escopeta, humeante aún, colocada sobre un caballete. Una mano criminal e un mecanismo ingenioso la habían disparado en el momento en que se presentaba la Ojazos.

Volviendo al punto a Rogelio, que había trasladado a la joven inanimada al automóvil, dijo:

— El Taerto se ha puesto en guardia... Sería, pues, tan temerario como inútil dar el asalto a esta casa; sólo conseguiríamos ametrallar el barrio o dejarnos matar inútilmente... ¿No me has dicho que el doctor Howey llegó anoche a París?

— Sí, hermano.

— Vive a dos pasos de aquí... Llévennos allí a la herida. Siempre es preferible eso que no poner en nuestras confidencias a un médico desconocido...

Judex saltó al pescante y dijo a Boultou:

— Calle de la Rampe.

Dos minutos después paró el coche ante un palacete construido en medio de un jardín rodeado de una tapia bastante elevada y que daba a un terreno inculto a cuyo extremo se alzaba el número 21 de la calle del doctor Pelet.

— ¡Extraña coincidencia! — exclamó Judex, que no dejó de notar ese detalle.

Y fué a llamar a una puertecita practicada en la tapia, a la derecha de un portulón de hierro forjado... Nadie respondió... Repitió Judex la llamada, y a la tercera voz abrióse una puerta de los hajes y una voz preguntó:

— ¿Quién es?

— El conde de Tremouse — respondió Jaime.

— ¿Usted, amigo? — replicó asombrado el doctor Howey, y al punto abrió la puerta, diciendo:

— Dispénsame que les haya hecho esperar; pero me estaba posesando al otro extremo del jardín... Estoy solo... He despedido a los criados... ¿Qué se le ofrece, querido conde?

— Le traemos un herido.

— ¿Un herido?

— Sí. Está ahí, en el coche... Pasá-bamos por la calle del doctor Pelet y le hemos hallado tendido en el suelo... Y en seguida nos hemos acordado de usted para que le auxilie...

— Han hecho ustedes muy bien... Pasen, pasen...

Rogelio cargó en brazos a la herida y siguió al doctor Howey, que los conducía

a su despacho y le mandó dejar a la joven en un diván, en tanto que Judex dirigía una mirada circunspecta en torno suyo.

Howey reconoció detenidamente a la Ojazos y dijo:

— ¡Este herido es una mujer!

— ¡Una mujer! — exclamó Jaime, fingiendo gran sorpresa.

— Sí — repitió el doctor, continuando el reconocimiento.

Y al punto diagnosticó:

— Dos heridas de bala... Una bala ha rozado el omoplato... No será nada... La otra ha penetrado en el pecho... hemorragia no muy abundante... Voy a sondear la herida para ver el trayecto recorrido por el proyectil.

Con gran actividad, Howey se llegó a un armario librero cuyos estantes estaban repletos de instrumentos de cirugía.

En aquel momento abrió los ojos la herida y, al ver a su lado a Judex y Rogelio, sonrió como diciendo:

— Estando ustedes aquí nada tengo que temer.

De pronto se volvió Howey y dijo:

— Querido conde, sírvase coger de esa mesa una caja en que hay vendas ya preparadas...

No acabó. La Ojazos se incorporó, pálida como un espectro, y señalando

con un dedo vengador al médico, que a pesar de su apático palidísimo ligeramente, exclamó:

— ¡El es! ¡Le he reconocido en la voz! ¡El es, Remigio el Tuerto! ¡El!

En tanta que, extenuada por sus esfuerzos supremos, volvió a quedar inanimada la joven en brazos de Rogelio de Tremeseo. Judex se abalanzaba contra el doctor. Pero Howey había desaparecido ya por el armario de los instrumentos, cuyos estantes, movidos por un resorte invisible, habíanse apartado, descubriendo una escalera que se perdía por el suelo. Y cuando Judex quiso correr en su persecución, se topó con una puerta de hierro que le impidió salir tras el bandido.

— Vamos — dijo Judex con su admirable sangre fría. — Ya sabemos a qué atañernos... Howey es el genio maléfico... Ahora ya no lucharemos en las tinieblas, sino en plena luz.

Y tomando ya disposiciones, dijo a su hermano:

— Lleva inmediatamente a esa desgraciada a la clínica del doctor Rambert. Luego, vete al Castillo Rojo y ve si le ha ocurrido algo desagradable o don Casto.

— ¡Y tú? — preguntó Rogelio.

Judex comprobó las balas del revólver, y con incomparable firmeza repuso:

— ¡Yo me quedo!

## NOVENO EPISODIO

# LOS PAPELES DEL DOCTOR HOWEY

EL ARDUNTO BIANCHINI

Judex se había quedado en casa de Howey con la intención de registrarla y la esperanza de descubrir algún documento decisivo para poder destruir inmediatamente la *Caza de los Secretos* en la persona de su jefe.

Estaba convencido de que permaneciendo allí no correría riesgo alguno, pues la precipitación con que se había fugado el bandido demostraba claramente que no pensaba entablar lucha con Judex, cuando menos en aquel momento. Descubierta para siempre, privado súbitamente de aquel poder misterioso y temiendo las consecuencias que pudiera tener para él la divulgación de su identidad, sólo había pensado en ponerse a salvo.

Tal vez aculta en algún escondrijo estaría ya pensando Remigio el Tuerto en los medios que había de emplear para librarse definitivamente de su adversario.

Pero Judex adivinaba claramente el juego del miserable y estaba verdísimo de que no volvería a emprender la partida hasta dar por segura la victoria.

Así, pues, tenía Judex tiempo suficiente para hacer un registro en regla y empezó a reconocer el piso.

Aparte de la salida secreta que había en el fondo del armario donde Howey guardaba los instrumentos y por la cual había desaparecido, no había en el despacho más que una puerta de dos hojas

que comunicaba con el vestíbulo y una ventana que daba al jardín.

Llegóse Judex al armario y allí pudo comprobar que la valla metálica que se había cerrado detrás del fugitivo era un obstáculo infranqueable; sentóse ante la mesa, en la cual vio un cajón que le extrajo sobrecampana y que al punto le abrió con un gancho que llevaba en el bolsillo.

No tardó en ver Judex que el tal cajón contenía doble fondo, en donde pensaba hacer algún descubrimiento sensacional.

Con un serrucho practicó inmediatamente en el fondo del primer cajón un boquete que le permitía pasar la mano y asegurarse de que efectivamente existía doble fondo; y allí le aguardaba una sorpresa.

En vez de encontrar papeles y notas, como esperaba, no halló más que una llave ordinaria de reloj con un rótulo que decía:

B 45 x .94.72...

— ¿Qué querrá decir esto? — pensó el conde Juime. — Es evidente que cuando el doctor Howey ha escondido aquí esta llave debe de tener una importancia considerable... y prueba de ello son estos signos estadísticos que la acompañan.

Y mirando un reloj de madera labrada que había en un rincón del cuarto, añadió:

— Veamos si la llave se adapta a esa esfera.

Pero pronto se convenció de que era demasiado pequeña, y ya se disponía a

registrar las otras habitaciones, cuando oyó dar horas en otro reloj que no había visto.

Mas, seguro de que las campanadas habían sonado muy cerca de él, empezó a examinar atentamente los muebles y objetos que adornaban el despacho del doctor, y al fin descubrió en el estante de una librería un magnífico reloj de pared Luis XVI que discretamente medía el tiempo con su silenciosa péndola.

Observó Judex que las agujas señalaban las once y tres minutos; pero lo que más le extrañó fue que, en vez de los dos agujeros que para dar cuerda suelen tener los relojes, aquel tenía un tercer orificio que se confundía con los números romanos de la octava hora.

Y sin vacilar, introdujo en ese tercer agujero la llave.

Al punto se movió uno de los estantes de la librería y dejó ver un cajoncito en el que había cuidadosamente apiladas varias carpetas.

Cogió una de ellas y empezó a examinar los papeles del doctor Howey.

Constituían estas todo el plan de campaña de las operaciones que la *Caza de los Secretos* pensaba emprender el mes siguiente.

Cada asunto estaba registrado y estudiado muy esmeradamente, especificándose allí la naturaleza de los secretos que pensaban violar y los beneficios que calculaban sacar de ellos, y además toda una serie de informes referentes a las personas a quienes pensaban robar, de sus relaciones, sus costumbres e incluso el carácter. Estaba también el plano topográfico de los diferentes teatros de operaciones y, por último, el nombre de los aliados a quienes el jefe designaba para la ejecución de sus proyectos, con todas las instrucciones necesarias.

— ¡Qué pena que la inteligencia que ha prestado esto no se haya encaminado al bien! — pensaba el señor de Tremoussé. — Este trabajo de movilización criminal es una obra maestra de organización cínica y de método diabólico... Este Howey hubiera podido realizar grandes empresas... ¡Por qué habrá elegido tan infame camino un hombre dotado de tan magníficas cualidades?... Si ha sido para ganar dinero, no lo comprendo, pues también hubiera podido ganarlo honradamente... Tal vez sea por la embriaguez del crimen, por la voluptuosidad del mal y el sadismo de la infamia... Sea de ello lo que fuere, gracias a estos papeles haré fracasar los planes de la *Caza de los Secretos* y podré prevenir de sus golpes a la gente por ella amenazada.

Reuniendo los papeles del doctor diseminados por la mesa, disponíase el conde a hacer con ellos un paquete y llevárselo, cuando vió en una de las carpetas estas palabras:

#### ASUNTO BIANCHINI

— ¡Bianchini! ¡Bianchini! — repitió Jaime. — ¡Será acaso aquel buen hombre que salvó nuestra fortuna, que fue apoderado nuestro y que llegó demostado tarde para impedir que nuestro padre muriera?

Una noche, la madre de Judex condujo a sus dos hijos ante el lecho en que yacía inanimado su padre y les explicó que, arruinado por los manejos del banquero Favreau, se había suicidado por no sobrevivir a su deshonra.

Al día siguiente presentóse un hombre llamado Bianchini a quien el señor de Tremoussé padre había enviado a América para estudiar unas minas, y trajo a la familia del suicida una verdadera fortuna.

Regresó luego Bianchini a América y desde allí sostenía amistosa correspondencia con la familia de Tremoussé.

Más adelante se cobó en él la desgracia... Casi al mismo tiempo perdió a su esposa y a sus dos hijos.

Y luego, desesperado, vendió a los señores de Tremoussé las acciones de su participación en las minas. A partir de aquel momento no se volvió a saber nada de él.

Y he aquí que, de pronto, el conde Jaime encontraba entre los papeles del doctor Howey el nombre que desde su juventud estaba acostumbrado a venerar con suma agradecimiento.

Desesó de cerciorarse, empezó Judex a registrar aquella carpeta y topóse al instante con este recorte de periódico:

*Ingeniero francés establecido en América hace treinta años, busca dos muchachas de unos diez y siete a veinte años que deben de hallarse en Francia. Para más datos consúltese al señor Bianchini, hotel Crillon, París.*

A este recorte de anuncio estaba unido un segundo:

*El señor Bianchini, hotel Crillon, ofrece 500,000 francos a quien encuentre a sus dos hijas María y Clara Bianchini.*

*de diez y siete a veinte años, que le fueron robados hace diez y seis años.*

Ya no podía dudar Judex: este Bianchini que reclamaba a sus dos hijas era el mismo que en otro tiempo salvó la fortuna de los Tremouss.

En aquel momento se acordaba Judex de algún detalle que le había dado su madre y que se le había olvidado. Bianchini, de paso en Francia y obligado a volverse repentinamente a América, había dejado en París a su mujer enferma y a sus dos hijas. A las pocas semanas murió la esposa, y unos días después la institutriz y el secretario de Bianchini se fueron con las niñas, se pretextó de llevarlas a su padre, el cual no volvió a saber más de ellas.

Largas y concienzudas investigaciones, en que tomaron parte todos los policías del mundo, no dieron ningún resultado.

Y entonces Bianchini desapareció a su vez.

Con sublime persistencia dedicaba su tiempo y su dinero — y esos anuncios lo demostraban — a buscar por sí mismo y a pesar de todo a sus dos hijas, con la esperanza, aunque remota, de encontrarlas algún día.

Profundamente conmovido, volvió a leer Judex aquellos dos anuncios, en los cuales no hubiera reparado nunca de no haberlos encontrado entre los documentos del doctor Howey, y pensaba en la casualidad que le ponía tras las huellas del hombre a quien los suyos debían gran parte de su felicidad y a quien al fin podría pagar una deuda sagrada entre todas.

Unió los recortes de periódico y siguió examinando el contenido de aquella carpeta. Comprendió varias hojas, no leían cifrado, cuyo clave hubiera necesitado y que sin duda le revelarían secretos tenebrosos e importantes. Tal vez el jefe de la *Caza de los Secretos*, más afortunado que el desdichado padre, habría encontrado a las dos jóvenes y se disponía a sacar los cuartos a Bianchini poniendo precio a su intervención.

Por consiguiente, era necesario correr al hotel Crillon a prevenir a Bianchini y procurar descubrir aquel papel.

Reunía febrilmente Judex todos los papeles esparcidos por allí, cuando una hoja prendida con un alfiler a la tapa de la carpeta cayó en el suelo.

Recogióla el conde Jaime, la leyó al momento y dejó escapar en seguida un grito, al tiempo que palidecía. El mis-

terio se aclaraba de un modo formidable. He aquí lo que acababa de leer:

CLARA BIANCHINI  
*Ojazos*

MARIA BIANCHINI  
*Primerose.*

*Castillo de Arbats, en casa de Milton.*

El señor de Tremouss tomó en sus manos la prueba misteriosa de que Primerose y la Ojazos eran las dos hijas del ingeniero Bianchini.

Primeramente Judex, aunque había intervenido en aventuras extraordinarias, dudó un momento.

— ¡Esto es imposible!... ¡Es una locura! — dijo para sí. — O estoy soñando o soy víctima de una alucinación...

Y sin embargo, el documento estaba allí, escrito de puño y letra del doctor Howey. Así que no podía dudarse: era cosa clara, precisa y categórica, definitiva e indiscutible.

Y apelando Judex a toda su sangre fría, pensó:

— Debe de ser verdad todo esto... Howey no se hubiera tomado el trabajo de arreglar todos estos papeles y andries esta nota tan trágicamente explícita si no hubiera estado completamente seguro de la que lucha... Este jeroglífico, que no puedo descifrar, contendrá la explicación de los hechos que precedieron, acompañaron y siguieron al rapto de las dos niñas... Ya veremos de traducirlas... Por ahora, lo principal es tranquilizar a Bianchini... Mañana mismo ire a la clínica a ver cómo sigue la Ojazos... luego me llegaré al hotel Crillon a entregar a nuestro amigo los papeles que acabo de encontrar en casa del doctor.

Una nube voló de pronto la mirada de Judex, que pensaba:

— ¡Primerose y la Ojazos hijas del mismo padre! ¡Del hombre más perfecto que he conocido!... Una de ellas es un encanto de dulzura y pureza: la otra... ¡desgraciada! ¡No quiero ni pensarlo!... ¡Y ambas víctimas del genio del mal! ¿Por qué las habrá elegido el miserable Howey para convertirlas a una en su cómplice, sabia y progresivamente corrompida por vergonzosas infamias, y a la otra en instrumento inconsciente de sus maquinaciones criminales?... Y sobre todo ¿cómo habrá podido descubrir el secreto del origen de las pobres niñas? ¿Lo habrá por un tercero o habrá inter-

venida antes en el drama inexplicable que ha trastornado la vida de Bianchini?... De ser así, ¿por qué abandonó a una y se quedó con la otra?... Hay en todo esto un misterio que me asusta, que no comprendo, aunque tengo la seguridad de que todo ello debe encuadrarse con irresistible lógica... ¿Cómo aclararlo? ¿Obligando a Howey a hablar?... Sí, pero ¿cómo y dónde encontrarlo?

He ahí las preguntas que se hacía Judex, cuyo cerebro seguía ávido de luz y de verdad.

\*\*\*

De pronto le pareció oír ruido de una puerta que giraba sobre sus goznes.

Rápidamente escondió en el cajón todos los papeles, apagó la luz, sacó el revólver, se llegó a la ventana, y de allí vió una figura de mujer que entraba en el jardín y se acercaba a la casa sin procurar ocultarse.

— ¡Ella! — exclamó Judex, bajando las cortinas que había en las ventanas.

Poco después oyó estas palabras en el despacho del doctor:

— ¡Nadie! ¿Qué raro!

Escondióse la lámpara del despacho. La baronesa de Apremont estaba allí, en pie, en medio de la habitación, presa de visible ansiedad.

Judex pensaba:

— ¿Cómo se habrá podido evadir del Castillo Rojo, y sobre todo cómo ha venido tan pronto a París?

La baronesa balbució:

— ...Y sin embargo hace un rato me ha parecido ver luz en esta casa... tal vez esté Remigio en su cuarto... Voy allí...

Salió la aventurera y poco después volvió con mayor ansiedad, diciendo:

— ¡Pero dónde se habrá metido?... Aquí ha debido de ocurrir algo extraordinario...

No dijo más.

El timbre del teléfono colocado en una librería gicataria resonó en el despacho.

Judex, que no se había movido de su escondite, vió a la baronesa acercarse al aparato y coger el receptor.

Casi al mismo tiempo dejó ver la aventurera una sonrisa, al tiempo que decía:

— ¿Eres tú, Remigio?

— Sí, baronesa... ¿Qué haces ahí?

— He logrado evadirme del Castillo Rojo.

— ¡Mi enhorabuena!

— ¡No creas que ha sido cosa fácil...

Ya te lo contaré... Ahora dime la que ha ocurrido en tu casa, que la encuentro vacía y con la puerta abierta...

— No te preocupes de nada... Vuelve tranquilamente a tu domicilio de la calle Bergère, y mañana, a las tres, acude al palacón de la Poebie, en las Buttes-Chaumont... Allí estoy aliado con el célebre Bianchini de que ya te he hablado.

— Entendido.

— ¿Puedo contar contigo?

— Sí, sí...

— No estés mucho rato en mi casa, porque es peligrosa... Por ahora no puedo decirte más... Mañana a las tres te lo contaré todo... Se puntual...

Prudentemente, antes de que terminasen la conversación, cogió Judex el receptor... Ya sabía lo que deseaba, puesto que acababa de hallar la pista de Remigio el Tuerco a, mejor dicho, del doctor Howey.

Escondida detrás de la cortina, contemplaba a la aventurera y se decía:

— ¿Qué nueva trastada habrá hecho a don Casto para haberse evadido del Castillo Rojo?... Está visto que el pobre don Casto camina de torpeza en torpeza... Conociéndole como le conozco, no debía haberle dejado solo allí... Pero no tenía a nadie a mano... No me explica qué astucia infernal habrá puesto en práctica esa maldita baronesa para corromperlo... a tal vez, y me lo temo mucho, para deshacerse de él y llegar aquí una hora escasa después que yo... Después de todo, no hay mal que por bien no venga... Y si no ha ocurrido nada desagradable a don Casto, la evasión de la baronesa habrá sido un acontecimiento feliz, pues gracias a ella acabo de hallar la pista del Tuerco.

La de Apremont, siguiendo el consejo de Howey, se fué de aquella casa.

Pasó muy cerca de Judex, que, inmóvil y conteniendo el aliento, espía todos los pasos de la aventurera.

Fácil le hubiera sido a Judex apretar el gatillo del revólver para infligir el castigo supremo a aquella miserable que tanto lo merecía; pero ni siquiera pensó en ello, pues no quería provocar un choque cuyo resultado podría ser dificultar los proyectos que tenía para el día siguiente.

— ¡Ya la volveré a ver! — pensaba Judex al verla cruzar el jardín.

Y así que se hubo alejado la baronesa, sacó Judex del cajón los papeles que había dejado momentos antes, y se marchó a su vez, balbuciendo estas palabras:

— Mañana a las tres, en las Buttes-Chaumont... Allí estaré...

II

EL SUICIDIO DE DON CASTO

Obedeciendo a las instrucciones de su hermano, Rogelio trasladó a la Ojazos al sanatorio particular que le habían indicado.

El médico de guardia prodigó inmediatamente sus cuidados a la herida, y tras un reconocimiento concienzudo tranquilizó al hermano de Judex.

La herida del hombre era insignificante.

En cuanto a la bala que le había dado en pleno pecho, después de amortiguarse al golpe gracias a un botón del chaleco de hombre que la joven llevaba, resbó entre dos costillas sin lesionar ningún órgano importante. La extracción del proyectil fue fácil y rápida.

Así que la Ojazos había recuperado el conocimiento, dirigió una mirada de sincera gratitud a Rogelio, el cual se retiró después de encargar al médico que guardase absoluto silencio sobre el accidente acaecido a la muchacha.

Subió luego al automóvil que le aguardaba a la puerta de la clínica y se trasladó al «Castillo Rojo».

Casualmente en aquel mismo momento desarrollábase en el subterráneo de la vieja morada feudal un drama trágico-cómico representado por un personaje único, que era nuestro amigo don Casto.

— ¡Vaya una momia!

Esas fueron las primeras palabras que pronunció el policía particular cuando, al volver a la realidad, observó que estaba dolorido, destrozado, derrengado y con tantas contusiones como si hubiera recibido cien estacazos.

— ¡Y me ha zurrado de veras la miserable, sin darme siquiera tiempo para defenderme!... ¡Qué temperamento y qué musculatura!... Seguramente habrá tomado lecciones de gimnasia sueca a haber seguido algún curso de boxeo inglés... ¡Esa sí que no necesita los ejercicios de cultura física del doctor Howey!... ¡No es una mujer, sino un Hércules!

Y acompañando sus movimientos con gritos y quejidos, llegóse a la puerta, y al verla cerrada exclamó:

— ¡Ahora estoy prisionero!... Es lo único que me faltaba... ¡Y qué dolor tengo! Debo de tener la cara hecha papilla y apenas pueda abrir los ojos...

Acercóse a la palangana que había en el lavador y se humedeció el rostro con una toalla empapada en agua, lo cual le alivió un poco y le permitió poner algun

orden en sus ideas, completamente revueltas por el brusco ataque de que acababa de ser víctima.

Sentóse luego en la cama de la celda y empezó a reflexionar.

— ¡Qué dirá Judex cuando me encuentre en semejante estado, en el lugar en que debería estar su prisionera?... Pensará que me he dejado enternecer, que he sucumbido a la tentación y que he hecho tracción a su causa... Ahora sí que renegará de mí, y hasta podría ser que me tomase por cómplice de su enemiga y en castigo me dejase encerrado en este calabozo... ¡Bonita situación!... Esto es abominable... y, sin embargo, soy incoercible al proceder de este modo no he hecho sino seguir la voz de mi conciencia, que me induce a impedir que aquella miserable se suicidase... ¡Qué bien ha representado su comedia, la infame criatura!... ¡Y cómo me ha puesto! Aun me zumban los oídos y no sé cómo tengo la nariz, ¡polvo nariz! ¡Debe de estar hecha una cachiporra!

Y la verdad es que el pobre don Casto estaba que daba pena verle; herido a la vez física y moralmente, no tenía la fuerza suficiente para resistir a semejante chequeo...

Inmediatamente, invadido por una depresión nerviosa muy comprensible, permaneció más de una hora en estado de prostración, inmóvil en el lecho; luego le atacó una fiebre acompañada de delirio y empezó a ver visiones extrañas y terribles; después, pasada la fiebre, tuvo un verdadero ataque de desesperación.

— ¡Ay! ¡Daisy, Daisy! — exclamó. — ¿Por qué no he ido contigo a América? ¡Esto es atroc! Judex va a decirme que soy un traidor...

Y tomando de pronto una resolución enérgica exclamó, delirando de nuevo:

— ¡No! ¡No, Casto no! Que no se diga que has sufrido semejante suplicio; ¡voy a morir, voy a suicidarme!

Y enternecido prosiguió:

— Es una gran desgracia, a mi edad... ¡Un hombre como yo, que todavía podría vivir días felices y prestar tantos servicios a sus semejantes!... Morir en el momento en que Daisy va a volver con la herencia de su tío, en el momento en que el amor y la felicidad me sonríen!

Pero, afirmandose en el proyecto que se había inculcado en su trastornada imaginación, siguió diciendo:

— ¡No, no, nada de desfalecimientos! No quiero que cuando Judex vuelva y vea mis despojos mortales pueda creer un solo instante que he temblado ante la muerte; al contrario, quiero que vea

que he ido a ella con calma y serenidad... ¡Acabemos de una vez!

Don Casto se detuvo un rato quedándose pensativo; luego balbució:

— Morir, sí; pero ¿cómo?

Aunque la fiebre había prestado por un momento un corazon heroico y un temperamento de mártir al director de la Agencia Celeritas, en cambio, había disminuido sus facultades imaginativas.

— Sí... ¿cómo? — repitió con la más grande energía. — ¿Estrangularme?... No tendré fuerzas para ello... ¿Abrirme la cabeza contra la pared?... Demasiado me duele ya la cabeza... ¿Si siquiera tuviera un puñal o una pistola!

De pronto vió en el tocador uno de los trozos de cristal de que la baronesa de Apremont se había servido cuando dispuesta a hacer caer a don Casto en el lazo había fingido suicidarse.

— ¡Ah! ¡Ya está! Me cortaré el cuello!

Y arrojándose penosamente y profiriendo gritos de dolor, apoderóse don Casto del objeto que, según él, iba a poner fin a sus días.

Lo cogió con mano temblorosa y dijo para sí:

— ¡Ánimo, Casto! — y se llevó el cristal a la altura de la garganta, tras lo cual añadió:

— ¡Adiós, Daisy!... ¡Adiós, Sardinia!... ¡Adiós, Judex! Te perdono; pero tú, ¡oh baronesa de Apremont!, maldita seas por toda la eternidad.

Y con ademán poco seguro apoyó contra la piel su improvisada arma... mas no bien la había tocado cuando empezó a manar sangre... muy poca, apenas un hilillo... unas gotitas...

— ¡Ya! — exclamó el huano de don Casto, sintiéndose que el aire le faltaba y que le flaqueaban las piernas.

Y desplomándose en el suelo, pronunció esta frase, ingenuamente sublime:

— ¡No iré yo que fuera tan fácil morir!

Rogelio rodaba a toda velocidad camino del Castillo Rojo, y ya se le aparecían las ruinas de la antigua fortaleza, iluminada románticamente por los rayos de la luna, cuando Bautista, freando súbitamente, le dijo:

— En la carretera hay gente que nos hace señas para que nos detengamos. Segundos después el automóvil paraba junto a dos gendarmes que parecían muy ocupados.

— Caballeros — preguntó uno de ellos, — ¿vienen ustedes de París?

— Sí — contestó Rogelio.

— Supongo que no pensarán ustedes

darnos una multa — dijo Bautista, que se gloriaba de no haber tenido nunca cuestión alguna con los agentes encargados de refrenar los ardores de los automóviles.

Nada de eso — replicó el gendarme: — sólo deseamos saber si se han cruzado ustedes con un automóvil gris, descubierto, en el que iban un hombre y una mujer, y que debe de ir a toda marcha camino de la capital.

Es posible — dijo Bautista, — porque nos hemos cruzado en el camino con muchos automóviles a toda marcha; pero no podemos precisar si eran grises, ni descubiertos, ni la clase de viajeros que contenían.

— Lo sentimos — repuso el representante de la autoridad.

— ¡Iban en él personas a quienes han mandado a ustedes detener?

— ¡Hombré! Sí y no — dijo el gendarme. — Le diré a usted: hace un rato, un joven que venía del Havre en automóvil ha sido detenido en la carretera, al pie del Castillo Rojo, por un bandido acompañado de una mujer marina... los dos, apuntándole con sus respectivos revólveres, le han obligado a pararse, le han quitado el automóvil y han desaparecido en dirección de París... Eso es lo ocurrido...

— ¡Es extraño! — pensaba Rogelio, presintiendo que había debido de suceder algo extraordinario en el Castillo Rojo. — Pero, por más deseos que tenga de informar a ustedes, no pueda hacer sino repetir lo que les ha dicho el mecánico, esto es, que nada sabemos.

— ¡Gracias por la buena intención! — dijo uno de los gendarmes.

— Pueden ustedes circular — añadió el otro.

Bautista, al tiempo que ponía en marcha el motor, dijo al oído a Rogelio:

— No me extrañaría si que tuvieran usted una sorpresa en el castillo.

Rogelio no respondió. Compartía la inquietud del chófer y sólo pensaba en ver por sí mismo, si, como suponía, la baronesa de Apremont y el siniestro Launchard habían conseguido evadirse de los calabozos.

Después de recorrer algunos cientos de metros, paró Bautista a la altura de la vereda que conducía a las ruinas.

Rogelio le dijo:

— Escóndase en el camino que rodea el monte y espéreme. Es muy probable que dentro de poco le necesite.

Y dicho esto, Rogelio, con paso rápido, subió la colina, luego al castillo y entró en la escalera que conducía a los subterráneos.

Estos seguían alumbrados brillantemente, pues la baronesa y Louchard, con la precipitación de la fuga, no habían pensado en apagar la luz eléctrica instalada en las salas de la fortaleza.

El novio de Primerose fué directamente al laboratorio, cuya puerta estaba abierta.

Al punto observó que habían cogido de una mesa varios pistolas que había.

Ya no dudaba: las que tan magistralmente se habían apoderado del automóvil de que les habían hablado los gendarmes eran seguramente la baronesa y Louchard.

Inmediatamente el joven miró por el espejo.

La celda de Louchard estaba vacía.

La que había servido de cárcel a la baronesa no contenía más huésped que un cuerpo inerte, tendido en el suelo, sin dar señales de vida y en el cual Rogelio reconoció a don Casto.

— ¿Con tal que no le hayan asesinado! — exclamó con acento de sincera angustia.

Saltó a la cueva, y al momento oyó el ruido de una respiración irregular que se mezclaba al inintermitente ruidito de una nariz capaz de aspirar tanto aire como una bomba de incendios.

Esto tranquilizó a Rogelio, que exclamó en el acto:

— ¡Está vivo! ¡Está vivo!

Arrastrándose inmediatamente junto al policía privado, cuyo rostro congestionado y entumecido y cuyos vestidos en desorden revelaban inmediatamente la melancólica aventura.

— ¡Vamos, don Casto! ¿Qué ha sucedido? — preguntó Rogelio con admirable energía.

Pero al ver que el director de la Agencia Celeritas permanecía en estado de postración absoluta, cogió el jarro de agua medio lleno y lo vertió por la cabeza del infortunado policía.

Ese procedimiento algo brusco fué de una eficacia casi inmediata.

Don Casto se incorporó y con los ojos fuera de las órbitas rugió con voz de ultratumba:

— Sangre, sangre, sangre!

— ¡Pero dónde ve usted sangre? — preguntó Rogelio, examinando a don Casto e inspeccionando las fosas de la celda.

— ¡Por todas partes! — afirmó el director de la Agencia Celeritas.

— ¿Cómo por todas partes?

— ¡Pero no la ve usted correr por todo mi cuerpo?

— ¡Si es agua!

— ¿Agua?

— Si es el agua con que acabo de refrescarme.

— Le digo a usted que es sangre... y lo sé muy ciertamente, puesto que acabo de degollarla.

— ¿Usted? — exclamó Rogelio que, no viendo ninguna huella de herida en el sitio que le indicaba don Casto se apresuró a añadir:

— ¡Usted está loco!

— Le repito que acabo de degollarla con un pedazo de cristal.

— La que ha hecho usted es cortarse simplemente un dedo — replicó Rogelio, esforzándose por hacer que don Casto mirase la ligera cortadura que se había producido con el cristal cuando se lo acercó a la garganta.

— ¿Será posible? — exclamó el policía llevándose la mano a la altura de la carótida.

Y al observar que su piel estaba indurata, que no había en ella el menor arañazo, confesó francamente:

— Después de todo, lo prefiero así, porque la vida es muy buena, muy buena, aun cuando tenga un crimen en la conciencia.

— ¿Un crimen? — repuso Rogelio.

— Sí, señor: si, amigo mío, he cometido un crimen, sin querer, es cierto... he dejado escapar a la baronesa... me ha engañado miserablemente y me ha dado una lunda más que regular... y pensando que Jindex no me perdonará nunca, he querido morir... Me ha fallado el golpe... pero antes que vivir eternamente en esta celda prefiero suicidarme otra vez... aunque... vamos, ya me entiendo usted... preferiría otra cosa... porque la muerte es horrible... horrible...; acabo de pasar una hora espantosa...

— Cállese, don Casto...; nadie pretenda dejarle aquí y menos aún en ese estado... Ahora vendrá conmigo a París y durante el trayecto me contará cómo se ha podido evadir la baronesa.

— ¡No me hable usted de esto! — replicó don Casto, apoyándose en el brazo que le ofreció el menor de los Tramuase.

Suspirando, gimiendo y casi llorando exclamó:

— Nunca me atreveré a presentarme a Jindex... Sería capaz de renegar de mí, de maldecirme, de...

Rogelio le interrumpió sonriendo y le dijo:

— Creo que para que se reponga usted de sus emociones le aconsejaré simplemente que vaya a darse una vuelta por el campo.

## III

## EX LAS BUTTES-CHAUMONT

En el restaurant de las Buttes-Chaumont, en el pabellón de la Pucelle, donde se han conservado las tradiciones de la buena y vieja cocina francesa, hallábase sentado junto a una mesa, al lado de una puerta de cristal que daba al parque, un hombre de cierta edad con barba y cabellos grises.

Permanecía mirando obstinadamente hacia fuera... ¿Esperaría a alguien o estaría sumido en algún ensueño?... Hubiera sido difícil advertirlo, porque su rostro, privado de toda expresión, no revelaba nada de cuanto sucedía en su alma.

De pronto se estremeció.

Una mano acababa de ponerse en el hombro.

Un hombre de elevada estatura, cuya elegante figura iba embezada en una capa negra, se hallaba junto a él mirándole detenidamente de arriba abajo, y con voz directamente amenazadora exclamó: — Quisiera decirle dos palabras...

El jefe de la Casa de los Secretos hizo un movimiento como para escaparse de su interlocutor.

Pero la mano que le pesaba en el hombro daba de ser muy energética y los ojos que en él concentraban su mirada debían de ser extraordinariamente imperiosos y dominadores, porque al momento quedóse Howey muy quieto y habló, con una voz que aunque pretendía ser irónica dejaba traslucir cierta sorpresa y verdadera espanto:

— Usted dirá, señor de Tremouse...

El conde Jaime, altivo y arrogante, replicó:

— No se trata ni del conde de Tremouse ni del doctor Howey... Quienes están ahora frente a frente son Judex y Remigio el Tuerto.

— Como usted quiera — replicó el miserable, que se había sentido otra voz. — ¿No me esperaba usted? — preguntó Judex.

— Confieso que no — replicó Howey, que parecía haber recobrado todo su aplomo. — Es más, no sé cómo ha podido llegar hasta mí sin llamarme la atención.

— He entrado por la puerta excusada que da a una sala contigua... he procurado no hacer ruido al andar y he llegado hasta aquí, mientras usted pensaba con ansiedad si la baronesa de Apremont acudiría puntualmente a la cita que le dió usted ayer por teléfono

entre once y doce de la noche... y, sobre todo, si se presentará aquí a la hora convenida el señor Bianchini, uno de sus antiguos y futuras víctimas.

A medida que Judex hablaba palidecía Howey tras su barba postiza.

No obstante, dominando sus nervios, replicó en tono un tanto burlón:

— Vea, señor Judex, que está usted muy bien enterado... En efecto, espero a la baronesa y al señor Bianchini... Pero ¿qué puede importarle eso?

— Escúcheme bien... no quiero atacar en usted únicamente al hombre que aprovechando un abominable subterfugio y valiéndose de una máscara de honradex se ha introducido en mi casa y ha sembrado en ella la desesperación y el llanto, sino que quiero atacar también en usted al jefe de la Casa de los Secretos.

— ¿De veras? — dijo Howey llevándose a los labios una capa de café.

— Y verá usted lo que le cuesta haberme declarado la guerra.

Querido Judex, hace usted mal, muy mal, en entablar la lucha contra mí... Vuelva usted a sus negocios y déjeme a mí con las mías... Con esa condición me comprometo a no volver a meterme con usted ni con los suyos. ¿Le basta a usted eso?

— No, no me basta.

— ¿Por qué?

— Porque considero que un hombre como yo, que lince a mi merced a un individuo como usted, cometería un verdadero crimen de cobardía si no le impidiese, por todos los medios de que dispone, continuar la serie de sus crímenes y de sus infamias.

En ese caso — repuso Remigio el Tuerto en tono de desafío — mándeme prender... Casualmente por ahí vienen dos agentes de policía; ahora posarán por delante de este café. Llámelos, denótenles y así acabará todo.

Judex callaba... Howey prosiguió:

— Créame que estoy muy tranquilo; ya sé que usted no me denunciará porque...

Se detuvo y profirió una carajada sarcástica.

— ¿Por qué? — repuso el señor de Tremouse.

— Porque probablemente no le gustaría a usted que la justicia se moliera en los asuntos de Judex, y porque es preferible dejar al banquero Favreau que duerma tranquilo en el cementerio de Sablons que hacerlo correr el riesgo de una resurrección siempre posible, pero profundamente enfadosa.

Tranquilamente el profesor de cultura física batió lo que le quedaba en la

copa. Jaime le miró con expresión de profunda desprecio:

— Veo que es usted de aquellos a quienes nada asusta ni conmueve y creo que perdería el tiempo si intentase sacarle de ese género de vida que ha elegido... Pero, si no le asusta, tampoco le lamo, y le aseguro que no tardaré mucho en demostrárselo del modo más claro posible.

— ¡Lo veremos!

— ¿Acepta usted el reto?

— ¡Lo acepto!

A partir de ahora — declaró el conde Jaime — se trabará entre nosotros una guerra en las tinieblas, pero una guerra sin cuartel.

— Sí.

— Cuente usted con que me encontrará en su camino siempre que intente cometer una mala acción.

— ¡Trabajo le doy!

Pero no durará mucho, porque le advierto que a la primera ocasión le mataré sin escrupulo alguno, como a un perro rabioso.

— ¿Y por qué no le hace ahora mismo?

— Dijo en son de desafío el miserable. Porque no soy un asesino.

Al ver que el conde de Tremouse se levantaba, dijo el jefe de la Casa de los Secretos:

— Veo que ya no tenemos más que decirnos, a no ser que desee usted presenciarse la entrevista que voy a tener con la baronesa de Apremont y con el señor Bianchini.

— No hay necesidad, pues sé tan bien como usted lo que les tiene que decir.

— ¡Entonces, hasta la vista, señor Index!

— ¡Hasta muy pronto, Remigio el Tuerto!

— Una palabra más... vigile bien a su padre, a su mujer y a Juanito, que aun no he terminado ya.

— ¡Miserable!

— ¡Cosas de la guerra!

— ¡Cosas de la guerra! — repitió el conde Jaime de Tremouse, el cual, dirigiendo una última mirada de desprecio al bandido de la Casa, se fué al parque de las Buttes-Chaumont, en tanto que el doctor Howey llamaba al dueño del café, que, intrigado por el misterioso coloquio, hacía rato que estaba en el umbral de la puerta.

— Señor Cherry, munde que me traigan otra copa... Hoy tengo ideas muy lúgubres y necesito confortarme un poco.

Judex se detuvo ante la puerta que daba a la calle de Nebeval.

Escudiose detrás de unas plantas y examinaba cuidadosamente todos los vehículos que entraban en el parque.

Ya habían desfilado varios, cuando de pronto corrió a un automóvil de alquiler en el que iba un hombre de unos cincuenta años, de faz enteramente afeitada y cuya fisonomía expresaba una gran melancolía y mucha bondad.

Titubeó un momento Judex; mas luego se llegó al coche y quitándose el sombrero preguntó al que lo ocupaba:

— ¿Es usted acaso el señor Bianchini?

— Servidor de usted — replicó el padre de Primerose y de la Ojaza, un poco sorprendido.

— ¿No me conoce usted?

— No, señor.

Soy el conde Jaime de Tremouse, cuya inmensa fortuna salvó usted en otro tiempo.

— ¿Usted? ¿Usted?

— Amigo mío — repuso gravemente Judex, — tengo que hablarle.

— Con mucho gusto; suba usted, suba usted al coche, cuánto me alegra encontrarle!

— Haga el favor de decir al chófer que nos conduzca al hotel Grillon.

— Conforming; pero antes permítame decirle que tengo que hacer una diligencia importantísima.

— ¿Está usted citado con un individuo que dice que va a devolverle sus dos hijas?

— ¿Cómo? ¿Usted lo sabe?

— Sí, y otras muchas cosas; pero lo que sé particularmente es que no debe usted verse con ese hombre.

— ¿Por qué?

— Porque no es el quien le devolverá a sus dos hijas que usted cree perdidas...

— ¿Pues quien entonces?

— ¡Yo!

— ¿Usted? — exclamó Bianchini con voz ahogada. — ¿Es verdad lo que me está diciendo?

— Se lo juro y errame que me alegra sobremanera de poder pagar hoy la deuda de agradecimiento que mi madre, mi hermano y yo habíamos contraído con usted.

— ¿De manera que voy a volver a verlas?

— Sí, señor, va usted a verlas.

— ¿Fronio?

— Dentro de unas horas.

— Chófer, a escape al hotel Grillon! Durante el camino, Judex puso a Bianchini al corriente de la situación y

le mostró los diferentes documentos de la carpeta que llevaba consigo.

Cuando el minero vió la hoja en que estaban escritos el nombre verdadero y el nombre supuesto de sus dos hijos, exclamó temblando de emoción:

— ¡Letra de Friedrichs! ¡Letra del miserable que me robó mis hijos!

Judex, alzando los ojos al cielo y con la mirada llena de luz, exclamó:

— ¡La verdad está en marcha... y ya acaba de recorrer una buena etapa!

## DÉCIMO EPISODIO

# LOS DOS DESTINOS

1

### UNA GRAN NOTICIA

— ¿De modo, que estás contento, Jaime?

— Sí, esposa mía, contentísimo — dijo Judas; — y además, estoy tanta más tranquilo cuanto que veo que la Providencia se pasa de nuestra parte... Ella es quien me ha permitido desembarazarme a Howey, y Ella también quien me ha hecho devolver a Bianchini, al amigo incomparable y generoso bienhechor de nuestra familia, sus dos hijas, que tan milagrosamente he encontrado.

— El caso es que esta última acontecimiento es prodigioso — dijo la condesa Blanca.

— Aun no vuelvo de mi asombro... Me hubiera gustado que hubieses visto la alegría inmensa de Bianchini cuando le mostre la carpeta que hallé en casa del doctor y que contenía la prueba indiscutible de que Primerose y la Ojazos eran hijas suyas... Así que le expliqué las circunstancias en que adquirí dichas pruebas y le revelé con toda franqueza y sin ambages las condiciones en que se encontraban sus hijos exclamó:

— Primero vamos en busca de la que más ha padecido, que es la que más necesita mi cariño.

— Le conduje inmediatamente al sanatorio a donde había trasladado a la que desde ahora no volveremos a llamar por su apodo de la Ojazos, sino por su verdadero nombre, que es Clara. La desgraciada, cuyas heridas no tienen gravedad alguna, esperaba con impaciencia mi visita... Y en seguida me manifestó su

gratitud en términos tan conmovedores, que comprendí que no sólo era sincero su arrepentimiento de lo pasado, sino que tenía verdadera voluntad de convertirse al bien. Y poco a poco le enteré de que su padre vivía, de que era el mejor de los hombres y que se hallaba allí en el cuarto contiguo... En aquel momento abrióse la puerta, y Bianchini, que no pudo contenerse, corrió hacia su hija... Ignoro lo que se han dicho durante su larga entrevista, porque yo me había retirado... Cuando me llamaron, los dos lloraban, pero lloraban de alegría, y entonces comprendí que el ángel de la redención había acabado su obra y que la descarriada había entrado para siempre en la buena senda.

— ¡Oh buen caballero del derecho! — exclamó Blanca, — has procedido como siempre, noble y generosamente, y el cielo ha premiado tus afanes.

— Ahí, he aquí lo que he decidido de acuerdo con Bianchini: en tanto que Clara, que ha salido esta mañana de la clínica, un poco débil aún, pero animada por la imprevista dicha que acaba de iluminarle de repente, espera con su padre en el pabellón del guarda, a donde las he llevado a ambas, el momento de entrar en el castillo de Joyeuse, tú comunicarás a Primerose y a Milton la gran noticia... Confío en tu tacto, y por esto te elijo para ser la buena mensajera.

— ¡Gracias por tu confianza!... Procuraré mostrarme digna de ella.

— Voy a enviarte a Milton y a su hija adoptiva... Cuando acabéis vuestra conversación, te acercaré a la ventana, que ya miraré desde el parque, y tú aparición me indicará que ha llegado a Bianchini el momento de abrazar a su hija segunda.

— ¡Convenidme! — repuso Blanca.

El señor de Tremouse se dispuso a marcharse, pero al ver en el rostro de la condesa huellas de una preocupación que no lograba disimular, le preguntó:

— Parece que tienes algo más que decirme, esposa mía.

— ¡Qué bien lees en mi corazón!... Si, es verdad, hay una pregunta que tengo en la punta de los labios... Sin duda pensarás que soy demasiado nerviosa y tímida...

— Habla, por favor.

— ¿No temas que el doctor Hawey, enfurecido por haber sido descubierto, intente vengarse?

— Es muy posible; pero, y dicho sea sin vanidad, tengo la certeza de que fracasará en todo cuanto intente contra mí. He vencido al genio del mal cuando se ocultaba en las tinieblas... Mucho más fácil me será vencerle ahora que le conozco de cara y de nombre... No obstante, vigila más que nunca. Y muy decidido a acabar de una vez para siempre con ese bandido a quien ya he condenado, créeme que no dejaré escapar la ocasión de librar de él al mundo. Es más, si esta ocasión no viene lo bastante pronto, sobre produciré... Hawey expiará sus crímenes.

— ¡Ya me tienes del todo tranquilo! — dijo sonriendo Blanca, en tanta que Judex se marchaba.

Desde su estancia en el castillo de Joyeuse y particularmente desde que su marido había ahuyentado al genio maligno, la condesa se veía libre del peso de la inquietud que tan cruelmente la había oprimido durante tantos días.

Y, sin embargo, a ratos sentíase invadida por sordo temar, por misteriosa angustia, que gracias a su energía conseguía desvanecer pronto.

Al ver alejarse tan tranquilo, arrogante y bello a su esposo, balbució casi exaltada:

— Vencerá, estoy segura de ello, porque Dios le acompañe!... ¡Dios está con nosotros!

Momentos después, cuando Milton y Primerose entraron en el salón en que los esperaba la condesa, la vieron con una cara radiante, transfigurada por la sublime confianza que el amor acababa de darle. Pero, al ver al americano y a la joven, entristecióse su mirada, se ensombreció su frente y desapareció de sus labios la sonrisa.

En efecto, la señora de Tremouse comprendía en aquel momento la dificultad de su misión.

Se trataba de enterar a aquellos dos seres, tan verdaderamente padre e hija

y tan unidos uno a otro por lazos tan sólidos como los creados por la sangre, de un extraño, un desconocido, haciendo valer sus derechos paternos, se disponía, si no a separarlos del todo, al menos a romper la exquisita y tierna unión de sus almas, tan igualmente buenas y tan íntimamente asociadas.

Dominando la turbación que se había apoderado de ella, y que no dejaron de ver ni Milton ni Primerose, empezó diciendo:

— Amigos míos, estoy encargada de darles una gran noticia... Hagan, pues, el favor de sentarse y oírme.

V alrayendo a su lado a la prometida de Rogelio, que se sentó en un sofá y que la miraba con expresión de asombro rayano en temor, se apresuró a decir:

— Hija mía, no tiene usted nada que temer, ni mucho menos, puesto que lo que voy a contarles es una historia muy feliz.

Como Milton la interrogaba también con una mirada que manifestaba igualmente inquietud, prosiguió Blanca:

— A menudo, querida Primerose, le he oído a usted compadecerse de los pobres niños que no tienen padre ni madre y exclamar desde el fondo de su alma agradecida: «¿Qué hubiera sido de mí si no hubiese tenido este padre adoptivo o si hubiese caído entre gente que en vez de hacerme feliz me hubiese hecho desdichada!»

— Es verdad — repuso la joven; nunca podré agradecer lo bastante al cielo el haber colocado en mi camino al señor Milton.

— ¡Cuántas almas, creadas para la bondad, la luz y la alegría, se han marchitado lamentablemente en la miseria y la vergüenza! ¡No quiero ni pensarlo, pues me causa horror!

— ¡Sí, es espantoso! — repuso la hija adoptiva de James Milton.

Abordando entonces el verdadero objeto de aquella conmovedora conversación, siguió diciendo Blanca:

No quiero ocultarle más tiempo, hija mía, un acontecimiento llamado a transformar totalmente su existencia... Lo que el benévolo y admirable Milton no ha podido hacer, lo ha realizado Dios revelando a mi marido el secreto de su nacimiento de usted.

Al oír estas palabras, Milton y Primerose acercáronse instintiva y espontáneamente y unieron sus manos como si las declaraciones de la condesa les anunciase ya una pronta y dolorosa separación.

Blanca los tranquilizó, diciendo:

— No teman nada, amigos míos... Esa gran noticia que les traigo no puede ni

debe turbar en modo alguno la serenidad de su cariño... La Providencia ha querido, amigo Primerose, que encontrásemos, al mismo tiempo, usted un padre y nosotros un amigo... El hombre que dentro de poco va a estrecharla en sus brazos y a llamarla hija es el señor Bianchini, el antiguo apoderado en América de la familia de Tremense, el cual, en otro tiempo, con probidad, valor y tenacidad incomparables, defendió los intereses de esta familia hasta el punto de recuperar y acrecentar una fortuna que se creía irremediabilmente comprometida... Puede estar usted orgullosa de él, como él lo estará de usted; ambos son ustedes muy dignos uno de otro.

Y dirigiéndose a James Milton, el cual, menos turbado que Primerose, la escuchaba con atención creciente, añadió la condesa:

— Ahora, señor mío, le diré que Bianchini, enterado por nosotros del papel que usted ha representado al lado de su hijo, no pretende en modo alguno disputarle su cariño. Lo único que hará es pedir a usted permiso para quererla como usted mismo la quiere... El infinito agradecimiento que a usted la llena le vedará todo egoísmo... Yo es el su amigo; dentro de poco la será usted suyo.

— Eso es mi mayor deseo — repuso el americano, mientras Primerose, acercándose a la condesa, le dijo efusivamente:

— ¡Muchas gracias, señora, por habernos hablado así! Ya no cabe duda alguna en nuestro espíritu; queda intacta mi felicidad presente y a ella se añade otra: la de pensar que en nada quedará mermada la dicha de mi bienhechor... Y ahora, ¿me permite hacerle a usted una pregunta?

— Digo usted, hija mía.

— ¿Por qué no me ha hablado aún de mi madre?

— ¡Ohracita! — dijo la condesa de Tremense, suspirando. — La gran alegría que tenía usted derecho a esperar no la verá realizada... Hace muchos años que falleció su madre; apenas contaba usted un año cuando Dios la llamó... Pero dejé a su padre, que la quiso y la veneró, el consuelo de decirle lo bueno que fue en este mundo... Espero atenuar la pena que le cause anunciándole que, a falta de caricias maternales, la Providencia le envía a usted una hermana.

— ¡Una hermana! — repitió Primerose, acompañando sus palabras con una inefable expresión de dulzura.

— Sí — repuso Blanca; — pero ¡ay!, ella no fue, como usted, recogida por un James Milton, es decir por uno de los

corazones más nobles que existen en el mundo... No ha conocido ella las alegrías de una existencia limpia ni el apoyo moral del gran cariño que ha rodeado a usted desde que tuvo conciencia de la vida... En este momento no puedo decirle más... Pero sepa que la pobre niña ha sido muy desgraciada y que su alma dolida se ha mejorado ya al contacto de las generosidades que hoy la rodean; no obstante, todavía hay que hacer mucho, para que olvide lo que ha padecido y se libere enteramente del vértigo del abismo a donde ha estado a punto de perecer... Y eso es obra que a usted le incumbe, querido Primerose, más que a nosotros. Por lo demás, a este respecto estoy tranquila, pues le bastará conocer a usted para que no tenga más anhelo que el de imitarla y parecersele.

— ¡Una hermana! — balbuceó Primerose como en éxtasis. — ¡Cuánta voy a quererla!

Con sonrisa llena de celestial bondad repuso la condesa de Tremense:

— Ahora que le he dado toda la gran noticia, no me queda más que llamar a aquel y a aquella que, con la impaciencia que usted puede imaginarse, esperan aquí cerca el bendito instante de poder abrazarla.

— ¿Están ahí los dos? — exclamó la prometida de Rogelio.

— Sí, los dos — contestó la condesa, que se acercó a la ventana e hizo la señal convenida con Jules.

James Milton quiso retirarse discretamente, pero Primerose le detuvo diciendo:

— Quédese, padre, quedese; quiero que esté aquí usted y que conserve a mi lado el lugar que siempre tendrá en mi corazón.

— ¡Hija mía! ¡Hija mía! — exclamó el excelente hombre dando un beso a la joven y sin poder apenas dominar la emoción que le invadía.

En el umbral de la puerta apareció primero Roberto Bianchini, cuyo rostro reflejaba admirablemente toda la grandeza de su alma y la nobleza de su carácter.

De una mirada, padre e hija se vieron y se comprendieron.

Con razón había dicho la señora de Tremense que podían estar orgullosos uno de otro.

Y tras efusivos abrazos, Primerose cogió de la mano a Bianchini y le condujo hasta Milton, que había permanecido aparte contemplando aquella escena conmovedora por demás, con un sentimiento de alegría no empañado por inquietud alguna.

Y es que también él había adivinado a

Blanchini. Y cuando éste hubo sido a su hija, que con voz angelical le dijo: «He aquí el que me ha servido de padre, ambos hombres cambiaron una mirada de admirable lealtad y al mismo tiempo una de esos apretones de manos que sellan las amistades inalterables.

Milton se limitó a decir estas palabras que por sí solas expresaban más que cualquier discurso:

— Su corazón es lo bastante grande para amarnos a los dos.

En aquel momento apareció una joven medio enlutada.

Pálida y temblorosa acercábase la Ojazos, apoyada en el brazo de Judex, al que seguían Blanca y Rogelio.

Tu hermana mayor — dijo a Primerose Blanchini, señalando a la Ojazos.

Ella se adelantó unos pasos, vacilante, pronta a desfallecer.

Aunque Judex y su padre le habían prometido que ocultarían a su hermana las horribles tristezas de su pasado, ella tenía que Primerose la reconociese y le dijera: «¿Cómo! ¿Usted mi hermana? ¿Usted, la cómplice de esa inmundicia *Casa de los Secretos*, la asociada de esos bandidos que se servían cobardemente de mí para que les ayudara en sus crímenes? ¿Usted, que seguramente habrá tomado parte en todas las emboscadas en que esos miserables intentaron destruir mi felicidad y mi razón?... ¡No! ¡No es posible! ¡No es usted ni de mi sangre ni de mi raza! ¡Así, pues, márchese de mí vista!... ¡No quiero verla! ¡Reniego de usted y la detesto!»

Hubo un momento de indecible ansiedad que compartieron todos los espectadores de aquella escena trágica entre todos.

En efecto, Primerose, cuyo primer movimiento había sido el de correr hacia su hermana, detúvose súbitamente.

Miraba con impaciente fijez a la desdichada, cuya actitud tímida y suplica le hubiera bastado para descubrirla.

Lentamente, la prometida de Rogelio, que realizaba verdaderos esfuerzos para concretar los vagos recuerdos que le acosaban, dijo con voz que temblaba ligeramente:

— Tal vez me equivoque..., pero me parece...

Se detuvo en medio del más angustioso silencio.

Después, avanzando hacia la Ojazos, pronta a desfallecer, añadió:

— Sí, me parece que ya la he visto antes.

Pero la voz grave de Judex intervino diciendo:

— No, Primerose; no puede usted haber visto a Clara, porque acaba de llegar del extranjero.

La caritativa mentira desvaneció la incertidumbre de Primerose, y ésta no titubeó más; abrió sus brazos a su hermana, que se dejó caer en ellos extenuada y sollozando.

— Y ahora — dijo Blanchini en cuanto las dos hermanas cambiaron los primeros besos — en monester que conozcáis toda mi vida, y ustedes también, amigos míos... Quédate aquí todos... ¡Qué consuela para mí contar en su presencia a mis dos hijas lo que ha sido mi vida durante tan largos años! Estoy seguro de que ya me quieran, pero creo que en cuanto me oigan me querrán aún más.

En tanto que cada cual se instalaba para escuchar el relato del misero, Judex llevóse aparte a Rogelio y le preguntó:

— ¿Y don Casto?

— Lo he encontrado en el calabozo de la baronesa de Apremont. Daba pena verle; estaba medio muerto... Me ha contado que la baronesa intentó suicidarse cortándose el cuello con un pedazo de cristal, y que él, al verlo, corrió a la celda para impedirle matarse y en aquel momento ella le dio una paliza formidable.

— ¿Y Louchard?

— Se ha fugado.

— Lo supongo, pero no me preocupa ese bandido; en cambio sí me apura la baronesa... Ya ves, Rogelio, que aun no hemos concluido nuestra tarea... ¿Y qué has hecho de don Casto?

— Le he dejado en su casa, en manos de su ama de llaves, que va a aplicarle ventosas.

— ¿No le habrás dado nuestra nueva dirección?

— Me he guardado bien de hacerla.

— En fin, tendremos que estar en guardia más que nunca... La *Casa de los Secretos* no se da por vencida ni se dará hasta que tenga el cuchillo en la garganta.

Y soberbio con su tranquila seguridad, el buen caballero añadió:

— Ahora, vamos a escuchar a Blanchini.

Sentado entre sus dos hijas, el antiguo apoderado de la familia de Tremouse relató en esta forma la historia de su vida:

— Esta acasá hace diez y seis años.

La mina Santa Juana, cuya gerencia me habías encargado la familia de Tremouze, dándome una importante participación en los beneficios, me aseguraba una fortuna tan considerable como sólida, y ya vivía completamente feliz con mi querida mujer y con mis dos hijitos Clara y María, a quienes adoraba.

Aquellos cinco años de mi vida fueron para mí un sueño tal, que me figuraba que había de durar eternamente; pero el despertar fué terrible, inesperado... ¡Bien caro pagué aquella parte de cielo en la tierra!

Perdonadme mi emoción, hijas mías.

Pero cuando pienso en la inolvidable y no olvidada compañera que perdí, mi dolor por no volverla a ver se aumenta con el amargo pesar que siento al pensar que tampoco vosotros la veréis nunca. —

En medio de la emoción general, prosiguió Roberto Bianchini:

— Como todos los años, tuve que venir a Francia para negocios.

Mi intención era venir solo.

Pero mi mujer, mi querida Rosita, me suplicó tanto que la trajera conmigo, y también a las niñas, que no tuve más remedio que ceder.

Cuántas veces me ha pesado haber sido tan débil!

Después de un largo viaje muy agradable y exento de todo incidente, llegué a París y, siguiendo mi costumbre, me alojé en el Grand Palace.

Acompañábame mi joven secretario, Carl Friedrich.

Voy a decir algo de este muchacho... Decla ser de origen polaco, pero todo me induce a creer que era alemán y que había ocultado astutamente su identidad para poder entrar más fácilmente a mi servicio. Acababa de nacionalizarse americano. Tenía modales más que correctos, era notablemente instruido, hablaba varias lenguas, había cursado profundos estudios médicos, y al cabo de un año de servicios verdaderamente eminentes supo granjearse toda mi estima, mi confianza y mi simpatía.

También me acompañaba la institutriz de mis hijas, la señorita Elsa Rhamer, que se decía suiza y cuya fidelidad hasta entonces estaba por encima de toda prueba.

En aquella sazón parecíame vivir rodeado de una atmósfera de perfecta seguridad, y estaba muy lejos de sospechar que el tal Friedrich y aquella Elsa, unidos ambos por una secreta intriga de la que me enteré luego y que más se basaba en el interés que en el amor, se

disponían a hacerme traición del modo más espantoso.

El señor Bianchini hizo una pausa.

En el vasto salón del castillo de Joyeuse se hubiera podido oír el vuelo de una mosca.

Ea tanto que Primerose y Clara, cautivadas por aquellas revelaciones, se acercaban a su padre, éste prosiguió un tono que cada vez se tornaba más amargo y doloroso:

— A los pocos días, mi mujer, que nunca había tenido muy buena salud, cayó enferma.

Gracias a los cuidados que le prodigó un buen médico, el doctor Martens, se alajó pronto el mal, y mi querida Rosita entró en franca convalecencia, cuando, una noche, recibí un cablegrama que me llamaba con urgencia a América.

Algunos enemigos competidores que en vano habían intentado apoderarse de la concesión de la mina Santa Juana, aprovechándose de mi ausencia, consiguieron sobornar a buen número de mis obreros... Empezaron los destrozos, y si quería yo evitar pérdidas irreparables urgía mi presencia en aquel lugar para hacer fracasar las intrigas y reparar los daños causados.

Ante todo consulté con el doctor Martens, y éste me declaró francamente que, si bien mi esposa no se hallaba en estado de salud que le permitiera emprender un viaje tan largo, nada impedía que viajase yo, pues la enferma se hallaba en buen camino de curación. Además, me aseguró el doctor que él velaría por la pobre Rosita con la mayor solicitud y que aceptaba toda responsabilidad. Su vasta ciencia y su elevado valor moral eran garantías suficientes de su palabra.

Por lo tanto, tomé mis disposiciones.

Y, dirigiéndome particularmente a sus hijas, añadió:

— Cuando anuncié mi decisión a vuestra madre vi que se le llenaban de lágrimas los ojos.

Pero por grande que fuera el dolor que le causaba nuestra separación, se mostró sumamente valiente.

— Espere más — me dijo, — no puedes quedarte aquí, no sólo porque están en juego nuestros intereses y los de nuestros hijos, sino también porque debes defender los intereses de la familia de Tremouze, pues nuestra conciencia no nos perdonaría el haberlos descuidado.

Esta noble declaración, tan conforme con las normas de toda mi vida, me devolvió ánimos.

Y después de darle las instrucciones más claras y detalladas, confíe mi tole-

ario de cheques a mi secretario Friedrichs y recomende mucho el cuidado de mis hijas a su institutriz Elsa.

Los dos me prometieron y juraron que podía contar con ellos como conmigo misma, y después de abrazar a mi Rosita, me marché muy contristado, pero sin ninguna inquietud, y convencido de que a las pocas semanas aquellos a quienes dejaba en París vendrían a reunirse conmigo y proseguiríamos juntos el curso de nuestra feliz existencia.

Pero, ¡ay, hijas mías! no volví a ver a vuestra madre, y a vosotras no os he vuelto a encontrar sino al cabo de diez y siete años de horrible ceguera, y gracias a este hombre admirable, al conde de Tremonne, a quien debéis amar como yo le amo y venero.

Y en un arrebato irresistible, levántese Bianchini.

Por el resto le corren lágrimas.

Acércoselo Judex y le dijo:

— Repóngase, amigo mío, y continúe su relato.

— ¡No antes de estrechar en mis brazos al hijo de mi antiguo amigo, el héroe a quien debo que mis ojos no se cierren ante la nada y la desesperación!

Momento de inolvidable emoción fué el abrazo de aquellos hombres que tanto se debían uno a otro y que parecían igualmente contentos de probárselo.

Y sentándose de nuevo en medio de sus hijas, prosiguió Bianchini:

— Ahora, amigos míos, van a revivir conmigo un drama horroroso, que he podido reconstruir durante las indagaciones que hice desde que llegué a Francia, y así se percatarán de todo lo que he padecido.

Casi inmediatamente después de mi marcha, se agravó el estado de mi mujer, al parecer de modo tan alarmante como inexplicable. El doctor Martens encargó a Friedrichs, que al igual de Elsa parecía afligidísima por la inesperada recida, que me telegrafiasse inmediatamente la terrible noticia.

Ahora bien: he aquí el cablegrama que recibí en la misma fecha en que agonizaba mi pobre Rosita:

*Su señora continúa en estado inmejorable; las niñas, bien. Saludos.*

FRIEDRICHS.

En tanto que se elevaba un murmullo de indignación, exclamó Roberto Bianchini:

— ¿Qué había pasado? Voy a decirselo y juzgará hasta dónde puede llegar el crimen.

Friedrichs y Elsa eran dos traidoras. Tentados por el gran capital que había dejado a su disposición al confiar tan imprudentemente al tatarario de cheques a mi secretario, habían resuelto apoderarse a cualquier precio de las grandes cantidades que dejó depositadas en el banco, y empezaron por envenenar a aquella que más adelante podría frustrar sus cálculos o convertirse en implacable acusadora.

Los miserables se arreglaron muy desahogado para no despertar las sospechas del doctor y menos aún las de la policía. Redoblaron sus cuidados junto a la víctima, no apartándose de la cabecera de su lecho, prodigándole alientos y consuelos; en una palabra, representando admirablemente su infame comedia, tanto, que mi Rosita querida, antes de exhalar el último suspiro, recomendaba sus hijas a sus verdugos.

Cuando todo hubo acabado, y mi esposa, encerrada en el ataúd por sus asesinos, fué trasladada al cementerio, Friedrichs y Elsa, que habían continuado asechando a todas por su irreprochable conducta, salieron del *Grand Palace*.

Dijeron que habían recibido orden mía de llevar las dos niñas a América, y fueran saludados por la simpatía y consideración de todo el mundo.

Al día siguiente, sin duda para despistar toda investigación, deshicieron de la menor de mis hijas, de ti, María querida, que hoy respondes al nombre de Primerose, que te dió tu padre adoptivo y que debes conservar siempre; de ti, que tuviste la inesperada suerte de tropezar en tu camino con un hombre de corazón y honor cuyo nombre bendeciré mientras me quede un soplo de vida.

En cuanto a ti, Clara, te confiaron a Elsa, que no había de tardar en desaparecer a su vez.

Ya porque a Friedrichs le pareciese peligroso dejar con vida a una mujer que poseía semejante secreto, ya porque quisiera conservar para sí solo la verdadera fortuna que me había robado, o acaso por ambas razones a la vez, no vaciló en matar a su cómplice.

Y ahora veréis con qué habilidad maquiavélica y con qué audacia infernal ese monstruo, dotado del genio del mal, realizó el plan que se había trazado.

Después de confiar a Clara a gente cuyo concurso se había asegurado con miras la *Caza de los Secretos*, cuya organización a través del mundo tenía ya en

proyecto, desapareció durante varios años sin que nadie supiera lo que hacía ni dónde se ocultaba.

Probablemente trabajaría en la obscuridad en la realización de sus espantosos proyectos.

En cuanto a mí, ignorante de todo lo que sucedía, esperaba con febril impaciencia, allá en la mina Santa Juana, la primera carta de Rosita, cuando un día recibí la siguiente misiva, fechada en París:

*Señor Bianchini: Con gran sentimiento le comunico a usted la muerte de su amada esposa.*

*Como me he apropiado las fondos que tenía usted en el banco y no tengo el menor deseo de restituirlos ni quiero que nadie me moleste por este asunto, he creído conveniente quedarme con sus dos hijas, que serán mi salvaguardia.*

*Más adelante se las devolveré, cuando ya no me exponga a ser procesado y condenado; además, supongo que usted las lavará en buen precio... Reciba usted la expresión de mi más sincero agradecimiento por la confianza que me ha demostrado, y queda de usted v. a. y antiguo secretario.*

FRIEDRICH.

A esta carta de tan salvaje ironía había añadido el miserable una postdata concebida en estos términos:

*Es inútil que me persiga usted, pues perdería el tiempo y el dinero.*

Primersamente creí que aquella era una broma de mis enemigos con objeto de volver a alejarme.

Pero pronto tuve que rendirme a la evidencia.

Envíe un cablegrama a París, y me confirmaron la muerte de mi pobre Rosita y la pérdida de mis hijas, que se las habían llevado el secretario y la institutriz.

El miserable me había escrito la verdad.

No quiero decirles lo mucho que padecí entonces. Durante veinticuatro horas creí que me iba a volver loco, y ganas me vinieron de levantarme la tapa de

los sesos y acabar con una existencia que se me antojaba un martirio insostenible.

Sólo el pensar en vosotros, hijas mías, impidió mi muerte.

Poco a poco me recobré, considerando que no tenía derecho a abandonaros a vuestra terrible suerte y si, en cambio, el deber de consagrar todas las fuerzas morales y materiales de que disponía para encontraros a las dos.

Afortunadamente, descubrí un hombre joven, activo, inteligente y honrado que me reemplazase en la mina y he tenido la suerte de ver que no me ha cegado y que es digno de toda la confianza que puse en él.

Vine luego a Francia y empecé mis pesquisas.

Sin gran dificultad conseguí enterarme de parte de los hechos que acabo de contaros. Pero, a pesar de todos mis pasos y afanes, me fué imposible hallar a mis hijas.

Poco tiempo había transcurrido desde el momento del crimen hasta el en que pude lanzarme en persecución de los criminales. Además, Friedrich, que había preparado reposadamente su crimen, no descuidó nada para asegurarse la impunidad.

Así y todo, no me cansé y seguí mis indagaciones, que no las he abandonado en diez y siete años.

A veces abrigaba alguna esperanza, pero pronto se desvanecía ante la implacable realidad que siempre se negaba a devolverme mis hijas, hasta el día en que por un anuncio de un periódico me enteré de las proposiciones que me hacía el infame Friedrich.

¿Qué hubiera ocurrido si no me hubiese atraído y puesto en guardia Jaime de Tremouse?

Pero, en fin, ya estamos todos reunidos.

Sólo nos queda olvidar nuestras penas y vivir felices bajo la mirada tutelar y dulce de la florada desaparecida, cuya alma nunca dejará de habitar entre nosotros.

— Y castigar a los culpables! — exclamó Jufex con acento de admirable energía.

Todos se acercaron a Bianchini, felicitándole y expresándole la ardiente simpatía que las terribles pruebas padecidas le atraían.

— Señor mío — dijo la condesa Blanca, — es usted nuestro huésped, lo mismo que sus dos hijas; ignoro sus proyectos, pero sepa usted que siempre estará nuestra casa a su disposición.

— Mis proyectos son bien sencillos — repuso Bianchini con una sonrisa: — con-

glatan simplemente en vivir dichosa y en no turbar la felicidad de nadie; así, pues, pienso elegir una casa próxima a la de ustedes, en primer lugar porque quiero permanecer cerca de mis queridos amigos, y además, porque es muy justo que Primerose pueda distribuir su tiempo entre sus dos padres.

— Señor Bianchini — dijo James Milton, mostrando a Rogelio, que insensiblemente se había acercado a su prometida: — ahí tiene usted un guapo mozo que, suceda lo que sucediere, se cuidará de ponernos de acuerdo.

— Ya lo sé — dijo sonriendo el antiguo minero.

Y poniendo la mano de Primerose en la de Rogelio añadió:

— ¿Qué podríamos temer de dos corazones que sólo desean amarse?

A estas palabras de Bianchini, la Ojo-zos se sintió invadida por profunda tristeza.

Blanca se acercó a ella, y le dijo con infinita dulzura:

— ¿Quiere usted que la acompañe al cuarto que le he preparado?

Con mucho gusto, señora — respondió la hija mayor de Bianchini con acento de extremada gratitud.

— Cuente usted conmigo, hija mía, que le ayudaré a olvidar todas las amarguras de un pasado que ya no existe... Si padece usted aún, si sigue usted experimentando a ratos ansiedad e incertidumbre, acuda a mí, acépteme por confidente y por amiga.

— ¡Oh! ¡Sí, señora, con muchísimo gusto! — respondió Clara Bianchini, a quien aquel ofrecimiento de compasiva dulzura conmovió profundamente.

— Venga usted también, Primerose — dijo la señora de Tremouze.

Y las tres desaparecieron en medio de un surco de luz y de juventud en que ya no había sombra alguna.

— ¡Miguel! — dijo a Bianchini y a Milton. — Ya ha terminado la primera parte de mi misión; ahora voy a comenzar la otra.

No bien hubo pronunciado estas palabras, entró un criado anunciando:

— Don Casto ruega al señor conde que le conceda el honor de recibirle.

— ¿Don Casto aquí? — exclamó Judex, volviéndose a su hermano. — ¿Cómo ha podido averiguar nuestro paradero?

— Ese misma pregunta yo — repuso Rogelio en el colmo de la sorpresa.

Jaime de Tremouze dijo al doméstico:

— Que entre don Casto a mi despacho. Y añadió, dirigiéndose a sus amigos:

— Dispenséme, caballeros, pero es

absolutamente indispensable que reciba ahora mismo a nuestro amigo.

Y al alejarse balbució:

— ¡Con tal que ese animal no haya cometido alguna otra fechoría!

## III

## EN EL CASTILLO DE JOYTRUS

— ¿Usted por aquí? — preguntó Judex al entrar en el despacho, en donde le esperaba el director de la Agencia *Geleritas*; y con acento de no disimulado mal humor añadió:

— ¡Vaya unas cosas que hace usted! ¡Dejar escapar a mis prisioneros! ¡Habrásse visto!... ¡No procedería usted de otra manera si estuviera afiliado a la Gaceta de los Secretos! Decididamente...

No continuó.

El infortunado don Casto se había arrojado a sus pies exclamando:

— ¡Oh, no! Judex, no! ¡Cualquier cosa menos eso!

En lastimoso estado, lleno de chichones, arañazos y equimosis y con la nariz hinchada y entumecida, dijo jadeante al policía particular:

— Dígame usted que soy un majadero, un animal, un necio, todo cuanto usted quiera... Cómeme de los más sangrientos reproches, condéneme a pasar varios años en los calabozos del Castillo Rojo, todo lo aceptaré contento por recibir de su mano el castigo que me haga oír mi inconcebible tontería... ¡Pero, por favor, no me acuse de haberle hecho trairón!... ¡Si pudiera suponer que me cree usted capaz de semejante felonía, no tardaría en sesbar con mi vida!... Ya lo he intentado...

— Vamos, levántese usted — dijo Jaime de Tremouze, algo desairado por la vehemente ingenuidad con que don Casto le manifestaba su arrepentimiento.

Levantóse don Casto y respondió:

— ¡Sí, Judex, ya he intentado morir!

— ¿De veras?

— Se lo juro; allá, en el Castillo Rojo, en aquella celda donde la miserable bacanosa me encerró después de administrarme una gran paliza, cuyos huellas está usted viendo... Comprendiendo que una vez más me había embromado y que justamente he merecido la cólera de usted

y persuadido de que no me perdonaría esta nueva imprudencia que hubiera podido tener para usted y para los suyos consecuencias desastrosas, averiguando de mí mismo y enloquecido por la responsabilidad en que había incurrido, me despedí de Daisy y del Sardinilla y quise degollarme con un trazo de cristal.

Don Casto había pronunciado esta última frase con tal intensidad cómica, que Judex, perdonándole por completo, replicó sonriendo:

— Por lo visto, el cristal era de muy mala calidad.

— Nada de eso... Era excelente; lo que ocurrió es que perdí demasiado pronto el conocimiento.

— Siempre será usted el mismo!... ¡Ah don Casto, don Casto! Indudablemente no ha nacido usted para policía.

— Harlo lo sé...

— Creo que le valdría a usted más renunciar a explotar el cargo de su tío Pachón.

Pierda usted cuidado; en cuanto Daisy vuelva de América con la herencia, liquidaré la *Agence Ceteris*.

A todo esto, no me ha dicho usted cómo ha podido descubrir nuestras señas.

Tranquilizado por la indulgencia de Judex, contestó don Casto:

— Muy sencillamente: después de separarme de su actor hermano, que había tenido la amabilidad de acompañarme en auto a mi casa, en vez de subir las escaleras, me escondí detrás de la puerta y al a Rogelio que decía al chófer:

— ¡Al castillo de Joyeuse!

— Después de cuidarme, darne frías y vendarme, ayudado por mi buena ama de llaves, me sentí muy aliviado; y, desoso de dudarle con usted, me dije: «Veoos dónde está ese castillo de Joyeuse de que oigo hablar por primera vez...» Y no ha sido difícil averiguarlo... Y así ha venido, querido conde, y le garantizo que llegaba muy compungido al franquear el umbral de esta sinuosa morada... Tenía que mandara usted a sus criados echarme a la calle... Y en ese caso, ¿a hubiera sido mi sentencia de muerte... Pero no, mis temores eran quimericos: no sólo me ha recibido usted inmediatamente, sino que su bondad le ha movido a perdonarme, lo cual aumenta mi cariño, mi respeto y mi fidelidad.

— Ahora — dijo Judex — va usted a quedarse aquí, sin moverse para nada.

— Se lo prometo.

— Le instalaré en un pabellón aislado que hay en el fondo del parque; allí le llevarán a usted la comida y encontrará una biblioteca bien provista para dis-

trarse, y no se moverá usted de allí hasta nueva orden.

— Entendidos, querido maestro.

— Una pregunta más...

— Diga usted...

— ¿Está usted seguro de que al venir aquí no le ha seguido nadie?

— Absolutamente nadie; puede usted dormir tranquilo.

— ¡Ya lo veremos! — repuso Judex, algo escéptico.

En un rincón del salón principal del castillo de Joyeuse reuniéronse aquella noche, después de cenar, Rogelio y Primerosa, aislados de todos.

Hablaban quedo y tiernamente del risueño porvenir que los esperaba.

Muy confiados en Judex, cuyo poderoso brazo bastaba para apartar de ellos la horrible influencia del genio maldico, y seguros de que ninguna nube obscurecería en lo sucesivo al cielo azul de su felicidad, no pensaban más que en vivir su sueño.

Lo vivían.

Poco a poco, Judex, Blanca, Milton, Bianchini y Clara, aprovechando la esplandidez de una noche serena, habíanse trasladado a la terraza que dominaba el valle del Sena y entablaron una charla íntima y agradable en medio de un paisaje mágico de tranquila belleza.

No tardó Bianchini en ver que su hija mayor, que estaba sentada a su lado, había desaparecido.

Algo inquieto, porque había observado que durante toda la cena Clara se esforzaba en combatir la melancolía que la rodeaba, se levantó y entró en la casa, suponiendo que su hija habría ido a su cuarto.

Al entrar en el salón, vió a la Ojaxos que, en pie, medio oculta detrás de un biombo, contemplaba con extraña y dolerosa mirada a Primerosa y Rogelio, que cambiaban sus amables confidencias.

Entretenida con aquel espectáculo tan tierno, no había visto a su padre acercarsele.

Instintivamente unió sus manos, y con ademán de desesperación las tendió hacia aquellos dos seres felices, cuyo sublime egotismo los llevaba tan lejos de los demás.

Lentamente empezó a derramar lágrimas.

— ¡Clara! — dijo en voz baja Roberto Bianchini.

Porque adivinaba el drama que trastornaba el corazón de su hija.

Volvióse la Ojaxos, y sin pronunciar una palabra, apoyó la cabeza

en el hombre de su padre, que se la llevó a una sala próxima y le preguntó:

— ¿Por qué lloras, hija mía?

La Ojazos dejó escapar un grito que era toda una confesión de su alma desgraciada:

— Llora porque nunca seré yo tan feliz como ellos.

— ¿Por qué dices eso?

— Después de lo que he sufrido...

— Pímona más bien en lo que vas a ser, en la que ya eres... Cuando el señor de Tremese, con gran tacto y prudencia, me reveló las circunstancias en que le había encontrado, muy grande fue mi dolor... Pero luego me habló del despertar de tus buenos instintos y de lo muy sincero y espontáneo que era tu arrepentimiento... Así y todo, para estar completamente tranquilo, yo necesitaba verle... Te he visto... Me has parecido una pobre criaturita que, después de haber estado perdida mucho tiempo en las tinieblas, ve de pronto una luz y se deslumbra... Y así como hay milagros que curan instantáneamente los males del cuerpo, ¿por qué no los ha de haber que curen rápidamente las tristezas del alma?... Sí, ¿por qué no crees tú haberte quedado moralmente sano, a partir del día en que has comprendido donde estaba la verdad?... No tienes tú la culpa de que la vida te haya sido contraria. Has sido víctima de la suerte. Tu hermana y tú habéis seguido destinos opuestos... Pero no hay caminos, por grande que sea su separación, que puedan llegar a encontrarse. Las dos me habéis sido devueltas al mismo tiempo, y si Primerosee ha sido la no favorita del destino, tú serás y eres ya la predilecta de mi corazón.

Al oír estas palabras, que derramaban un bálsamo divinamente reparador en sus heridas aun recientes, respondió Clara:

— Padre, acaba usted de decirme palabras que nunca hubiera esperado oír y que bastan para desvanecer la duda que seguía flotando en mí... No contento con enseñarme el bien, me ha hecho usted amarle en seguida... Aquí, junto a usted, respiro una atmósfera nueva, no oigo más que palabras justas, no contemplo sino rostros francos. ¡Sí, todo eso es la verdadera felicidad!... Yo no la sospechaba, y cuánto quiero en usted esa felicidad de que era indigna y que usted me ha traído con su bene paternal!

Bianchini, lleno del más noble entusiasmo, exclamó:

— Estabas muerta, amadísima hija mía, y ahora has resucitado!

Howey había aceptado el desafío que

Judex le lanzara en el café de la Puella; y así como el buen caballero del derecho estaba decidido a acabar con el jefe de la Casa de los Secretos, el genio del mal había jurado anular el poder que se había abizado ante él para destruirlo.

Todas las emboscadas sabiamente tramadas contra Judex habían fracasado, volviéndose contra los que las habían tendido; parecía que Judex era invulnerable.

Estaba dotado de tal poder y disposición de medios tan extraordinarios, que Howey pensaba con inquietud:

— ¿Llegaré a vencerle, yo que hasta ahora he despiestado todas las investigaciones, he buido en jagua a los más temibles policías y me he burlado de todas las justicias de este mundo?... Sin embargo, esta situación no puede prolongarse. Si no sucumba él, he de perecer yo... Después de todo, tengo sobre él la ventaja del que no ha de retroceder ante nada para llegar a su objeto, aun cuando tuviera que sacrificar a todos los que él ama.

Solo en una de sus guardias, que Judex no había podido descubrir aun, con la cabeza entre las manos y la boca crispada por una mueca letal, reflexionaba.

Al cabo de una hora de meditación, que no fue interrumpida por nada, se levantó. Su horrible mueca había desaparecido, cediendo el puesto a una sonrisa serena y tranquila. Sus ojos, muy flúidos, parecían abrirse ante una visión nacida para darle grandes esperanzas.

Fuése a un tocador en el que había un gran ropero tan variado como bien provisto, escogió un traje muy sencillo, se puso una peluca gris, barba y bigote postizos, salió a la calle, cogió un coche y se trasladó a la calle Bergère, al domicilio de la baronesa de Apremont.

— ¿Está la baronesa? — preguntó así que le hubieron abierto la puerta.

— Sí, señor.

Y, sin esperar la menor explicación, entró Howey en un aposento lleno de bédiles, en medio del cual se agitaba la aventurera.

— ¿Conque nos vamos de viaje, amigo mío?

— Es que... — dijo la baronesa, visiblemente turbada, pues había reconocido a su jefe a pesar de su disfraz.

— Te pregunta — repitió Remigio el Tuerto con sarda cólera — si te marchas de viaje!

— ¿Por qué no? — dijo la de Apremont en son de bravata.

— ¿Sin mi permiso?... Me parece que te vas tomando demasiadas libertades.

— ¡Ya estoy harta! — dijo enérgicamente la enemiga de don Casto.

— No te comprendo — repuso burlanamente el doctor.

— ¿Quieres que precise?... ¡Pues bien, lo haré!... Tengo el presentimiento o, mejor dicho, la certidumbre de que la *Caza de los Secretos* está condenada irremisiblemente.

— ¿De veras?

Desde que Judex ha entrado en lucha con nosotros, nada nos ha salido bien, confíesalo... Y sólo por un verdadero prodigio he podido escaparme de sus manos... No quiero que vuelva a repetirse semejante prueba... No somos de talla ni tú ni yo para defendernos contra ese hombre. Así que renuncio a la lucha.

— Baronesa, vas a hacerme el favor de abandonar tus proyectos de partida y tus huiles. Y vas a venirte conmigo, porque aun necesito tus servicios.

— ¿Y si no quiero?

— Querrás.

— ¿Lo crees así?

— Estoy segura de ello.

— ¿Y por qué?

— Porque no puedes negarte.

La de Apremont no pudo reprimir un ademán de espanto. Howey siguió amenazador y terrífico:

— Debes de haber perdido la cabeza para imaginarte que iba yo a dejarte marchar sin más ni más... Y aun suponiendo que hubieras conseguido huir, deberías prever que no podrías ir muy lejos... No ignoras que todos aquellos de los nuestros que intentaron hacernos traición o simplemente que nos abandonaron en el momento de la lucha fueron siempre castigados con gran severidad... Por mucho que puedas pensar y por grave que sean los peligros que nos amenazan, la *Caza de los Secretos* es aún bastante poderosa, y su jefe, Remigio, llamado el Tuerto, tiene todavía el brazo suficientemente largo para castigarte si intentares substraerte de los compromisos que contraíste con nosotros.

Por lo visto, las palabras del doctor se apoyaban en argumentos irresistibles, porque, a medida que hablaba, la arrogancia con que la baronesa había comenzado su conversación transformábase poco a poco en una actitud de sumisión profunda.

Subyugada, dominada enteramente por el genio maléfico, de quien estaba destinada a seguir siendo presa, murmuró temblorosa:

— Tienes razón... Estaba loca... Te obedeceré.

— ¡Eh, eh, eh! — replicó Remigio, Y gravemente añadió:

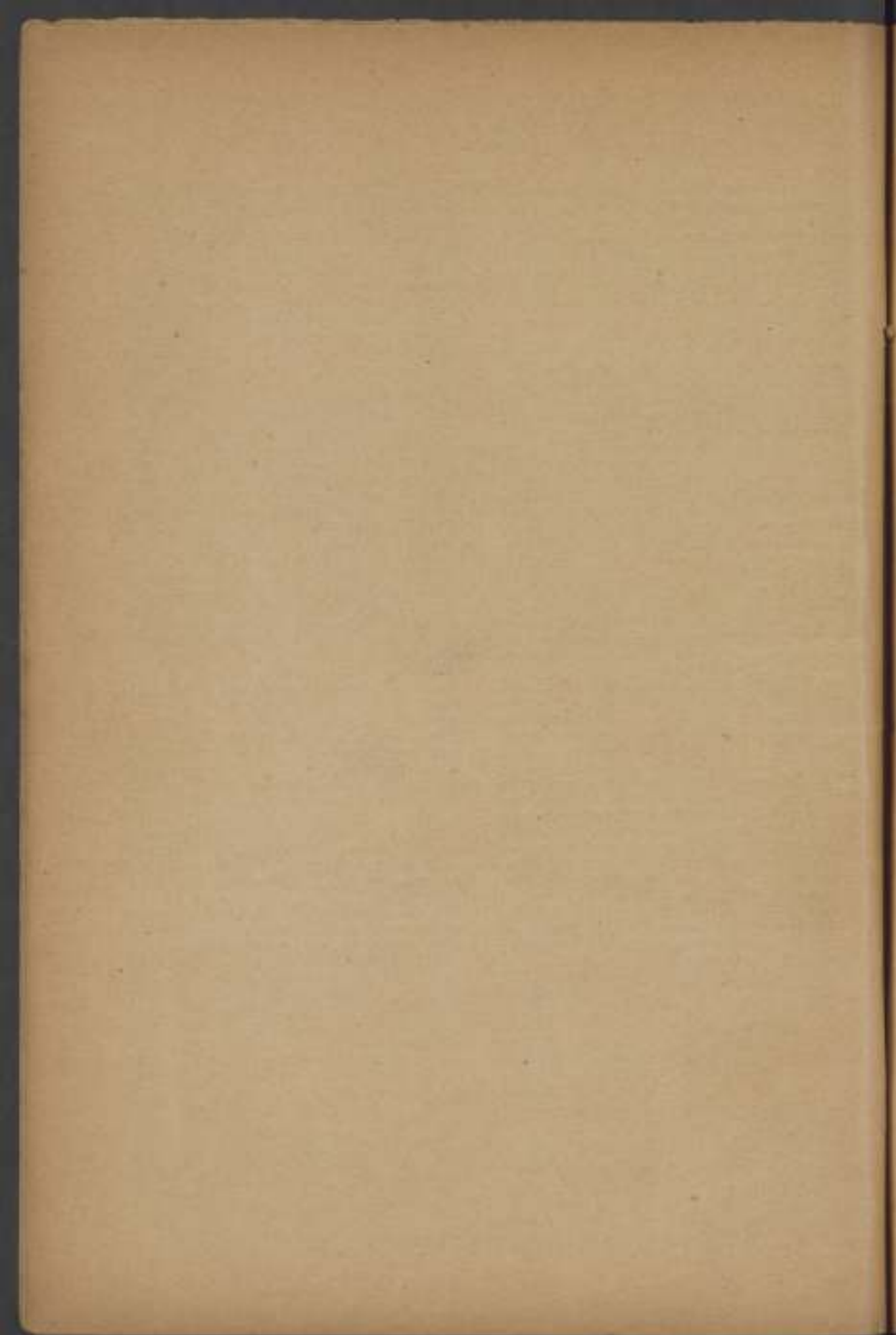
— Como acabas de decir, Judex me ha provocado a un duelo a muerte y sin tregua. Uno de nosotros ha de quedar en el campo... Será él... En efecto, baronesa, para deshacernos de Judex he inventado un medio mucho más seguro que el veneno, el hierro o el fuego... Y para realizarlo necesito tu ayuda. Ven conmigo, y en el camino te diré lo que has de hacer... Creo que no quedarás descontenta del papel que te he asignado en este último acto del drama. Todo lo que pueda decirte es que si triunfamos, y triunfaremos, no le pesará el haber servido hasta el fin a la *Caza de los Secretos*.

Y los dos zoccos, mejor dicho, los dos monstruos, salieron de la casa de la calle Bergère.

¿Qué habría podido engendrar la diabólica imaginación del siniestro Howey?

A eso de las once de la noche, cuando todo dormía en el castillo de Joyeuse y la luna se ocultaba detrás de las nubes, una sombra misteriosa exploraba el parque.

Era la baronesa de Apremont, que, vestida únicamente con un traje de punto, negro, ceñido al cuerpo, ejecutaba las órdenes de su amo.



## UNDÉCIMO EPISODIO

### EL CRIMEN INVOLUNTARIO

#### I

##### EL NIÑO ENFERMO

— Mamita!

— ¿Qué, Juanito?

— Quisiera dar un paseo.

— Ven conmigo al dispensario, que te conviene tomar el aire.

— Bueno, mamá.

Y cogiendo de la mano al niño, la condesa Blanca salió del castillo de Joyeuse y se fué al pueblo, que estaba a unos quinientos metros de la magnífica finca en donde Julex había llevado a su familia.

— ¿Veré pronto al abuelito, mamá?

— Sí, hijo mío.

Juanito hizo una larga pausa; parecía que deseaba decir algo y que no se atrevía. Al verla, le preguntó Blanca:

— ¿Qué tienes?

— Nada.

— Sin embargo, hace un rato jugabas y corrías y ahora te veo muy triste...

— Te aseguro que no tengo nada.

Blanca le puso la mano en la frente y notó que estaba ardiendo.

— ¡Qué extraño! — balbució la hija del banquero. — ¿Te duele la cabeza?

— No, mamá; estoy muy bien, muy bien... Dime, ¿por qué no viene nunca el abuelito con nosotros?

— Ya te lo he dicho, hijo mío, porque hay gente mala que quiere matarlo.

Con implacable lógica, dijo Juanito:

— ¿Pero por qué no encarcelan a esos malvados?

— Esas preguntas no debe hacerlas un niño de tu edad — repuso Blanca,

que siempre se turbaba cuando el niño hablaba de su abuelo.

— ¿Por qué? — preguntó el angélico.

— Porque para comprender ciertas cosas hay que ser mayor.

— ¿Y cuando seré ya mayor?

— Dentro de unos años.

— Entonces iré a defender al abuelito contra los malos.

Momentos después, Blanca y su hijo llegaron al dispensario de Santa Margarita. Era un vasto edificio debido a la generosidad de la señora de Tremouze, madre de Julex, que en memoria de su marido quiso consagrar parte de sus rentas personales a dotar de obras de solidaridad social los diferentes lugares en que era propietaria.

El dispensario, dirigido por un médico excelente, el doctor Varchin, prestaba grandes servicios a las poblaciones circundantes; allí eran completamente gratuitas las consultas y las medicinas.

Desde que vivían en el castillo de Joyeuse, Blanca acudía con frecuencia al dispensario.

Gracias a la bondad que emanaba de ella y a las afables palabras que dirigía a todos, pronto adquirió en aquel medio de desheredados gran simpatía y una popularidad de buena ley.

Cuando entró con su hijo en la gran sala en donde aguardaban los enfermos, oyóse un murmullo de gratitud. Blanca se acercó a ellos interrogándolos con interés y teniendo carifosas palabras para todos.

El doctor Varchin, que había venido a saludarla, le daba todas las explicaciones necesarias.

— ¿Quién es ese hombre? — preguntó

al punto Blanca al médico, señalándole un anciano que, sentado en un banco, algo apartado, contemplaba el suelo con mirada que parecía servir de espejo a la muerte.

— Es un vagabundo forastero — contestó el médico; — ha llegado ayer, y como lo he encontrado muy mal, le hice ingresar aquí. Esta mañana he querido interrogarlo y me ha contestado con frases incoherentes; parece atacado de imbecilidad, y ahora que ha venido aquí no me atrevo a despedirlo.

— Si, no le echo — dijo la condesa.

Y muy compasiva se acercó al desdichado.

— Padece usted mucha, buen hambre? — le preguntó con aquella voz que ya era un consuelo.

El anciano levantó lentamente la cabeza mostrando una faz hirsuta y demacrada. Miraba alternativamente a Blanca y a Juanita, el cual, algo asustado por el aspecto salvaje del anciano, se asió inútilmente de la falda de su madre.

Entonces los ojos del vagabundo, que parecían apagados para siempre, ilumináronse con una llama ardiente y misteriosa.

De pronto asió el brazo de Blanca y lo apretó balbuciendo con voz ronca:

— ¡Gracias, buena señora, gracias!

Después tendió su mano temblorosa y callosa por encima de la cabeza de Juanita, diciéndole entre sollozos:

— Yo te bendigo, hijo mío.

Esto impresionó mucho a Blanca, que se acercó al médico y le dijo:

— Doctor, se lo recomiendo muy especialmente.

No bien había pronunciado esas palabras, Juanita prefirió un grito y cayó a tierra inanimada.

La señora de Tremense levantó al niño y se lo llevó al despacho del doctor, en medio de la consternación general. Tendieron en un sofá, y ya se disponía el doctor a reanimarle, cuando Juanita volvió en sí diciendo:

— Mamá, mamá, me duele mucho, mucho...

Cerró de nuevo los ojos, como si la luz aumentase su padecimiento.

— Doctor — preguntó Blanca, presa de dolorosa angustia. — No será cosa grave, ¿verdad?

— Así lo espero — replicó el señor Varchin; — por lo visto estaba indispuerto, y al ver a ese vagabundo habrá bastado para provocar ese breve desmayo que estoy convencido de que no tendrá ninguna consecuencia... Dejémosle descansar y, entretanto, puede usted tele-

fonar al castillo y pedir el coche... Acuéstelo luego al niño y déle uned cada hora una cocheradita de esa poción que voy a prepararle ahora mismo, y esta tarde a las cinco pasará a ver al enfermita.

— ¡Dios mío! — exclamó la condesa.

— Le repito, señora, que estoy convencido de que no será nada... Ya va usted que ahora descansa tranquilamente; no tiene fiebre, así que no debe usted alarmarse... Creo que mañana estará completamente bien.

— ¡Dios lo quiera!

A pesar de las afirmaciones optimistas del doctor, no estaba muy tranquila la señora de Tremense; a más de la ansiedad que le causaba el súbito malestar de su hijo, sentíase ella invadida por una turbación singular que atribuía al disgusto de ver enfermo al niño.

Cumplió exactamente todas las declaraciones del doctor.

Y cuando acostaron a Juanita, que ya había abierto los ojos y bebido a su mamá y a Jaime, que, mandado llamar por Blanca, había acudido inmediatamente al castillo, el niño parecía reanimarse y pidió sus juguetes.

Se los dieron, pero muy pronto se cansó de jugar, y llevándose la mano a la frente, dijo:

— Mamá, otra vez me duele...

Momentos después se le declaraba una fiebre intensa.

— ¡Tan tal que no sea una meningitis! — pensaba la condesa.

Y al momento mandaron a llamar al doctor Varchin, que se apresuró a acudir.

Después de un detenido reconocimiento, declaró que estaba completamente seguro de que Juanito no padecía de la terrible enfermedad que tenía su madre.

Sin embargo, visiblemente perplejo, reservó el diagnóstico y añadió:

— Si para la una de la madrugada no ha bajado la fiebre, hámenme en seguida... Pero le repito que por ahora no veo ningún peligro. Sigua dándole regularmente la poción... Creo que pasará la noche tranquilo y que mañana ya estará bien.

La señora de Tremense se instaló a la cabecera del lecho del niño.

Judex, que llevaba un buen rato contemplándole, pensó:

— ¡Qué cosa tan extraña! ¡Qué rara está! Sólo la he visto una vez así, una sola vez... y fué en la *Francia*, una hora antes de que entregase a Primerose, durante el sueño hipnótico en que la había sumido el doctor Howey, la carta que su padre le había enviado aquel día por conducto de Kerjean... Si, tenía el mismo

entorpecimiento, la misma postración, los mismos síntomas.

Y Judex se preguntó a sí mismo:

—¿Habrá descubierto nuestro retiro el genio maldico? ¿Se habrá abatido sobre nuestra mansión y seguirá sirviéndose de Primerose para algún nuevo crimen?... En efecto, la súbita enfermedad de este niño es cosa inexplicable. Las relaciones del doctor Varchin, que es un médico excelente, prueban que el mismo está indeciso para diagnosticar y yo mismo me siento invadido por la inquietud del misterio. Veo que tengo que luchar contra el demonio...

Y, apelando a toda su sangre fría, Judex, que iba a basar todos sus actos en una sólida convicción, acercóse a la condesa y le preguntó:

—¿Cuándo comenzó a quejarse Juanito?

—Esta mañana, durante nuestra visita al dispensario.

—¿Había pasado buena noche?

—Excelente.

—¿Estás segura de que ayer no ha entrado aquí ningún extraño?

—Segurísima.

—¿Ni siquiera Primerose?

—No, nadie.

Judex reflexionó unos segundos, tras lo cual prosiguió:

—¿Y no habéis encontrado a nadie durante el camino de Santa Margarita?

—A nadie, y debo decirte que Juanito, que tal vez no estaba tan alegre como de costumbre, me preguntó con mucha insistencia por su abuelo.

—Pero ¿no hablasteis con nadie durante el trayecto?

—Con nadie.

—¿Y en el dispensario?

—Allí conversamos con el doctor Varchin y también con la mayoría de las enfermeras que esperaban sus cuidados.

—¿Y no había entre ellos ningún desconocido?

—Sí, precisamente había un vagabundo a quien nunca han visto por aquí y que el doctor Varchin admitió ayer por caridad.

—¿Y os ha hablado ese vagabundo?

—Me ha dado las gracias con una efusión algo familiar, pero muy conmovedora.

—¿Y ha hablado a Juanito?

—Sí, y hasta ha alargado el brazo por encima de su cabeza para bendecirlo.

Y Blanca, que empezaba a entrever la verdad hacia la cual le guiaba Judex con su habitual prudencia, añadió con trágico acento:

—Y en ese momento se ha desmayado Juanito.

No preguntó más Judex. Ya sabía a qué atenerse y dijo a Blanca:

—Esposa mía, quedate al lado de nuestro hijo... Si sientes fatiga o sueño, llama a esa buena mujer que tantas pruebas de fidelidad nos ha dado, y que te recompense ella al lado del niño, pero sólo ella, nadie más.

—¿Crees, acaso, que vuelva el genio del mal?—preguntó aterrizada la condesa.

—Sí —respondió francamente Judex— pero le suplico que no te alarmes demasiado... Prevenido a tiempo, podré impedir fácilmente la desgracia que nos amenaza... y te prometo que la impediré y ya sabes que puedes confiar en mí palabra...

—Lo sé.

—Por lo tanto, no te cuides más que de Juanito. De la demás mi encargo ya... Hasta luego, amada mía...

—¿Te vas? —preguntó la condesa con cierta inquietud.

—Sí, pero no me alejaré... Vele más que nunca y puedes estar segura de que mi solicitud no flaqueará.

Después de dar un beso en la frente húmeda y abrasada de Juanito, abrazó Judex a su admirable esposa y le dijo:

—Ten valor, que ya llegamos al fin de nuestras pruebas. Va a empezar el último acto del drama.

—¿Quiera Dios que sean castigados los malos y recompensados los buenos?

—¡Así será! —afirmó el conde de Tremense, con acento de confianza ilimitada en el destino que le había convertido en el caballero del derecho y el justiciero del honor.

## II

## EN LAS TINIEBLAS DE LA NOCHE

Al salir del castillo de Joyeuse, Judex fue inmediatamente al dispensario de Santa Margarita.

En seguida pidió al doctor Varchin datos acerca del vagabundo. El doctor le respondió que éste, que por la mañana parecía tan contento de que le hubieran admitido en el dispensario, desapareció subrepticamente poco después de la visita de la señora de Tremense.

No insistió Judex; ya no podía abrigar ninguna duda: el vagabundo era la últi-

una encarnación de Howey, verdadero hechicero moderno, para acercarse a aquellas en quienes ejercía sus infames maleficios.

Judex, enterado de lo que deseaba saber, volvió al punto al castillo, llamó a su hermano y le dijo:

— Ambos de adquirir la prueba de que el doctor Howey ha vuelto a empezar las hostilidades. El miserable, que gracias a la nueva inconsecuencia de don Casto ha descubierto nuestro refugio, ataca a Juanita, era por medio de un fluido extraordinario de que dispone, ora por otro procedimiento cualquiera, que no tenga tiempo de indagar, ha conseguido atacar con un mal misterioso al pobre niño, mal que ha despiñado la ciencia del doctor Varchin. No creo que el miserable piense cometer un crimen tan odioso como inútil; más bien supongo que sólo pretende intimidarnos. Por consiguiente, no tardará en manifestarse de una manera cualquiera. Aguardemos, pues, a pie firme en el mismo terreno elegido por él para entablar la lucha. Presiento que se acerca el desenlace y es nuestro que nos preparemos. Ante todo conviene que Howey no sospeche que estamos en guardia; por lo tanto no debemos entrar a nadie de nada de esto, ni siquiera a Milton y mucho menos a Bianchini y sus dos hijos; y no porque tenga una indiscreción por parte de ellos, no; pero hemos de reconocer que nos rodea una verdadera nube de espías invisibles que acechan con escrupulosa atención. Y como, según el plan que me he trazado, es indispensable que Howey esté persuadido de que no sospechamos sus propósitos, crea que la mejor es no dejar entrar a nadie en nuestros confidentes; nosotros nos bastaremos para todo.

— ¿Y Favraux? — preguntó Rogelio.

— Creo que por ese lado no debemos temer nada. Por listo que sea nuestro enemigo y por bien enterado que esté, no pueda creer que averigüe el escondite donde se encuentra Favraux. Tengo para mí que las últimas manifestaciones de su genio infame no son más trabajos para acercarse a un secreto de que quiere apoderarse, pero que aun no tiene.

— ¿Y don Casto?

— Don Casto — dijo Jaime de Tremese — lo reservo para un papel importantísimo.

— ¿Cómo? Después de todas las torpezas que ha cometido? — exclamó Rogelio, muy sorprendido al oír hablar así a su hermano.

— Déjame decirte que hasta ahora

todas las torpezas de don Casto han producido resultados muy felices.

— Después de todo, tienes razón.

— Don Casto está destinado a representar muy pronto un papel importantísimo sin que él lo sospeche, por supuesto; ya verás, querida Rogelio, el partido que sacaremos de él y el desquite que le prepararé... Y ahora hablemos un poco de lo que hemos de hacer... Para que el doctor Howey no sospeche que hemos descubierto sus proyectos, es preciso que no se varíen en nada las costumbres de Joyeuse, a fin de que el doctor crea que, lejos de estar alerta, hemos disminuido considerablemente nuestra vigilancia. He aquí cómo vamos a proceder. Después de cenar, subire yo al cuarto de Blanca para ver cómo sigue Juanito, y enfrente tú te llevas a nuestros invitados a dar una vuelta por el parque y te arreglas de modo que este paseo se prolongue hasta anochecer. Luego volverás a casa, organizarás una partida de cartas que os entretenga hasta las once, y después, cuando ya se hayan ido todas a sus respectivas habitaciones, tú, en vez de irte a la tuya, bajas a la sala de billar, cuyas luces habrás tenido bien cuidado de apagar, y desde detrás de las persianas cerradas de una ventana que habrás dejado entornada acecharás cualquier ruido que venga de la carretera...; pero, sobre todo, no intervengas en nada hasta que oigas mi silbido; en este caso, no dudes: será señal de que la batalla está empezada y de que necesito refuerzos... Entretanto, yo simularé salir de casa en automóvil con Bianchini, pero no tardaré en volver sin que me vean, y si, como supongo, el genio del mal viene a rondar esta noche nuestra casa, te aseguro que será la última vez que el miserable la emprenda con nosotros... ¡Ya la he sentenciado!

Toda sucedió como lo había previsto el conde de Tremese.

Mientras Blanca, secundada por su fiel mujer de confianza, permanecía a la cabecera del lecho de Juanito, en el cual parecía haber producido excelente efecto el medicamento recetado por el doctor Varchin, Jaime de Tremese, que había dado a sus huéspedes las más tranquilizadoras noticias acerca del estado del niño, presidió la cena, en la que reinó la más encantadora cordialidad.

A las once entró un criado y anunció al conde de Tremese que le llamaban al teléfono.

Acudió Judex al llamamiento; poco después volvió al comedor y con cara de gran contrariedad dijo que le llamaban a París para un asunto urgentísimo que

no admitía demora, y confiando a Rogelio el cuidado de distraer a sus invitados, salió ostensiblemente del castillo a las nueve de la noche, en automóvil, guiado por su inseparable Bautista, y a gran marcha llegó a San Germán y tomó la carretera de París.

Para a los pocos kilómetros empezó a dar grandes rodeos y se dirigió a una carretera secundaria; volvió otra vez a su casa, pero, en lugar de entrar en ella por la puerta principal, empezó por recorrer la tapia que rodeaba el parque, examinándolo muy de cerca con la mayor atención.

Se detuvo mirando con insistencia parte del muro de piedra. Sin duda su mirada experta descubrió allí huellas más que sospechosas, si no significativas, puesto que con acento de satisfacción no equivocó habuició:

— ¡Todo va bien! No me he engañado. Hace un cuarto de hora que el enemigo está en la plaza.

Adelantóse Judex unos pasos y eligió un sitio que ofrecía ciertas facilidades de esconderse, y con notable seguridad encaramóse a la tapia y dejóse caer silenciosamente al parque; escuchó un rullo, y como no se oía ruido alguno, se internó al través de los cuadros de flores. De vez en cuando dirigía una mirada al castillo y veía todavía luz en algunos cuartos. De pronto se paró, contentiendo el aliento, y escondióse detrás de un corpulento Fresno. Parecía que acababa de oír un ligero ruido de pasos en la grava. Esperó un instante. No se había equivocado. Efectivamente, eran pasos que se encaminaban al castillo. Judex sacó tranquilamente la pistola del bolsillo y siguió aguardando. A los pocos segundos se perfiló una sombra muy distinta de la que él esperaba. En efecto, Howey era mucho más flaco y no tenía el andar tan pesado...

Un hombre con un sombrero blando calado hasta los ojos y con el cuello de la americana levantado proseguía el camino con recelosa lentitud.

Judex se decidió a seguirle, procurando no intervenir, y le dejó continuar su camino. Pero así que llegó al pie de la escalera, acercóse a él en dos saltos, le puso la mano en el hombro y con voz breve e imperiosa le preguntó:

— ¿Quién es usted y qué hace aquí?

El individuo, que no había notado que le espionaban, se estremeció, y del sobresalto cayósele al suelo el sombrero, dejando al descubierto un rostro lleno de temor y de sorpresa.

— ¡El señor Favraux! — exclamó el oculto, e inmediatamente, sin dar tiempo

a que el banquero pronunciase una palabra, añadió con severidad: — ¿Cómo ha podido usted infringir mis órdenes?... ¿Es que quiere perderse y perdernos a todos?

— ¡Jaime — dijo con voz suplicante Favraux, — no he podido resistir al deseo que me devoraba. Esta mañana, desde la propiedad contigua donde me he refugiado con Kerjean, he visto a mi hija que venía en coche y traía en brazos a Juanito mantenido y muy pálido... Como usted me ha prohibido terminantemente salir de mi nuevo retiro, no tenía medio de enterarme; y para calmo de desdichas, el teléfono que comunica directamente con el castillo de Joyeuse no funcionaba. Y muy intranquila y temiendo que el niño, ese niño que le es todo para mí y gracias al cual me he convertido al bien, temiendo, digo, que ese niño pudiera morirse, he venido aquí para darle el último beso, cosa que ya intenté hacer esta mañana, pero Kerjean me lo impidió... Y he esperado a que éste se durmiera para venir...

Y con voz en que se reflejaba toda la desesperación humana, añadió Favraux:

— ¿Cómo sigue Juanito?

— Esta noche, cuando le he dejado, estaba bastante bien...; en fin, ya que ha venido, suba usted a verle.

Pero en aquel mismo instante salió del fondo del parque un grito terrible de desesperación y espanto.

Inmediatamente corrió Judex a la casa, subió las escaleras del primer piso y entró en el cuarto de Blanca, donde no vió más que la mujer de confianza volando al lado de Juanito, el cual descansaba tranquilo y sin fiebre.

— ¿Y la señora? — preguntó Jaime con voz ahogada.

— Ha salido hace diez minutos.

— ¿Pero cómo la ha dejado usted salir?

— La señora confiesa se había dormido rendida de cansancio en esa butaca; de pronto se despertó y me dijo que acababa de soñar que se moría Juanito y que para desvanecer esa terrible pesadilla se iba a la capilla del parque a rezar, a la capilla donde se casó... He hecho cuanto he podido para impedirle...

Jaime no la escuchaba ya. En cuanto oyó que había ido a la capilla del parque tuvo un sobresalto terrible, pues de allí era de donde había salido el espantoso grito que le había hecho estremecerse.

Temblando de cólera y ansiedad, salió Judex, y una vez fuera dió tres silbidos para llamar a Rogelio.

Este acudió al punto.

— ¡Hermoso — le dijo Judex, — ven pronto conmigo. Blanca está luchando

con Howey; ven a salvarlo, ven a destruir al genio del mal!

Y ambas corrieron en dirección de la capilla.

Favraux había desaparecido.

## III

## EN LAS ESCALERAS DE LA CAPILLA

Blanca de Tremouse, al ir a media noche al santuario donde un año antes se había unido con su esposo, obedecía más que a un acto de amor maternal a cierta sugestión misteriosa que poco a poco se iba apoderando de ella.

Guiada por una voluntad tanto más implacable cuanto que no parecía suya, había salido del castillo, y cruzando repentinamente el parque se llegó al oratorio.

Era éste un monumento de estilo gótico muy en armonía con el paisaje circundante.

Blanca subió las escaleras y quiso entrar en la capilla; pero como la puerta estaba cerrada, arrodillóse en uno de los escalones y empezó a orar casi en voz alta, exclamando entre sollozos:

— ¡Piedad, Dios mío! ¡Piedad para mi hijo!

En esto, una varrajada siniestra y diabólica se oyó junto a ella.

— ¡No es a Dios a quien se debe implorar, sino a mí! — dijo una voz impregnada de sarcasmo y de odio.

Al oír estas palabras se levantó Blanca de un salto, como si una fuerza sobrenatural la moviera.

A ese movimiento impulsivo sucedió un gemido de horror.

Howey estaba allí, posando en ella su mirada de misterio.

— Usted? — balbuceó Blanca.

— Sí, señora condesa — replicó el jefe de la *Caza de los Secretos* con calma y energía a la vez.

Y acto seguido añadió:

— No he venido aquí para sostener una larga conversación con usted... Unicamente le diré que la vida de su hijo está en mis manos, y que puedo salvarle o matarle. Creo haberle dado bastantes pruebas de mi poder para que no ponga en duda mis palabras... así, pues...

— Señor — exclamó Blanca en el colmo del espanto, — no será usted tan cruel...

— Cada cual lucha con las armas de que dispone... Yo me defiendo atacando.

— Si tiene algo de qué vengarse, vénguese en mí, pero no toque a mi hijo — repuso la madre, desesperada.

Con terrible frialdad Henigis el Tuerto exclamó:

— Créame, señora, que no deseo más que no hacer ningún daño a su hijo, porque es muy simpático y muy bueno; pero para ello ponga una sola condición: que me dé usted las señas del banquero Favraux.

— ¡Bien sabe usted que mi padre ha muerto!

— Yo sé que su padre vive... y esto es un secreto que vale para mí una fortuna... Conque díjale usted: o su padre o su hijo.

— ¡Miserable!

— Eso no es una respuesta.

— ¡Socorro! ¡Socorro!

— ¡Calle usted!... ¡Calle usted!

Y como leca de dolor, la condesa cayó en las escaleras de la capilla profiriendo aquel grito desgarrador que Judex y Favraux habían oído. Howey prosiguió:

— Puesto que usted lo quiere mañana por la mañana su hijo estará muerto.

— ¡No! ¡No! — repuso Blanca, arrastrándose a los pies del bandido.

— Entonces, contésteme a lo que le pregunto.

En esta oyéronse pasos precipitados. Howey escuchó y dijo:

— ¡Alguien viene! ¡No fallaba más que eso!

Y desapareciendo por entre los árboles dirigió a Blanca una mirada amenazadora, al tiempo que exclamaba:

— ¡Peor para usted! ¡Usted lo habrá querido!

Blanca intentó correr tras él, gritando con voz ronca y dolorida:

— ¡Piedad! ¡Piedad!

E iba a caer al suelo, falta de fuerzas, cuando en aquel momento un hombre que acababa de surgir la recibía en sus brazos.

— ¡Padre! — exclamó la señora de Tremouse al reconocer a Favraux.

— ¿Qué ha sucedido? — preguntó el banquero. — ¡Habla, hija mía!

Pero la joven acababa de perder el conocimiento, y en vano intentaba su padre reanimarla, cuando apareció Judex acompañado de Rogelio.

Entre los tres se la llevaron al castillo y la acostaron. Al poco rato, gracias a

los cuidados que le prodigó Judex, volvía en sí la pobre madre.

— ¡Qué horror! ¡Qué horror! — fueron sus primeras palabras.

Y cogiendo febrilmente la mano de su esposo, dijo:

— ¡Jaime, esto es horrible! Hace un momento Howey me ha hablado en el parque, junto a la capilla, y me ha dicho que si no le entregaba a mi padre metaría a mi hijo... Y lo hará, estoy segura de que lo hará.

Galvanizada por el amor materno, levantóse Blanca, y sin dar a Judex tiempo de retenerla corrió al cuarto de Juanita gritando:

— ¡Voy a protegerle!... ¡Voy a defenderle!... Ven conmigo, Jaime, que presiento que no bastaremos los dos para salvarle...

Al entrar en el cuarto de Juanita, que dormía apaciblemente, dijo Judex a la criada que velaba:

— Váyase a descansar un rato, hija mía; la señora y yo velaremos al niño.

Y añadió, dirigiéndose a su esposa:

— Ya ves que está tranquilo y no tiene fiebre. Ya está casi curado...

Pero Blanca, cual si de nuevo le abandonaran las fuerzas, exhaló un profundo suspiro y se dejó caer en el sillón colocado junto a la cama del niño, y al momento se quedó dormida.

Judex la miraba atentamente.

Pronto pudo observar que no dormía, sino que estaba sumida en un sopor invencible.

Por la mirada de Judex cruzó una luz extraña, dirigida sucesivamente a Blanca y a Juanita. Y en tanto que dos lágrimas asomaban a los párpados de aquel hombre tan dueño de sí y de su voluntad, balbució estas palabras, cuyo verdadero significado sólo él comprendió:

— ¡Qué miserable bandido! ¿Cómo habrá podido llegar a tanto?

Y en silencio, cual una sombra, pasó al cuarto de al lado.

En aquel momento todo parecía dormir en el castillo de Joyeuse.

Al cabo de un cuarto de hora, Blanca pareció salir del sopor en que se había sumido, y, levantándose de la butaca y con mirada fija, sin expresión, andando a escudillas, se inclinó hacia Juanita, que empezaba a dar señales de agitación.

Con movimiento de automata llegó la madre a un armario, del cual sacó un frasco absolutamente igual al que contenía el medicamento recetado por el doctor Varchin, lo destapó y echó unas

gotas en un vaso de agua que había sobre la mesita de noche.

Dispuso a despertar al niño para administrarle ese brebaje, cuando una mano le quitó con gran destreza el vaso.

Era Judex que, escondida detrás de un biombo, acababa de surgir de pronto, interviniendo en el momento elegido por él en aquella escena que parecía tan vulgar. Mientras la joven, bajo la influencia del estado hipnótico en que la había sumido Howey, permanecía en su puesto, muda, inmóvil e inconsciente, Judex se llevó a la nariz el vaso que acababa de arrebatarle y lo olió detenidamente.

— Me lo figuraba — dijo — y no me he equivocado. ¡Howey manda a la madre envenenar a su hijo! Esto pasa de todo lo que puede concebir una imaginación criminal. Ahora ya no debo tener miramiento alguna para con él. ¡Con qué alegría voy a matarle!

Y cogiendo el frasco que contenía el veneno, añadió:

— ¿Cómo este frasco, que contiene el tóxico que empleaba yo en algunos experimentos químicos y que estaba encerrado en la caja de caudales, ha podido llegar a este armario para que Blanca le emplease en la ejecución de su crimen voluntario?

Inmediatamente el conde de Tremense, acordándose de que la condesa era la única persona que conocía con él el secreto de la caja de caudales, reconstruyó los hechos en la forma en que debieron de suceder.

Howey había llegado a introducir en el castillo de Joyeuse uno de sus espías que pudo suministrarle datos exactos, tanto acerca de la topografía de la casa como de los usos y costumbres de sus habitantes. Y con esos datos seguros sugirió a la señora de Tremense la idea de coger el frasco de veneno descubierta por su espía y verter su contenido en el vaso de agua destinado a Juanita.

Como siempre, Judex había acertado en su razonamiento.

En efecto, así habían sucedido las cosas. Y la persona que tan exactamente había documentado al bandido era su fiel cómplice, la baronesa de Apremont.

Pero una vez más había llegado a tiempo el caballero del denuedo para impedir al genio del mal el cumplimiento de su odioso crimen, el más terrible de todos cuantos se pueden imaginar: el de una madre que mata a su hijo.

Jaime miraba con dolorosa expresión a Blanca, la cual, librándose de la in-

fluencia oculta de Hawey, empezaba a salir del estado de hipnosis en que la había sumido el jefe de la Casa de los Secretos.

Totalmente inconsciente del horroroso drama que estaba a punto de desarrollarse en el cuarto de su hijo, exclamó al ver a su marido:

— ¡Estabas aquí!... Qué raro!... Me parece que he dormido...

Y recordando de pronto la escena acaecida en las escaleras de la capilla, exclamó:

— ¡Dios mío! ¡Dios mío!... Ese hombre, ese monstruo me ha dicho...

— No temas nada por tu hijo — le dijo inmediatamente el conde de Tremense, interrumpiéndola y señalando a Juanito, que se despertaba en aquel momento: — en adelante estarán vigilados sus días; no le ocurrirá nada..., te lo garantizo...; ninguna influencia mala y ningún poder tenebroso podrá prevalecer contra la guardia que yo mismo voy a organizar en torno suyo... Estás rendida de fatiga, Blanca. Vete a descansar un rato. Yo pasaré la noche al lado de nuestro hijo y le velaré, como a ti, pensando en ti y viviendo para ti.

El angelito, que había abierto los ojos y se encontraba muy bien, dijo con voz algo entorpecida aún por el sueño:

— Sí, sí, papá, quedate aquí conmigo..., y tú, mamá, vete a dormir, que yo te prometo ser muy bueno.

#### IV

ES DONDE SE VE QUE JUDEX PREPARA AL MISMO TIEMPO QUE SU TRIUNFO DEFINITIVO EL ÉXITO DE DON CARLO

A las nueve de la mañana siguiente el conde de Tremense salió del castillo de Joyeuse y se encaminó al parque, como si quisiera dar un paseo matutino.

Pronto desapareció al volver una alameda y llegóse a un pabelloncillo situado al extremo opuesto del lugar en que se hallaba la capilla.

El pabellón parecía completamente abandonado. Judex dio vueltas al rededor de él, y en vez de llamar a la puerta o a los postigos, hermeticamente cerrados, dió varios golpes en la entrada de una

nueva que desaparecía bajo un montón de hierba.

Casi al mismo tiempo se oyó ruido de pasos y de dentro del subterráneo salió una voz que decía:

— ¿Es usted?

— Sí, soy yo; ábreame.

La puerta giró sobre sus ruidosas gomas y asomó una nariz, verdadera trompeta de bersalido, destinada a anunciar algún importante personaje.

Entró Judex, sin decir una palabra, detrás de don Carlo; se internó en un vestíbulo oscuro y después en un cuarto iluminado por un quinqué.

Entonces preguntó Judex jovialmente:

— ¿Cómo se encuentra, don Carlo?

— Mucho mejor — replicó el policía privado, que se tenía una nueva mercurial.

Y mostrando un rostro lleno aún de arañazos y golpes, añadió ingenuamente:

— Con una buena capa de polvos de arroz aun podría pasar por guapo mozo.

— Si, un efecto — respondió Judex, — y me alegro tanto más de que ya esté bien, cuanto que he venido para devolverle la libertad.

— Muchas gracias, pero no la acepto...; llevo una mala temporada y temo volver a cometer muchos disparates.

Pero el conde Jaime, que indudablemente seguía un plan bien meditado, repuso:

— ¡Y si yo le ordenara que saliese de aquí?

— Obedecería, pero con gran sentimiento.

— Pues bien: se lo ordeno.

— ¿Pero es que quiere usted que me asesinen los *Caradars de Secretos*?

— Voy a darle la ocasión de un desquite asombroso.

— Le confesaré que no me siento en muy buenas disposiciones.

— No imperia...; lo único que tiene usted que hacer es pasearse ostensiblemente por los alrededores del castillo, por el pueblo y por la orilla del Sena; en una palabra: por dondequiera que puedan verla bien a usted.

— Poca cosa es.

— Mucho más de lo que usted cree... Por supuesto, que en cuanto observe usted algo interesante o vea personajes sospechosos tiene que avisarnos inmediatamente... No me moveré en todo el día del castillo de Joyeuse.

— ¡Comprendido!... Y, aparte de lo que acaba usted de decirme, ¿no tiene que encargarme otro servicio especial?

— Nada — replicó Jaime.

— Perfectamente.

Tras esto se marchó el esposo de Daisy, se aflojó melindrosamente, tomó un buen baño y salió con el sombrero inclinado contra la oreja, el bastón en la mano y la nariz enroscada... Fué al pueblo, lo recorrió todo y al no ver nada interesante ni sospechoso llegó a la orilla del Sena, algo inquieto, pero también algo conforiado.

Poco después se le escapó esta exclamación:

— ¡Hermosa chica!

A pocas pasos de él acababa de surgir una bellísima criatura, joven, robusta y bien entrada en carnes, que al sonreír enseñaba unos dientes como perlas y que rebosaba alegría por todas partes.

No hacía falta más para inflamar a don Casto, el cual, sin perder un segundo, se acercó a ella y le preguntó:

— ¿Conque dando un paseito, eh?

— Sí, señor.

— ¿Me permite que la acompañe un rato?

— Caballero, soy casada.

— Eso no obsta; no tiene importancia...

— Para usted tal vez no la tenga, pero sí para mí.

— Entonces, ¿es usted una mujer honrada?

— Sí, señor, honradísima, que aun las hay, más de las que usted cree...

— ¿Qué lástima!

— No diga usted disparates — repuso la hermosa mujer medio riendo, medio enfadada. — Por consiguiente, al pretender usted cortejarme pierde miserablemente el tiempo... Pero no faltan por aquí mujeres que tendrían mucho gusto en conocerle.

— ¡Hombre!... Dígame dónde están...

— Creo que encontraría usted distracción en la bostería que se alza a la orilla del agua... Hace días que hay allí una forastera, una señora de París, a quien me parece que no le disgusta coquetear.

— ¿Y es hermosa? — preguntó don Casto.

— ¡Hermosísima!... Morena, con ojos negros que parecen que la quieren devorar todo... Yo, en su lugar, iría a dar una vuelta por allí.

— Me da usted un excelente consejo — repuso don Casto, que no había notado la ironía con que le hablaba su fracasada conquista.

Y al momento, saludando muy cortésmente, añadió:

— Voy a aprovechar la ocasión. ¡Adiós, señora, y muchas gracias!

Y con paso ligero encaminóse don Casto a la hostería, que distaba unos trescientos metros; entró en la planta baja,

se instaló en una mesa con el aspecto de un joven realista cansado y aburrido y que no sabía cómo matar el tiempo.

Una moza rubia y linda, despanillada y risueña, se le acercó al punto y le dijo:

— ¿Qué desea usted, señor?

— Un vaso de vino blanco con agua

de Seltz.

Cuando volvió la camarera a servirle lo que le había pedido, le preguntó don Casto muy amablemente:

— ¿Cómo se llama usted?

— Catalina, señor.

— Pues bien, Catalina, quisiera pedirle a usted unos datos.

— Usted dirá...

— ¿No hay aquí una huéspeda de mucho lujo?

— ¿Una huéspeda de mucho lujo?

— Sí, una señora de París, con ojos grandes y negros... ¿Es amable?

— Es algo orgullosilla y no parece tener muy buen genio...

— ¡Demonio! ¡Demonio!... ¿Y está sola?

— De día, sí, señor; pero de noche viene de cuando en cuando a visitarla un señor de edad.

— Le esencial — repuso don Casto — es que esté libre de día... ¿Y cómo se llama esa señora?

— ¡Es usted demasiado curioso! En fin, se lo diré: es la señora de Durand.

— ¿Y no podría usted decir a esa señora de Durand que aquí hay un caballero que tendría mucho gusto en conocerla?

— ¡Hombre! ¿Por quién me ha tomado usted?... ¿Cree que yo me dedico a encargos de esa índole?... Pero, mire usted, ahí la tiene: pregúnteselo usted mismo.

El director de la Agencia Celeritas ahogó un grito.

En el umbral de la puerta aparecía la baronesa de Apremont.

Cogiendo un periódico que rodaba por la mesa, don Casto se apresuró a transformarlo en un discreto hámbo que momentáneamente le puso al abrigo de toda indiscreción.

Comprendiendo la importancia del encuentro, por nada del mundo quería dar el alfiler a su enemiga.

Pero la aventurera no hizo más que cruzar la sala, y don Casto, mirándola por detrás del periódico, la vió llegar a la orilla del Sena y alejarse con paso tranquilo de pasante aburrida.

Encantado de su descubrimiento, pagó lo que había tomado y se fué directamente al castillo.

En su rostro conoció en seguida Judex que traía una buena noticia y le preguntó:

— ¿Qué hay de nuevo?  
 — He descubierto a la baronesa.  
 — ¿Está usted seguro?  
 — La he visto con mis propios ojos!  
 — ¿Dónde?  
 — En la hostería que hay a la orilla del río.  
 — ¿Le ha visto ella?  
 — No.  
 — ¿Está usted seguro?  
 — Absolutamente.  
 — ¿Y Howey?  
 — De eso no sé nada.  
 — ¿No ha descubierto ningún indicio que le permitiera creer que el bandido acude también a la hostería?  
 — No, por cierto... Sin embargo..., espere... espere... Catalina, la criada, me

ha dicho que por las noches va un viejo a ver a la baronesa.

— Eso me basta — dijo Judex.  
 Y con incomparable sangre fría, añadió:

— ¡Ahora, ya los tengo!  
 — ¿De modo que ha trabajado bien?

— preguntó don Casto.

— Muy bien.

— ¿Y qué debo hacer ahora?

— Dentro de un rato se lo diré.

Y llamando a un criado, le dijo:

— Diga usted al señorito Rogelio que venga a hablarme.

Tras lo cual exclamó con energía y con una fe completa en su destino:

— ¡Al fin ha llegado la hora del castigo!

## DUODÉCIMO EPISODIO

### EL CASTIGO

#### 1.

#### COMPILOT SUPREMO

A la una de la tarde, un viejo vagabundo que parecía rendido de fatiga y debilitado por un ayuno tan prolongado como involuntario, seguía con paso tarde el camino de Triol a Mantes. Poco después se detuvo al pie de una encina y dejó oír tres veces seguidas un silbido ronco que más que un grito humano parecía serlo de fera.

Momentos después, y viniendo de la dirección opuesta, apareció una mujer vestida con sobria elegancia y con el rostro tapado por tupido velo. Era la baronesa de Aprement.

Acercóse en seguida al vagabundo y le preguntó:

— ¿Qué noticias hay?

— Toda va muy mal — replicó el vagabundo, que no era sino Romigto el Tureto: — después de poner a la condesa de Tremese en estado de hipnosis, como tú dije, quise que me condujera al sitio donde estaba su padre... Pero, por primera vez desde que utilizo este poder que me ha dado la naturaleza, la voluntad de la señora de Tremese se ha rebelado contra la mía, y a pesar de todos mis esfuerzos no he conseguido ningún resultado. Busqué otro procedimiento. La condesa, a quien conseguí dominar mentalmente, accedió a la cita que le di en la capilla del parque; y una vez allí le dije que escogiera entre entregarme a su padre o dejar que muriera su hijo... Pásose de roquillas, implorando piedad... Y ya creí que iba a descubrirme su secreto,

cuando acudí gente y tuve que huir a todo correr... Pero aun hoy más deseando convencerme de que conservaba mi influencia hipnótica sobre ella, ordené a la condesa que envenenase a su hijo. Y ella, que la víspera derramó dócilmente algunas gotas del tóxico que bastaron para poner enfermo al niño, ahora ha debido de sustraerse a mi voluntad, puesto que acabo de ver que Juanito goza de perfecta salud... Por eso, en vez de enfrentarme en maniobras de presión, que hasta ahora me han fracasado siempre, he decidido atacar directamente a Judex de modo que no pueda volver a levantarse... Esta mañana he sabido que por estas cercanías se disparaban barrenos para la construcción de vías férreas; he hablado con dos de los obreros encargados de ello, y a fuerza de sacrificios he conseguido que me dieran una caja de explosivos del taller donde trabajan. Esta caja la he guardado en la orilla del río, en una embarcación que tengo allí atracada, y la destino a valar el castillo de Joyeuse con todos sus habitantes... Cuento contigo para esta tarea... El problema consiste en introducir en el castillo la caja de explosivos, después de haberle adaptado un detonador que funcionará por un mecanismo de relojería que he pedido a París esta mañana y que Louchard ha debido de llevarme ya al sitio convenido... Por consiguiente, tú te encargarás de instalar nuestra máquina de guerra. Vestido con ese traje de punto negro que te modela el cuerpo de modo tan sugestivo y te convierte en una sombra nocturna que puede pasar por las parques mejor cerradas sin que nadie la vea, entrarás esta noche en la finca de los Tremese como lo

hiciste ya otra vez con mucho acierto, y dejarás allí la caja; de lo demás yo me encargo.

— Sin embargo, después de todo lo ocurrido anoche, Judex esperará alguna sorpresa...

— ¿Y qué?

— ¡Pues que velará por su seguridad y la de los suyos!

— Indudablemente.

— ¿Y no temes?

— El duelo entre él y yo ha de ser una lucha a muerte; uno de los dos tiene que sucumbir... Y hemos de aprovechar esta ocasión de deshucernos de todos ellos, que tal vez nunca se nos vuelva a presentar.

El tono de seguridad con que pronunció el Tuerco esas palabras acabó de desvanecer las dudas de la baronesa, si es que aun tenía algunas, y con voz firme y decidida respondió:

— Como siempre, tienes razón, y también, como siempre, te obedeceré...

— Creo que no te quejarás luego... Ahora hemos de separarnos... Vuelve tranquilamente a la hostería de la orilla del agua, que pronto iré allí a buscarte.

Separáronse los dos bandidos. La baronesa se encaminó al Sena. En cuanto a Hemiglo, siguió el camino sembrado en donde acababa de tramar el complot supremo; llegó al campo y pronto se deluvo en una pradera desierta; se tendió en el césped, al pie de un corpulento árbol, tapóse el rostro con un pañuelo de hierbas y permaneció así inmóvil, como si le sobrecogiera un profundo sueño. En esa forma quedó una hora. Luego, lenta y penosamente se levantó y volvió a la carretera para internarse en una posada en despoblado, rodeada de espesas zarzales.

No hubiera andado tan confiado el doctor Howey si hubiese podido sospechar que al otro lado de la carretera acababan de verle dos hombres que estaban escondidos detrás de un matorral y se disponían a espiarle rigurosamente.

Esos dos hombres eran el conde Jaime de Tremense y Roberia Bianchini.

— ¡El es! — dijo Jaime a su amigo al oírlo.

— En efecto — respondió Bianchini, — esa vagabundo responde exactamente a la descripción que nos ha hecho el doctor Varchin.

— La posada donde acaba de entrar tiene muy mala fama y seguramente ese bandido contará en ella con amistades y cómplices.

— Entremos nosotros también.

— Sería imprudente e inútil — repuso Judex. — Nos expondríamos tal vez a

caer en alguna emboscada o a que se nos escapase de las manos el enemigo... Más vale esperar que salir, y entonces le seguiremos la pista lo más discretamente posible. Según los datos que me ha dado don Casto, la baronesa no debe de tardar en venir a buscarlo; y una vez que los dos estén reunidos, podremos cogerlos en una misma redada... Lo que yo ya he podido hacer por las razones que usted sabe, querido Bianchini, podrá usted efectuarlo con toda seguridad y en plena luz, desenmascarando si talos doctor americano, al alemán Friedrichs, jefe de la *Caza de las Secretas*.

— ¡A menos que no le mate por mi propia mano! — repuso Bianchini con acento de indecible odio.

## II

## COMPARACIÓN

Al entrar en la posada, Howey subió directamente al único piso que tenía la casa, abrió una puerta y entró en un cuartucho que se hallaba en lamentable estado y en donde había una maleta sobre una mesa llena de grasa y de sebo.

Al ver la maleta, dijo Howey para sus adentros:

— ¡Gracias a Dios que Leuchard ha despachado pronto!

Cogió la maleta y la puso sobre la cama. Tomó luego una llave, abrió el equipaje y de él sacó una caja metálica cuadrada, que tenía adherido un mecanismo de relojería. Lo dejó sobre la mesa, le dio cuerda y, consultando un cronómetro que llevaba en el bolsillo, aguardó mirando atentamente al extraño aparato.

A los dos minutos brotó una chispa eléctrica.

— Funciona bien — dijo el doctor, — si no nos ocurre algún contratiempo, esta noche Judex y su familia dejarán de pertenecer al mundo de los vivos.

De la maleta que le había llevado Leuchard sacó todos los accesorios necesarios a un artista para proceder a la completa transformación de su rostro; empezó por quitarse la peluca y la barba de vagabundo; en cambio, se puso un bigote gris y reaparecieron sus barbas por un traje correctísimo, pasó luego un

sombrero de fieltro blanco y unos lentes ahumados.

Cogió después un traje de punto de seda negra, enrolló en él el mecanismo de relojería, y envolviéndolo todo en un periódico hizo un paquete y salió con él, sin preocuparse de los fondistas, que ni siquiera le habían visto entrar, y con la mayor tranquilidad del mundo se fue por la carretera, sin intentar recomendar para despiantar a cualquiera que pudiera seguirlo.

Pronto llegó a la hostería de la orilla del Sena, y entró allí convencido de que nadie le había seguido.

Obedeciendo a sus instrucciones, esperábase la baronesa de Apremont, la cual le preguntó al momento:

—¿Qué tal?

—Muy bien.

—¿No hay novedad?

—No, nada.

Y tranquilamente, añadió Howey:

—Ya toda es cuestión de horas. Lo mejor que podemos hacer es quedarnos aquí hasta que llegue el momento de abrir... ¿Qué a gusto daría cincuenta mil francos por verlo todo terminado! ¿Qué peso se me quitaría de encima?

—¿Tienes algún contratiempo? — preguntó la baronesa.

—No; al contrario, todo se presenta admirablemente... Pero ya es hora de acabar... Indudablemente, Judex es un adversario terrible... Pero no hablemos más, puesto que ya está condenado.

Y afectando un tono de indiferencia que contrastaba mucho con la preocupación latente que le entristecía la mirada, añadió:

—Dime, baronesa: ¿se come bien aquí?

—Bastante bien.

—Pues encarga una cena que no sea muy abundante, pero sí substanciosa.

—Esbo a encargarla.

—Vuelve pronto.

Y salió la aventurera.

Cuando se quedó solo, encendió Howey un cigarrillo y dirigiendo hacia el techo las bocanadas de humo pareció sumirse en profunda meditación.

Por primera vez en su vida comparaba lo que él había sido y lo que hubiera podido ser.

En efecto, impulsado hasta entonces y dominado por el género de existencia que había elegido, embriagado por la infame voluptuosidad que a todo hombre nacido para el crimen proporciona la satisfacción de sus atroces apetitos, movido en todos sus actos por la ambición de agenciarse el dinero que sus vicios exigían, nunca había tenido hasta enton-

ces tiempo ni ocasión de preguntarse si, en vez de ser un ladrón del pensamiento humano, hubiera podido ser otro hombre.

Pero desde que había estado en contacto directo con Judex, desde que junto a él había respirado esa atmósfera de dicha límpida, de intelectualidad perfecta y de honor íntegro, poco a poco había llegado a tener alguna duda acerca de sí mismo.

Entreviendo por primera vez, con la verdad que empezaba a entrar en él, la odiosa conducta de su existencia infernal, y al mismo tiempo el peligro que instintivamente sentía que le rodeaba, exclamó pegándose en la frente:

—¡Y pensar que con todo lo que tengo aquí dentro hubiera podido ser a la vez un gran hombre y un hombre hogado!

Y con sarcástica sonrisa añadió:

—¡Hombre hogado!... Tal vez eso me hubiera producido más... Pero, en fin, es inútil entretenerse en estas lamentos: ya es tarde, por ahora no pienso más que en mirar por la seguridad presente y garantizar definitivamente la de la *Casa de los Secretos*.

En esto abrióse la puerta y entró la baronesa de Apremont, pálida y descompuesta, y con voz que temblaba de rabia, despecho y miedo a la vez exclamó:

—¡Estamos perdidos!... ¡Están abajo!

—¿Quién? — preguntó secamente el doctor Howey.

—Judex y Bianchini.

—¿Los has visto?

—Sí, se esconden en una salita que comunica directamente con la calle y con el despacho.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque una criada ha abierto súbitamente la puerta y los he visto.

—¿Y ellos, te han visto?

—Supongo que no.

Retregó el Tuerio, muy dueño de sí, miró a la baronesa, que parecía aterrada y le dijo:

—Supongo que no te indispondrás, ahora.

—Confieso que tengo mucho miedo.

—¿Por qué?

—Porque tengo el presentimiento de que nos va a ocurrir una desgracia.

—Si así es, no culpes a nadie, pues tú te la habrás buscado.

—¿Yo?

—Si no hubieras cometido una imprudencia...

—Te aseguro que no.

—A pesar de mis recomendaciones, habrás salido de la hostería con la cara descubierta.

—¿Te jura que no!

—En fin, baronesa, séségate y pro-

cura que no le dé un ataque de nervios, que lo echaría todo a perder.

Y, sin la menor prisa, el jefe de la *Casa de los Secretos* se llegó a la puerta y no se limitó a cerrarla con llave y cerrojo, sino que detrás de ella puso una cómoda para impedir que se abiera.

Asomóse luego a la ventana, miró hacia fuera y creyó ver detrás de un bosquecillo una sombra.

El bandido, que había debido de preparar con meticulosa cautela un proyecto de evasión en caso de alarma, se acercó a una puerta condenada que comunicaba con una habitación contigua y cuya cerradura había descubierto.

Sacó del bolsillo una guirra, abrió con ella la puerta y se encontró en una habitación cuya ventana daba a un terreno plantado de árboles que comunicaba directamente con el campo.

— Espérame aquí — dijo a la baronesa, — y sobre todo, suédate lo que sucediere, no hagas el menor movimiento ni pronuncies una sola palabra, pues de ello depende nuestra salvación.

Y muy tranquilo, al menos en apariencia, se encaramó a la ventana y con gran agilidad se dejó escurrir hasta el suelo, al cual llegó sin el menor rasguño. Miró en torno suyo y dijo para sí:

— ¡Perfectamente! No hay nadie. Bien sospechaba yo que a pesar de toda su habilidad no se le ocurriría a Judex poner un centinela en este lado.

Llegóse a un tirolado que formaba cuerpo con el edificio principal, cogió allí una escalera que había visto la vespersa y la colocó delante de la ventana por donde acababa de escaparse. Subió por ella y llegó al lado de la baronesa, la cual, más muerta que viva, pero completamente subyugada por el terrible Remigio, acechaba con angustiosa impaciencia su regreso.

— Puedes venir, baronesa; ya estamos a salvo.

La aventurera respiró y se dirigió al momento hacia su jefe, que la detuvo diciendo:

— Espera un segundo, que tengo que decir unas palabras al señor de Tremouse.

— Qué imprudencia! — exclamó la de Apremont.

— Nada temas; este paso supremo tiene por objeto asegurarnos la evasión.

A pesar de toda la influencia que ejercía en ella el poderoso fascinador, preguntábase la baronesa:

— ¿Qué habrá ideado?

El doctor se llegó a un teléfono privado que había en la pared, llamó y esperó.

Una voz de mujer sonó en el aparato.

— ¿Quién es?

— ¿Quiéiera hablar al señor de Tremouse? — dijo Remigio.

— ¿Al señor de Tremouse? — respondió algo turbada la hostelera.

— Sí, al señor de Tremouse — repitió deslizando el bandido.

— ¡No está aquí ese señor!

— Sí, señora, y precisamente en este momento se halla en una salita que está al lado del despacho... Sírvase, pues, decirle que el doctor Howey le agradecería que viniera a verle a su cuarto.

— Bueno, voy a decirselo — repuso muy extrañada la hostelera.

— ¡Y ahora, huyamos! — dijo Remigio, llevándose a la baronesa al otro cuarto.

Momentos después estaban en el jardín. Sin apresurarse, Howey volvió a dejar la escalera en el lugar de donde la había sacado, y acercándose a la baronesa, que se había escondido detrás de un árbol, le dijo:

— Ahora, vamos corriendo a la hucha... Mientras Judex sube a mi cuarto, debemos poner el Sena entre él y nosotros. Será cosa fácil y rápida.

Y los dos miserables, corriendo a lo largo del jardín, de modo que nadie pudiera verlos, huyeron hasta la orilla del Sena.

Entretanto, la hostelera daba a Judex el recado que le había encargado el doctor Howey.

— Señor conde — le dijo con mucho respeto, — arriba hay un señor que desea hablarte.

— ¿Un señor? — preguntó Judex algo sorprendido.

— Sí, señor conde.

— ¿Le ha dicho su nombre?

— Sí, señor conde; es el doctor Howey. Al oír este apellido, incorporóse Judex:

— ¡Qué oñal! — exclamó.

Pero, repentinamente al punto y cambiando una mirada de inteligencia con Bianchini, añadió:

— ¿Dónde está el doctor?

— En el cuarto de la señora de Durand.

— ¿La señora de Durand?

— Sí, esa señora morena que lleva aquí varios días y que ha bajado hace un rato para encargarme una buena cena.

— ¡Ah! ¡Muy bien! — dijo el conde Jaime con el tono más natural del mundo.

Y añadió, hablando a Bianchini:

— Subamos, pues, a saludar al doctor, ya que nos invita a ello.

La hostelera gritó:

— ¡Teodoro! ¡Teodoro! Acompaña a estos caballeros al cuarto de la señora de Durand.

Y guiados por el dueño de la hostería, subieron Judex y su amigo la escalera que conducía al primer piso.

Teodoro llamó a la puerta del cuarto de la baronesa, y al ver que nadie respondía, volvió a llamar más fuerte, pero sin resultado.

— ¡Caramba! Mi mujer no sabe la que dice.

Judex, que había aplicado el oído contra la puerta, repuso:

— En efecto, en este cuarto no hay nadie.

— Sin embargo, la puerta de la cocina estaba abierta — dijo Teodoro, — y si hubiesen bajado, seguramente los habría visto ya.

Gravemente, dijo Judex:

— Señor hostelero, usted es un buen hombre, un hombre bondadoso...

— ¡Y me vanaglorio de ello, señor conde!

— Así que supongo que si albergase en su casa a dos granujas no tendría inconveniente en entregarlos a la justicia.

— Eso sería mi deber y lo cumpliría sin vacilar.

— Pues bien: sirvase abrirme de par en par las puertas de este cuarto, porque ha servido y tal vez esté sirviendo aún de asilo a dos de los mayores criminales de nuestra época.

— (Eso es una broma suya, señor conde).

— No por cierto; ande y abra.

— ¡Pero no me podrá ocurrir nada desagradable?

— Nada absolutamente; yo cargo con toda la responsabilidad.

Y cogiendo una llave maestra que el hostelero llevaba en el bolsillo del chaleco, Judex, con la decisión que le caracterizaba, la introdujo en la cerradura, que funcionó inmediatamente; pero la puerta, afianzada por el mueble que contra ella había colocado Howey, resistió a toda presión.

— ¡Cuidado! — exclamó Bianchini. — Seguramente ese oculta algún lazo.

Pero Judex objetó:

— Más bien creo que esta lo ha hecho el doctor para disimular su fuga... Bajemon.

Una vez abajo, preguntó Judex al hostelero:

— ¿A dónde iba la ventana del cuarto que ocupaba la señora de Durand?

— A la fachada del hotel.

Los tres hombres se trasladaron al patio.

La ventana estaba abierta.

— ¡Vaya a buscar una escalera! — ordenó Jaime.

Momentos después, el hostelero volvía

con la escalera que había empleado Howey para facilitar la evasión de la baronesa. Judex la apoyó contra la pared, y revolver en mano, lentamente, con suma precaución, subió por ella. Al llegar a la altura de la ventana, miró dentro del cuarto y observó que estaba vacío. Pensó en la habitación y no se había equivocado: los pájaros habían emprendido el vuelo.

— ¡Nadie! — dijo a Bianchini, que había subido tras él.

Enardecido por esta declaración, el prudente hostelero creyóse en el deber de subir a su vez.

Judex, al ver que la puerta de comunicación había quedado abierta, pasó a la pieza contigua, y al ver el abrigo de la de Apremont, que en la precipitación de la fuga se le había caído al suelo, exclamó:

— ¡No me engañaba yo! Todo esta ha sido una mágica para disimular una marcha singularmente precipitada...

Y añadió tras breve pausa:

— Howey renuncia a luchar conmigo frente a frente... Luego tiene miedo. Buena señal... No nos queda más que salir en su persecución, querido Bianchini, y procurar darle caza.

Y huyendo esta vez por la escalera, Judex y Bianchini llegaron a los bajos.

Judex no tenía más idea que hallar las huellas de los fugitivos. Así que, sin vacilación alguna, encaminó a la parte del edificio en que estaba la ventana por donde habían bajado aquéllos.

Después de orientarse, dando su encaminarse al campo o al río; pero al punto comprendió que, como el campo estaba muy al descubierto, los miserables habían debido de huir por la parte del Sena, al abrigo de los árboles de su orilla.

Y animados nuestros dos amigos del deseo de acabar de una vez para siempre con los infames bandidos, corrieron hacia el río y no bien hubieron llegado allí profirieron a una al mismo grito de miseria.

En medio del agua, en la barca que ocultaba los explosivos destinados por Howey a volar al castillo de Joyeuse con todos sus habitantes, acababan de ver al doctor y a la baronesa.

El primero remaba vigorosamente, luchando contra la corriente y esforzándose por llegar a la orilla opuesta.

— ¡Otra vez se nos escapan! — exclamó desesperado Bianchini.

— ¡Pero pronto los cogeremos! — replicó Judex, cuya mirada se iluminó con una llama profética y sobrehumana.

## «DEUX ES MACHINES»

En tanto que Judex se preparaba a librar la batalla suprema al jefe de la Caza, don Casto, por su parte, no permanecía inactivo.

Nunca se había sentido en mejor disposición el director de la Agencia Celeritas. Y todo porque por la mañana había tenido una grandísima satisfacción al decidir Judex que estaba muy contento de él.

En efecto, entre los dos habían sostenido el siguiente diálogo:

— Al indicarme la presencia de la baronesa de Aprement en la hostería de la ribera — le había dicho Judex — ha reparado usted todas sus torpezas, y hasta le diré que me ha prestado un eminente servicio... Por eso voy a confiarle una nueva misión.

— Me alegro infinita! — replicó don Casto.

— Una misión sencillísima y que no ofrece el menor peligro para usted.

— ¿Lo siento!

— Consistirá simplemente en que se pasee usted de arriba abajo por la orilla derecha del Sena, desde la hostería hasta el camino llamado de los Patirras.

— Perfectamente!

— Todo su trabajo se reducirá a mirar a todos los transeúntes, y si ve usted alguna cosa sospechosa, finge no enterarse de nada y venga a decirme a la hostería.

— ¡Comprendido! — dijo el excelente don Casto. — ¿Quiere usted convertirse en reclamo para la caza?

— Eso mismo.

— Pues quedará usted satisfecho.

Y dichas estas palabras, el señor de Tremense dejó al director de la Agencia Celeritas lleno de gozo y balbuceando:

— Me vuelva la suerte!... Así como a Napoleón le hubiera valido más empezar por los reveses que por la victoria, más me ha valido a mí también haber conocido antes los fracasos que los éxitos.

Pero aunque don Casto había tomado por modelo a Napoleón y se había henchido el cráneo de todo cuanto se ha escrito acerca de las campañas militares del primer Imperio, nunca consiguió vencer la timidez con que había nacido. He aquí por qué, a pesar de su deseo de cumplir las órdenes de Judex, pensaba:

— Con gusto actuaré de reclamo; pero por más que diga Judex que no debo

temer nada, no las tengo todas conmigo... Parece que no conoce a los pájaros a quienes quiere enjaular... Supongo que ellos me verán antes que yo, y es de esperar que no vacilen en deshacerse de mí, ya apatallándose por la repulsa, ya arrojándose, sin compasión, al río. Así, pues, no sólo he de ponerme en guardia, sino que la más elemental prudencia me aconseja que salga armado hasta los dientes, apercibido a contestar a toda agresión.

Esta solución le valió a don Casto el valor; empezó por comprobar los cartuchos del revólver y se lo metió en el bolsillo del pantalón. Entró luego en un cuarto que daba al vestíbulo; allí vio una magnífica escopeta y un cinturón de caza con veiniecincos cartuchos, y se apoderó de ellos; después, entrando en la cocina, cogió un inmenso cuchillo recién afilado y se lo guardó debajo de la americana.

Encaminóse al Sena, tranquilo ya al verse transformado en fortaleza ambulante. Empezó a pasear, olvidándose casi de la misión que le había encargado Judex, cuando un incidente imprevisto le trajo a la realidad.

No hacía dos minutos que paseaba a la orilla del río, cuando a unos veinte metros vio un soberbio pato silvestre que permanecía inmóvil en las aguas.

— Parece que duerme... — pensó don Casto. — Voy a hacerle un disparo.

Le apuntó con la escopeta, apretó el gatillo y salió la bala, dando en pleno cuerpo al pato, que se hundió al momento.

— ¡Fouad! — exclamó triunfalmente el director de la Agencia Celeritas.

Pero no bien había proferido esta exclamación, reapareció en la superficie el pato y después de oscilar ligeramente volvió a flotar sobre las aguas.

— ¡No he hecho más que herirlo! — dijo don Casto.

Y, excitado por el ardor de la lucha, hizo un segundo disparo y repitió tres veces la misma operación, dando las tres en el blanco, pero sin conseguir matar el pato.

Extrañado por aquella resistencia, quiso averiguar en qué consistía el misterio, é iba a cargar de nuevo el arma, cuando oyó a su lado una voz destemplada que le gritaba:

— ¡Pero es brutal!... ¿Acabará usted de destruirme el reclamo?

Volvióse don Casto y vio un mocetón que con cara furibunda se le acercaba con puños amenazadores.

— ¡El reclamo? — repitió don Casto estupefacto.

— ¡Sí, señor, mi reclamo! Es decir, ese pato diseccionado que dejó flotar en el agua para atraer a los averdaderos, que pasan al ponerse el sol.

Y por medio de un hilo invisible, que le sujetaba a la orilla, el ribereño atrajo al pato, le sacó del agua e hizo ver a don Casto los desperfectos ocasionados, diciéndole muy enojado:

— ¡Ya ve usted en qué forma me lo ha puesto!... Ahora no sirve para nada; por tanto, tendrá usted que pagármelo: son diez francos.

— ¡Diez francos! — repitió don Casto.

— Sí, señor, ni un centimo menos.

— En fin, me parece usted un buen hombre; y para dejarnos de discusiones, tenga usted los diez francos y así podrá comprarse otro nuevo reclamo y de paso tomar alguna copita a mi salud.

Dejando a su interlocutor muy satisfecho del fin de la aventura, continuó don Casto su paseo por la orilla del Sena, pero firmemente decidido a no volver a cazar ningún pato.

Minutos después sentóse un momento en el tronco de un sauce que bañaba sus raíces en el río. Y contemplando distraídamente el maravilloso espectáculo que en aquel paraje ofrecía el Sena, pensaba en su querida Daisy, contando el número de días que todavía le separaban de ella. De pronto le llamó la atención una lancha que se le acercaba.

Este incidente, al parecer sin importancia, no dejó de intrigarle, pues observó que a bordo pasaba algo anormal.

En tanto que un hombre se afanaba por ganar a fuerza de remos la orilla izquierda del Sena, sin poder librarse de la corriente que le arrastraba en la dirección contraria, una mujer sentada a popa alzaba desesperadamente los brazos al cielo, como si a ella y a su compañero les amenazara un grave peligro.

— ¿Por qué se asustará tanto — se preguntaba don Casto — si aquí no hay peligro aunque los arrastre la corriente?

Pero súbitamente temblaron sus narices y agitó de un modo extraordinario los ojos, al tiempo que se le escapaba este grillo inarticulado:

— ¡Ellos! — ¡Son ellos!

En los pasajeros del bote que se había acercado mucho a él, el amigo de Judex acababa de reconocer al doctor Howey y a la baronesa de Apremont.

— ¡Ah! ¡Miserables! ¡Otra vez escapan en las mismas narices!... ¡Pues bien! ¡No! No se dirá que no he hecho todo lo posible para detenerlos.

Y escondiéndose tras el sauce que le había servido de asiento, cogió don Casto

la escopeta y apuntó con el cañón a la lancha que se acercaba más y más.

El objeto del policía particular era muy sencillo, pues pensaba:

— Voy a romper un brazo a Howey. De este modo le cogeré vivo, y también a la monstruosa baronesa. Luego hará Judex de ellos lo que quiera.

Momentos después la embarcación se hallaba a unos metros de la orilla; ya iba a pasar delante de don Casto, al fin pasaba, y en aquel mismo instante se oyó la detonación... Súbitamente se produjo una explosión formidable... La barca voló hecha astillas entre un torbellino de llamas y de humo. Y en el aire hubo una verdadera lluvia de restos humanos que cayeron al río y por el cual eran arrastrados.

Don Casto, muy conmovido, no había logrado el objeto que se proponía, pero en cambio había dado en la caja de explosivos que iba en la barca.

Lanzados por los aires los cuerpos de Howey y de la baronesa, volvieron a caer hechos pedruzcos en el río.

Desde un punto muy cercano a la orilla, Judex y Bianchini habían presenciado ese desenlace tan trágico como inesperado.

Al punto seudieron y hallaron a don Casto que, pálido y tembloroso, con la nariz aun más larga que de costumbre, contemplaba los dos cadáveres, o mejor dicho, las trozas de los dos cadáveres que flotaban en las aguas.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! — exclamó don Casto.

— ¿Cómo? — preguntó el señor de Tremense, que acababa de adivinarlo todo.

— ¡Usted ha hecho eso, don Casto?

— Sí, yo... — confesó el pobre hombre muy compungido. — Pero no lo he hecho queriendo... Sólo pensaba romper un brazo al doctor; pero todo ha volado. No sospechaba yo que tenía en la escopeta cartuchos de tal potencia... No entiendo nada de lo que ha pasado! ¡Nada! ¡Nada!

— No se acongoje — le dijo Judex — salúrese en paz la alegría de su triunfo...

Gracias a usted, he ahí la *Casa de los Secretos* decapitada en la persona de sus dos principales jefes. Ha sido usted el *Deus ex machina*, es decir la divinidad que, así en las obras antiguas, llegaba a tiempo para traer el feliz desenlace de la tragedia... En usted, querido don Casto, salude al instrumento de la Providencia!

— ¡Esta es demasiado!... Sí, demasiado! — balbució don Casto medio abogándose.

— Ahora — repuso Judex — volvamos pronto al castillo de Joyeuse para anunciar la buena nueva.

Y mirando arrogamente al sol que aparecía radiante por encima de las colinas que rodean el valle del Sena, el policía particular, en un arrebatado de orgullo muy legítimo, exclamó, poniéndose la mano en la sisa del chaleco:

— ¡También tengo yo mi Austerlitz!

Momentos después, Judex, Bianchini y el héroe del día llegaron al castillo. Judex contó a todos la formidable hazaña de que podría vanagloriarse toda su vida el huero de don Casto. Todos le felicitaron calurosamente.

Don Casto, huyendo de los abrazos,

pronunció estas palabras, que indicaban claramente que su alma buena y sencilla no se embriagaba con el éxito:

— ¡Qué quieren ustedes, amigos míos! He cometido tantas torpezas, que era muy natural que al fin encontrase ocasión de repararlas.

Por último, dijo Judex:

— Ya se ha disipado la pesadilla. La *Casa de los Secretos*, privada de su jefe, se desorganizará y permanecerá en las tinieblas... Ahora, querido Rogelio, puedes casarte con Primerotea... El genio del mal está vencido... Al fin os toca ser felices.

## EPÍLOGO

Pocas semanas después, Rogelio de Tremense y la hija adoptiva de Milton, cuya enlace se había celebrado en la más estricta intimidad, emprendían el viaje de boda.

Don Casto volvió a París para esperar el regreso de su querida Daisy, que ya no podía tardar.

Ahora bien: aunque pasaban los días normalmente, las noches no eran para él tan agradables, pues le turbaba el sueño el recuerdo de escenas terribles.

Primeramente se veía a orillas del Sena apuntando con la escopeta a Howey y enviando por los aires al doctor y su cómplice.

Después recibía la impresión de que los miembros diseminados de sus dos víctimas se reanaban y éstas se le acercaban armadas de luminosos cuchillos, dispuestas a despedazarle sin compasión.

Al despertarse no podía menos de pensar don Casto:

— ¡Matar a un bandido, pase, aunque un leño y o vocación de verdugo, pero cortar en pedazos a una mujer, sea cual fuere — porque después de todo la he coriado en pedazos, — es horrible y repugnante!

Por lo demás, estos remordimientos le abandonaban en cuanto se libraba de la influencia de la pesadilla.

Sin embargo, una mañana en que se despertaba con bastantes buenas disposiciones, su ama de llaves le anunció que preguntaba por él un agente de policía.

Al oírlo, tuvo don Casto un sobresalto y exclamó:

— ¿Un agente de policía?

— Sí, señor.

— ¿Y qué le ha dicho usted?

— Le he dicho que estaba usted aquí.

— ¡Cielos! ¿Qué ha hecho?... ¡Bien hubiera usted podido decirle que me había ido de viaje a las Indias, al Japón o a Madagascar!

— Para ¿qué le pasa al señor? — preguntó la sirvienta, convencida de que su amo se estaba de perder la razón.

Sobrescogido por un espanto que no pretendía disimular, el director de la Agencia Celeritas saltó de la cama voel-terando:

— ¿Qué me pasa?... ¡Pues que vienen a detenerme!

— ¿A detenerle?

— ¡Sí, a prenderme!

Y con voz cavernosa, añadió:

— ¡Soy un asesino! He matado a dos personas: un hombre y una mujer.

El ama de llaves profirió una exclamación de indignación y de terror.

Don Casto, obligado a resignarse con su suerte, repuso:

— Pregúntele a ese representante de la fuerza pública qué se le ofrece.

Y se desplomó en un sofá.

Momentos después volvía el ama de llaves con un pliego en la mano.

Abriólo don Casto y vió que estaba redactado en esta forma:

*El Comisario de policía del distrito IX ruega a don Casto que se sirva presentarse cuanto antes en la Comisaría para un asunto que le concierne.*

— ¿Y el agente? — preguntó don Casto.

— Se ha marchado — replicó el ama de llaves.

— ¿Se ha marchado? — repitió el director de la Agencia Celeritas, reanimado por un rayo de esperanza. Y al punto se levantó diciendo:

— Debería aprovechar la ocasión para huir.

— ¡Eso sí que no! — protestó el ama de llaves alzándose ante él como una barrizada.

E iracunda y amenazadora, prosiguió:

— ¡No! ¡No huirá usted!... Es usted

un asesino, según acaba de decirme, y ya no le considero como amo... Si es preciso, le arrastraré hasta la Comisaría y la entregaré a la justicia. Así quedará satisfecha mi conciencia y además verá mi mirada en los periódicos.

— ¡Estoy perdido! — exclamó don Casto.

Una hora después, custodiado por su amo de llaves, se presentó ante el comisario, y con gran sorpresa suya vio que éste le recibía con pruebas de la más atenta simpatía.

— ¿Es usted don Casto? — le preguntó benévolutamente el magistrado.

— Sí, señor.

— Y yo soy su criada — se apresuró a decir el amo de llaves; — yo soy quien le ha traido... Porque él no quería venir, y...

No se trata de eso, señora; vaya usted a sentarse — dijo imperativamente el comisario, desearo de interrumpir el chorro de palabras que parecía querer brotar de labios de la monaguila.

Y dirigiéndose a don Casto, que recordaba que aquello fuese un lujo, añadió, cada vez más amable:

— ¿Es usted quien ha volado una barca con dos personas?

— Sí, señor comisario — repuso penosamente el amigo de Judex.

— Pues tengo un oficio del ministro, relativo a este incidente. Voy a leerlo.

Y con tono un tanto solemne, leyó el comisario:

*El señor ministro del Interior ruega al señor comisario de policía que abra expediente sobre los antecedentes de don Casto, propuesto para una alta recompensa por haber volado una barca cargada de explosivos y ocupada por dos notables reos que se disponían a destruir un puente de la línea férrea.*

Y don Casto, que se sentía renacer, exclamó, juntando las manos:

— ¡Es posible. Dios mío, es posible?... ¡Muchas gracias, señor comisario! Observo una vez más que todavía hay justicia en este mundo; que si bien no siempre se castiga el vicio, la virtud se recompensa muy a menudo.

Después de la partida de Rogelio de Tremese, en tanto que Favreux se iba con Berjean a su retiro de Santa Magdalena, Judex volvió a La Frontera con Blanca y Juanito.

Los tres disfrutaban en paz la felicidad reconquistada, cuando una mañana les llevó el cartero una carta de Bianchini dirigida al señor de Tremese, el cual, en voz alta, leyó lo siguiente:

*Querido amigo: Vamos con rumbo a América mi hijo Clara y yo. Esta me dice que nunca se separará de su padre. Su alma, sumida hasta ahora en las tinieblas, parece despertarse a la luz del día, como una mirada de niño que se abre por primera vez a la vida... ¡Cuánta felicidad le debemos a usted!...*

— ¡Ajá! — dijo Blanca, — puedes estar orgulloso de tu obra.

Pero antes que el conde pudiera responder, Juanito saltó sobre las rodillas de su padre adoptivo y exclamó:

— ¡Papá, prométeme a mamá que no volverás a separarte de ella!

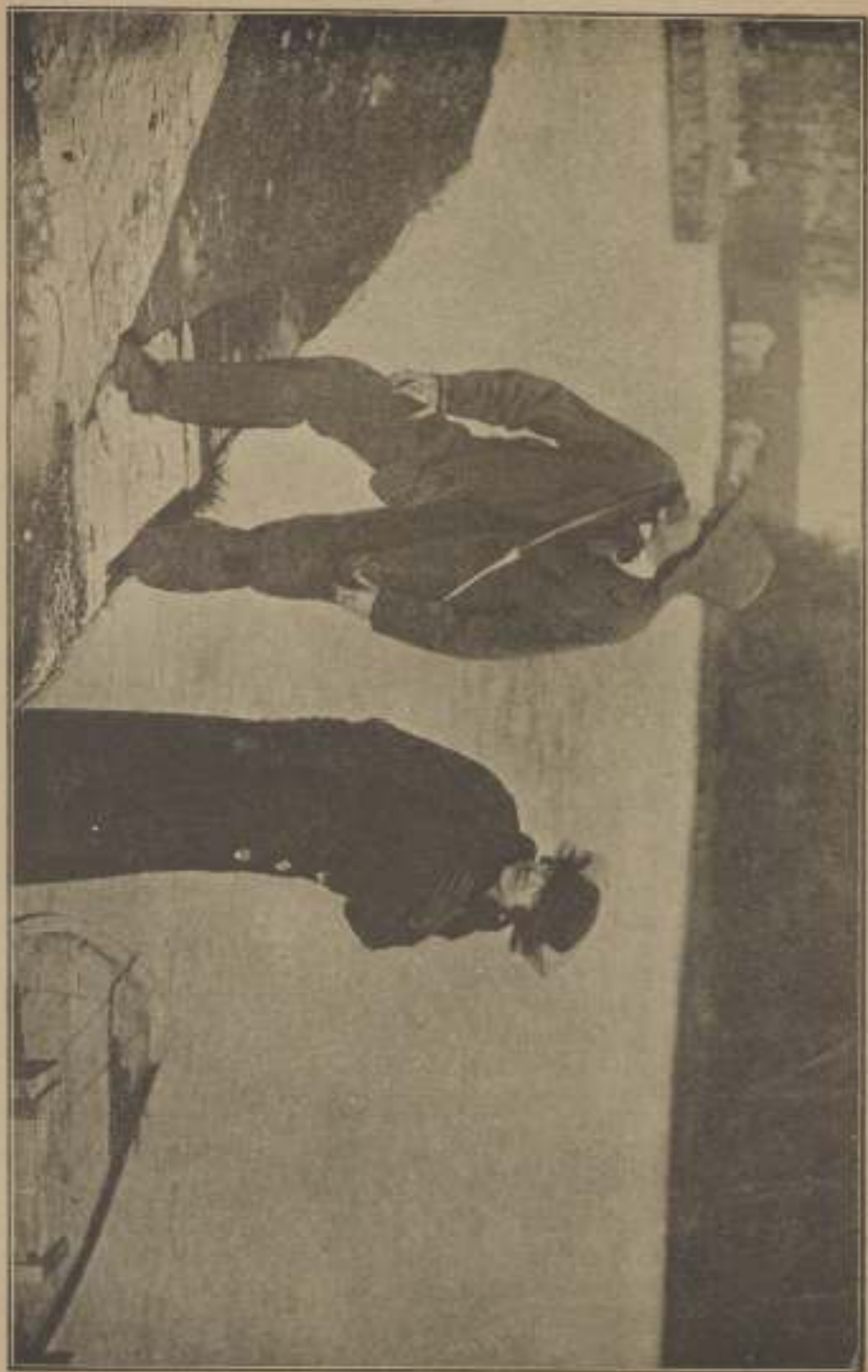
Había tanta ternura en esas palabras del niño y a la vez se leía tal súplica en la mirada de la madre, que Judex, atrayendo a ambos contra su pecho y uniéndolos a los dos en el mismo abrazo, dijo con voz en que no había más que la suprema voluntad del amor:

— ¡Pues bien: sí, os lo prometo!

Y lentamente, a lo lejos, como señal de paz, de bondad y de esperanza, en un campanario de la campiña se oía el toque de *Angelus*.



Episodio novísimo. — Rogelio y Primorosa, al fin felices.



Episodio duodécimo. — El doctor Hovey y la baronesa se embarcan con los explosivos. (Cap. III.)



Episodio único. — Blanca y su criada velando a Juanito. (Cap. I.)



Escena de un momento. — Y Blanca dirigió palabras de consuelo al vagabundo. (Cap. I.)



Evangelio octavo. — Don Casto vigila a la de Apremont, por el espejo mágico. (Cap. III.)



Episodio octavo. — La baronesa administró al infortunado don Casto una farsa de pudorizante... (Cap. III.)



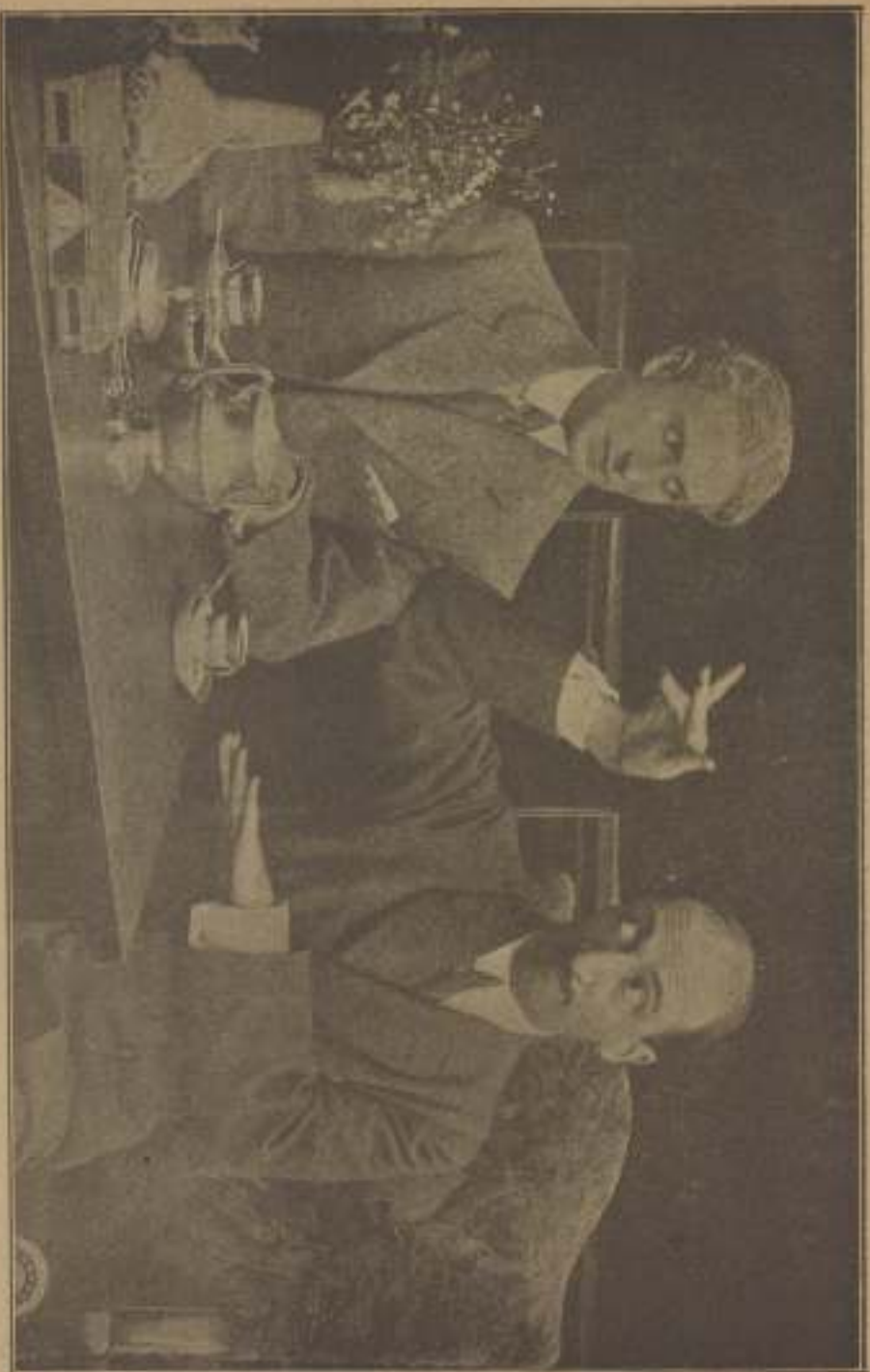
Ersonio péqueno. — Bianchini encuentra a sus dos hijas. (Cap. I.)



Epichio decimo. — Pizimone y la Ojazos. (Cap. II.)



Episodio primeiro. — Sr. Rogério, nos amantes — respondia Primrose. (Cap. II.)



Erzscipio marmoro. — ¿Danzas antiguas? — ¿Cien uñedo? — dijo don Gastón. (Cap. III.)



Escena cuartos.— Don Cato y la baronesa en el restaurant. (Cap. III.)



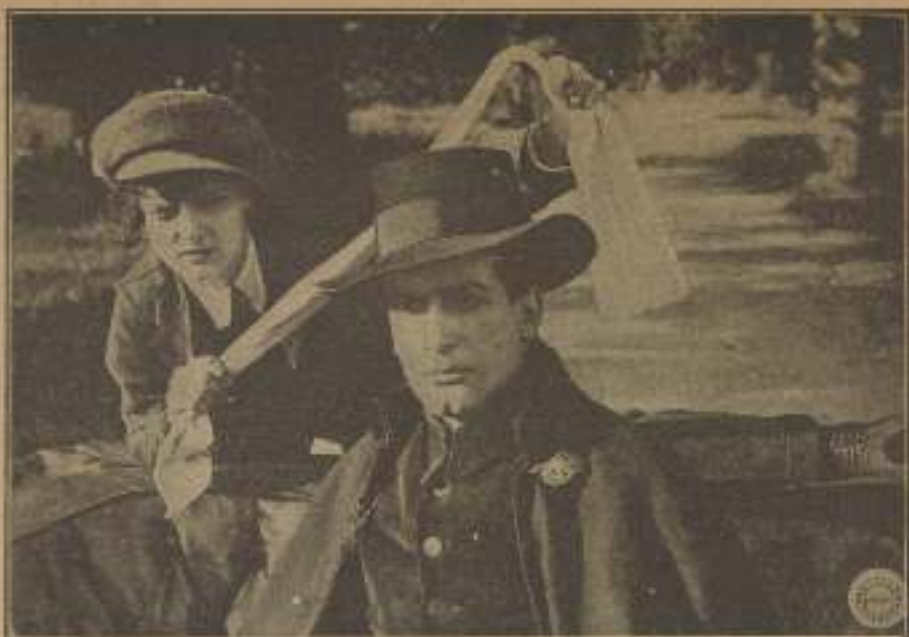
EPISODIO CUARTO. — Señora, he tenido que hacer algunos desperfectos en su casa... (Cap. IV.)



Episodio quinto. — ¿Qué haces ahí? — preguntó la baronesa a Juanito.  
(Cap. III.)



Episodio quinto. — El caballo Diabillito cogió a Juanito por la cintura...  
(Cap. IV.)



Episodio sexto. — *La Ojazo amordaza a Judex, siguiendo las instrucciones de la baronesa. (Cap. IV.)*



Episodio sexto. — *Judex ve a su chófer atado al árbol, como le habían dejado los cómplices de la baronesa. (Cap. IV.)*



Episodio séptimo. — Don Caio y la sonámbula. (Cap. I.)



Episodio séptimo. — Una mano de esqueleto agarró la muñeca de la baronesa. (Cap. III.)



EPISODIO OCTAVO.—Y lanzando un rugido de fiera, levántese la de Apremont...  
(Cap. II.)



EPISODIO OCTAVO. — La Ojazos en la clínica. (Cap. IV.)